

ALERGIA A LOS VIOLINES

Autora: *Carmen del Río Pereda*

El Kasikaze

Debió de ser un fusible. Al dar al botón de la luz, no sólo no se encendió la del portalón de entrada, sino que se apagó también la de la galería que rodeaba el patio. Cerré a tientas el portal y me dirigí al ascensor. Al pasar, desde la galería, vi a un hombre moverse junto a un automóvil cerca del zaguán y, aunque pensé que se estaba yendo, el fusible debió de desencadenar en mí una aprensión irracional, ya que me precipité dentro del ascensor y cerré la puerta con impulso para que empezase a subir cuanto antes... y en el último momento el hombre abrió la puerta y entró en el ascensor. Me sentí desvanecer, pero él me saludó muy cortésmente y empecé en mis adentros a decirme: pero ¿eres boba? ¡Si es un vecino, hombre! Mas de nuevo recaí en la prevención al ver que -¡qué casualidad!- iba a mi mismo piso. Al llegar a él, sin embargo, con la misma cortesía de antes, me deseó las buenas noches y yo me di otra reprimenda. Además, era japonés y yo no sé si los que son a favor se llaman también prejuicios pero los japoneses no atacan por la noche a las mujeres ¿o sí? Sí, también podía ser chino, pero no. Los chinos no hacen reverencias corteses reculando ¿o sí?

A la mañana siguiente pude iluminar algo el acontecimiento de la víspera. Me enteré de que el honorable anciano japonés que vivía en mi mismo piso era un calificado funcionario de cierto rango en organismo internacional con sede en Viena y un gran experto en ingeniería nuclear. Era, según se me contó, un personaje interesante con una vida digna de conocerse. Fue kamikaze en la última guerra mundial, pero su cometido bélico tuvo un final imprevisto y grotesco. Con el sentido del deber y la

misión que, ¿será prejuicio?, se atribuye a los de su país, nuestro héroe se lanzó contra aquella base enemiga asentada en una paradisíaca y volcánica isla del Pacífico. Que era volcánica lo demostró entrando en erupción en el momento en que él se lanzaba contra el objetivo: un gran trozo de lava lo acertó de lleno destrozándole rumbo y aparato. El final fue que el Kasikaze, como luego di en llamarlo, resultó ileso y prisionero. Alcanzó, tras la liberación, su propia gloria en el estudio y en la entrega total a su trabajo. Después de eso y en compensación, siempre que volví a encontrármelo en el edificio, me deshice en reverencias reculando.

Ese era el Kasikaze.

El sobrino

Unos días después conocí al sobrino. Mi mala conciencia anterior me hizo sostenerle la puerta del ascensor al verlo llegar y suponer que algo tendría que ver con el señor mayor. Pero el de ahora, inequívocamente, me achuchó, dejándome en aquel exiguo espacio perpleja y asustada. Aprovechó él todo lo que dio de sí el trayecto y es cosa extraña, porque mi apariencia y ademanes son recatados y no suelo ser representar ninguna tentación para los hombres (ison idiotas!).

Cuidado que al salir del ascensor me entretuve, me distraje: que si encontraba las llaves, que si guardaba los guantes, que si me atusaba la gabardina, que si me recogía el cinturón... para que él desapareciera y no

viera a qué puerta me dirigía. Pero no. Todo entero un monumento al descaro, se paró a mirarme hasta que abrí.

¡Contra! ¡Contra! ¡Contra! ¡Jamás se me hubiera ocurrido hacerlo a propósito! Entro, me quito la gabardina, dejo el bolso, saco los guantes... ¡el guante! Se me ha caído. Al guardarlos se me ha caído. ¿Qué hago? ¿Me asomo al descansillo? ¿No me asomo? Miro por la mirilla. En el descansillo no hay nadie. Abro la puerta. Tampoco veo ningún guante por el suelo. ¡Pues son de cuatrocientos chelines! Vuelvo a coger la llave y cierro por fuera. Llamo a la puerta del Kasikaze con una mala uva que se me nota y abre, todo bondad, el Kasikaze. Hago rápidamente que no se me note y, entre tartamudeos en alemán y cumplidas reverencias, penetro por primera vez en la estancia a la que tan numerosos encantos había de encontrar más adelante. El rendijas -porque no era con ojos con lo que me miraba, sino con rayas hendidas debajo de la frente- de su sobrino también está en el salón y también hace reverencias con una hipocresía que no llamaré oriental porque es cósmica. Al cabo de algunos tartamudeos de tío, sobrino y visitante, llego a creer que han entendido ya y que me van a dar mi guante, pero ni Eiji Yamamoto -para mí en lo sucesivo Kawasaki Rendijas-, como me lo presentó su tío, ni éste traen el guante. En lugar de eso, los dos empiezan a desaparecer con diligencia por los rincones de la casa y a reaparecer una y otra vez con guantes de invierno, guantes de verano, guantes azules, guantes amarillos, guantes verdes..., guantes de cuero, guantes de algodón, guantes de hilo, guantes de encaje, guantes de ganchillo... pero no el mío. Y ¡oh maravilla! Ahora los ojos del Kasikaze refulgen con una expresión inconfundible de victoria y, sonriente, viene y me entrega una manopla de cocina. Siento, entre la ira y el asombro, que se me tambalean las meninges

mientras sigue Rendijas afanado en sacar guantes ¿pero de dónde demonios?

Con ecuanimidad acepto del Kasikaze la manopla y la derrota. Salgo. En las rendijas de Kawasaki refulge malsanamente el gozo y colijo, de las mil aseveraciones del anciano, que queda a mi disposición para cualquier otra cosa que se me ofrezca.

¡Naturalmente que se la guardé! ¡Era un hijo ilegítimo de Amatera! ¡Escupitajo de Panasonic! ¡Mi guante! Y, o me ponía aquella elegante manopla de cocina para asistir a la Opera y metía una mano en el bolsillo sin sacarla o entregaba ambas al frío para que me las cortara. Comprendo que alguien jurase un día odio eterno a no sé quien. Yo a Kawasaki Rendijas.

En la Opera

Pero allí estaba él, melenudo, niponeando en grupo en los vestíbulos lujosos de la morada del gorgorito. Ellas de kimono solemne, ellos de pajarita, menos Kawasaki, que llevaba el lacito rosa típico que tanto favorece a los lugareños de esta ciudad centroeuropea espejo de imperios. Y me presentó, me presentó a todos ellos: a los señores de Watanabe, a los señores de Kazumi, a las señoras Tatsuta, Saito y Hasoya. A los señores de Saichi, a los señores de Takirawa y a los señores de Koyama, a los señores Aitoku, Akiyama, Naka, Takaoka, a las señoritas Muranaka, Mashayeki, Ono y Kobayashi, a la señora Kamei y a las señoritas Kamei. Veintitrés

japoneses. Y luego, en un aparte, en un alemán no muy inteligible, me dijo cosas que lo eran mucho:

-Tío. Viaje. Solo. Tú. Yo. Divertir.

Le enseñé con las de Caín y disimulo la manopla. El:

-Dos. Divertir. Guante.

O sea, que me piensa cobrar el guante. Y, claro, seguro que la manopla es de su tío, porque, si no, no se la devolvía. Era una manopla floreada, guateada, para una mano no muy grande, suave al tacto por dentro, con gran adherencia en el exterior. Podía adivinarse que jamás un mango de sartén o las asas de un puchero habrían de resbalar de aquella presa firme y acolchada. Con aquella manopla, de la que nada se escurría, le pellizqué con rabia. Y las musas, que por el timbre nos llamaron a su culto, rompieron el aparte. ¿Sería imaginación si creí leer en sus rendijas una expresión de "¡esto va bien!"?

¿Sabría el doctor Kasikaze, sabrían los señores, señoras y señoritas a los que me había presentado, que Kawasaki no era como ellos, respetable, correcto, discreto...? Viéndolos, me parecía lógico que los japoneses pusieran tan bien las piedrecitas en los jardines y colocasen árboles, arbustos, ramitas y tronquitos secos con esa estudiada y armoniosa asimetría con la que enseñan a ser natural a la Naturaleza misma. Pero a Rendijas no me lo imaginaba yo haciendo nada de eso con las piedras y los tronquitos.

En los entreactos trataba yo de guarecerme entre kimonos y pajaritas y reía mucho, como ellos, enterándome de la mitad de lo que decían, y ellos igual. Rendijas, yo lo veía, buscaba los apartes y me hacía una especie de ficha técnica de su oferta de descarrío que, de oírle, más me parecía que se

trataba de un aparato estereofónico. O ¿quién sabe? A lo mejor era ahí donde iba estar la sorpresa.

Y empecé a entender cómo se cogen las manías. Detesto, desde aquella noche, las óperas con muchos actos con lo que ello entraña de entreactos. En cambio, pensé, a Rendijas le deben de gustar los actos con muchas óperas. Acto tras acto, sin embargo, me fui sobreponiendo y rebelándome contra el síndrome del achuchón y contra la tempestad mental que empezaba a levantarse en mí a consecuencia del avasallamiento de Kawasaki, y di en fraguar mi plan. ¡Ah, oriental sabiduría!: Sé como el sauce e inclínate cuando te doble el viento y, aunque sea deprimiendo la cerviz, hazle sudar a Kawasaki hasta que el alma se le salga por las rendijas. ¡Aféitale hasta las lágrimas a ese mono melenudo de Cipango!

Mi alemán entrecortado -por varios motivos- del último entreacto empezó a tener un propósito definido. Comencé a interesarme por las gueisas. La señora Kamei -no se vaya a creer, yo distinguía a unos de otros, porque soy como una flor que en cualquier lugar se aclimata y cualquier jardín engalana-, la señora Kamei, digo, me dijo que sí, que el de la gueisas era un arte muy difícil. Y yo me dirigí a él:

-iKawasakisan, Kawasakisan!

Desde luego, espabilado el chico lo era. No hacía un día que lo conocía y ya atendía por Kawasaki.

-Kawasakisan ¿Has visto a las gueisas? ¿Sabes cómo hacen?

-Sí (achuchón disimulado rumbo al aparte). Yo te explico, conozco muchas gueisas, te enseñaré.

-Quiero ver gueisas.

-Yo conozco.

-¿Aquí en Viena?

-No, fotos.

A lo mejor de la vergüenza también tenía fotos. Le digo:

-Fotos no.

-También personas. Más tarde.

-No. Ahora. Gueisa tú.

Y le señalo al pecho con el dedo. Él perplejo de momento, feliz después, carcajadas de cierre. Y no dice más en alemán, pero en las rendijas se lee un "Con que eso es lo que le gusta, ¿eh?".

El sonrío, yo sonrío y los dos imaginamos un encuentro de gran interés.

La velada

Como todas. La preparó para el sábado. ¿Y qué no hubiera dado yo por contemplar la más sutil expresión de la gracia del Oriente tomando cuerpo en uno tan fornido como el del fresco Kawasaki? Cuando digo como todas, quiero decir que no se haga ilusiones el lector porque no pasó nada. Nada de lo que quería él. Pero yo disfruté mucho, porque tocaba muy bien el samisen -o eso me pareció- y cantaba esas canciones tan evocadoras del Imperio del Sol Naciente, de aquel país de islas situado en el cinturón sísmico del Pacífico, con aquella voz característica que va de chirridito en chirridito, como resbalando, y que parece luego preguntarse por qué.

Aquella maravillosa velada, en la que Kawasaki demostró cuanta gracia y encanto pueden expresar los ademanes varoniles cuando se vierten en un molde femenino, me ha hecho comprender del gran problema que socava a

la humanidad y que es la inadaptación del macho de la especie a la circunstancia evolutiva, los líos que se arma entre la libido y el arte y entre la posesión y las fuerzas laborales. Comprendí el significado profundo del psicoanálisis al apreciar la combinación de envidia y de impotencia que encierra la concepción cultural que el varón tiene del cosmos. Entre tan interesantes reflexiones -no quiero presumir, pero soy una pensadora de rara profundidad- y ante aquellos encantos desplegados en envoltura de túnicas de seda, de alfileres de pelo nacarados y de polvos blanquísimos de arroz, olvidé que el tiempo transcurría y que de un momento a otro llegaría el de salir huyendo. ¡Ah, pero yo seguiría allí contemplando eternamente aquellos bíceps abombados moverse como si fueran porcelana...!

¡Demasiado tarde! Sedas y bíceps se me echaron encima.

-Pero, Kawasaki, si yo no es que quiera disgustarte, y comprendo que te has esmerado mucho, pero sé honrado y reconócelo, que en la mejilla izquierda tienes mayor profusión de polvos de arroz que en la derecha. Yo no he leído jamás que el maquillaje de las gueisas tolere ese tipo de descompensaciones. Me has engañado vilmente.

Tiene él un momento de santa indignación que yo, con un formidable salto de leopardo africano, aprovecho para llegar junto a la puerta. Con celeridad de rayo, abro el pestillo y saludo en el rellano al Sr. Köck, que no se encuentra allí, pero así disimulo y Kawasaki no se atreverá a asomarse al descansillo por si lo ven. ¡Tengo una prontitud de ingenio...! En situaciones apuradas jamás me veo carente de recursos.

Lo que siguió

No voy a decir que yo estuviera segura de haber logrado convencerle de que lo mal que lo había hecho no le hacía acreedor a la prueba de reconocimiento que yo, muy ambiguamente, le había prometido, y encima en alemán. Una situación hartó confusa que me obligó en las sucesivas ocasiones en que lo vi y, a pesar de que hubiera preferido quedarme de plática, a mostrarme iracunda y ofendida. Y, después de una de éstas, me acordé de la cámara. La tenía yo en la mano cuando salí huyendo y la guardé bien, con intención de devolvérsela en su momento, cosa que, con tanta emoción, se me olvidó luego. Claro, a lo mejor las veces que llamó a mi puerta y me empezó a hablar, dándole yo con ella en las narices, lo que quería era que le devolviera la cámara y no que... Pensé en devolvérsela; dejársela a su tío. Pero luego se me ocurrió que, naturalmente, ahí seguirían las fotos que le había sacado ataviado de gueisa y que sería algo muy emotivo verlas y conservarlas. Las revelaría y le devolvería la cámara. Las fotos serían para mí uno de los recuerdos que siempre guardo y que, con pena por mi parte, bien guardados quedan porque, no sé cómo, luego hay presentes que me distraen de ellos.

Un atardecer, con la cámara en la mano, me dirigí al apartamento del Dr. Kasikaze. Este en persona me abrió la puerta. ¡Qué hombre tan digno y respetuoso! Me sentí ante él pequeña y occidental y hasta un poquito ruin. Le expliqué lo que me traía y, habiéndome hecho pasar, vi que tenía visita. En el salón estaba Kawasaki con unos cuantos jóvenes con instrumentos de música. Los jóvenes eran de ambos sexos. O sea, unos de uno y otros de otro. Presentaciones. Cortés él, Kawasaki, modoso él, Kawasaki (¡a ver,

estaba su tío!), ¡muy solícito de una de sus jóvenes compatriotas él, diosconfunda Kawasaki!

Estuve fenomenal. Mi perfección en la ejecución de reverencias pronto me hará merecedora de desempeñar altos cargos en el Protocolo de Tokio, por lo menos. Aunque, la verdad, no me enteré de mucho de lo que se dijo, porque hablaban en japonés y porque hablaban en alemán con la imperfección que les caracteriza, que todo hay que decirlo. Sí, ya sé que los españoles nada tenemos que envidiarles en este tipo de maldad, pero es lógico que a mí me interese más hablar de una maldad nueva que de otra que, a fuer de presente, ya ni se ve. Parece ser, pues, que desde el principio de los tiempos se riñeron con las ápticoalveolares vibrantes y desde entonces no han hecho las paces. Pero debían de tocar muy bien. ¡Claro, nada que ver con aquella auténtica ceremonia celebrada en mi homenaje y en aquel mismo lugar con la intimidad que el caso requería! No obstante, no dejo de reconocer que también la música clásica, bien tañida, tiene su mérito. Sentí nostalgia. Me daba pena Kawasaki, allí, tocando el violín con su cara de bruto, mientras yo lo recordaba tan bien puesto y actuando con tanta ingenuidad y convencimiento. A pesar de todo, si iba a mirar hacia mí, rápidamente estaba yo profundamente absorta en otro de los músicos.

¿Se fijaría en serio Kawasaki en aquella nipona rubia y de ojos azules? A lo mejor los atributos físicos de las rivales japonesas no son éstos, pero creo con esta descripción haber dejado patente cuál era mi disposición con respecto a aquella Kimiko y que las rivales, por definición, son siempre odiosas. Sobre todo cuando son irreprochables. Porque esa Kimiko debía de serlo. Tenía toda la pinta de ser irreprochable. Me daba la espina de que era una de esas buenas chicas con las que siempre terminan casándose los

calaveras como Rendijas. Aunque, a decir verdad, la Kimiko, o como se llamase, no me preocupaba. Me preguntaba en cambio con genuina curiosidad si Kawasaki tenía realmente tanto interés en conseguirme. No lo entendía. A mí me parecía que distraerse a mi manera era menos peligroso. Si él no hubiera sido tan bestia y tan lanzado nos habiéramos podido dar algún mordisco feroz, que eso sí que mola. Pero los hombres son muy raros. Y más aún los occidentales y occidentalizados. ¡Qué diferencia del Dr. Kasikaze! Este era una persona digna de todo respeto y con una conversación amenísima, que yo, en mis visitas, constantemente quería ver interrumpida por el cafre de su sobrino. He ahí, pues, el motivo de que, a partir de aquella tarde en que vi en su casa a Kimiko y a los demás músicos, empezara a quedarme sin arroz justo cuando me hacía falta, a notar que en mi correo llegaban cosas por error que a lo mejor resulta que eran para él, y bla bla bla, bla bla bla, bla bla bla.

Una de las veces que tuve suerte y fuimos debidamente interrumpidos por Kawasaki y, habiendo salido su tío del salón, le pregunté inocentemente que qué había dicho el Dr. Kasikaze de las fotos de gueisa. Kawasaki perdió la color. Desde luego se trataba de un joven aculturado. Me dijo:

- ¿Tú estás loca? ¿Cómo le voy a enseñar esas fotos a mi tío?

El cerebro se me quedó en suspenso y, cuando me echó a andar, el corazón me dio un salto. Porque era un triunfo lo que acababa de darme. Iba a haber juego. Aunque, en medio de mi regocijo, no dejaba de notar que el mundo era decepcionantemente uniforme. Ante un caso así, no debieran reaccionar los japoneses igual que los demás. Debieran salir con algo inesperado, tal vez organizar una exposición de bonsais, ¿quién sabe? Pero no, resulta que entre ellos también existe la lacra del secreto. ¡Cuánta

uniformidad de una a otra parte del mundo! Suponiendo que a éste no lo destruyan las armas habilitadas al efecto, es de temer, sin ninguna duda, que el tedio acabe con él. ¡Y a mí que me gustaría ser romántica!

Entonces le di a entender a Kawasaki "durch die Blume" (¡Qué idioma tan fino es el alemán: "durch die Blume". "Por entre las flores"!), le di, pues, a entender a Kawasaki "por entre las flores" -y ya había comprendido yo que ambos sabíamos bastante más alemán de lo que mutuamente no habíamos atribuido- que, con lo imprevisible que era yo, lo mismo cualquier día, hablando con su tío, se me escapaba algo sobre la gueisa. Lo hice para animarlo a montar guardia en nuestras conversaciones y sí que cogió la idea.

El trato continuado se me ocurrió que haría detonar acontecimientos sorprendentes que me entretuviesen e hiciesen derivar la situación en algún sentido. Yo qué sé... Quizás que surgiesen otras veladas o que él me provocase. Y sí que intentaba siempre la misma historia pero sin ninguna innovación y sin hacer nada notable que acicalase el acontecer diario. Eso sí, nervioso estaba un poco, porque no las tenía todas consigo de que yo supiese contener la lengua aunque quisiera ni tampoco estaba seguro de que yo quisiera. Muchas personas suelen desconfiar así de mí y la verdad es que a alguien con el sentido del orden y la claridad que me son propios estos recelos lo ofenderían. Se mostraba además reservado y esa actitud me distraía de forma que, a veces, con él delante, no conseguía yo concentrarme en la enriquecedora conversación del Dr. Kasikaze. Fui notando que los japoneses o habían aprendido o no hablaban tan mal el alemán como me pareció al principio. Era solo la pronunciación lo que era deficiente, pero, salvado ese obstáculo y acondicionado el oído

convenientemente, se podía llegar a apreciar su charla. Y, desde luego, cuando hablaban en japonés nada había que objetar. Y por eso, por lo bien que lo hacían, pasé una media mañana de librerías. Estaba dispuesta a enterarme de todo lo que les oía cuando con tanta soltura se expresaban. Kawasaki, por lo demás, aunque llevaba poco tiempo en el país, denotaba, sin embargo, tener numerosas ocasiones de práctica porque adelantó muy rápidamente y además, ¿sería su oído musical? tenía una pronunciación menos misteriosa que la de la mayoría de sus paisanos. Las ocasiones de ejercitarse estoy segura de que las buscaba a mis espaldas, encarnadas en cuerpos de europeas y otras continentalidades receptivas al achuchón y a los actos sucesivos. Me parecía increíble y reprobable que una persona que se había entregado al arte vistiéndose adecuadamente para merecer mi amor, fuera de cualquier forma a tirarse a las mujeres sin ceremonia ninguna ni testimonio de talento previo. Todo muy a lo bruto. Algo que ciertamente está muy al día si bien es indudable que yo no ando errada porque, al fin y al cabo, las aves, por ejemplo, también tienen ceremonial y éste tiene sin duda pleno significado en las relaciones entre los sexos.

Naturalmente no lo espiaba porque tenía mis propios quehaceres que me acaparaban y porque, si sospechaba algo indigno, tampoco quería entrar en contacto con ello, ni siquiera averiguándolo. Ahora que si me enteraba por casualidad y fehacientemente de que se entregaba a asuntos contrarios a mis intereses emocionales, lo delataba y que saliese su sol naciente por donde pudiera. Y no me cabía duda de que si enturbiaba el recuerdo de nuestra velada con su conducta, acabaría enterándome, porque las malas noticias parecen conocer su propia naturaleza y siempre saben llegar hasta quien no las espera.

¿Y qué pasaría si lo delataba? ¿lo obligarían a casarse conmigo para lavar su vergüenza? -sería emocionante y melodramático-. ¿Harían, por el contrario, algo en mi perjuicio? Bien pensado, me consterna el desconocimiento que tenemos de otras culturas, incluso en aspectos tan esenciales. Con Kawasaki, sin embargo, no había desconocimiento: era un fresco a nuestra usanza tradicional. ¡Y cómo lo he visto sudar al sobrino por miedo de su tío! Le tengo que preguntar al Kasikaze, oblicuamente, claro, qué puede suceder de desvelarse una situación así. Algo debe de pasar, sin duda, porque, si no, Kawasaki no estaría preocupado. Podría ser sólo por el qué dirán o pensarán pero el sentido de la proporción, con el que trato de impregnar toda mi actitud ante la vida, rechaza esa sospecha.

De esta forma, entre el medio miedo de Kawasaki y mis medias dudas, se sucedieron aquellos atardeceres en que, por necesidad, aparentaba Kawasaki mantener la virtud y yo la mantenía porque no era tal la situación que fuera a ganar rango humano con perderla. Y es que, aunque me esté mal el decirlo, soy una persona que, sin alardes ni pavoneos, llevo una vida modélica, en la que toda mi conducta la dicta la medida. Y, además, escuchar al Dr. Kasikaze era una satisfacción. El vasto paisaje de las ciencias se desplegaba ante mis ojos por su boca y en él tenían cabida todos los reinos de la Naturaleza; la mecánica, la física y las emulsiones allí quedaban congregadas; las categorías de regresión cronológica, el principio de incertidumbre, la fauna pelágica, el cultivo de variedades resistentes y la espeleología comparada encontraban en aquellas disertaciones su realce. Todo ello amenizado por las prácticas de violín de Kawasaki. Para que el lector tenga una idea, diré que estos ejercicios eran mucho más bonitos que lo que luego se toca en los conciertos. Mientras en éstos se pierden las

sutilezas por lo de prisa que van, en aquéllos repetía Kawasaki una y otra vez la misma sucesión de notas con una oscilante exactitud que aprisionaba el oído. Meritorio. Desde luego, el ser humano de cualquier lugar del planeta, pensaba mirando a Kawasaki, es un precipitado de contradicciones.

Varias veces me volvió a pedir las fotos.

-¿Pero para qué las quieres?- me decía.

-¿Y cómo se te ocurre a ti que con esa facilidad pueda desprenderme yo del recuerdo de un hombre que a tales extremos llegó por ofrecer su amor?

No le gustaba que dijera eso. Pero, digo yo, que por algo lo haría ¿no? El colocarse los alfileres en el pelo debió de llevarle sus buenas dos horas.

Por mi parte, no le volví a pedir el guante, ya que, después de compararlo con las fotos, deliberé conmigo misma y decidí que era mejor dejar las cosas como estaban.

También en esa temporada en que visitaba asiduamente al Dr. Kasikaze por si surgía la oportunidad de pelearme con su sobrino, había ido conociendo y tratando a muchos japoneses de los que vivían en Viena. Algunos de ellos eran los mismos que Kawasaki me presentó en la Opera. También llegué a saber que él no salía con Kimiko y que ésta no sólo no era rubia ni tenía ojos azules sino que, además, estaba comprometida con un chico del Japón que era amigo de Kawasaki. Naturalmente, también ella estudiaba música, contrabajo.

Una temporada pacífica, pues, en la que me habitué a aquel sobrino y que estuvo salpicada por charlas en las que cíclicamente repetíamos más o menos las mismas bobadas. Uno de los diálogos que más me entretenía mantener era aquél que empezaba él de esta forma:

-¿Pero qué haces tú en Viena? No estudias, que yo sepa, no trabajas...
¿Qué haces?

Y que yo proseguía variando cada vez la respuesta, pero más o menos en esta misma línea de truculencia:

- Pues verás, Kawasakisan, tal vez debiera darme vergüenza decirlo pero, puesto que lo preguntas, satisfaré tu curiosidad. Es el caso que actúo como agente de una red de trata de blancas que se dedica a surtir los prostíbulos de Monrovia. Aquí, las atraemos con engaños y las secuestramos. Luego enviamos al Africa la carga en las malsanas bodegas de los buques de transporte de ganado y, una vez en la costa de aquel continente, la ruda soldadesca desahoga en ellas sus bajas pasiones.

-¡Hombre! pues yo creía que eras espía.

-No y esa es la verdad. La trata de blancas es sólo la tapadera pero has dado en el clavo. ¿Y sabes cómo lo hago? Me disfrazo de señora de la limpieza en la Conferencia de Seguridad Continental y limpio concienzudamente papeleras y despachos, de forma que consigo secretos de Estado que vendo luego al mejor postor. Eso aparte, naturalmente, de la labor convencional de espionaje, que consiste en acostarse con los personajes clave de las naciones, sistema con el que es cosa sabida que no se consigue nada, pero que no puede soslayarse por formar parte de la etiqueta convencional del espionaje femenino.

-Claro, y entonces los cuatro días que desapareciste la semana pasada los pasaste con el Alto Mando portugués vaciándole la papelera y llenándole la cama. ¿Es eso?

-Desde luego es lógico que pienses así, pero no sucedió según dices. Verás, los cuatro días son otra cosa. Es que tampoco sé si decírtelo. Es un

secreto que, de descubrirse, podría acarrear consecuencias graves, porque la generalidad de las personas no están preparadas para revelaciones de esta índole. Mis padres ¿sabes? procedían del planeta Vinagre, que está situado en otra nebulosa a miles de millones de años luz. Iban en una nave espacial que se quedó atrapada en la Tierra con todos sus ocupantes. Muchos de ellos, al tener que vivir en un medio extraño, murieron antes de que los científicos que iban a bordo pudieran descubrir la forma de hacernos inmunes a esta atmósfera, que para nosotros es irrespirable.

-Sí, y dicen que para los terrestres también.

-Bueno ¿ves? ahí sí que yo no puedo opinar porque mi circunstancia me coloca a parte de cualquier vivencia que podáis tener vosotros, pero no debieras interrumpirme cuando te confieso algo tan importante. Me cuesta un gran esfuerzo.

El movía la cabeza críticamente a un lado y a otro. Yo proseguía:

-Los que sobrevivimos quedamos muy maltrechos, y tú ya habrás notado que yo a veces tengo alteraciones inexplicables que son la secuela de aquella tremenda carencia que padecí. Sin embargo, el antídoto se logró cuando aún quedábamos algunos. Y ahora, cada x meses, debemos acudir a un centro secreto donde se nos inyecta un fluido luminiscente que nos permite vivir en la Tierra y mezclarnos con sus habitantes sin que se note que somos de distinta procedencia. Comprenderás ahora, Kawasaki, por qué me es imposible rendirme a tus requerimientos. Si lo hiciera, te causaría la muerte.

Ahora ya, una vez movida la cabeza lo suficiente a un lado y a otro, hacía lo mismo con el arco del violín, con lo que se ahorraba el buscar una

respuesta adecuada a mis sorprendentes revelaciones. ¡Cómo me gustaba darle marcha! ¡Y qué bien había aprendido yo a reconocer ese violín, como si fuera la propia voz de Kawasaki! Me eran inconfundibles el timbre y la cadencia que le imprimía e, incluso entre muchos instrumentos, hubiera sido capaz de distinguirlo. Era algo que me atacaba los nervios. Nunca he podido resistir los violines y casi ningún instrumento de la misma clase. Esas cuerdas tan tensas me ponen como ellas. ¿Quién dice que no van a saltar en cualquier momento dándote en toda la cara o a perpetrar acciones indescriptiblemente más siniestras? Admiraba su coraje eligiendo un oficio tan peligroso. Porque, además ¡cuidado que se lo ponía cerca!

Empapada estaba, pues, de conciertos y recitales de aquellos amigos y de sus reuniones y actividades. Hasta los ojos se me empezaban a achicar. Y en esta prolongada calma nos hallábamos cuando Kawasaki se quedó sin calcetines.

Los calcetines

No entendía yo aquella tarde, cuando llegué con Kimiko a la sala donde se daba el concierto, por qué él me miró como si viera una aparición y, sin que lo oyera ni viera Kimiko, me preguntó:

-¿Cómo lo has hecho?

-¿Cómo he hecho el qué?

Y muy serio se tiró hacia arriba de la pierna del pantalón y me enseñó el pie desnudo dentro del zapato.

-Yo no hago zapatos -le dije desconcertada.

Y no me miró con cariño cuando le dije eso. En verdad, raro estaba. Pero antes de que pudiera yo tener una idea más cabal de en qué consistía su rareza, tuvo él que sentarse con los demás músicos y yo me fui con Kimiko a colocarme entre el público.

Durante la primera parte del concierto me mató la curiosidad sobre qué era lo que quería Kawasaki que le viese en la pierna. Era peluda, pero era una pierna como cualquier pierna, cachillas; y tampoco me enseñó tanta como para darme qué pensar, sólo hasta la pantorrilla. Pero lo que vi fueron una pierna y un zapato. ¿Tenía que haber visto algo más? Pues estuve preocupada hasta el descanso por si me les había pasado algo a las dotes de observación. ¿Qué más tenía que haber visto? Tampoco pude apreciar ninguna marca, ni huellas dactilares. ¿Estarían allí las de alguna chica y me quería dar celos? ¡Lo mato! ¡A mí con provocaciones! Pero eso también carecía de lógica: las huellas dactilares en la piel no son perceptibles a simple vista, aun suponiendo que la piel ofrezca una superficie propicia para su permanencia, siquiera latente, y más con aquel amortiguador de vello viril.

Y el concierto proseguía y, por una vez, los violines subrayaban armoniosamente con la tensión irritante e irritada de sus cuerdas mi inquietud y desazón. Nunca antes pierna alguna me preocupó tanto. "¡Alto ahí, Loti! No puedes seguir así, dándole importancia desmedida a una pierna que, encima, no es tuya. Recupera la medida. No puede ser tan importante un trozo de Kawasaki." Eso me dije y muy a tiempo porque llegó el descanso y no hubiera querido que me viera preocupada. Así que, aunque formamos corrillo, nada le dije de piernas ni de zapatos. ¿Sería en el zapato donde

tenía que haber visto algo? Lo miré con disimulo. ¡Pero qué espanto de pies! ¡qué grandes eran! No me había dado cuenta hasta entonces.

Y por fin él se sitúa a mi lado y me dice:

-¿Por qué lo has hecho?

Desde luego ¡vaya pregunta! Imagínese que para uno a cualquier persona por la calle y le pregunta eso. Pues que se quedaría perpleja, como yo, porque pensaría: "¿Por qué he hecho qué?" Y eso pensé yo también. Un discurso absolutamente obvio y razonable. Pero parece que su estructura neurónica no le permitía a Kawasaki dar pasos mentales tan sencillos. Y eso me fastidió y no estaba yo por la labor de fingir con él instintos maternales de ésos que se dice que tenemos nosotras y que, de existir, son para los hijos y no para los japoneses, a menos, claro está, que reúnan la doble cualidad de ser hijos y de ser japoneses. Y se me dirá que esas dos cualidades las reúnen todos los que son japoneses, porque todos son hijos de alguien y no lo niego pero eso es precisamente lo que quiero subrayar: que, de haber instinto, éste ha de existir sólo para con los propios hijos porque, si no, se perdería la ventaja que tienen los hijos de serlo siempre de madre única. Sería espantoso tener más de una madre esperando que uno sea lo que ellas desean que sea uno por lo que, si Kawasaki no sabía pensar con claridad y expresarse con coherencia, que aprendiera, que también en su tierra tienen libritos y colegios y, creo que, ya desde antiguo, una tasa de alfabetización elevadísima y, en tiempos, hasta estudiaban chino. ¡Qué pesado! Por fin me aburrí y le dije con irritación:

-¿Qué esperas que te conteste si tú paras a cualquiera por la calle y le preguntas "¿Por qué lo has hecho?" ¡Ah, Kawasaki! Ya sé, ya sé, ¡oh, gran

artista! que algunos manicomios están enclavados en parajes de amenos riachuelos y bucólicas arboledas, pero ¿ha de ser precisamente esta tarde?

Y él, que pone cara de ternera degollada y me dice:

-No hagas como si no supieras nada. ¿Qué has hecho con mis calcetines?

Me quedo muda de sorpresa unos segundos y al final digo:

-Montar una fábrica de perfumes. ¿Qué menos? ¡No te fastidia!

Y le vuelvo la espalda y me voy, de tocadas que me tiene las narices. Pero... ¿Pero qué dice de los calcetines? ¿Por qué me ha preguntado eso? No soporto otro medio concierto de incertidumbre, así que vuelvo donde Kawasaki a preguntarle de qué va todo esto pero suena el timbre y él ya debe volver a su sitio.

Yo no digo que el sufrimiento físico no sea de más mortificación, pero de verdad que la tortura mental con complicaciones acústicas también es muy mala. Medio concierto para cavilar. Y todo el mundo sabe lo largos que pueden hacerse los conciertos. No creo que durante esa segunda parte dejara yo sin examinar una sola de las posibilidades que le caben a un calcetín. Lo hubiese matado, lo hubiese hecho sufrir. Ahora, que tampoco voy a ser yo de las que se las dan de duras porque una de mis virtudes es mi gran sinceridad y asequibilidad humanas y no voy a negar que sentía yo cierta conmoción dentro de mí por la persona de Kawasaki, recordando la cara de primo que tenía cuando me preguntó por los calcetines y viéndolo allí todo aplicado, con su frescura incluida, tañendo las peligrosas cuerdas. ¡Ay, Kawa, Kawa!

Al terminar la función le dije:

-¿Y yo qué tengo que ver con tus calcetines? Aunque tuviera que volverme fetichista encontraría prendas y propietarios más enaltecedores.

Y él:

-¿De verdad no me los has quitado tú?

Ante mi expresión de impaciencia, levanta la mano y dice:

-Está bien, está bien. Pensé que lo habrías hecho para vengarte del guante. Pero, entonces, no me lo explico. ¿Dónde están mis calcetines?

Después de todo, la velada iba a terminar con animación. He aquí que lo inexplicable había ocurrido y que la vida nos ofrecía algo más que su apatía. En el café donde fuimos todos después del concierto él se sentó a mi lado y, por encima de las tazas, se juntaron nuestras cabezas para que me llegara mejor su relato aunque luego ya se me escapara el valor descriptivo de pasarme la mano y el brazo por todas partes. ¡Pero que sinvergüenza era! Y me constaba, además, que mi trato no había obrado en él ningún milagro. Que se relacionase con japonesas, sobre todo solteras, no me importaba porque eran formales. Pero ¿y las otras? No obstante, volvamos a los calcetines, que estos otros temas tiempo vendrá de atenderlos como se merecen. Así pues, empezó Rendijas a contarme lo sucedido:

-Pues que me han desaparecido todos los calcetines. Resulta que llevo esta tarde de la Academia, me quito la ropa para ponerme cómodo y bajar a arreglar la moto...

Me acordé de repente y lo interrumpí:

-¿Tu tío no se iba hoy de viaje?

-Sí.

-¿Adónde iba?

-A Chile.

-¿Y no al Japón?

-Sí. En Japón estará de paso un día o dos.

-Entonces se los ha llevado él.

-¿Y para qué va a querer él mis calcetines si tiene muchos?

-Se los ha llevado a tu madre. Ella vive allí ¿no?

-Sí.

-Pues eso es. Se los ha llevado para que te los zurza.

-¡Qué tontería!

-Ya sé que con esta suposición traspongo rasgos que son propios de una cultura de Poniente a otra que no le es afín, pero algo tan común a todas las tradiciones del mundo como es la expresión del amor materno en una dedicación al bienestar material de sus crías, incluso después de que éstas han pasado la pubertad y superado los ritos iniciáticos, puede servir para arrojar luz sobre el suceso.

-Los calcetines de ahora no se zurcen, Loti.

Me quedé pensativa y, con la claridad mental que me caracteriza y tan airoso me hace salir de todos los problemas que exijan talento deductivo, proseguí ayudando a Kawasaki en sus indagaciones:

-¿Hay alguien que te odie?

-No. Que yo sepa... no. Bueno, aparte de ti.

-No confundas, Kawasaki. No confundas con odio a tu persona lo que no es sino mera negativa a prestar la mía a acciones a las que no pueda acompañar de mi profunda convicción. Y mis convicciones jurísticas en materia de...

-No, Loti, no me las expliques, que me gustas más sin convicciones. No sé de nadie que me odie.

-Lo decía por una razón: En El Perro de Baskerville, esa emocionante aventura de Sherlock Holmes que seguramente conoces, el asesino sustrae una bota a su víctima con el fin de que el perro se aprenda su olor y se lo pueda enviscar más adelante. Alguien que te odiase podría haberle dado a un perro tus calcetines.

-Pero casi todos estaban limpios. ¿Tú crees que los perros los olerían estando lavados?

-Los perros aunque los laves siguen teniendo olfato.

-Cuando digo lavados me refiero a los calcetines.

-Pues no sé, Rendijitas. Nunca he sido perro.

-Ya, ya lo sé. Solo extraterrestre.

-Sí, es verdad. Pero tengo que desengañarte al respecto y decirte que, por más que las películas y las historietas nos pongan por las nubes y nos atribuyan poderes excepcionales, lo cierto es que, en punto a olfato, somos una nulidad.

-Si me guío por ti, sois una nulidad en punto a algo más que el olfato.

-Eso no lo sabes. No tienes elementos de juicio.

-Todavía no. A lo mejor, si llego a hacerme con un poco de fluido luminiscente, lo consigo sin que peligre mi vida.

-Anda, Rendijas, déjate de sobar y de irte por las ramas y sigue con los calcetines.

-Si es que me distraes.

-Bueno, perdona. Ya no te distraigo. Estabas en que no te odia nadie, en que los calcetines no se zurcen y en que te habías quedado desnudo.

-Yo no dije que me había quedado desnudo. Dije que me cambié de ropa para estar cómodo y bajar a arreglar la moto.

-Dale marcha atrás a la cinta y verás cómo lo que dijiste es que te quitaste la ropa.

-¿Qué cinta? ¿Estás grabando lo que hablamos?

-No. Nunca se me ocurrió que fuera a ser de trascendencia histórica. Y en cuanto a la capacidad probatoria de las grabaciones en cinta, ya sabes que es nula. No era nada más que una manera de hablar.

-No sé como mi tío y Kimiko te aguantan.

-Son personas de discernimiento y saben apreciar mi calidad intelectual. Y tus calcetines deben de ser de ogro. Llevas ya no sé cuánto tiempo con ellos y todavía no se han terminado. ¡Cuéntalo de una vez! Te pusiste cómodo, bajaste a arreglar la moto y luego ¿qué?

-Pues bajé...

-¿Llevabas calcetines puestos al bajar?

-No, llevaba las sandalias, las ghetas. Y, cuando terminé de arreglar la moto, subí.

-¿Cuánto tiempo estuviste abajo?

-Como hora y media.

-¿Y tu respetado tío se hallaba en casa entonces?

-Mi tío se iba directamente al aeropuerto desde el trabajo. El avión salía a las 18.46.

He ahí una de las cosas que me gustaban de Kawasaki. No era uno de esos bobos imprecisos a quienes les preguntas algo y contestan de forma que tienes que volverles a preguntar y a preguntar. El no decía: pues mi tío se iba por la tarde, o mi tío se iba después de comer. No, ahí estaba: Un japonés eficaz y con reloj con el que se podría llegar muy lejos. Así lo había dicho él, sin titubeos, sin aproximaciones, sin divagaciones: el avión salía a

las 18:46. Un dato objetivo y no un decir "pues mi tío se iba a tal hora", porque, evidentemente, sin un avión que lo llevase, su tío no se iba a ninguna parte y la pieza clave en el transporte aéreo es el avión y él, Kawasaki, lo había comprendido así con una claridad que...

-Loti ¿escuchas? Parece que te has quedado pasmada.

-Que sí. Claro que te escucho. Sigue, sigue. El avión salía a las 18:46.

-Sí, y estuve arreglando la moto entre las 16:30 y las 18.00 y, entonces, subo, me baño, me preparo para salir, voy a coger los calcetines... y no encuentro ninguno.

-¿Y los que te habías quitado?

-No. Si ya se me ocurrió lavarlos y secarlos con el secador de pelo, pero tampoco estaban.

-Podías haberle cogido algún par a tu tío.

-También lo pensé y no encontré ninguno. Pero puede ser que haya sido porque se los ha llevado.

-¡Qué cosas tan misteriosas pasan en tu casa!

-Sí. Yo pensé que habías sido tú.

-¿Cómo voy a entrar yo en tu casa con la puerta cerrada? ¿O te la dejaste abierta? Si es así, te diré una cosa y es que, en la época moderna, hemos llegado a un grado tan elevado de desconfianza mutua que, si crees que te voy a censurar por dejar abierta tu morada, te equivocas. Tal vez se trate de una reacción exagerada pero al fin y el cabo sería también una auténtica y espontánea muestra de ingenuidad y confianza en tus congéneres. En cualquier caso, algo que en ti me parecería simpático.

-Pues no. La cerré. Lo siento por los congéneres.

-Entonces, quien entró en tu casa tiene que haber sido alguien que tiene llaves. Y, si con eso que has dicho de que a lo mejor fui yo, pretendes expresar un deseo inconsciente de permitirme acceso franco a tu intimidad, créeme que lo aprecio en lo que vale y puedo garantizarte que jamás haré uso indigno de tan señalada prerrogativa.

Me sentía orgullosa de mí misma.

-No, si la intimidad que yo te ofrezco es precisamente para que hagas uso indigno de ella y, ya sabes, Loti, cuánto tiempo llevo ofreciéndotela...

-¿Quién tienen llaves de la casa?

-Yo pensé que quizás mi tío tuvo que volver por algún motivo y que en ese momento habías venido tú y habías aprovechado para cogerlos.

-Aburres a las moscas, Kawasaki. Que no, que a mí esta tarde me reclamaban asuntos de mayor momento. Claro que tu suceso también tiene su importancia porque, sin calcetines, podrían hacerte rozadura los zapatos, y yo no tengo nada en contra de los defectos físicos pero donde esté un hombre que no cojee... En fin que los reparos estéticos me hubieran impedido a mí dejarte sin calcetines.

-No, si yo también me prefiero sin rozaduras, pero no las tengo. Mira, toca, toca si quieres.

-No, déjalo, no se te vaya a resfriar el piececito que, por hoy, ya lo has desabrigado bastante. ¿Y qué me dices de vuestra asistenta?

-Ella tiene llave. Por lo menos, yo la he visto abrir a veces pero hoy no le tocaba venir y no me imagino que haya venido sólo para llevarse los calcetines.

-Podría haberse llevado algo más.

-¿Algo más con calcetines? No se me ocurre. Sería una combinación muy rara.

-Oye, a lo mejor también os ha desaparecido algún guante.

-Entre tantos, eso sí que es imposible de averiguar.

-¿Cómo es que guardáis esa cantidad? Parece como si tuvierais una tienda.

-No sé. No son míos. Son de mi tío y cada vez tiene más.

-A los ancianos les suelen dar manías. ¿Tiene esa costumbre desde hace mucho?

-No lo sé porque es cuando llegué a Viena cuando me di cuenta de que guardaba guantes. Antes, como no vivía con él, no sé lo que haría.

-¿Por qué no averiguas desde cuándo los colecciona?

-No me atrevo a preguntárselo. Son guantes usados.

-Y, sin embargo, no tiene perro.

-No.

Se anuncia temporal

Nos quedamos en silencio. Fue el momento en que Kimiko, sin temor a interrumpir, me hizo partícipe de sus preocupaciones. Nos levantábamos ya y, camino de casa, me fue diciendo:

-El día 6 llega Takeo.

-¡Ah! ¡Qué bien! ¡Cuánto me alegro!

-Tengo miedo.

-¿Sí? ¿Por qué? ¿Es violento?

-Hace más de dos años que no lo veo y ahora no estoy segura de lo que voy a sentir por él.

-Pero tú lo querías ¿no?

-Sí. Y creo que estoy enamorada de él pero en todo este tiempo he pensado tanto en si se toma la vida con suficiente seriedad... A mí no me gusta estar aquí y que él en Japón salga sin control, con cualquier chica.

-Ya entiendo. ¿Tú crees que lo hace?

-No sé. Desde aquí es muy difícil de averiguar. También es verdad que, estando yo lejos, debiera comprender que él se divierta algo pero sufro y pienso si aquí, que hay tantas posibilidades y menos controles, no me va a hacer igual.

-No te tortures, Kimi querida. En última instancia, si no estás satisfecha con él, lo despides. Yo no entiendo mucho pero he oído decir que eres una contrabajista de primera fila y una chica con esas cualidades de arrojo estoy segura de que será capaz de alcanzar en la vida todo lo que se proponga. Y si no quieres dejar a Takeo a pesar de todo, dómalo. Normalmente, es lo que están pidiendo los hombres: que los domen. La tradición dirá lo contrario pero yo, que he reflexionado mucho sobre ello, te digo que la tradición es un topo. A los hombres lo que les hace felices es que les den marcha, mucha marcha. Ellos mismos no lo saben pero lo acusan. Así que ¡arriba ese ánimo, gran Kimiko, que Takeo y el mundo son tuyos! Y no le des ahora más vueltas, que cuando llegue el momento ya verás cómo sabes hacer lo más conveniente.

-¡Ay! ¡Me hace tanto bien hablar contigo! Tú siempre das ánimos y haces parecer todo fácil y posible.

Me despedí de Kimiko efusivamente. ¿Cómo pude confundirla nunca con una rival?

Los fondos del asunto

De vuelta en casa, volví a una de mis tozudas realidades que podía empezar a preocuparme en breve. Me puse a mirar cifras, facturas, recibos y saldos; a ponderar aquellos resultados todavía inconcluyentes de mi actividad de dos años y que el presupuesto y los fondos que había invertido en aquel proyecto, que con toda seguridad me iba a hacer rica, aún no fructificaban. Tenía que adoptar medidas eficaces y rápidas. Pero ¿cuáles? Una labor de aquella naturaleza no cabía apresurarla a voluntad. A Dios no me atrevía a pedirle que se diera prisa en darme ideas para ser rica tal como había proyectado porque el ser rica es un lujo pero no vendría mal que demostrara Él un tacto divino haciéndolo sin que yo se lo pidiera. Y se pensará, leyendo esto, que tengo trastocado el sentido de la fe pero lo dicho es sólo una manera de hablar y expresa ese deseo tan universal de ser feliz, rico y, además, bueno, sin tener que renunciar a nada para ello y que yo soy muy universal en mis deseos. Porque, si por sentido erróneo de la fe fuera, ocasión hubiera tenido, cuando le desaparecieron al mono los calcetines, de pensar que era un castigo de Dios y, sin embargo, no lo pensé porque nunca he visto que su alta justicia se tome molestias tan puntuales, antes sospeché que la desaparición obedecía a una causa bastante más terrenal. Se me ocurrió por ejemplo, y debido a la influencia de la literatura japonesa, que

tal vez había habido una oferta de reencarnación en medias y los calcetines de Kawasaki la pillaron al vuelo, en cuyo caso lo más acertado consistía ahora en averiguar si a alguien, de repente, se le habían aparecido muchos pares de medias. Especulaciones aparte ¿qué demonios podía haberles sucedido a esos calcetines?

Las compras de la señora Tatsuta

Y, hablando de fe, parece como si, en efecto, a veces el destino se empeñase en trastocarnos su sentido ya que al, día siguiente de esta reflexión, vi a la señora Tatsuta en horas de comercio, precisamente en la Sociedad de Suministros de Laboratorio. Me sorprendió encontrarla allí. La encargada que la atendía le preguntaba:

-¿Para qué lo necesita, señora?

-Para análisis de hemocianina.

Me quedé clavada. ¡No era posible! ¡Tatsuta! Tatsuta Yasue, la conocida del Dr. Kasikaze, la protegida del Representante Permanente Akiyama Noburo, la respetable viuda señora de Tatsuta, compraba reactivos para hemocianina. Pues era sorprendente. Ella estaba a lo suyo y no me vio. Compré lo que necesitaba y me dije que tal vez la señora Tatsuta guardaba relación con el medio rápido y eficaz que yo buscaba para no acabar con mis reservas antes de hacerlo con mis experimentos.

En que Kawasaki averigua demasiado y yo demasiado poco

Me hallaba ya en casa embebida en el trabajo tratando de disponer la próxima fase y de recopilar mentalmente todo lo que sabía de Tatsuta, cuando llamaron al timbre. Era Kawasaki Rendijas.

-¿Qué tal, Rendijas? ¿Qué quieres?

-¿Puedo pasar?

-Espera.

Quitó de en medio todo lo de aprender japonés que tenía por allí encima y que no le interesaba y volví a abrirle la puerta.

-¡Qué de secretos tienes! Mi tío y yo, cuando vienes a vernos, no andamos escondiendo cosas antes de abrir.

-Tu tío y tú no sois una mujer sola que ha de cuidar por sí misma de su reputación e ingresos.

-¿Y eso qué quiere decir? En mi vida he conocido a una persona que emplee tantas palabras para no decir nada.

-Venga, no me riñas. ¿Qué te trae?

-¡Anda! ¿Es éste tu pasaporte?

¡Bueno! ¡Ya la habíamos liado!

-Kawasakisan, no te he otorgado permiso para husmear en mis pertenencias. ¿Tienes la amabilidad de depositar ese documento de viaje en el lugar de donde lo tomaste?

-Según la fecha de nacimiento que pone aquí, me llevas casi dos años.

-Casi dos años y unas cuantas vagonetas de neuronas, pero no dejes que eso te inquiete, los tontos sois más felices.

-Lugar de nacimiento: Los Balbases (Burgos). ¿Dónde está? ¿Es un pueblo?

-Los Balbases es un nobilísimo lugar de la provincia de Burgos, cuna de sublimes dulzaineros, que cuenta con 600 habitantes, campos ensoñadores y bellos monumentos.

-Ya voy yo a mirar luego en el mapa dónde queda exactamente. Oye, ¿y cómo es esto? Aquí pone: Nombre: Clotilde Alvarado Medina. ¿Por qué dices que te llamas Lothilde?

-Eso es un error de la Dirección General de Pasaportes que me inscribió mal el nombre. En lugar de poner C. Lothilde, lo juntó y omitió la hache.

-¿Y la "C" qué quiere decir?

-Carmen. Carmen Lothilde es mi nombre.

-¿Y lo de Lothilde es un nombre español? Carmen sí que me suena a español, pero Lothilde no.

-¿Es acaso tu nombre? No, ¿verdad? Pues, entonces, déjalo. Me llamo Lothilde y basta.

¡Qué mal rato! Yo que con tanto ingenio había logrado transformar mi nombre librándolo del tufo pueblerino... Y he aquí que ahora Kawasaki, precisamente Kawasaki, había pronunciado esa palabra que me martirizaba desde la infancia, volviendo inútil la sin igual inventiva con la que había logrado imprimir una cierta distinción y un toque de walkiria a mi sacrificado nombre. El sonreía con malicia y ante aquella mirada burlona me sentía desnuda.

-Bien, no me has dicho a qué has venido.

-La asistenta no estuvo ayer en casa.

-¿Y bien?

-Ayer limpiaba en casa de la señora Tatsuta.

¿Tatsuta?

-¿Y la señora Tatsuta a qué se dedica?

-A ciencia cierta, no lo sé.

-¿Y a ciencia incierta?

-¿Cómo?

-Que de qué vive.

-¡Ah! Es viuda de un profesor de la Universidad de Nagasaki que era amigo de mi tío. Tiene una pensión de viudedad y creo que bastante dinero, porque el Profesor Tatsuta concertó un buen seguro de vida.

-¿Le gusta comer? -yo quería llevar la conversación al terreno que me interesaba pero no sabía muy bien cómo hacerlo.

-Supongo que sí. Lo normal. No me he fijado. Bueno, una vez estuvimos en su casa y nos sirvió unas pastas.

-¿Te das cuenta, Kawasan? Si a ella le diera por los calcetines como a tu tío por los guantes, se complementarían muy bien... Oye, eso de los guantes ¿no será hereditario? Porque tú...

-Lo mío fue fortuito. Cogí lo que pude.

-Muy propio de ti. ¿Vas a ver pronto a la señora Tatsuta?

-Supongo que la veré esta noche en casa del Embajador Watanabe. Pero no le puedo preguntar allí, así por las buenas: "Tatsutasan: ¿Se coló usted ayer en mi casa y me robó los calcetines?"

-¿Y no podría haberlo hecho para lavarlos?

-¡Loti!

-En realidad tampoco podemos estar seguros de que los cogiese Tatsuta porque la asistente estuviera ayer en su casa.

-No. Claro.

-¿Y Watanabe y ella tienen mucha amistad?

-Yo diría que él le tiene mucha consideración. Pero a Watanabe sí que no me lo imagino preguntándole a nadie si sabe algo de unos calcetines.

-No, un diplomático ni hablar. Las meteduras de pata se les dan bien pero jamás reconocerían saber algo de cosas tan a ras del suelo como unos calcetines. ¿Y de qué conoce Tatsuta a Watanabe? ¿Qué estudios tiene Tatsuta?

-Me preguntas demasiado. Normalmente yo no pienso en Tatsutasan.

No, claro. Podía imaginarme en quién pensaba él y sufrir rumiando mis sospechas y sus ausencias pero no iba a hacerlo.

-¿Por qué no averiguas sobre ella todo lo que puedas? Pregúntale a Watanabe. A la misma Yasuesan con discreción galante también le puedes hacer preguntas. ¿Y Akiyama estará en la cena?

-No lo sé.

-Si está, sonsácale. Él es muy amigo de ella ¿no?

-¿Pero qué mosca te ha picado con Tatsuta? ¿Por qué de repente te interesa tanto?

-No sé. Me parece una persona muy particular y es ahora cuando me doy cuenta de que la he visto innumerables veces y, sin embargo, no sé nada de ella.

Aparte de la hemocianina, claro.

Despedí a Kawasaki y por la tarde llamé por teléfono a Kimiko. Lo cogió su madre, la señora Kamei. Metí la pata. La metí. Le pregunté si ella también iba a la cena de esa noche. Tras el espeso tapiz de su amabilidad pude apreciar cierto disgusto cuando dijo que no, que, aunque Kawasaki sí

iqué bien! estaba invitado, y la señora Tatsuta también iqué bien! estaba invitada, ella, la señora Kamei y sus hijas, Taneko y Kimiko, no estaban invitadas. Desde luego, sí que metí la pata iy bien que intentaba sacarla! Y la saqué, con duros equilibrios, pero la saqué.

-Pues entonces, mi respetada Kameisan y, siempre que no tengan prevista ninguna otra cosa, me parece magnífico porque precisamente acabo de recibir el libreto de protozarzuela que le interesaba a Taneko y no podía con la impaciencia de enseñárselo. Si están libres esta noche me harían un honor viniendo a mi casa para verlo juntas. Sería una ocasión magnífica.

¡Nada hay como la previsión! Ella, y las buenas y nutridas relaciones, son al ser humano lo que la providencia a Dios. Contar con personas en todas partes que le hagan llegar a una todo tipo de objetos de vez en cuando cuesta sellos pero es el salvoconducto para transitar entre los escollos del trato social. De la voz de Kamei Mitsue desapareció el regusto de disgusto. Menos mal. Pobre mujer. Encima de que no la invitaban a las altas cenas...

Me venía fatal. Tenía la nevera vacía y la ciudad las tiendas cerradas. ¡Hombre! Pues, mira por donde, Rendijas me lo iba a solucionar. Además que sabía yo que su tío le había dejado un montón de compra hecha en el economato de su trabajo.

Es justo que consigne que también Kawa tenía buenos detalles. Me quería regalar las gambas y el salmón y el caviar, mientras se moría de curiosidad por saber quiénes venían a cenar a mi casa. "Unos japoneses", le dije.

-Toma. Llévate también el foie-gras. ¿Los conozco yo?

-Espera. No saques más que aún no he apuntado lo último.

-Pero no apuntes nada. No tienes que devolver nada.

-Te responderé con un proverbio catalán, respetado Kawasaki: "Las buenas cuentas hacen los buenos amigos". No lo olvides nunca. Aunque jamás nos volviéramos a ver, aunque el destino nos llevara por siempre a separar, conserva en memoria mía, te lo ruego, la sabiduría de esta máxima tradicional.

-¿Los catalanes de qué planeta son?

-Ya te presentaré a alguno para que se lo preguntes porque ésa es una cuestión en la que la prudencia me exhorta a no meterme.

Le di rendidas gracias. Le desee una grata velada, hice votos por que su tío llegara a Chile con toda felicidad, por que su futuro como músico fuese brillante...

-Ten cuidado, Loti, que se te están empezando a descongelar las gambas y van a gotear.

¡Qué delicadeza! Tenía estas cosas. Alternancia de desabrimiento con atenciones conmovedoras al detalle. Hasta algo tan insignificante como una gamba le daba pie para mostrar su talante caballeresco.

La cena fue entretenidísima. El estar entre mujeres solas permite una amplitud de expresión que es liberatoria de las inhibiciones y metabolizadora de las toxinas psíquicas. Oxigena, da gozosas alas, el poder decir lo que realmente se piensa de la totalidad cósmica y del papel que a cada uno corresponde en ella sin el flagelo de la hipersensibilidad masculina. Hace bien de vez en cuando licenciar al policía que guarda nuestros modales y celebrar abiertamente y en voz alta el pertenecer al sexo evolucionado. Porque, curiosamente, los varones, con todo y haber sido uno de ellos quien enunció el principio, no son muy dados a la práctica de la evolución. Y es lo

contradictorio del caso que, a pesar de eso, a mí me gustara tanto el mono Kawasaki, cuyo estadio evolutivo debía de ser el de la lechuga. Tal vez ello constituya el misterio de la atracción de los opuestos. Lo que sí era injusto y, por tanto, para mí, más misterioso, era que la lechuga atrajera más a la hembra evolucionada que la hembra evolucionada a la lechuga. Claro que también podía ser hambre. ¡Misterios del cosmos! Y es la conclusión a la que llegamos las cuatro, tres niponas y una española, que el cosmos es mucho cosmos. Y a ella llegamos después de decir cantidad de burradas, que por eso nos lo pasamos tan bien. Eso en cuanto al Cosmos: ahora que, pormenorizando un poco más, intentar sonsacar algo sobre la señora Tatsuta era pinchar en hueso. Había reticencia y no sabía por qué. Tatsutasan, sí, era admirable, buenísima señora, sí, venida a Viena. No, no sabemos por qué vendría, tal vez para superar la pena de su viudedad. Muy triste, sí, y, al no tener hijos, difícil de compensar.

Aquello no me explicaba el porqué de sus compras de reactivos para hemocianina.

En que se aclara quiénes pueden y quiénes no pueden entrar en esta novela

Me moría de impaciencia esperando la tarde del sábado en que Kawasaki había quedado en contarme cómo había ido la cena.

Y llegó. Y yo, que había estado ocupada y dándome toda la prisa imaginable para estar en casa antes de la hora, lo estuve. Y esperé a que

llegara la hora. Y llegó la hora. Y pasó la hora. Y pasó una hora. Y pasó hora y media. Y juré que cuando elaborase el crimen perfecto lo mataría.

No, Loti, me decía, no te enfades contigo misma, que es malo para la salud. Odialo pero con serenidad. No dejes que te puedan las emociones.

Salí por ahí a dar salida a los humos. ¡Tate! Y al volver a casa me digo: "Oye ¿no es Kawasaki ése que va ahí delante y no es ésa su voz?" Pues sí que lo eran. Y subió a casa a un minuto de mí. Con una rubia. Y esta vez era rubia de verdad y no de rivalidad. Tuve que esperar a que bajara otra vez el ascensor y todo. Me daban unas ganas casi irreprimibles de fastidiarle la tarde como él me la había fastidiado. Volví a salir a la calle para serenarme. Era absurdo perder el tiempo de esa forma. Estos excesos de emocionalidad son uno de los aspectos de mi carácter que aún me quedan por perfeccionar. Tal vez el mono era la persona que me enviaba el destino para triunfar sobre mí misma.

Así que anduve dando vueltas. Y me podía imaginar perfectamente lo que haría con ella. Porque ya me había enterado yo de que no es corriente en Japón que los jóvenes toquen instrumentos tradicionales como el samisen. Les da más por la guitarra y las modas occidentales y, si Kawasaki se había aplicado a ese instrumento folklórico unos meses antes de venir a Austria, era, según propia confesión, porque se le ocurrió que, presentándose ante las europeas formalitas envuelto en un poco de exotismo, éstas caerían en sus brazos como chinches. No es que no le gustasen las que no fueran formalitas ¡qué va! ¿Qué tenían de malo? Pero el llevar al huerto a corderitas inocentes en esas lides, si es que las encontraba, claro, representaba un desafío mucho mayor y más emocionante. Ese trabajárselas tirándolas de uno y otro hilo hasta hacerlas

flaquear en sus adentros y ver luego cómo caen todas simplonas creyendo que son especiales tiene alicientes que compensan de cualquier pérdida de tiempo. A lo mejor esta rubia no era de las que necesitaban concierto exótico pero sólo imaginar que con ella fuera a hacer lo mismo que conmigo me enfurecía. De alguna forma tenía que pasar aquella tarde de sábado, pero no podía pensar en ver a nadie con la rabia que sentía. Y al fin, después de devorar calles como si tuviera prisa, entré en un *expreso*. Y allí estaban. El y la rubia. Esta vez me fui derechita a ellos.

-Hola, Kawasaki.

-Hola, Loti. Mira, ésta es Gerda, una compañera. Loti.

-Hola.

-Hola.

-Hola

-Hola.

Ninguno me decía que me sentara y Kawasaki tampoco se atrevía a hacerme signo en contrario y yo no me iba. Ganó su instinto de conservación.

-Siéntate, Loti. ¿Qué tomas? -me preguntó.

Pedí lo más caro de la carta. La rabia hace perder hasta la elegancia congénita. Gerda no se sentía cómoda. Y yo sabía que se iba a sentir aún menos porque era mi intención volcarle encima la sopa de gulash, que, además, mancha. Injusto, desde luego, pero es una de las propiedades de la rabia el tener consecuencias de elevado costo económico. Hice un movimiento torpe y izas!: la sopa de gulash encima de Gerda. Me consterné exageradamente, agarré servilletas, las mojé en agua y, a pesar de sus protestas, le extendí la mancha todo lo que pude. El mono Rendijas no sabía

dónde meterse. No hay nada que tanto moleste a los hombres como que una mujer los coloque en situaciones embarazosas. Por eso ellos se vengan de vez en cuando colocando a las mujeres en situaciones embarazadas. Ahora que quien los coloca a ellos en tales situaciones, no hay que confundirse, es siempre la que tiene la sopa de gulash encima.

Yo no. Yo estaba impecable. Pero no me quedé. Me marché. Y lo dejé a él con su embarazo y mis hipócritas disculpas y cien chelines a Gerda para la limpieza en seco porque nadie, nadie, podrá decir jamás que yo juego sucio.

El domingo me levanté tarde, pasé la mañana dedicada a mis quehaceres y, luego, el lector pensará que buscaría algún motivo para ir a ver a Kawasaki y si seguía con Gerda. Pero el lector se equivoca. La escena de anoche me ha supuesto una llamada de atención de la autora de esta novela. Esta novela, me ha dicho, es una novela de una española y 47 japoneses y, siendo así que hay ya tantísimas novelas de austríacas y de austríacos donde están glosados con más gloria que la que yo pudiera darles, no está justificado que salgan en ésta. Y aun cuando es cierto que como nacionalidad pudieran quedar en desventaja por no ser como ésta las otras novelas en las que salen, ni se deben al peculiar talento de esta autora, habrán de esperar, si lo desean, a que escriba una con ellos. Forzoso es reconocer también que la rigidez alcanza a diestro y siniestro, porque, por no meter, no me ha dejado meter ni siquiera a los portugueses, que son del país hermano y poseen un sublime perfil histórico y una trayectoria marítima sin parangón y en todo son un dechado de equilibrio, sobre todo los artistas de circo. Pues ni siquiera ellos, los lusitanos, han conseguido franquear las tapas de este libro, el corsé de estos capítulos, la tupida malla de estas letras. Dejo, pues, a la elección del amable lector el adjudicarle a Gerda

alguna gripe o algún herpes genital que la haga desaparecer del relato. Aunque, teniendo en cuenta que todavía queda mucha novela y que no se sabe lo que puede ocurrir, yo agradecería que no le diesen ninguna enfermedad infecciosa. También sería una idea mandarla a la mili, pero no: luego resulta que los soldados tienen permiso y son los que más se matan por ligar. Tal vez lo más indicado sea aprovechar las garrapatas de por aquí que transmiten la meningoencefalitis, lo que la eliminaría de una manera muy efectiva y con sabor local. Yo, por mi parte, aunque haya supuesto el haberme señalado un desliz en mi narrativa, alabo el gusto de la autora. Una tiene ya bastantes dificultades con este hombre sin necesidad de añadirle ninguna Gerda.

En que no se anuncian calmantes pero sí dolor

¿Quién iba a suponer que aquel fin de semana se estaba gestando uno de los momentos más calamitosos para mi bienestar físico? Y aunque yo no dude de la existencia de las premoniciones, debo confesar que premonir de todo aquello, yo no premonía nada.

Sí: en aquella comida de grandes personajes de la colonia japonesa, a la que Kawasaki iba a asistir y la familia Kamei no, es seguro que hablaron de cosas muy importantes, de cosas menos importantes e incluso de cosas nada importantes. Y hablaron, desde luego, y no sé cómo llegarían a ello, de cosas estrafalarias. No me lo contó Kawasaki el domingo. Yo maldita la gana que tenía de verlo y él seguro que muy animado no estaba a enfrentarse

conmigo después de esos acontecimientos que acabamos de tachar. Total, que fue Tatsuta, la mismísima señora Tatsuta, la que me lo dijo el miércoles siguiente cuando fui a verla, después de conseguir hacerme con una revista científica en la que aparecía el nombre de su marido y así tener el pretexto de enseñársela para visitarla, pretexto que también me permitió hablarle de laboratorios y alabar la calidad de entretenimiento que tiene la ciencia, su capacidad de absorber a las mentes que desean distracciones realmente humanas y de valor. Quería evitar decirle que la había visto en el almacén de suministros científicos, por si le parecía indiscreta, y lo que hacía era preguntarle:

-¿Y no le interesaría alguna vez hacer investigaciones técnicas o científicas, aunque sólo fuera por seguir la tradición de su venerable esposo? Yo, personalmente, encuentro, por ejemplo, que la zoología es apasionante. Ver cómo reaccionan los animales a un estímulo y a otro; cómo los diversos cruces dan lugar a sutiles diferencias en esas reacciones, lo que a su vez permite cincelar patrones de conducta aquilatados; cómo luego esos patrones se alteran, ya sea levemente...

-Querida niña. Las cosas sutiles no sirven para nada y las leves no se notan. No quiero descorazonarte, pero todo lo que dices de cruzamientos es muy lento. Si a mí alguna vez me diera por esas actividades, desde luego, emplearía métodos rápidos. De cualquier forma, todo esto es hablar por hablar. No me gusta perder el tiempo en especulaciones y en pensar lo bonito que sería si hiciéramos tal o cual. Lo que se quiere hacer se hace y huelga para ello marear la perdiz. Demasiadas perdices se marean hoy en día.

-¡No me diga! ¡No me diga que también ustedes en Japón usan lo de marear la perdiz!

-Hay quienes sí lo hacen, querida niña, y dicen que eso es paciencia y perseverancia y rigor y no sé cuántas cosas más, pero yo digo que eso no es nada.

-Es usted una admirable mujer de acción, Yasuesan. ¿Y, entonces, el investigar por su cuenta nunca se le ha ocurrido?

Bueno, pues ya se lo había preguntado directamente y más no podía hacer.

-Si yo hubiera decidido investigar por mi cuenta, querida niña, haría que el mundo se enterara. No me andaría por las ramas.

La señora sería muy directa, pero eso no quería decir que fuese permeable. Estaba claro que lo que quisiera saber de ella tendría que aprenderlo por medio del espionaje. ¡Maldito Kawasaki! El tendría que saber cosas por su tío o, al menos, podría averiguarlas. Otra cosa que también podía hacer yo era seguir a donde quiera que fuese a la señora Tatsuta, pero no me convencía: eso que se da por pan comido en otras novelas no es tan fácil. El seguido, suponiendo que seas listo y no te descubra, aprovecha siempre que tienes que dormir o comer o trabajar o hacer la compra para dedicarse a hacer eso precisamente que quieres averiguar. De momento, emprendí la retirada machacando, por sí caía algo, sobre lo apasionante que puede ser la experimentación.

-Sí. Eso debieron de pensar en la cena del sábado pasado cuando encargaron al sobrino de Yamamoto que te propusiera el combate de boxeo.

-¿Que me propusiera qué?

-¿No te lo dijo el chico Eiji? ´

Él se encargó de organizarlo y de proponérselo a Kimiko y a ti. Un combate internacional de boxeo. ¡Qué ganas de perder el tiempo!

-¿Pero por qué tiene que proponerme a mí un combate de boxeo? Si quieren organizarlo, que lo organicen. No creía que fuera yo tan importante como para contar conmigo a la hora de proponer un combate de boxeo.

-Pues es lo menos. Si esperan que te subas a un ring para dejarte dar de puñetazos tendrán que decírtelo antes. Porque sin avisarte, no te vas a dejar pegar.

Pero bueno, esta gente se pasaba. Yo no sabía si era que yo tenía alucinaciones o que la señora Tatsuta desvariaba.

-Yasuesan, entender, lo que se dice entender, no entiendo nada. ¿Por qué me van a pegar a mí?

-Tú y Kimiko. Pensaron que eran las fuerzas más igualadas y más simpáticas. Eso decían: simpáticas. Para darle atractivo. Habría apuestas y todo lo que se recaudase de ellas y de las entradas sería a beneficio del Fondo de Damas Japonesas Protectoras de la Música o algo así. Fue el sobrino de Sadao Yamamoto el que tuvo la idea. Dijo que el boxeo entre hombres era brutal y demasiado serio y que un combate entre dos chicas, como pasatiempo, sería algo simpático que nadie se querría perder y con lo que se podrían recaudar muchos fondos para comprar instrumentos. Además, y aprovechando que hay confianza contigo, que eres extranjera, el combate sería internacional y doblemente apasionante.

-¡Pero ese chico es imbécil!

-No sería educado por mi parte contradecirte. Lo que me extraña es que aún no te haya dicho nada. El se ofreció de árbitro.

Pensaba en mí. Estaba claro que pensaba en mí. Era un memo indecoroso pero pensaba en mí. Mientras estaba en aquella cena, se le ocurrió organizar conmigo un combate de boxeo.

-¿Y encima piensa hacer de árbitro?

-Sí. Dijo que le encantaba. Supongo que para poder sobaros en los clinch.

¡Qué espanto! A mí todavía me podía la incredulidad.

-¿Pero cómo pudo surgir semejante idea?

-Ya te digo que se le ocurrió al sobrino de Yamamoto; y luego la señora de Akiyama terminó pensando que era una buena ocurrencia y muy simpática y, como ella es la presidenta de las damas de la Unión Musical, o como se llame... (Hay tantas asociaciones de patrocinio que ya me pierdo) ...todos los demás se fueron convenciendo. Yo, desde luego, prefiero a los profesionales que saben pegarse. Entre Kimiko y tú dudo de que se vayan a ver buenos golpes.

Me encogí, sintiéndome ya tabaleada en cara y cuerpo y no dudaba yo tanto como Tatsuta de que los golpes no fueran a ser buenos. Para mí, seguro que iban a ser lo suficientemente buenos. ¡Pero qué mamarracho era Kawasaki! Lo quería y lo odiaba. Lo quería matar y achuchar al mismo tiempo. No tenía remedio: era un golfo y en las cenas de sociedad pensaba en mí -y en Kimiko. Tenía gracia. O no, según se mirase. Acompañé a la señora Tatsuta hasta la tintorería y luego me volví a casa. Me llamó Kimi.

-¿Sabes ya lo del encuentro de boxeo?

-Algo me ha dicho Tatsutasan.

-¿No te ha hablado Eiji?

-No.

-¿Estáis enfadados?

-Por lo que yo puedo apreciar, estamos incomunicados.

-¡Vaya! ¡Con lo buena pareja que hacéis!

-¿Sí? ¿Pareja de qué?

-Pareja de dos.

Esta Kimiko a veces se herniaba. Cambié de tema:

-¿Y a ti te parece bien lo del combate de boxeo?

-Sí. ¿No te parece divertido?

-Pero nos vamos a deshacer la cara y las tetas.

-No. Ya está todo pensado. Nos pondremos petos protectores y guantes muy, muy mullidos.

Y yo me pondría una media en la cara para que no me reconociera nadie. ¡Pero qué cosa y qué idea tan esperpéntica! ¡A un majadero como el Rendijas tenía que habersele ocurrido!

-Va a ser internacional.

¡Qué maravilla!

-Mi nombre de guerra va a ser "La Potranca de Kamakura".

Pero esta Kimiko estaba fuera de sus cabales, completamente desatada.

-¿Qué nombre de guerra te vas a poner tú? Podrías ponerte algo alegórico como "El Toro de Madrid"...

Las payasadas se apilaban: "El Toro de Madrid", ¿qué te parece?

-... o "El Heroísmo de Numancia".

¡Otra! Dije:

-"El Tsunami de Pamplona", me voy a llamar "El Tsunami de Pamplona".

O sea, que los japoneses ya se habían enterado de lo de Numancia. El mundo me iba pareciendo una masa amorfa y gelatinosa en una deriva sin

horizontes. Mi respuesta sería "El Tsunami de Pamplona". Me vengaría dejándolos confiarse con el tsunami y viéndolos retorcerse luego en el intento de pronunciar "Pamplona".

Los días que siguieron a estas revelaciones y precedieron a su objeto los pasó Kimiko probándose pantaloncitos, probándose botitas, probándose camisetitas y probándose guantazos. Se probaba modelos y se los volvía a probar. Estaba exaltada y se ponía delante del espejo y se miraba y remiraba y lanzaba directos de izquierda y de derecha y colocaba guardias. Me iba a deshacer. Era la suya una violencia impregnada de alegría. Y no se iba a suspender el combate. ¡Qué va! Era el tipo de idea demencial que prendía en terreno fértil y que, así se hundiera el mundo, saldría adelante.

-¡Anda, Loti! Vamos a ensayar. Mira, tú podrías ponerte unos "shorts" con el reborde rojo y amarillo y unas borlitas a juego en el escote.

La única indumentaria que en todo aquello me convencía era la de la media en la cabeza. ¡Si al menos Rendijas me hubiera cortejado aquellos días para que yo también hubiera podido volverme loca...! Pero no me llamaba, no pasaba por casa, no se dejaba ver. Sólo sabía de él por intermediarios. Y me hundía. La apatía había colocado en mi corazón su silla negra para, desde ella, gobernar todos mis pensamientos...

Segundos fuera

"Señoras y señores, distinguida concurrencia: ¡El combate más interesante de todos los tiempos va a celebrarse, nada más y nada menos, que en este cuadrilátero! ¡Por un lado: el heroísmo, el sacrificio, la disciplina,

el entrenamiento y la garra femenina de la gran pugileza asiática, orgullo de las Islas del Sol Naciente, los puños formidables de "La Potranca de Kamakura"!!!".

Estruendosísima ovación, con la que se venía abajo aquella sala alquilada para el acto, y "la Potranca de Kamakura" que se pasea a lo Muhammad Ali saludando en triunfo en todas direcciones.

"¡Contra la rival más formidable y más temida de la historia del boxeo! La pugileza más contundente, más estremecedora. La furia ibérica, la cólera de los elementos transformada en puños, el orgullo inquebrantable de Numancia, la embestida feroz de: "El Tsunami de Pamalapula"!!!"

¡Eso es! ¡Que no se vean faltos de variedad los nombres propios, que aburre oír siempre lo mismo! Por lo demás el "Tsunami de Pamalapula" no solo no saludó en triunfo, sino que se mostró como un tsunami de barreño. El de las presentaciones era Takajima Seiji y, ahora que ha terminado de hacerlas, juro por mi honor que no he sido yo quien ha contado a los japoneses lo de Numancia y creo casi que la culpa habría que echársela a alguna enciclopedia de esas que contienen el saber universal.

A pesar de lo fogoso del anuncio, para mí aquél fue otro día negro que añadir a los anteriores. Como ya he dicho, no había visto a Kawasaki desde que eliminamos a las personas ajenas a esta narración. Todo lo relativo al combate me lo había hecho saber por terceros, principalmente a través de Kimiko. El peto protector de material plástico, como los que se usan en esgrima, lo compró él y se lo dio a mi querida contrincante para que a su vez me lo diera. Las instrucciones, todo, me lo había hecho llegar indirectamente. Yo estaba sumida en pensamientos lúgubres y me ocupaba de mis asuntos como el condenado que sigue hasta la jornada última su

rutina diaria. Las palabras y gestos de simpatía con que se me animaba los días previos al combate y la tarde misma antes de subir al ring habían caído en saco roto. Kawasaki me tenía deprimida y no lo podía evitar.

Al contrario que Kimiko. Ella disfrutaba con una alegría enorme de aquel acontecimiento y me susurraba "¡Animo Loti!", mientras me castigaba, como dicen los periodistas deportivos, completamente convencida de su identidad de boxeadora. Yo no era yo. Allí, sobre el ring, a la vista de todo el público, donde Gerda hubiera barrido a Kimiko de un escobazo, me sentía como lo que era, una pobre pueblerina incapaz de hacer ningún papel en ninguna parte. Hasta la leyenda negra me la creía y me pesaba, y me agobiaba una sensación de fracaso total. Los golpes de Kimiko me sumían en el más irremediable abatimiento. Los ganchos y directos que había estado aprendiendo parecían haberseme filtrado hasta algún lugar inalcanzable del cerebro sin que tuvieran capacidad de acudirme a las manos. Y eso que la concurrencia era toda deportividad y alegría y me jaleaba agamberradamente y sin reservas y, cuanto más me animaban a colocar algún golpe, más ridícula me sentía. Mi único respiro era el clinch y aun ése me lo vedaba Kawasaki porque era en los clinch donde, como había anunciado Tatsuta, me sobaba y, aunque aquél no fuese el momento de sentirme sensible a su tacto, me sentía, lo cual acentuaba mi sensación de estar vencida en todo. ¿Qué pensaría de mí, sin haber sido capaz de dar ni media batalla en el ring cuando él me eligió para ese combate? Estaba al borde del llanto. Y entonces, en una de las ocasiones en que nos separó pasándome la manaza por el vientre, me guiñó el ojo y yo me fundí. Soy una blanda y, aquella tarde, hasta debía de ser sentimental. Me dije que ya estaba derrotada pero que aquel guiño parecía indicar que aunque fuese

ridícula, él me tenía simpatía. Sentimental total, lo reconozco. Y el sentimentalismo en aquella ocasión se tradujo en algo de eficacia. ¿Y qué se va a creer él cuando se dé cuenta de que sólo por guiñarme el ojo ya me rehago y pego? Hubiera podido importarme en otra ocasión pero finalmente aquélla era la tarde de mi fracaso y ya estaba hecha a la idea de que también a los ojos de Kawasaki había quedado sin dignidad. Que piense lo que quiera, me decía. ¿Qué lo mismo da? Beberé de mi amargura hasta apurar el postrer sorbo y ya amanecerá otro día. ¡Si por lo menos sólo me derrotara a los puntos y no por K.O....! Me derrotó a los puntos y encima dijeron, y era trampa, que eran muy pocos puntos. Se referirían a que por fin no me tuvieron que coser. El cuerpo, claro. El alma era otra cosa, ésa no era necesario coserla porque era siniestro total. Y luego vino el colmo, que fue lo del manoseo verbal de la simpatía. Empezó Kobayashi: "Enhorabuena Lotisan, ¡Tiene unos puños temibles! ¡Ha estado muy simpático!". Y luego Nagamatsuya: "Una velada verdaderamente simpática". Y Koyama: "¡Qué acto tan simpático! ¡Hay que felicitar a quien tuviera la idea! ¡Qué chicas tan peleonas!". Y Kawasaki, cuando conseguí entrar en el vestuario hecha una pena: "¿A que ha estado simpático?".

¡Hijo de tal! Después de aquel guiño, una podía haber esperado algo especial ¿verdad? Y después de que me asistió y de que estuvo poniéndome en condiciones físicas auténticamente solícito una vez concluido el asalto, se hubiera podido esperar alguna mayor intimidad ¿verdad? Pues no. Después del asalto, después de atenderme en los vestuarios y de que yo saliera vestida, él, ordinario y machuno él, se marchó con los hombres y Kimiko, Taneko y su madre me invitaron a irme con ellas a su casa: había tenido una tarde muy dura, decían, y me iban a preparar una buena cena y a hacer que

me quedara la noche con Kimiko porque, ahora que su hermana y su madre se habían mudado a otro piso, tenían sitio de sobra para que me quedase allí. Y así fue.

En que llega el temporal y no nos coge con la ropa adecuada

En casa de Kimiko, en compañía de las tres mujeres, me sentí triste y bien. Lloré a gusto. Lloré acompañada. Y cuando Kamei Taneko y Mitsue se marcharon, lloré sola con Kimiko, lloré sin tasa.

-Ha sido un día difícil para ti. Ya noté en el combate que no te sentías bien. Pero no debes preocuparte por Eiji. Estoy completamente segura de que te tiene simpatía.

La sobredosis de simpatía estaba a punto de darme una embolia.

-¿Sólo simpatía?

-Estoy segura de que es más que simpatía. Si no, él no hubiera pensado en ti para el boxeo.

-Pero pensó(hip) en mí porque lo que(hip)ría hacer internacional.

-Si tú no le hubieras importado, él no habría pensado en hacerlo, ni internacional ni nada. Es que él se quiere divertir y, como tú eres una cosa más seria, no se quiere divertir contigo, pero a ti te tiene en muy alto concepto.

-¿Y eso para qué sirve?

-Ya verás, cuando se canse de divertirse, ya verás como vuelve los ojos hacia ti.

Las rendijas.

-Estoy segura de que los va a volver hacia alguna japonesa formalita.

-Bueno, no creas. Las japonesas no somos tan formalitas como supones. El jamás podría encontrar mejor chica que tú.

Y yo seguía creyendo que Kawasaki no tenía maldito el interés en encontrar chica alguna ni como yo ni mejor. El porvenir era negro. Todo era negro pero al menos le contaba mis penas a Kimiko. Me sentía triste y consolada. Y seguía llorando, sollozando y moqueando y, toda arrobada en grandes sentimientos amistosos, encarecía a Kimiko lo mucho que para mí significaba tenerla de amiga.

Sonó el teléfono.

Lo cogió Kimiko y, como estaba al lado, pude oír la voz a gritos de Kawasaki que decía:

-¡Oye, Kimicha, que vamos para allá!

-¿Que venís para acá quiénes?

-Takeo y yo. Que está aquí. ¿Me oyes?

Le oían hasta los de mi planeta. ¡Es algo curioso la voz tan aterciopelada que pueden tener algunos brutos! Me daban ganas de redoblar el llanto.

-Sí, sí te oigo.

-Es que yo a ti te oigo muy poco. Espera. Te paso a Takeo.

-Kimiko. ¡Hola, Kimicha! ¿Qué tal estás? Soy Takeo.

Era Takeo.

-Que acabo de llegar. ¿A que no me esperabas tan pronto?

-No. Creía que llegabas dentro de una semana.

-¿Oye? Espera, espera. ¿Qué? Oye Kimi, que es que se nos acaban las monedas. Vamos para allá. Hasta ahora.

Kimiko no estaba contenta. Había temido esta llegada que suponía ocurriría más tarde y ahora la llegada había llegado.

-¿Y qué hago ahora? ¡Yo que no le esperaba todavía...!

Pronto se me deparaba la ocasión de demostrar a mi vez a Kimiko que también mi amistad era confortante.

-¿Quieres que me vaya para que te puedas explicar con él?

-¡No! ¡No! ¡Por favor, Loti, quédate! Te lo ruego.

-De ninguna forma, Kimi. No me ruegues nada. Tu deseo, tu capricho, tu solo pensamiento es la expresión y exacta descripción de mis acciones. Aquí me quedaré a hacer, decir o callar lo que más convenga a tus sentimientos y propósitos.

-¡Ay, Loti! ¡Qué gran amiga eres!

-Mi amistad no es sino el reflejo de la incondicional bondad que siempre me has mostrado.

¡Cómo me gustaba aquello!

-¿Y si Takeo dice que quiere estar contigo a solas?

-No sé pero no te vayas. De verdad, no te vayas.

-No te preocupes Kimi, que yo soy una roca en esta casa anclada y ni un Takeo, ni dos Takeos ni unos cuantos cientos de huestes de Takeos me inmutarán. Le dirás que yo estoy de tan malas trazas que es impensable hacerme salir ahora de este lugar. Lo malo es que ya no parezco tan maltratada como cuando salí del ring ¿verdad? Este Kawasaki no hace una a derechas. Si no me hubiera asistido tan bien después del asalto, ahora no tendría tan buen aspecto.

-No. Por eso no te preocupes porque buen aspecto no tienes. Perdona que te lo diga, pero pareces una vaca hinchada.

-¿Tú crees?

-Sí, así me lo parece. Por Takeo no debes preocuparte. Le parecerás horrible.

Me fui a mirar al espejo. Tenía un aspecto infame de haber perdido fluidos corporales por los ojos a corrientes. Y es que, no voy a alardear, pero mis llantos son auténticos llantos y nadie podrá acusarme jamás de disimulo. Y, luego, algún hematoma ya se me notaba. ¡Y venía Kawasaki! ¡Y estaba fea! Pero ¿qué más daba? Aquél había sido un día aciago y le correspondía una noche aciaga.

Preparamos Kimi y yo la escena de mi malestar, con pijama, bata, taza de infusión, sofá y manta por encima.

-¿Entonces, tú crees que ahora al llegar a Viena Takeo se va a disipar y a probar todos los placeres mundanos?

-No lo sé. Y me da miedo no saberlo. Pensar que yo esté creyendo que no lo hace y que él lo haga. ¿Me entiendes?

-O sea. Si él lo hace, tú no lo quieres. Y, si no lo hace, sí lo quieres. ¿Es eso?

-No lo sé.

-Entonces estás en un estado en el que lo único cierto es la incertidumbre. ¿Es así?

Ella arrugaba el entrecejo.

-Mira, Kimicha. Lo que tienes que hacer ahora es sortear la situación hasta ver, una vez llegado, cómo sientes hacia él. No te pringues, no te comprometas, hasta que sepas a qué atenerte con respecto a tus

sentimientos y, una vez que sepas a qué atenerme, atente. La capacidad de atenerse es un gran triunfo para el equilibrio psicológico. Y no es nada difícil. Yo te ayudaré y ya verás como salimos airoso de este trance. Un Perú no da la idea de la valía de un meñique tuyo. Nada, Kimicha, se te puede comparar en entereza y valentía y nada por tanto tiene entidad suficiente para turbar tu ánimo.

¡Qué enaltecido era aquello! ¡Qué gran cosa es la amistad, la solidaridad, la camaradería! Me sentía triste y enaltecida. Aunque llegara Kawasaki y me viera feísima, yo tenía consuelo y éramos el parangón de las cualidades de unas damas dignas de tan elevada denominación.

¡El timbre!! ¡El timbre! ¡Es el timbre!

Salí a abrir Kimiko. Oigo el ruido de la puerta y luego una voz aterciopelada que grita:

-¿Pero qué mierda de país es éste que hay que echar dinero a los ascensores para que suban?

-Austria -dije yo, aunque desde el vestíbulo no me oyeron y Kimiko, por su parte, al contestarle evadió la pregunta y no se dejó llevar por terrenos geográficos porque lo que le dijo fue lo de: "¡Qué sorpresa me has dado Takeo! Te esperaba dentro de una semana." Y él: "No, si iba a venir dentro de una semana, pero la madre de Usui Sinkichi tenía una reserva de tarifa reducida y tuvo que anular el viaje a última hora, con que, para no perderlo, lo aproveché yo. Y tenía ganas ya de verme. No estaba haciendo allí nada.

-¿Y el trabajo?

-Nada. Se deshizo el grupo. Voy a probar aquí. Supongo que en este país no van a ser todo violines y atiplamientos. Habrá a quien le guste la música con algo más de dinamismo, digo yo.

-Sí, claro, Takeo. Para todo hay público, para todo hay público.

-Y, si no, en un par de noches que salgamos seguro que sabremos dónde hay marcha, ¿eh Eiji?

-¡Desde luego!

¡Qué porvenir pintaba aquello!

Finalmente pasaron al salón. Eiji me dijo:

-Hola, Loti.

Se me quebró la voz y no le pude contestar.

Kimiko hizo las presentaciones.

-Mira Loti, este es Takeo. Takeo, esta es mi amiga Loti.

-Tú no eres japonesa ¿verdad?

Y va y dice Kawasaki:

-Loti es de otro planeta.

Takeo echa una risita y dice:

-Las austríacas no seréis todas así de hinchadas ¿no?

Iba a llorar. ¿Por qué decía aquello Kawasaki? ¿Lo decía con simpatía o lo decía con burla? Era un día de padecimiento. Quería que se fuese Takeo. Quería que se fuese Kawasaki. Quería quedarme con Kimiko y llorar, llorar, llorar...

Kimiko preguntó si querían tomar algo y dijeron que no, como les aconsejaba la poca urbanidad que les quedaba, y ella se fue a preparar un té. Desapareció en la cocina y al cabo de unos minutos la siguió Takeo. Kawasaki no me miraba y yo no intentaba hablar, de miedo a que la voz se me quebrara. Los dos permanecíamos en silencio. Desde la cocina oía a Takeo hablar bastante alto, desmintiendo su voz suave, y a Kimi con él en su tono educado de siempre.

Yo tampoco miraba a Kawasaki. Era mi día negro. Mi día de derrota, de vilipendio, en el que ante él aparecía vulnerada e indefensa. Me podía, de acuerdo, me podía. ¿Acaso lo discutía alguien?

-¿Te vienes a casa? - Me preguntó.

Afirmé que no con la cabeza.

-Deberíamos dejarlos solos.

Miré hacia otra parte y no le contesté. Una cosa buena de Kawasaki es que con él me permitía faltas de educación que no me hubiera consentido con otras personas y me quedaba tan fresca. Y así también esta vez.

-¿Tan mal estás?

Bajé la cabeza. ¿Pero no veía que estaba a punto de llorar? De la cocina volvieron Kimiko y Takeo con el té. Conversaron los tres mientras bebíamos y luego Kawasaki hizo ademán de irse y de querer que me fuera con él. Yo ponía toda la mala cara de que era capaz y Kimiko se deshacía en preocupación.

-Yo creo que en un par de días no debería moverse. No está bien. No está nada bien. Debe pasar una buena noche y tener a alguien que pueda ocuparse de ella. Yo creo que ya antes del combate no estaba en condiciones y que no le ha sentado bien.

Yo lloraba ya declaradamente.

-Tranquilízate, Loti. Yo creo que mañana ya se te habrá pasado la fiebre.

¿También tenía yo fiebre?

-Anda, no llores, que nadie te va a mover de aquí mientras no estés buena. Mira, Takeo, en esa cómoda de ahí hay paños. Humedece uno en agua fría y tráetelo.

Para allá fue Takeo y se quedó parado delante de la cómoda, con el cajón abierto y sin sacar nada.

-¿Qué haces, Takeo? ¿No lo traes?

-¿De quién son estos calcetines?

-¿Qué calcetines?

-Estos -dijo Takeo alzando un par airado- éstos -dijo alzando otro- éstos -y alzó muchos.

Y Kawasaki:

-¡Anda, si son mis calcetines!

Y yo:

-¡Menos mal que han aparecido!

Y Takeo, en plan Otelo:

-¡Desde luego que han aparecido!

Y Kawasaki:

-¿Pero cómo han venido a parar aquí?

Takeo:

-Explícamelo.

Y Kimiko:

-Es sorprendente. No sé si para quitar la fiebre los calcetines van a ser tan buenos como los paños.

Y yo:

-Pero, Yamamoto, ¿cómo explicas que llegaran precisamente a la cómoda de Kimiko? ¿No será que los guardaste ahí y ya no te acuerdas?

-¿Qué dices? Yo nunca he guardado nada en ninguna parte.

Tampoco era motivo para mentir. Los calcetines aquellos a lo mejor era verdad que no los había metido allí pero yo sé a ciencia cierta que él solía

colocar todo cuidadosamente y era ésa precisamente una de las razones por las que yo pensaba que era un buen partido. El hallazgo de objetos perdidos no debiera afectar de esa forma a su capacidad de apreciación de la realidad. A ver si, después de todo, iba a ser él uno de esos individuos desequilibrados...

Takeo se había sentado en el borde de una silla con un par de calcetines en la mano y se encaraba ahora con Kawasaki:

-Pues espero una explicación.

Y Kimiko:

-¿Pero cómo han venido a parar aquí estos calcetines?

-Tú calla de momento, que ya me ocuparé de tí. Por cierto, ¿es por eso por lo que has querido que se quedara aquí esta vaca hinchada?

¡Huy! ¿Me había llamado vaca hinchada? No sabía qué hacer, pero me había llamado vaca hinchada y yo estaba enfadada con Kawasaki. Yo llevaba dos semanas sin poderme desquitar de Kawasaki y queriendo matarlo y como a Kawasaki, así por las buenas, porque era muy ladino y se guardaba muy bien, no podía ponerme a pegarlo, a destrozarlo, me dije: ¿Me resarzo con Takeo? ¿Le pego hasta deshacerlo? ¿Le pego, le pego y le pego? Toda la rabia que habían ido infundiéndome los acontecimientos de aquella jornada y de las que la precedieron, toda la ira que habían ido caldeando mi abatimiento, frustración y tristeza de los últimos días cobraron cuerpo por fin y me abalancé sobre Takeo. Y además había chillado a Kimiko y Kimiko era mi amiga.

-¡Tu estampa será una vaca hinchada! ¡Golosina de moscas! ¡Fofo de cabaret! ¡Enfermera nazi! ¡Pamplinero de supermercado!

De aquellos escondrijos en las profundidades del cerebro empezaron a acudirme a las manos con furia los ganchos y los directos, alcanzando todos a Takeo. ¡Le quería hacer daño! ¡Quería maltratarlo y que le doliese! ¡Que le doliese mucho!

-¡Tranquila, Loti! ¡Déjalo ya, que yo me arreglaré con él! ¡Vamos, dejadlo! -decía Kawasaki interponiéndose mientras Kimiko, toda menudita, trataba de que no nos pasase nada. Pero yo estaba decidida a que toda mi cólera acumulada, y ahora me daba cuenta de que era mucha, se descargara sobre el novio de Kimiko en representación del otro. Él era el malo. Era muy malo. Él era amigo de Kawasaki y Kimiko no estaba satisfecha con él y isu madre iba a ser la vaca hinchada! ¡Yo sería llorona pero no era vaca! ¡Yo era monísima! Y así se lo decía.

Entre Kawasaki y Kimiko al fin me contuvieron. Takeo parecía domado y me miraba extrañado. Estaba hinchado y fofón. Yo, en cambio, me sentía mejor. Kawasaki lo cogió por el brazo y le dijo:

-¡La que has armado y sin ningún motivo!

Y mientras se disponían a salir, Kimiko miraba ofendida a Takeo. Mesura de la mujer de Oriente porque podía haberlo mirado ofendidísima. Y aquí no sucederá como en la máxima de Confucio, o que se le atribuye, porque yo no puedo creer que el líder espiritual de un pueblo respetable sea capaz de decir semejantes maldades. En esa máxima recomienda al hombre pegar a la mujer ya que si él no sabe el motivo de hacerlo, ella sí. Estaba claro que Kimiko, Kawasaki, Takeo y yo sabíamos lo que ofendía a mi amiga por eso era una pena que ni ella ni Kawasaki me dejaran seguir boxeando. Era una oportunidad pintiparada para dar salida a la brutalidad innata del ser humano sin que moralmente pudiera censurárseme. Pero no me dejaron

rentabilizar aquella coartada tan preciosa para mis malos instintos, así que, al mirarlo yo también, lo hacía al acecho, a ver si me daba otra vez pie.

Se marcharon.

-¿Ves, Kimi? Al final las cosas se te han puesto a huevo. Ahora, sin que tengas que preocuparte de más y sin necesidad de que pases un mal rato, si quieres romper con él, ya tienes el motivo.

-Pero los calcetines esos van a hacerle pensar que he tenido a un hombre en esta casa.

-Pero y si no querías que pensase eso, ¿por qué le has mandado abrir ese cajón?

-Yo no sabía que estaban ahí los calcetines.

-Estoy de esos calcetines hasta el último pelo. Parecen Dios. ¡Huy! Perdona la blasfemia. No debería ser tan mal hablada. Una no sabe nunca cuándo puede ofender y, desde luego, a mí no me gusta ofender, aunque de verdad que me parece ya un exceso la verbena que se traen los calcetinitos.

-Dices verbena. ¿Hablas del Prater?

-¿Tienen algo que ver con el Prater?

-No lo sé. Tú has hablado de verbena y no sé si es que te refieres a que les han tocado en alguna rifa en el Prater.

-Para eso los que serían interesantes serían los de Schwarzenegger. Estos concretamente no creo que tengan orígenes tan preciados aunque sobre el modo de adquisición no tengo certeza. Desconozco si son de fabricación nipona y si de hecho existe un activo comercio de exportación de calcetines del Japón hacia Austria. Pero, ya sean de fabricación japonesa o de otro lugar, yo me inclinaría a creer que la procedencia de los calcetines es un comercio del ramo o algún gran almacén. ¿Qué te parece mi conjetura?

-¿Y si no fueran de un comercio del ramo o de un gran almacén no habrían venido a parar a mi cómoda? ¿Es eso lo que quieres decir?

-No... No sé muy bien lo que quiero decir.

-¿No lo sabes?

-No, ahora ya no.

-Yo creo que estamos fatal las dos. A lo mejor nos hemos sonado boxeando y no nos hemos dado cuenta.

-Pues no digas eso ni en broma. Aparte de ser tremendo sólo pensarlo, si te oyera un hombre, nunca terminaríamos de escuchar aquello de "...claro, como ahora las mujeres queréis ser iguales a los hombres y queréis boxear... y patatín y patatán..." y a mí el tedio me produce malestar físico, Kimi. No podría soportar eso sin ponerme a cavilar sobre dónde pueden vender mordazas. Pero, yendo a lo que íbamos: ¿cuándo fue la última vez que miraste en esa cómoda?

-Yo no he mirado nunca en esa cómoda.

-¿Entonces cómo sabías lo de los paños?

-Es que era mi madre la que sabía dónde estaba cada cosa. Hace unos meses, cuando Taneko estuvo enferma y hubo que ponerle fomentos, mi madre sacó paños de esa misma cómoda para humedecerlos pero yo nunca he sabido lo que había en esa cómoda.

Ya estaba yo empezando a pensar como Takeo: el que los calcetines hubieran aparecido era malo, tan malo como que desaparecieran porque ni una cosa ni la otra tenía explicación. La intriga y la inquietud subsistían, aunque, claro, bien para Kawasaki que, al fin y al cabo, ahora tenía muchos pares. ¡Maldito ladrón de doncellas desvalidas! ¡Mi guante! No. Era mejor

que no me acordara de él, iba a perder la calma y, ahora que acababa de recuperarme, no era buen momento.

De repente se me ocurrió preguntarle:

-¿Ha estado Tatsuta Yasue alguna vez aquí?

-Sí. Ayer. No, espera, hace unos días. No, una semana. No, espera, pues serán dos o tres semanas.

-¿Sobre la fecha más o menos en que estuvisteis en mi casa?

-Sí. Justo. Fue aquella misma tarde. Vino a traernos un papel de aduanas que nos hacía falta.

-¿Y te fijaste en si llevaba un bolso grande, o una bolsa?

-Pues eso no lo sé. No sé. Traía un bolso y una bolsa. O no. Espera, eran dos bolsos pequeños y una bolsa grande. No, no. Las mujeres no solemos llevar dos bolsos ¿verdad? Entonces era una bolsa grande solo y un billetero. ¿O era una bolsa de plástico?

Esta Kimiko era valientísima pero no se fijaba. Yo creo que no sabía siquiera si Tatsuta traía un carrito de supermercado. "Voy a hacer una prueba", me dije.

-¿Y serías capaz de decirme si Tatsuta llevaba un carrito de supermercado?

-No. Un carrito no llevaba.

Vaya, menos mal.

-Bueno, espera. Ahora que dices lo del carrito, a lo mejor se lo dejó abajo. Yo oí algo de que había dejado abajo alguna cosa.

-Pero sería el coche lo que dejó.

-Bueno, no sé. Verás, Loti, me temo que no me fijé. Me parece que aquella tarde yo estaba pensando en si tocando un fa sostenido en una obra

de Schumann con la máxima concentración y en medio de un concierto se podría despertar una pasión avasalladora.

-¿No platónica?

-No lo llegué a distinguir porque luego pensé que también era emocionante un rapto en una aldea del desierto.

-En el desierto lo que suele quedar muy bonito son los aduares.

-Pues sería un aduar. Por como yo me lo imaginé, creo que era un aduar.

Hizo una pausa y concluyó:

-En fin, ya ves que no soy de mucha ayuda.

-No te preocupes, Kimi. Todo el mundo no puede tener todas las virtudes. Ese es el gran desafío de la solidaridad humana y su gran gloria. La capacidad de suplirnos los unos a los otros. Tú no eres observadora pero en mí tienes dos ojos amigos y yo, que soy una persona más bien apocada, sé que siempre podré contar con tu coraje.

-Eso desde luego.

Qué injusticia hubiera sido aquella noche apacible pensar con tristeza en Kawasaki. Inadmisible ingratitud al destino que, en el preciso momento en que mis ansias románticas se veían frustradas, me tendía una mano solidaria, sincera, sin sobresaltos. Fue la noche de la amistad. Ya me daba igual que Kawasaki se hubiera quedado con los hombres. Peor para él, ausente de la elevación en la que nosotras vivíamos.

-Oye, Loti, Takeo estaba furioso, ¿no te parece?

Pues ahora que Kimi lo decía, la verdad es que el muchacho sí que estaba para alarmarse. Yo tenía la esperanza de que Kawasaki lo hubiera podido tranquilizar pero vete a saber. Esta gente en cuanto al honor es

bumeránica: Se preocupan tanto por poner a salvo el de los demás y cargan siempre tanto las culpas sobre sí mismos por aquello de que en última instancia siempre se pueden suicidar, que al final, cuando alguien se echa alguna culpa, ya se piensa que es por cubrir a otro. No las tenía yo todas muy conmigo de que Takeo no pensara que al exclamar que los calcetines eran suyos Kawasaki no había querido echar un capote a Kimiko. He ahí la trayectoria de una sociedad oriental basada en el honor: por el imperio hacia el laberinto.

-Tú crees que tengo razón para estar preocupada por Takeo, ¿verdad?

-Después de verlo, opino que es memo. Ve unos calcetines y se descompone. No sé qué dejará para cuando vea unos calzoncillos con olor o un in fraganti. ¿Por qué no nos vamos a mi casa? Si Takeo viene a verte mañana, no estarás; no estés todos los días que haga falta y, cuando se serene, tiempo tendréis de hablar o de callar. Que le salga el tiro por la culata. Que se lleve chascos. Que se enfríe. Que se dome. Que sufra y patalee hasta que se aburra. Dentro de diez días la ira, o la creencia de que debe sentir ira, se le habrá pasado un mucho. Y, además, no va a poder sobrellevar el pensamiento de que ha incurrido en tu desfavor. Mañana no. Pasado tampoco. Y a lo mejor tampoco al otro, pero en diez días, Kimi, lo tendrás a tus plantas pidiendo clemencia por haber ofendido a una persona de tu calidad.

-Pero ¿y tú? ¿Estarás bien para ir a tu casa?

-Perfectamente. Yo creo que el ejercicio físico enérgico tiene efecto sedante y ahora me siento diáfana. No creas, es la primera vez que lo he hecho pero ya puedo adelantarte esa observación inicial sobre sus virtudes. Siempre que necesites ayuda con Takeo, cuenta conmigo.

-Estoy pensando que, si él se queda en casa de Kawasaki y yo estoy por allí, me podría ver.

-No creo que se quede en casa de Kawasaki. A lo mejor sólo esta noche porque ha sido de improviso e, incluso esta noche, lo más probable es que se hayan ido de juerga. Mañana se irá. Yo oí a Kawasaki que Takeo iba a estar en una residencia del distrito 16. Es un emplazamiento convenientemente alejado. Y, de todas formas, no deberías preocuparte. Fíjate, yo, por ejemplo, vivo en el mismo edificio que Kawasaki y el Dr. Kasikaze y sólo me encuentro con ellos cuando quiero yo o, si no estoy sobre aviso, cuando quieren ellos.

-La primera vez que viste a Kawasaki dijiste que fue por casualidad.

-Pero eso era ingenuidad mía porque no fue por casualidad, él se hizo el encontradizo.

-¿Sí?

-Sí. Por lo visto me tenía echado el ojo un par de veces antes y se había dicho: "A esta tan repipi le toco yo el samisen".

-¡Hala!

-¿A que sí?

Sobre esta glosa de lo tortuoso de la mente masculina nos pusimos en pie para ir a mi casa.

-¿Me tendré que llevar algo? ¿Hago una maleta?

-No te cargues mucho. Yo te puedo dejar todo lo que necesites. En fin, tus cosas de aseo más personales, alguna muda; las lecturas que te apasionen para antes de dormir... ¿A ti qué te gusta leer antes de dormir?

-A mí me gustan las historias de terror. De esas en las que hacen experimentos con personas vivas o en que las matan para vender órganos...

-¡Ah, sí! Son muy truculentas pero con mucha densidad de emociones.

-¿Y a ti qué te gusta leer?

-Tengo que reconocer que tengo un gusto bastante cursi. Ahora estoy leyendo la "Princesita de las Nieves". ¡Es más conmovedora...! Te parecerá infantil pero las historias de las que más disfruto son las que hacen llorar. Por ejemplo, ésas en las que la chica sufre muchas penalidades y al final se le reconoce todo el mérito. Ya sé que son demasiado fantásticas pero me hacen feliz.

-Fíjate, yo creo que Eiji tiene que estar loco por ti.

Lo dijo con su mejor intención pero ¿por qué lo mentaría? Yo que me había olvidado de él metida en las aventuras de La Princesita de las Nieves...

Revelaciones, maquinaciones y visitas

Charlamos hasta las tantas, nos acostamos tarde y nos levantamos tardísimo. A mí me despertó el timbre de la puerta y acudí a abrir sin hacer ruido para no despertar a Kimiko.

Miré por la rendija con el seguro echado. Era Kawasaki.

-Espera.

Fui a cerrar la puerta del dormitorio y volví a hablar con él.

-¿Qué quieres?

-¿Sabes dónde está Kimiko?

-Gracias por preguntar cómo me encuentro después de lo grave que estuve ayer.

-Perdona. ¿Qué tal estás después de lo grave que estuviste ayer?

Esto me lo dijo genuinamente apenado por su descuido.

-Mejor que ayer. Gracias.

-¿Realmente te sientes mejor hoy después de lo grave que estuviste ayer?

-Realmente me siento mejor hoy después de lo grave que estuve ayer.

-¿No será una frase educada con la que tranquilizarme y en verdad no te encuentras mejor que ayer, sino que estás a lo mejor igual o peor?

-Es una frase educada pero concordante con la verdad. Puedes tranquilizar tu ánimo al respecto.

-Pues me alegro de que estés mejor hoy después de como estabas ayer.

-Gracias.

-Entonces ¿te puedo preguntar ya si sabes dónde está Kimiko?

-Sí. Ya puedes.

-Pues entonces, ¿sabes dónde está Kimiko?

-¿Y eso qué quiere decir?

-Pues que si sabes dónde está Kimiko.

-Oye, Kawasaki, ¿no te parece que te estás pasando? ¿Con eso quieres dar a entender que yo he instalado una célula subcutánea de control remoto en alguna persona, verbigratia Kimiko?

-¡Ay, Loti! No empieces, que he venido con toda mi buena voluntad y esto es grave. Takeo está fuera de sí. Dice que él no ha hecho todo el viaje desde Japón para encontrarse con que su novia guarda la ropa de otro

hombre y que si la coge la mata y se suicida. Le he explicado todo, pero como si nada. Y tampoco es sorprendente.

-Entonces te sugiero que alguna vez en lugar de acosarme me obsequies con algún aparato de radiestesia. Y, además, hace falta ser inconsecuente: Me dices que la va a matar. Pues si la va a matar, aunque supiera dónde estaba, no te lo diría.

-¡No creerás que yo quiero encontrar a Kimiko para que la mate! Trato de hablar con ella para aclarar el asunto y que hagan las paces.

-Yo creo que es mejor que no la encuentre en una temporada.

-Pero la va a buscar y alguna vez la encontrará.

-Pues entreténle tú y no le dejes que la encuentre.

-No, si yo puedo estar encima de él para que no haga ninguna burrada pero mientras alguien no le explique convincentemente de dónde salen los calcetines, tendrá motivos para sentirse burlado. Cree que Kimiko ha estado viviendo con un hombre y que yo ahora trato de encubrirla diciendo que los calcetines son míos y que me desaparecieron no sé cómo, lo cual será verdad pero también es absurdo.

-Takeo es un memo y no se la merece. Y por mí le puedes decir eso en toda la cara y dejarte de componendas. Y además, si le dices la verdad y no se la cree, es que no es la verdad lo que busca. Cuéntale, pues, la mentira que más le agrada y que reviente.

-No es tan sencillo. Y tampoco es para que te enfades conmigo. No he sido yo el que ha armado el escándalo. Yo no tengo la culpa de nada. Loti, tú tienes que saber lo que pasó con mis calcetines.

Empecé a aullar sofocando la voz para no despertar a Kimiko pero con real desesperación. Si encontraba algún día a quien había escondido los calcetines de Rendijas, lo iba a desintegrar.

-Perdona, Loti. Esto de creer que tú tienes algo que ver con su desaparición debe de ser alguna anormalidad mía, pero es involuntario. Olvídalo.

-Olvidado pero, en cuanto a Takeo, déjame también que lo olvide. Llevamos media hora hablando de lo enfadado que está Takeo y ¿qué me dices de lo enfadada que podría estar Kimiko? Viene un individuo, bien groseramente por cierto, y lo primero que hace es ponerse a insultarla y a no creerla. Sois un atajo de imbéciles.

-¡Y dale! Pero, Loti, no me metas a mí entre tantos imbéciles que te irritan que yo no he hecho nada. Yo no soy Takeo ni dudo de Kimiko.

-Pero él es amigo tuyo, ¿o no?

-Si pero eso no es ningún crimen. Kimiko es su novia y no estás enfadada con ella.

Estaba siendo injusta con Kawasaki.

-Pasa -le dije.

Pasó y le hice sentarse.

-Lo que sí has de admitir, Kawasaki, es que, por no decir que no, me presté al combate de boxeo y ahora estoy feísima y encima de que la idea fue tuya, ni me lo has agradecido y, para mí, ha supuesto un gran sacrificio. Kawasaki, has de reconocer que en crecidas ocasiones te faltan modales y delicadeza en el trato con las mujeres.

-Bueno, Loti, te lo agradezco mucho, como todos los de la Sociedad Musical, pero no sé por qué dices que la idea fue mía.

-Porque sé que la idea fue tuya.

-La idea surgió en la cena de aquel sábado entre varios. Nadie puede decir si fue de éste o fue de aquel.

-Honorable Kawasakisan, no me vengas con monogataris que ya soy mayorcita como para que traten de colocármelos. Cabezas de melón como la tuya no suele haber más de una por cena.

-En lo de mayorcita tienes razón, Loti. Yo que tú me daría prisa en empezar a disfrutar un poco.

-Bien es verdad que la cabra tira al monte pero ni las cabras deben cambiar de conversación cuando alguien cortésmente les solicita explicaciones.

El salir desfavorecido en una comparación con las cabras le decidió.

-Está bien, fue idea mía. No sé quién te lo ha podido contar pero, por favor, lo que sí te pido es que no se lo digas a mi tío. El piensa muy bien de ti y si se entera de que he querido que te subas a un ring, me va a echar sermones, y me resulta muy violento dejar hablar a una persona diciéndome lo que debo hacer cuando no tengo intención de hacerle caso, me parece desleal pero no puedo decirle a mi tío que se calle. Y, además, es una buena persona y no quiero hacerle sufrir. El vive en otra época y, a lo mejor, en eso tiene razón y es mejor su época que la mía pero precisamente por eso no quiero darle disgustos.

-Vale. No se lo diré pero, entonces, reconoce que tienes motivos, y muy grandes, para disculparte ante mí.

-De acuerdo, lo reconozco.

-Pero no has terminado, Kawasaki, tienes que hacerlo entero. Una vez que has reconocido que tienes motivos para disculparte, discúlpate.

-¿Pero no es lo mismo? Yo entiendo que ya me he disculpado.

-Pero no lo has dicho.

-Loti, te pido disculpas. ¿Está bien así o tengo que añadir algo más?

-No, no tienes que añadir nada más. Acepto sus disculpas, caballero Kawasaki. No se lo diré.

-¿El qué?

-Lo del boxeo, a tu tío.

-¡Ah! Gracias, Loti. Me haces un favor.

-¿Has desayunado?

-Sí. Ya hace rato.

-Yo no. ¿Te importaría si lo hago?

Quería que se fuera por si se levantaba Kimiko pero no dejaba de fastidiarme que se tuviera que ir ahora que tan enseñadito lo tenía.

-No, no. Te dejo que desayunes a gusto pero, Loti, tratad de averiguar cómo fueron a parar a ese sitio los calcetines. Yo por mi lado procuraré tenerlo controlado. ¡Pero, fíjate, qué oportunidad! Tengo toda la semana que viene llena de exámenes. Me va a fastidiar muchísimo tener que estar encima de él.

-A mí todo esto me parece teatro. Yo no creo que realmente sienta celos. Todo es una representación a lo Otelo. Quiere sentirse aquí muy libre y ha aprovechado el primer pretexto que se le ha brindado para hacer en Viena todo lo que se le antoje sin que Kimiko tenga derecho a enfadarse. ¿No te parece? Porque además, que yo sepa, los japoneses no sois nada celosos ¿no?

-¿Y yo qué sé si somos celosos o no somos celosos? Celos o no celos, no creo que sea tradición nacional ni en Japón ni en tu pueblo el que un hombre se encuentre la ropa de otro en el mobiliario de su mujer.

-¡Hombre, pues sería una tradición que tendría su gracia! Sólo el pensar a ver de qué hombre se podría guardar la ropa ya sería emocionante. ¿Tú crees que lo más acertado sería subastarla? Aunque, para lo que nos ocupa, tampoco nos vale porque Takeo no tiene mujer y a este paso dudo de que la vaya a tener nunca.

-Tampoco tienes que pensar mal de él. Tú no lo has visto como es en realidad. Llegó muy fatigado después del viaje. El volar le pone malísimo y llevaba muchas horas sin dormir y muerto de miedo.

-Conmigo fue muy grosero y la próxima vez que lo vea le voy a partir la boca.

-Pues tú le caíste muy bien. Dijo: "¡Vaya chica con personalidad!".

-Me voy a emocionar.

-Bueno. Siento haberte molestado tan temprano. Recuerda lo que te he dicho del boxeo con respecto a mi tío.

-Lo recordaré.

-Adiós, Loti. Que lo pases bien.

-Adiós.

-Cuídate bien. Los hematomas seguro que mañana ya no los tienes. Úntate de la pomada que te di mañana y noche y, si hay algo que traer de la farmacia, ya sabes que estoy aquí al lado. Cualquier cosa que necesites...

-Entendido. Gracias, Rendijas.

-Estaré al tanto de Takeo pero, aparte de eso, no voy a salir de casa. Tengo que estudiar. Aun así, no dejes de llamarme si hubiera cualquier cosa.

Y por Takeo, no te preocupes porque, aunque él te vio ayer en casa de Kimiko, no sabe que vives donde yo, así que aquí no la buscará. Procura cuidarte y dime si necesitas más pomada o cualquier cosa, que bajo y te la traigo. ¿Quieres aspirinas?

-No, gracias, tengo.

-Bueno, adiós, Loti, que te mejores.

Creía que se iba a estar despidiendo hasta la próxima era japonesa o que había confundido mi piso con un tren y esperaba que piso y persona desapareciéramos en la lejanía para abandonar la estación y guardar el pañuelo. Y yo tenía que hablar con Kimiko largo y tendido. Ya llevaba dos años en Viena. Me urgía acelerar mis planes y hasta ahora no habían dado fruto los intentos de averiguar la actividad de la señora Tatsuta. Tenía que investigar y comprobar de una vez si podía ella serme útil o no para proponerle la colaboración o para descartarla. Ahora que nos habíamos hecho tan amigas, podría quizás contar con Kimiko. El guardar todo para mí sola me pesaba cada día más. Necesitaba confiar en alguien y que alguien me ayudase. La haría partícipe de todos mis asuntos, así como de lo que había descubierto sobre Tatsuta.

No me arrepentí de mi decisión. A Kimiko le entusiasmaron mis revelaciones y me ofreció su apoyo incondicional. Era curioso, la había tomado al principio por una chica tímida y modosita y, sin embargo, era de las que creían que las aventuras en sí eran divertidas, no como yo, que lo que encontraba divertido de las aventuras era hablar de ellas.

En que en esta novela, además de tantas otras cosas, se revela la forma de conseguir riquezas

Empecé por llevar a mi amiga adonde yo desarrollaba la parte práctica de mis trabajos. Era en el campo, en una cabaña de madera no muy grande, que yo había acondicionado. Cuando entramos y cerré la puerta tras ella, le dije con orgullo:

-¡Mira!

Esparcí la vista unos instantes y dijo:

-Nunca había estado en un lugar como éste. Hace calor ¿verdad?

-Más que fuera sí. Tengo puesta una estufa con termostato para mantener siempre la misma temperatura y un humidificador con regulador muy bueno. Mira: aquí están las larvas, aquí los jóvenes, aquí los que crían y aquí los adultos.

Observaba yo ansiosa la expresión de Kimiko. Era la primera persona amiga a quien le enseñaba los caracoles, mis queridos caracoles. Me hubiera llevado una penosa decepción si a ella la hubieran dejado indiferente. Pero no. Respiré aliviada. Kimiko parecía complacida y seguí explicándole cómo cada criadero lo tenía subdividido en compartimentos en los que mantenía a cada grupo seleccionado para observarlo. Le mostré asimismo una gran plancha de vidrio sobre dos caballetes con líneas rectas trazadas a lo largo de todo él.

-Aquí es donde les hago las pruebas locomotoras.

-¡Qué emocionante, Loti! ¿Y te corren mucho?

-Pues la verdad es que sí. Pero en éste, como es siempre el caso con las personas precursoras, me estoy encontrando con un trabajo arduo que quienes vengan después no tendrán que hacer. Claro, que yo tengo todo previsto y registro en la propiedad intelectual todos los resultados que reúnen los requisitos necesarios, de forma que siempre esté a cubierto de quienes quieran copiarme sin pagar previamente los derechos que me corresponden. En cuanto a los resultados en las carreras, Kimi, es muy difícil en esta fase de la investigación predecir infaliblemente si me van a ganar carreras o no. Te puedo decir que, por término medio, mis caracoles seleccionados, en conjunto, van a obtener una velocidad media global superior a la de los caracoles que habitualmente se presentan a competiciones, pero no puedo predecir todavía que siempre vaya a ganar uno mío, o cuál de ellos va a lograrlo, y es por ahí por donde hace agua mi plan de enriquecerme gracias a estas sencillas criaturas, que no son tan sencillas, porque, como tal vez conoces, tienen los órganos vitales hechos un ocho y, sin embargo, ellos son felices así. Y si no, míralos ¿a que son preciosos?

-Pues, oye, nunca se me hubiera ocurrido parar mientes en ellos, pero, ahora que lo dices, resultan simpáticos. Sí, sí que me gustan, pero ¡claro! con una cuidadora como tú ¿qué animal no iba a estar satisfecho de la vida?

Yo sabía de uno, pero no venía a cuento. Proseguí:

-¿Comprendes ahora mi gran sorpresa cuando vi que la señora Tatsuta compraba reactivos para hemocianina? La hemocianina, ya lo sabes, es en la sangre de los moluscos el equivalente de la hemoglobina. No cabe duda, pues, de que ella hace algo con los caracoles.

-A lo mejor los cría para restaurantes pero eso se sabría. Aunque, no sé, es tan reservada que tal vez no. ¿A ti no te ha interesado criarlos para gastronomía?

-Kimi, eso exigiría para ser muy rentable unas inversiones de las que yo no podría responder y, aun así, es un dinero quizás regular, pero nada extraordinario y entonces tendría que renunciar a mi aspiración de ser rica, rica con ganas, lo que es posible que de todas formas no consiga pero, si es así, para lo otro siempre estoy a tiempo y ése, el tiempo, tampoco lo pierdo mientras hago esta labor. Al fin y al cabo salgo adelante, aprendo alemán, aprendo bastante zoología y gestiones y siempre, con eso, podría ganarme la vida en el peor de los casos. Pero mi ilusión, la ilusión que ilumina mis noches y mis días nublados es que estos angelitos me ganen carreras en las que se apueste mucho y pueda ingresar pasta en cantidades.

-¿Y eso existe, Loti? Yo nunca he oído hablar de que existan las carreras de caracoles, ni mucho menos de que se apueste dinero a lo grande.

-No te voy a decir que esto sea como las carreras de caballos o de galgos pero las carreras de caracoles existen y hay personas que no se moverían por ver correr a un cartujano o a un pura sangre árabe y que, sin embargo, expondrían toda su fortuna en un caracol. Lo que me extraña es que a nadie se le haya ocurrido antes explotar esta veta organizadamente.

-Desde luego a mí me parece increíble y emocionante. Eres sorprendente. ¿Sabes? Una, al verte, no se imagina que vayas a ser una persona tan increíble.

-¿Te parezco única de verdad?

-A mí sí. Totalmente.

-Es que, mira, no me importa ser buena o mala, distinguida o vulgar, lo que no me gustaría es ser corriente.

-Pues estate tranquila que corriente no eres.

-¿Quieres que te haga una prueba con ellos?

-¡Sí! ¡Sí!

Organicé allí, para que lo viera Kimiko, una de dos series con Lautaro y Coralina a la cabeza, que de todas formas tenía ya prevista en mi programa y que se ajustaba a todas las condiciones de experimentación. Anoté todos los datos correspondientes a la fase del experimento. Kimiko estaba entusiasmada con el espectáculo y salió de la cabaña impresionada y honrada como si se hubiera descubierto un continente para ella en exclusiva y yo me sentía muy halagada y agradecida por su admiración.

En cuanto a la señora Tatsuta, hicimos un plan de averiguaciones. Empezaríamos aquella tarde por ir por casa de la madre de Kimiko y trataríamos de determinar si la visita de la señora Tatsuta coincidió de hecho con la desaparición de los calcetines.

La madre de Kimiko no sabía gran cosa sobre Tatsuta, salvo que Tatsuta parecía tenerle antipatía y no le contaba nunca nada. Decía la señora Kamei que Tatsuta era una snob y que, como ella era divorciada y trabajaba de simple empleada, parecía considerarla inexistente. Yo no compartía esa opinión. Por lo que yo sabía, si Tatsuta Yasue la ignoraba no era porque la considerase inexistente sino todo lo contrario. Siendo la existencia una cualidad que la señora Kamei compartía con todos los humanos y con todo lo animado e inanimado, difícilmente podía impresionar con ella a nadie. Era siendo inexistente como Mitsue Kamei hubiera conseguido despertar el interés de aquella mujer que, por su parte, me tenía

a mí intrigada. Hay personas a quienes las cualidades y sucesos habituales dejan indiferentes. Viven en su propio mundo y sólo de vez en cuando la sorpresa les hace pestañear y reparar en algún mortal señalado por la suerte.

Taneko en cambio pudo decir algo más que su madre. Taneko se preparaba, y muy bien, por cierto, para la lírica. Tenía beca e ingresos y recientemente había conseguido aprobar el examen del Gran Teatro de la Opera e iba a cantar en el coro. Eso le había dado prestigio en el círculo musical de los japoneses, de forma que las diferentes esferas que formaban éstos en Viena, gracias a su éxito, se le habían vuelto más permeables. Y fue ella la que me dijo:

-Yo nunca he acabado de entender qué pinta aquí Tatsutasan. Se le muere el marido y se viene a Viena. Y dicen que estaba muy enamorada de él.

-¿Hace mucho que murió? -pregunté.

-Creo que algo más de un par de años.

-¿Fue una enfermedad larga? A lo mejor se vino aquí para olvidar.

-Creo que murió de cáncer a causa de las radiaciones. Es posible que quisiera marcharse de Nagasaki para olvidar. Pero podía haberse ido a Hakone o Atami o a algún otro lugar agradable del Japón. ¿Por qué venirse a un país en el que primero tiene que aprender el idioma y, después, no tiene nada que hacer, aparte de ocultarse en su cabaña? Para mí Tatsutasan actúa con demasiado secreto. Y además ¿por qué Viena si tampoco puedes decir que le gusten los conciertos? El ir a menudo al campo también podría haberlo hecho en Kiushu.

-¿Va a menudo al campo?

-Sí. Creo que tiene una cabaña no sé si es cerca de Purkersdorf. De cierto no lo sé. Pero debe de ser para jardinería sólo porque jamás ha invitado allí a nadie. Y ahora, encima, se quiere mudar a una casa y dejar el piso por vivir aún más aislada.

-¿Y cómo se va a la cabaña de Tatsuta?

-Eso sí que no lo sé.

-¿No la visita nadie allí?

-No creo. De saberlo alguien sería Akiyama, el Representante Permanente. Él y el marido debían de conocerse porque siempre se ha ocupado él de arreglarle todos los papeles y asuntos, aduanas, mudanzas y demás.

Yo no tenía confianza con Akiyama como para preguntarle sobre todo esto. Lo conocía de haber intercambiado saludos. A su mujer la había tratado más pero tampoco hubiera sabido abordarla con el propósito de indagar sobre un tercero.

El problema se resolvió solo.

En que somos Kimiko y yo quienes hacemos visitas y en que Kawasaki escucha sermones

Al día siguiente decidí hacer una visita al profesor Kasikaze aprovechando que ya estaría de vuelta de su viaje y tendría cosas que contar. Fui a verlo con Kimiko y pasamos un rato agradable. Kawasaki no estaba. Supusimos que estaría con el novio de ella o con lo que aún quedase

de su condición de novio. El Kasikaze nos contó cómo le había ido el viaje. Me entregó un recuerdo y me enseñó libros y publicaciones que creyó que me interesarían. Era atentísimo. Era el más perfecto caballero que jamás hubiera conocido.

Me preguntó qué me pasaba en la ceja. Vi que Kimiko se iba a disparar dando explicaciones sobre el boxeo y le di un pisotón. Le había prometido a Kawasaki que su tío no sabría nada de ese asunto y yo siempre cumplía mi palabra.

-Es que Kawasaki me dio un golpe con el violín.

-¿Con el violín? ¿Con su violín, de Eiji? ¡Pero qué horror! ¿Pero cómo pudo hacer eso?

-No, si fue un sencillo accidente. Estaba tocando, paró, no se dio cuenta de que yo estaba al lado, hizo así, y ¡zas! ¡en toda la ceja! Pero no fue culpa suya.

-¡Por Dios! ¿Y le duele mucho?

-No. Sólo cuando me toco.

-¡Pero qué muchacho tan irresponsable! ¡Qué brusquedad! ¿Pero cómo no puso atención sabiendo que estaba usted allí? No sé cómo pedirle que le disculpe. Los muchachos de hoy día son muy descuidados. Y Eiji, desde luego, debería extremar la precaución y no acercarse a usted cuando toca el violín, sabiendo además lo alérgica que es.

Había dicho lo primero que se me había ocurrido e incluso pensé que era buena idea: un accidente lleno de naturalidad, un movimiento muy corriente el coger así el violín por el mango y darle sin querer al de al lado. Pero me había salido el tiro por la culata. A Rendijas ya no lo salvaría nada de un sermón. Bueno, tampoco se lo tenía tan desmerecido. Finalmente

consintió que Takeo me llamará vaca hinchada sin recriminarlo por eso. Podía haberle dicho: "Takeo, esos modales. Deja a Loti en paz, que ella no tiene culpa de nada", y podía haber añadido también algo sobre lo desusado de mi belleza, y no lo hizo.

En éstas estábamos cuando llegaron los Akiyama. Hicimos además de irnos (¡Con las ganas que teníamos de quedarnos y averiguar...!), pero nos obligaron cortésmente a quedarnos un poco más y en ese rato redondeamos una buena faena. Hablamos de los acontecimientos musicales para después llevar la conversación al campo y concluir yo diciendo lo bonito que debe de ser en primavera tener una cabañita con un poco de terreno para cultivar flores, ajos y pimientos.

-Si de veras te interesa -me dijo el Kasikaze-, deberías hablar con la señora Tatsuta. Va a alquilar una casa en el distrito 19 y va a dejar el piso que tiene en el centro y la cabaña del Lobau.

-Pues a lo mejor me interesaba verla ¿Tienen las señas?

Akiyama me dio las señas exactas y la forma de llegar hasta allí. Kimiko se contenía para no dejar traslucir su alegría. Podría contar con ella, era seguro. Y cuanto más atrevido fuese el intento, menos querría perderse.

Llegamos a casa y se puso a dar saltos.

-¿Vamos esta noche?

-A mí plantarme en la oscuridad en medio del campo no me hace mucha gracia. Mejor dicho y humildemente lo confieso, me da miedo. ¡Y vaya sitio el Lobau! Prefería Purkersdorf.

-Pero de noche no nos verá nadie. Será más emocionante.

-No me parece correcto. Deberíamos anunciarle a Tatsuta nuestra visita y dejar que amablemente nos enseñara lo que tuviese.

-Pero, ¿y si ella no quiere? Y parece que no quiere. Ella nunca cuenta nada a nadie. A ti no te lo contó ¿a que no?

-No. Pero vamos a intentar ir una vez de día y a lo mejor salimos de dudas. Si está ella, la sorprendemos y, si no, exploramos. De todas formas, hoy ya es tardísimo. No encontraríamos medios para ir.

-Eso sí es verdad.

Quedamos en ir a la tarde siguiente al anochecer. Kimiko estuvo todo el día fuera y yo en mi propia cabaña. Había tenido el acierto de alquilarla en un lugar bastante resguardado y no lejos de una estación del tren de Baden. Estaba, por lo que podía apreciar, mucho mejor situada que la de Tatsuta.

Por la tarde nos encontramos en la parada de autobús. Kimiko parecía entusiasmada con la idea de que íbamos a espiar. A mí, toda civilizada, me parecía una falta de respeto hacia la dueña y confiaba en que ésta estuviera en la cabaña y, no pudiendo dejar de admitirnos, explicase sin otras intimaciones sus actividades. Kimiko parecía esperar que en el transcurso del viaje en autobús anocheciera más de prisa que de costumbre para llegar allí de noche cerrada y que Tatsuta no estuviera y correr así aventuras. Procuré distraerla un poco preguntándole por aquellos calcetines que, a pesar de estar casi todos tan lavados, empezaban a apestar.

-Mi madre dice que los vio en el cajón cuando hizo la mudanza y que me los dejó porque creyó que yo los había comprado para regalárselos a Takeo.

-¿No tenéis vosotras la misma asistenta que el Dr. Kasikaze y que Tatsuta?

-Sí. Mi madre se la recomendó al Kasikaze cuando vino y luego él se la recomendó a Tatsutasan. Es polaca.

Pues otro extremo que quedaba aclarado. No podía ser la asistente por lo mismo que ya queda dicho en otro capítulo sobre los personajes de esta novela. Quedaba Tatsuta.

Una excursión al baldío

Kimiko es muy valiente pero ya nunca más le dejaré que organice nuestras exploraciones. ¡Qué viaje perdido! El sitio, para ir sin coche, estaba en el quinto pino. Tuvimos que andar por caminos llenos de zarzas, de cardos y de cantos picudos. Nos salió a ladrar un perro y más adelante, en un claro, se nos puso delante un exhibicionista, lo que no fue del todo perjudicial, ya que, por el susto, echamos a correr y tardamos menos en hacer el camino. Aun así, la hora larga no nos la quitó nadie y -¿qué otra cosa cabía esperar?- una vez allí era ya anochecido y no se veía nada. La cabaña estaba muy bien cerrada, de forma que no había manera de entrar - y, de nuevo ¿por qué iba a estar abierta?-. Aunque nos acordamos de llevar una linterna, era imposible distinguir nada a través de los cristales dobles de las ventanas. Todo lo más que pudimos conseguir fue ver reflejos y adivinar cortinas. Rodeamos la caseta, que por un lado tenía un cercado que encerraba un patio como de dos por cuatro metros; este cercado intentamos salvarlo por la parte en la que se arrimaba a la casa subiéndome yo primero y apoyándome en Kimiko. Luego se encaramó ella y enfocamos la linterna. Menos mal que no se nos ocurrió saltar dentro. Nos habiéramos podido

lastimar. Cubriendo toda la extensión del espacio vallado había una red de alambre. No sé si hubiese aguantado nuestro peso, pero, en cualquier caso, sin estropearla, no habiéramos podido poner pie en el suelo. Ni a mí ni a Kimiko, después de que yo le hubiera revelado mis sospechas, nos sorprendió ver caracoles por todas partes debajo de la malla.

-No podemos hacer nada más- dije.

-Podríamos intentar cortar los alambres para entrar.

-Se escaparían todos los caracoles y, si tiene sus experimentos en marcha, sería hacerle perder todo el trabajo. Si queremos entrar aquí, no hay más remedio que entrar desde dentro.

-¿Rompe un cristal?

-Pero, Kimi, eso sería fractura. Nos convertiríamos en delincuentes. Y, además, si tiene alguna cosa dentro, también podría escapársele o el aire romperle sus propiedades o alterar las condiciones físicas del recinto. Yo pienso que es mejor venir cuando esté ella y verlo con su permiso.

-¿Y cómo vamos a saber cuándo viene?

No podíamos averiguarlo sin ponerla sobre aviso, eso era cierto. Por allí había sapos y ranas y en la vecindad el terreno era pantanoso. No me gustaba estar allí.

-Vámonos, Kimi.

-¿Y no vamos a averiguar nada?

-Vendremos de día.

-Si queremos ver algo de día, cualquiera nos puede advertir y tomarnos por ladronas. Es mejor de noche, Loti. Traemos instrumentos para entrar y lo vemos todo tranquilamente por dentro.

-¿Qué quieres decir con *instrumentos para entrar*?

-Llaves que puedan servir u horquillas o ganzúas, lo que sale en las películas. En las películas siempre llevan lo necesario para abrir puertas.

El cómo entrar allí fue algo que tuvimos tiempo suficiente para discutir en el camino de regreso, mientras tropezábamos andando a oscuras, porque Kimiko decía que la linterna nos delataría. Y yo no sé qué es lo que había que delatar, una vez que ya no estábamos en propiedad privada de nadie pero como ella disfrutaba más así, sufrí todos los padecimientos de andar por el campo y entre zarzas y quién sabe si pisando bichos -y eso es una de las cosas que nunca me han gustado del campo- agradeciendo que Kimiko hubiera venido conmigo y que este tipo de excursiones no tuviera que hacerlas yo sola. Al menos, mi suposición de que la señora Tatsuta tenía el mismo objeto de investigación que yo se veía confirmada. Cuando llegamos a poblado ya no pudimos encontrar ni tranvías ni metro y tuvimos que regresar a casa en taxi.

Al llegar y abrir la puerta vi un papelito en el suelo. Era de Kawasaki. Siendo ya tan tarde, no me atreví a acercarme a su puerta o a llamarlo. Nos cambiamos de ropa, cenamos y, antes de irme a la cama, le escribí a mi vez una nota para echársela por la puerta y decirle que habíamos llegado tarde y que a la mañana siguiente estaría en casa. Eso iba a hacer y me hallaba ya en el descansillo cuando oí desde el piso bajo una voz muy risueña que cantaba una golfísima canción en japonés.

Me estaba tomando demasiadas molestias por todo. Kawasaki podía acostarse sin saber nada de mí y el mundo, por aquella noche, no necesitaba que me desviviera por él. Eso pensé.

En que espero y no desespero porque estoy acompañada

Al día siguiente ya tenía preparado yo todo lo que me había encargado Kimiko, después de discutirlo las dos, y la esperaba para salir en cuanto llegase.

En efecto. Había empleado la jornada en reunir todo lo necesario y allí tenía un cortavidrios, masilla, linterna potente, cristales de ventana lo suficientemente grandes para poder sustituir cualquiera que rompiésemos, regla para cortarlos y herramientas.

¿Pero qué le podía pasar a Kimiko? Esperé bastante tiempo y, dadas ya las nueve, casi me alegré. Estas expediciones con riesgo no me agradaban demasiado, aunque, de todas formas, aquello sólo era un respiro. Si Kimiko no estaba hoy, estaría mañana y lo único que ganaba era posponer. Estaba muy nerviosa. Era una lata que la señora Kamei aún no tuviera teléfono para llamarla y preguntarle por su hija. Me apetecía, por otra parte, pasar a hablar con el Kasikaze pero no podía moverme de casa por si venía Kimiko, quien, además, ya me tenía preocupada ¿la habría encontrado Takeo?

Llamé a Kawasaki por teléfono. Era la hora en que solía estar practicando.

-¿No querías hablarme ayer? Estoy ahora en casa. Ven, si quieres.

Vino y le pregunté:

-¿No estás con Takeo?

-No. Loti, te pedí que no le dijeras nada a mi tío de lo del boxeo y vas y le explicas que te he pegado con el violín. Está enfadadísimo conmigo. Dice

que no tengo consideración y que, sabiendo que eres alérgica, no debiera haberme acercado tanto. Eres el colmo, Loti.

-Yo pensé que era una buena idea. Era algo que explicaba un hematoma con un accidente sencillo, casero y natural. Me pareció muy ingenioso cuando se me ocurrió.

-Pues procura no tener ocurrencias de esas muy seguidas. Mi tío sufre horrores pensando que soy un bala perdida y un deshonor para la familia y que tengo principios relajados.

-¿Y no es verdad que tienes principios relajados?

-¡Claro que tengo principios relajados!

-También podrías no tener principios y sería más sencillo.

-No, Loti, yo no soy un desalmado y los principios, finalmente, si los relajas, tampoco estorban.

-Bueno, pues, si quieres, le digo que lo del violín fue mentira y me invento otra explicación. Algo se me ocurrirá.

-No. No. ¿Para qué vamos a liarlo todavía más? Sólo que me da pena mi tío. Se toma todo muy a pecho y a ti te tiene en un altar. Te admira.

-No me digas. Es que es muy bueno -hice una pausa-. Te había preguntado por Takeo ¿No está contigo?

-No. Ayer estuve con él hasta tarde.

-¿A que lo de los celos es teatro? -ante la tardanza de Kimiko yo quería, necesitaba, que fuese teatro.

-No lo sé ¿pero en qué cambia las cosas que sea teatro? Porque, si la mata como parte del teatro, tampoco es mejor que si la mata yendo de veras.

-A Kimiko no la va a matar porque no es tan tonto como para creerse que se va ir de rositas y Takeo no es de los que matan y luego se suicidan y, mucho menos, de los que se suicidan y luego matan.

-Yo creo que tampoco haría eso. Y, además, ya ha cambiado de táctica. Ahora lo que dice es que si diez son los pares de calcetines que Kimiko guardaba en su cómoda, diez son las austríacas que piensa llevarse al huerto antes de volver a dirigirle la palabra.

-¿Y las austríacas las va a querer del mismo modelo que los calcetines?

-¿Qué pasa? ¿No te gustan mis calcetines?

-Me gustaron cuando te desaparecieron. Me parecieron "Los calcetines justicieros".

-Ya me imagino. De todas formas, Loti, ya te habrás dado cuenta de que lo mejor de mí no es el envoltorio.

Excepción hecha del cuero cabelludo.

-Entonces, si ya no la mata, parece que podemos respirar ¿no? Al menos podrás estudiar. Suerte que el tuyo es un oficio en el que lo más importante no son las facultades cerebrales sino las sensoriales.

-Y tú, Loti ¿cuándo vas a dejar de ser tan dura conmigo? Bien está que no te vayas con el primero que llegue. Y, además, el que no quisieras al principio hasta me parece bien pero ahora que nos conocemos tanto, no veo qué puede impedirnos pasar un buen rato. Eres una mujer adulta e independiente...

Ya me iba a colocar otra vez ese rollo. Me tapé los oídos. Los nubarrones de aburrimiento que auguraba amenazaban con hacérmelos estallar. O Kawasaki seguía hablándome de los celos de Takeo o del

Apocalipsis o de modelos de zurrones de cartero o aquel rosario de lugares comunes me iba a arrugar el planchado mental.

-Está bien. Cambio de tema. Pero no eres normal, Loti. Y tampoco es normal que no digas en qué trabajas y te andes con tantos secretos.

-Todos no vamos a ser como tú, Rendijas. El que tú carezcas de pudor y hagas tus cosas delante de todo el mundo no quiere decir que a todos nos deba gustar atender a nuestros menesteres a la vista del público.

-¿De qué hablas?

-Pues de que eres un exhibicionista. Como sabes tocar el violín ¡hala! lo tocas delante de cualquiera y nada te gusta más que hacerlo delante de cuanta más gente mejor. Esa necesidad de audiencia es una falta de modestia malsana y enfermiza. Yo, en cambio, puedo hacer mi trabajo sin necesidad de ostentarlo. Y no me vengas con lo de que tu oficio lo requiere porque eso sería verdad antes de que se inventaran los medios de reproducción acústica pero en la época actual no tiene justificación.

-Entonces ¿tienes un trabajo?

-Algo parecido.

-¿Y en qué consiste?

-En averiguar cosas.

-¿Pero te pagan por eso?

-Espero cobrar mucho algún día.

-Y, mientras tanto, ¿de qué vives?

-De mis ahorros y de una subvención del gobierno autónomo de Castilla y León para el fomento de la riqueza zoológica.

No le conté que lo intenté primero con el Central y que al presentarme allí con un proyecto de fomento de las propiedades locomotoras del caracol,

se vengaron dejándome parado el expediente. Pero seguí intentándolo hasta que di con el sitio donde me hicieron caso.

-¿Entonces crías animales?

-Más o menos.

-¿Pero no aquí, en tu piso?

-No.

-No sé qué animales serán ésos pero por el secreto con que lo haces cualquiera pensaría que son piojos o chinches.

-¿Quién sabe? Son caracoles.

-¡Ah! ¿Para comidas?

-No preguntes tanto que es de mala educación.

Por aquel día ya estaba bien de contarle cosas a Kawasaki.

-¿Y qué haces siempre con tantos papeles? Cada vez que vengo a verte tienes la mesa llena.

-¿Y por qué tú cada vez que vienes te empeñas en husmearlo todo?

-La culpa es tuya por andar con tanto secreto. Consigues que a uno le den ganas de fisgar. ¿Qué es lo de estas cajas?

-Son permisos.

-¿Permisos? ¿Para qué?

-Pues para lo que haga falta.

-¿A ver?: "Permiso de tenencia de animales en la propia vivienda". Pero has dicho que no los tienes aquí.

-No. Aquí tengo hormigas, que es el animal doméstico que menos molesta a los vecinos. Ni siquiera paga impuestos ni tasas.

-¿Son españolas o austríacas?

-¿El qué?

-Las hormigas.

-¿Y eso qué importa?

-Pues importa y mucho porque sabiendo los instintos de estos animales, si son españolas, lo que necesitan aquí, más que cualquier otra cosa, es un permiso de trabajo.

-¡Anda! Pues en eso, Kawasaki, sí que tienes razón y me has pillado en un descuido. Ahora que mañana mismo las cuento, les pregunto nombres, apellidos y fecha de nacimiento y me pongo a tramitárselo.

-¿Ves, Loti, cómo yo también tengo ideas? ¿Y este otro?: "Permiso de importación de gramíneas secas y deshidratadas no destinadas al consumo humano".

Esperé a ver si me decía la idea que le inspiraba ese permiso pero no llegó. Se le habían acabado.

-¿Los vas a leer todos? ¿Te gustan? Parece que estás en el cine.

-Es lo único que se puede hacer contigo. "Estado Federado de Estiria. Permiso para entierro colectivo fuera de sagrado". ¿Y éste para que lo quieres?

-Para nada en particular. Es una mera medida de previsión. Muchos de los que tengo son con ese objeto. Una no sabe cuándo le va a hacer falta qué.

-¡Ah!

Se me quedó mirando algo extrañado y luego dijo:

-Una cosa que no me has explicado todavía es cómo siendo extraterrestres habéis conseguido pasaporte. Tendrías que presentar alguna partida de nacimiento y, si no nacisteis aquí...

-Esa es una buena pregunta que os honra a ti y a tu discurso lógico. Porque, tienes razón, tuvimos que esforzarnos mucho para superar esa dificultad. El vencerla fue fruto de una paciente labor de prospección. Hubimos primero de hallar una comunidad que tuviera nacidos en años correspondientes a nuestras respectivas apariencias. Nuestros radares bioalfabéticos exploraron a distancia los registros de nacimientos de pueblo tras pueblo hasta que dimos con uno en el que, en la época que nos interesaba, se habían producido lo que pudieran haber sido nuestros propios nacimientos.

-¡Y entonces eliminasteis a las personas auténticas y las suplantasteis!

-¡Qué instintos, Kawasaki! ¿Cómo vamos a eliminar a todo un pueblo? Y, además, piensa un poco: ¿Cuándo vas a eliminar a las personas? Si lo haces a la trilla, luego ya no se puede beldar el grano; si al coger los huevos del gallinero, ese día no se hubieran podido hacer las tortillas; si al llevar a abrevar el ganado, éste hubiera padecido sed... No, Kawasaki, no podíamos así, brutalmente, detener el ciclo de la vida en un apacible planeta. Créeme, el ignorar los detalles prácticos de operaciones que sobre el papel parecen muy factibles es lo que al llevarlas a cabo suele dar al traste con ellas.

-Ya.

-Lo que hicimos fue falsificar de manera imperceptible los registros civiles del pueblo, haciendo como si todos los nacimientos ocurridos en él hubieran sido múltiples, como si hubieran nacido gemelos. Y esto ha tenido un efecto benéfico para la comunidad porque el lugar se ve continuamente visitado por especialistas de la genética que estudian por qué se dan tantos partos múltiples. Ya han hecho estudios de las aguas, de las rocas y del aire, y creo que quieren empezar con los tejidos vivos pero los del pueblo no

están por la labor. Naturalmente, por este sistema no tuvimos ningún problema a la hora de pedir el D.N.I. y el pasaporte porque todos teníamos nuestras partidas de nacimiento; y las fotos, que también te piden, se pueden hacer en el fotomatón. Hay países en los que no aceptan ese tipo de fotos y te las piden de estudio con tales y tales características y medidas, pero en España, mientras la cara tenga dos por tres centímetros, te las admiten.

-Menos mal, las fotos podrían haberlo echado todo a perder.

-Y lo bonito de este sistema ¿sabes? es el aspecto sentimental: Cada uno de nosotros, extraterrestre, tiene un hermano gemelo terrícola que lleva un nombre semejante y una vida paralela. Mi gemela se llama Rosa Mari y tiene un puesto de helados en La Coruña.

-Si voy a La Coruña, desde luego, todos mis helados se los compraré a ella.

-Y harás muy bien. Nada más lejos de mis propósitos, querido Kawasaki, que aprovechar nuestras pláticas amistosas para hacerte llegar mensajes publicitarios, pero lo cierto es que los helados que vende mi gemela Rosa Mari son de buenísima calidad. El contenido en leche es significativamente más elevado que en otras marcas, y ello de manera uniforme porque cuenta el fabricante con maquinaria muy precisa que garantiza que los ingredientes de todas las unidades se den en cantidades exactamente iguales.

-¿Al cabo de cuantas horas te rendirías?

-¿Cómo?

-¿Que cuántas horas necesitarías hablar para terminar haciendo lo que hace todo el mundo? Porque alguna vez llegarías a tu tope ¿no?

-Me supones un límite que yo desconozco, mi buen Rendijas. Y es más, para tu mejor gobierno, te diré que, en mi caso, no se trata de hablar mucho o poco, aunque no cabe duda de que el habla es uno de los dones más señalados de la naturaleza humana y que yo siempre, siempre, estoy dispuesta a apreciarlo y disfrutarlo sin tasa, pero, como decía, querido convecino y cortejador, no es cuestión de hablar, sino de convicciones. Y las tuyas y las mías, no voy a decir que sean opuestas porque eso no sería ni cierto ni preciso, sino que son dispares. Mientras tú pareces afincado en un espontaneísmo que a mis luces es un tanto primitivo, yo asumo una etapa más elaborada y ponderada de la acción humana, que es la que corresponde a una actitud juricista ante los fenómenos sociales y vitales. Tú, atesorado Kawasaki, no dudarías, en determinadas ocasiones al menos, en atribuir al acto de comer alguna dimensión social. Y eso que, de por sí, se trata de un acto que de necesidad no puede ser compartido y, sin embargo, ya ves, tiene una dimensión social. ¿Qué no ocurrirá con un acto que, por su propia naturaleza, exige el concurso de por lo menos dos personas?...

Así seguí mi discurso todavía no sé cuantos minutos, sin que me interrumpiera Kawasaki y, cuando lo hube rematado, a mi parecer, magistralmente, dijo él:

-Si sigues así, Loti, te vas a reencarnar en un casete y ¿sabes lo que te va a pasar? Te van a estar apretando botones continuamente para atrás y para adelante sin dejarte parar. ¡Hablas muchísimo, Loti! Y todo ¿para qué? A lo único que le veo sentido de todo lo que has dicho es a que te preocupe quedarte embarazada, pero tranquilízate, porque yo tampoco tengo ningún interés en que eso suceda y por ese lado puedes confiar en mí. En cuanto al

resto, todas esas dimensiones que has descrito me sobran. ¿Por qué te cuesta tanto trabajo decidirte a pasártelo bien?

-Las dimensiones, Kawasaki, hacen todo mucho más interesante. Fíjate en que la historia de la cultura, la frontera del futuro, incluso, está jalonada por el descubrimiento de dimensiones nuevas. Tú ya sabes que hoy día se le atribuyen al Universo, no ya cuatro dimensiones, como tímidamente se dijo que tenía a principios de este siglo de las siglas, sino tantas que nos hallamos ante una verdadera borrachera de dimensiones ¿Y es de lamentar? No. Jamás ha resultado la ciencia tan apasionante.

-Loti, yo te gusto ¿no?

-Ya te digo que no tienes aspecto desnutrido y, con la indumentaria adecuada, reconozco incluso que eres irresistible.

-Pues entonces todo ese discurso que me has soltado, que es peor que los que me suelta mi tío, sobra. Te gusto, me gustas. Lo demás es hacer la vida más complicada de lo que es.

-Lo que yo te digo, señor Kawasaki, es que un lecho ha de contar con la solidez que le da la relación conyugal -aunque conste que yo no soy ni remilgada ni fastidiosa y aceptaría el concubinato si existieran normas jurídicas en las que enmarcar un contrato de esa índole- digo, pues, que un lecho necesita de la solidez conyugal o del concubinaje para que los interesados no se caigan de él de mala manera.

-Para mí, cuatro patas lo hacen lo bastante sólido, y más divertido que todos esos estorbos conyugales. Pero ¿qué digo? ¡Si lo mejor es el tatami! Prueba el tatami conmigo, Loti, te daré a conocer el aspecto más interesante de la cultura japonesa.

-Tú me hablas de las patas materiales y del tatami material, pero ¿qué me dices de las patas psicológicas, tan reales como es real el fenómeno de la creencia, sobre el que tan bien nos ilustra don José Ortega y Gasset, que ya sospecho que no te será tan conocido como el Kamasutra y sus equivalentes?

-Te equivocas de medio a medio. Sé perfectamente quién era Ortega y Gasset y yo no soy de esos mirones que se consuelan viendo cochinas en los libros.

¡Qué a gusto estaba discutiendo con él! Era otra vez como el hogar, dulce hogar, a salvo de esas horribles salidas en la noche a lugares abandonados y oscuros. Aunque ahora viniese Kimiko, era demasiado tarde. Estaba salvada. Si consiguiese convencerla para ir de día, la felicidad sería completa. Y a Kawasaki lo único que le faltaba esta noche para que aquello fuera el escenario hogareño completo era un kimono; las sandalias japonesas de andar por casa ya las tenía. Era una escena apacible como las que salen en los libros. Solo la tardanza de Kimiko la ensombrecía.

-Al principio ella no te caía bien ¿verdad?

-No. Me parecía una mosca muerta.

-Pero menudos puños tiene ¿eh?

-No me lo recuerdes. ¿Y Takeo dónde estará? porque me extraña estar sin noticias de Kimiko.

-Takeo debe de ir por la quinta austríaca. Pero no le digas nada a Kimi. Después de lo que has visto, te parecerá que es hablar por hablar, pero Takeo es un buen muchacho. Es mucho mejor que yo. Sobre todo a ti te lo parecería. Quiere a Kimi de verdad. Habla y habla cuando está fuera de sus casillas, aunque no creas que luego hace todo lo que dice y, en esta ocasión,

acababa de llegar de un viaje muy largo en avión, no había dormido y, como ya te dije, tiene pánico a los aviones y, además, venía única y exclusivamente por Kimiko. Viena, no hace falta que te lo diga, no es el paraíso de la música pop.

-¿Por qué me dices todo eso?

-Porque ya que eres tan amiga de Kimiko y habéis congeniado, que sepas la verdad de las cosas. El está sufriendo mucho.

Me estaba empezando a exaltar.

-Pero sufre de vicio, Sr. Kawasaki, porque si le dices tú lo que ha pasado, Kimiko le dice que no sabe nada y yo lo confirmo y la madre de Kimiko lo confirma y Taneko lo confirma, si después de todo eso sufre, sufre de vicio.

-Pero él cree que lo estamos tomando por tonto y que nos da pena, entonces para él la solución son las diez austríacas porque después de ésas, aunque lo haya engañado Kimi, ya no se sentirá tonto y se sentirá desquitado y en paz.

-Los disparates, cuando se dicen tan en serio como los dices tú, son trágicos.

-Ese es el problema de querer a alguien, Loti. Cuando se quiere a alguien de veras se hacen todos estos disparates. A mí no me habría ocurrido nada parecido.

Eso no le habría ocurrido pero que le cayese una teja encima ¡ojalá le ocurriera!

-¿Y por eso lo acompañaste de juerga anoche?

-¿Quién te lo ha dicho?

-¿Quién me lo ha dicho? Si te oyó llegar todo el que no fuera sordo. Venías cantando con una voz de golfo y de habértelo pasado bien...

-Bueno, anoche lo acompañé para que no hiciera ningún disparate, y nos fuimos al Grinzing y, como ya sabes, que el vino de aquí es muy cabezón... Lo dejé en su residencia completamente bebido. Entonces, ¿ya no está contigo Kimiko? Porque estos días atrás ha estado contigo ¿a que sí?

-Tenía que haber estado aquí hace ya un buen rato pero no ha llegado ni tampoco ha llamado.

-¿Por qué no la llamas a casa de su madre? ¡Ah! es verdad que aún no tiene teléfono. No les digas tampoco nada a ellas de las diez austríacas. No vamos a ganar nada echando leña al fuego.

-Tampoco creo que sirva de nada andar con mentiras.

-Lo que no ha servido de nada es haber andado con verdades. Yo casi estoy por empezar a mentir y no parar. Me tiene enfermo todo este lío y, si Takeo no fuera mi amigo, le dejaba que armase todos los escándalos que quisiera, que lo metieran en la cárcel, que le pusieran esparadrupo en la boca y que le dieran un estacazo del que no se repusiera en un par de meses y que cuando hubiera vuelto en sí estuviera tonto y calladito...

-Me da la impresión de que a ti te gusta demasiado tener a la gente calladita.

A ver si iba a ser éste uno de esos temperamentos dictatoriales... Sonó entonces el teléfono. Era Taneko para decirme que Kimiko estaba sitiada en casa de su madre porque Takeo se había plantado allí. No sabía cómo había conseguido la dirección pero había estado sin poder salir ella tampoco hasta que se fue. Y que había preguntado él que cómo era que Kimiko tenía ropa de otro hombre en su casa y que la madre le había contestado que la única

ropa que ella supiera que guardaba era un montón de calcetines que le iba a regalar a él. Y que ahí Takeo montó en cólera porque estaba clarísimo que todo el mundo le quería tomar el pelo porque ¿a quién se le ocurre que a él pudiera gustarle aquella ordinariez de calcetines con naves espaciales de coloritos, pelotas de playa chillonas y banderas de todos los países? Aquello era demasiado. Después de viajar de tan lejos, se encontraba con esta situación. Pues Kimi se va a encontrar con la misma moneda. Y que ahora Kimiko estaba en el piso esperando a que Takeo desapareciera de los alrededores y que en cuanto lo hiciera, ella saldría para venir a encontrarme.

Le conté las novedades a Kawasaki.

-Y yo con exámenes -comentó-. Me tengo que ir, Loti. Tengo muchísimo que practicar. Llámame si necesitas algo. Ya veo que tienes mucho mejor el hematoma. La próxima vez que boxees, no dejes que te peguen tanto y pega tú más.

-Eso será de aquí a veinte reencarnaciones. Una genialidad me puede pillar desprevenida, la segunda ya no.

-Pues todos nos divertimos muchísimo. Bueno, hasta mañana, Loti. Que descanses.

Kimiko llegó poco después deshaciéndose en disculpas y con la idea de que la cita seguía en pie e íbamos a marcharnos ahora de exploración a la cabaña. Me negué de buena manera, pero en redondo, a ir aquella misma noche. Ella lo admitió con cierta desilusión.

-Fíjate -decía-, yo que me había traído los guantes de boxeo por si surgía alguna emergencia...

Vaya par. Entre ésta y Kawasaki me iban a hundir.

De cómo un semáforo también puede ser útil en medio del campo

Gracias a Dios, llegó el día siguiente sin otras sorpresas. No supe nada ni de Kawasaki ni de Takeo y, a la hora convenida, estábamos Kimiko y yo dispuestas a la marcha.

Nos fue más fácil esta vez por conocer el camino. Nos ladró el mismo perro pero no tuvimos encuentro alguno con el exhibicionista. Eso es que tendría días libres. Llegamos a la cabaña, elegimos el cristal más conveniente para nuestros propósitos, lo rompimos y lo quitamos, entramos, comprobamos el funcionamiento de la ventana para cerciorarnos de que nos sería posible salir y dejarla cerrada y, una vez colocado el nuevo cristal, procedimos a inspeccionar el recinto. Como imaginé ya desde la primera vez, dentro había muchos caracoles en diversas fases de desarrollo. Las mesitas con criaderos, bebederos, comederos y superficies de reposo estaban ordenadamente dispuestas. Igual que yo, ella los tenía distribuidos por edades. Más de la mitad de los caracoles de cada edad fosforescían. En una mesa que no estaba ocupada por los caracoles se veían cuadernos y libros. A Kimiko le sorprendió el que, no contentándome con hojearlos, pasara mucho tiempo con cada plana, como si atentamente la leyera.

-¿Puedes así, simplemente por la disposición de la escritura, enterarte de algo?

-La disposición de la escritura me diría que se trata de anotaciones de laboratorio. En cuanto al contenido de las anotaciones, no me revela la

disposición nada que me saque de apuros, ahora que la lectura en sí sí que es provechosa.

-Pero está en japonés.

-Bueno, si puedes echarme una mano con los ideogramas que no conozca, te lo agradeceré, Kimi.

-¿Pero entiendes algo?

Tenía que confesárselo. El lector recordará que ya, a las pocas veces de ver los bíceps de Kawasaki, me sentí conmovida por la cultura oriental y que, para sumergirme en ella más enteramente, decidí aprender la lengua del mono. No se lo había dicho a nadie. Alguna palabra corriente, los saludos, los solía utilizar pero no me había aventurado a decir frases de más de tres palabras y, aun éstas, me las festejaban sin sospechar hasta qué punto mis conocimientos iban mucho más allá. Un pudor, que trataré de explicar, me había impedido hasta ahora lanzarme a la conversación. Ellos, creídos de mi ignorancia, siempre se dirigían a mí en alemán y si, de repente, yo los hubiera hablado en japonés ¿no hubiera parecido que quería forzar mi entrada en su mundo, meterme donde no me llamaban, despojarles de la intimidad que conservaban aun estando yo presente? Hubieran, además, cavilado pensando lo que podían haber dicho cuando ellos creían que yo no los entendía resultando que sí que los entendía. Por otra parte, si quería seguir haciendo progresos y, en vista de que ya me enteraba de casi todo lo que oía, porque el japonés es facilísimo y, no seré un lince para la música pero la palabra hablada, desde luego, se me resiste muy poquito, debía hacer de la lengua un uso más amplio. Digo, pues, que se me ocurrió que tal vez con Kimiko había llegado el momento de lanzarme y mantener diálogos enteros por más que, hasta ahora, hubiera disfrutado

de todas aquellas ocasiones en las que era únicamente observadora y no me veía obligada a intervenir ni a opinar ni a razonar; me complacía, me descansaba enormemente, me infundía tranquilidad, me daba una bienhechora sensación de vacío el estar de una manera que Kawasaki casi consideraba mi estado perfecto, o por lo menos eso decía, o sea, calladita.

Kimiko estaba maravillada y me preguntaba si entendía esto y aquello de lo que estaba escrito, como si me hiciera un examen, y me rectificaba levemente en algunas cosas y, una vez comprobados mis conocimientos, se sentó a reposar su sorpresa mientras me miraba y decía:

-¡Es increíble! ¡Sabes muchísimo! ¡Y que no ha debido de ser nada fácil! Cuando se enteren todos, se van a quedar maravillados. A Eiji lo vas a dejar completamente admirado.

A Eiji lo iba dejar consternado. Se vería obligado a hacer una rápida recensión de las indiscreciones que hubiera podido cometer y el esfuerzo podía alterarle los circuitos cerebrales y ahora, con todo lo que tenía que hacer, no podía también ocuparme de los circuitos cerebrales del dueño de mis pensamientos.

-Kimi, me incomodaría ahora que se supiera que he aprendido japonés. Alguien pudiera creerse que es demasiado importante para mí y que creo que el japonés me va a ser útil toda la vida.

-¡Ah, por eso! Pues... no sé. Yo creo que se va a llevar una sorpresa. Y eso que a estas alturas ya no debiera sorprenderse de nada.

-A pesar de todo, prefiero que de momento no lo cuentes. Aunque de habértelo dicho a ti sí que me alegro. Así, además, te puedo preguntar cuando tenga dudas.

-Todo lo que quieras ¿Sabes que yo siempre he sido la mejor de la clase en japonés? Era mi asignatura preferida.

Con su ayuda y mis conocimientos del tema conseguí hacerme una buena idea de lo que Tatsuta había consignado en aquel cuaderno. La finalidad de las investigaciones no la llegaba a ver, aunque no parecía coincidir con la mía. Seguramente, en un plano general, sus metas eran mucho más ambiciosas. Lo suyo debía de ser ciencia pura. Cabía, no obstante, suponer que todo lo que tuviera anotado y observado sobre los movimientos de traslación, la producción de baba y los estímulos nerviosos podía serme de utilidad.

-Pues ya lo tienes, Loti. Cada dos o tres días venimos, le lees los cuadernos, inspeccionamos los criaderos y lo aplicas a tus propios caracoles. Hoy mismo podemos dejar la ventana preparada para que, con algún tipo de dispositivo, entremos y salgamos a voluntad, y todo resuelto.

-Pero Kimiko, eso sería violar sus derechos de propiedad intelectual, sin entrar en que se va a mudar y que aquí no tiene todos los cuadernos. Se debe de llevar la mayor parte a casa. Y, además, me tendría que estar toda la noche para leerlo y entenderlo entero.

-Pues nos estamos toda la noche.

-Ni hablar. Me da miedo. Cualquiera puede andar por aquí y acercarse. Las cortinas dejan pasar la luz.

-¡Qué pena que no haya ninguna fotocopiadora por aquí cerca!

Por no haber, no había ni plantas envasadoras de grosellas. ¡Qué cosas tenía Kimiko! ¡Y vaya sitio desolado el Lobau!

-Lo que tiene aquí se refiere sólo a las larvas ¿sabes?

Seguimos inspeccionando el lugar. Además de los criaderos de caracoles y de los equipos para su cuidado, Tatsuta tenía productos y preparados químicos, probetas, mechero Bunsen, aparatos eléctricos de laboratorio, balanzas electrónicas, microscopio y algo que yo hubiese jurado que era una fuente de irradiación. Todo lo que estaba en frascos y recipientes estaba correctamente etiquetado y se advertía que era aquél un lugar de trabajo con buena organización. Únicamente en un estante había un frasco que no llevaba indicación alguna y que contenía un polvo blanco.

-¿Qué serán estos polvitos? -preguntó Kimiko.

-Es extraño que estén así sin guardar en condiciones y sin etiqueta. Se parece al azúcar glas. Pero no creo que si fuese azúcar ella lo dejase así, podría atraer bichos. Habría que analizarlo.

-¿Lo podrías analizar tú ahora?

-¡Kimiko, que no estamos en nuestra casa!

-¿Qué más te puede servir de aquí?

-No sé si me sirve algo. Deduzco que los irradia y eso es algo que está muy alejado de mis posibilidades. Los materiales radiactivos son muy caros y no sé hasta qué punto serían útiles en mi caso. Claro que, si la señora Tatsuta ha conseguido algún resultado, aunque sea como efecto secundario, siempre me podrá valer. No obstante, sea lo que sea lo que haya podido conseguir, no está aquí.

-¿Entonces qué hacemos?

-De momento irnos. No aguanto más. Estoy nerviosísima. Le voy a decir la verdad a la señora Tatsuta. Voy a hablar con ella y a proponerle que colaboremos o que me venda el fruto de sus investigaciones si me pone un

precio asequible. Estar aquí de furtiva me pone inquietísima. Imagínate que llegara ahora. ¿Qué le diríamos?

-No sé. Algo se nos ocurriría. A ti siempre se te ocurren cosas.

-Bueno, ocurrírseme ya lo creo que se me ocurren pero es diferente que se te ocurran cuando no has hecho nada malo de que se te ocurran habiendo perpetrado escalo con nocturnidad. No sé si con la conciencia tan llena de culpa sería capaz de poner convicción en mis ocurrencias.

-¿Anotamos todo lo que hemos encontrado?

-Sí. Eso sí lo vamos a hacer.

Ahí Kimiko sí que había estado oportuna. Un fallo mío en una expedición así haberme olvidado de un proceder metódico tan elemental. Kimiko valía mucho. Me remuerde, cada vez que lo pienso, lo injustamente que la juzgué nada más conocerla.

-¿Pero has anotado bien las edades de cada lote de caracoles y el peso de cada frasco?

-Sí, Kimi, sí.

-Y del frasquito este que está sin etiqueta ¿tienes la descripción cuantitativa y cualitativa?

-Que sí, Kimi, vamos.

Comprobamos que todo estaba igual que cuando llegamos, apagamos las linternas y salimos por la ventana mientras Kimiko comentaba:

-No nos ha salido mal ¿verdad?

-¡Qué va! Ya quisiera yo ver un cristal igual de bien colocado que éste. Esto se llama colocar cristales y lo demás chapuzas. Fíjate. Es como para enmarcarlo. Me parece una auténtica lástima que la señora Tatsuta se vaya

a mudar justo después de estrenar un cristal con una instalación tan impecable. ¡Es una joya, una inestimable joya!

-Digo que nos ha salido bien la inspección del lugar ¿no crees?

Ahora que ya habíamos salido, me parecía que la inspección había resultado excelsa. Terminamos de dejar la ventana perfectamente cerrada y, si bien en el transcurso de la operación había tenido mis reparos en pasar por un trance tan novelesco como salir por una ventana, terminar de poner los pies en el suelo y alegrarme fue todo uno. Estaba la ventana por donde salimos en la pared opuesta a la puerta y, desde donde ésta se hallaba, de repente, nos llegó el ruido y el reflejo de luces de una moto. Luego de gente que se bajaba y que hablaba. Parecían dos voces. Desde luego, hablaban japonés. Mi primera reacción fue pensar: Ahí está Tatsuta, y encogérseme el pecho, mitad de alivio, por estar ya fuera, mitad de preocupación por hallarnos aún tan cerca. Las dos nos hicimos seña recíproca de silencio y escuchamos. Los que hablaban creía adivinar ya quiénes eran. Kimiko no me agarró fuerte el brazo, porque los japoneses no son tocones, fuera, claro está de las ocasiones en que sí que tocan porque entonces, como yo muy bien sabía, cuando tocan, es que tocan de verdad pero, si no hubiera sido japonesa, lo hubiese hecho. Miró, eso sí, bastante consternada.

-¿Pero qué hacen aquí?

-No me lo explico.

Porque sí, efectivamente, eran las voces de Takeo y Kawasaki, que estoy segura de que pasarán a la historia como la más insigne pareja de payos que jamás haya nacido bajo el amparo de Amatera.

Desde detrás de la cabaña les oíamos decir:

-Tiene un candado.

-¿Tú crees de verdad que estarán aquí, Eiji?

-No se me ocurre ningún otro sitio donde puedan estar.

-Pudieran estar divirtiéndose por ahí.

-No. Loti no es el tipo.

-Pero Kimiko sí. ¿A que es eso lo que quieres decir? ¿A que sí? Dime la verdad: ¿A que desde que se marchó del Japón no ha parado una noche en casa y se ha llevado a su piso un chico detrás de otro?

-Takeo, si eres feliz creyéndote que todo el mundo te engaña, yo no tengo intención de destrozarte tu felicidad, sobre todo ahora que ya has terminado con las diez austríacas, pero, si por alguna remota casualidad, te interesara la verdad lo más mínimo, piensa que no puede ser, porque hasta hace unos días Kimiko vivía con su madre y con su hermana y que, encima, tiene unos estudios de contrabajo durísimos y no le sobra tiempo para hacer nada de lo que imaginas. Aparte, claro está, de que ella cree que mientras has estado en Japón no te has privado de salir con todo tipo de mujeres.

Mientras seguíamos escuchando me preguntó Kimiko:

-¿Qué es eso de las diez austríacas?

Le hice un gesto de que callara y escuchara.

-¿Ella cree eso? ¡Qué disparate! ¡Si hubiera sido eso lo que hubiese estado haciendo, no me habría venido! Luego tengo razón. Si piensa así de mal de mí, tengo razón en portarme de forma tal que le dé la razón.

-A ella podrás darle la razón pero a mí lo que me estáis haciendo entre los dos es quitármela.

¡Qué gallardo era Kawasaki! ¡Con sus exámenes encima y pringado en el destino de un amigo con tanto desprendimiento!

-Y con lo de los calcetines también ¿verdad? Diez pares de calcetines. ¡Y a saber qué otras prendas habría! Porque ¡claro! solo abrí un cajón ¡y me arrepiento de no haberlos abierto todos!

-Una persona como es debido no debe arrepentirse de no haber cometido semejante falta de tacto y de respeto. ¡Y para ya! Al final vas a terminar por hacerme hablar como mi tío.

Y mientras decían todo esto nos empujaban al charco. Porque debieron de examinar la puerta y, al hallarla cerrada con candado, empezaron a rodear la casa y nosotras a retroceder delante de ellos rodeándola igualmente. Ya habíamos alcanzado la cerca de tablas que estaba sobreañadida a la cabaña en uno de sus costados y doblado la esquina, cuando ellos se pararon a mirar por la ventana. También traían linterna y la enfocaron hacia adentro.

-Aquí no están.

-¿Entonces por qué decías que estaban aquí?

-Yo no he dicho nada. Tú me has rogado de rodillas que te llevase donde Kimiko, que le ibas a pedir perdón y que ibais a hacer las paces. Yo he mirado en todos los sitios donde podía estar. Mi tío me dice que Loti había hecho averiguaciones para alquilar la cabaña de Tatsutasan. Yo sé que Loti tiene por Tatsuta y su cabaña muchísimo interés y tú estabas empeñado en ir a todas partes donde pudieran estar y yo, como último recurso, te he traído a la cabaña de Tatsuta. Resulta que no están en la cabaña de Tatsuta y yo ya no sé de ningún sitio más a donde pueda llevarte. Y la idea más brillante que se me ocurre en estos momentos es que esperes a mañana para pedirle perdón.

-No puedo, Eiji. Hoy. Tiene que ser hoy. Si no puedo echarme hoy a sus pies y confesarle lo de las diez austríacas, me quitaré la vida.

Y Kimiko:

-¿Pero qué es lo de las diez austríacas?

-Una leyenda medieval -se me ocurrió decirle.

-¿Y me tiene que confesar a mí una leyenda medieval?

-A lo mejor trata de cultos satánicos, por lo que podría fomentar tu insensibilidad.

Dejaron la ventana y siguieron avanzando.

-Eiji ¿Ves esto? ¡Baja la linterna! ¿Ves lo que hay por el suelo? ¿Son o no son pisadas? ¡No me negarás que lo que hay por el suelo son pisadas?

-¡Hombre, fíjate tú! Realmente inusitado. ¿Qué es lo que hay por el suelo? Pisadas. Nada menos que pisadas y precisamente por el suelo. ¡Jamás me lo hubiera imaginado! ¿Y no se te ocurre pensar además que quien las hizo llevaba calcetines?

Desde luego, el horno de Kawasaki no estaba para bollos. A ver si se enfadaba con Takeo antes de que siguieran más adelante porque, donde estábamos, detrás de la valla, el terreno estaba en talud y era muy difícil mantenerse erguida sin caer en el barrizal y en los charcos que a nuestros pies abrían con avidez sus bocas negruzcas y pringosas. Y las pisadas que había visto Takeo en el suelo húmedo eran las nuestras, por supuesto. A punto estaban los dos de llegar a la esquina donde nos hallábamos, cuando a los cuatro nos llegó el ruido del motor y neumáticos de un automóvil. ¡Pues qué transitado estaba el Lobau aquella noche! Ya quedaba menos para que aparecieran todos los Niños Cantores de Viena con su señor director y su señorita batuta.

El vehículo se paró delante de la cabaña. Oímos cómo se abrían las puertas y cómo se bajaban de él y hablaban varias personas, tres tal vez. Y al mismo tiempo que oíamos lo que sucedía delante de la casa, desde la parte de atrás, nos llegaban los comentarios de la pareja de payos:

-Serán ellas -decía Takeo.

-No tienen coche -contestaba Kawasaki.

-Lo habrán cogido prestado.

-No es su estilo. Y, además, Loti y Kimiko tienen voz de mujer.

¡Oh, Divina Providencia! La mente humana no abarca cabalmente la magnitud de su dicha. Ahí estábamos nosotras, por ejemplo, que no sólo éramos mujeres, sino que encima teníamos voz de mujer ¡Y que pueda transcurrir un solo día sin darle a Dios las gracias! Interesantes, si señor, debían de ser las otras amistades femeninas de mi dueño Kawasaki.

Los de delante, que también hablaban japonés, mientras tanto, decían:

-Aquí hay una moto y el motor aún no está frío.

-Sin embargo, la casa no tiene luz. ¿Creéis que habrá alguien por aquí?

-Pues si hay alguien por aquí en este momento, ciertamente ha elegido lo que menos le conviene.

-Dentro, desde luego, no hay nadie. El candado sigue puesto. Yo me quedo aquí. Vosotros rodead la cabaña y, si encontráis a alguien, despachadlo.

Adonde estábamos nosotras llegó el resplandor de linternas. Rápidamente bajamos el talud y nos zambullimos en el terreno encharcado tratando de alcanzar silenciosamente el cañaveral vecino. Oímos también como Takeo y Kawasaki tomaban la misma determinación y dirección. Y en el cañaveral nos juntamos todos rebozados en barro. Dos rostros de mujeres

fastidiadas y dos caras de varones asombrados. Y cuatro silenciosos. Porque todos estábamos muertos de miedo ante los recién llegados. ¡Qué expresiones y qué cataduras! Los dos que rodeaban la casa estaban ya en la parte de atrás y dirigieron la linterna en todas direcciones. No obstante, estábamos bien ocultos y no nos vieron. Echaron un vistazo por el lado del talud y, rodeando nuevamente la casa, regresaron hacia la puerta. Kimiko, moviéndose felinamente, se adelantó por entre las cañas hasta tener a la vista la fachada delantera, mientras Takeo le hacía señas de que no se arriesgase a tanto. Yo la seguí. El vehículo que había parado delante de la puerta era una furgoneta y los tres recién llegados, porque vimos que eran tres, no se complicaron la vida: cogieron la moto de Kawasaki, la metieron en la furgoneta y la cerraron con llave. Kawasaki llegó a tiempo de ver la operación y exclamar: "¡Mi moto!" No pude yo tampoco reprimir en mis adentros un "¡Tu moto, Yamamoto!" en español e inoportuna e históricamente me pareció cómico. Y, sin embargo, aquello no era para reír. Personas que con tal velocidad procedían a transgredir los derechos de propiedad no podían ser de trato muy recomendable. Y más que, ahora, no sé con qué medios, si con llave o con ganzúa, habían abierto la puerta de la cabaña y se habían metido dentro. En fila india salimos gateando por el barro llegando hasta la ventana. Los que habían entrado encendieron luz. Parecían conocer la cabaña. A través de los cristales dobles no oíamos nada de lo que decían y nos asomamos al interior con mucho cuidado. Los tres hombres inspeccionaban atentamente, pero sin la minuciosidad que Kimiko y yo habíamos puesto, el contenido del lugar.

-¿Los conocéis? -pregunté bajito a los otros.

-No.

-Parecen del hampa.

Se pararon delante del frasquito sin etiqueta. El que se hallaba más próximo a él lo cogió en la mano y se lo enseñó a los otros. Se dijeron algo. Se fueron a la balanza y lo pesaron. Se volvieron a mirar uno a otro. Miraron el frasquito. Lo volvieron a dejar en su sitio. Se hablaban. Se acercaron a uno de los criaderos de caracoles. Uno de los hombres sacó una navaja y la empuñó como si estuviera dispuesto a ensartar a alguna de aquellas virtuosas criaturas. Me sobrecogí. Descargó el golpe. No nos llegó el ruido de la concha al partirse pero, aun sin oírlo, me estremecí. Y me descompuse. El ver sacar y emplear la navaja de aquella forma me hizo caer en la histeria. Las armas blancas me dan miedo. Estaba mala. Mi temblor y nervios debían de ser patentes y tumultuosos porque Kawasaki me dijo: "Tranquilízate, sólo es un caracol." Se me hizo como que Rendijas no tenía clara conciencia de la gravedad de la situación y, muy irracionalmente, se me ocurrió decirle: "¿Y qué quieres? ¿Que aparezca también el exhibicionista?" "No te preocupes por ningún exhibicionista, Loti, que me tienes a mí", me contestó. Pues no era momento para bromas. Pero no, lo miré y tenía la cara preocupada y seria. Era un hombre como debía ser, sin alardes, sin grandilocuencia, pero con presencia de ánimo. Mientras tanto, el que había levantado la navaja la limpió de sangre azul, se la guardó, y los tres se acercaron a la mesa. Uno de ellos cogió un papel en blanco de los que tenía Tatsuta en un paquete y escribió unos ideogramas. Parecieron leer luego en alta voz lo que habían escrito y seguidamente se dirigieron a la puerta. Los cuatro corrimos a meternos en el cañaveral, dándonos una segunda mano de barro que no nos hacía ninguna falta, precaución que, por otra parte, estuvo de más, ya que los desconocidos no se entretuvieron en ninguna otra cosa. Montaron en la

furgoneta y se largaron. Y en cuanto se largaron, los cuatro empezamos a hablar a la vez.

Kimiko:

-¿Ves, Loti? Si hubiéramos dejado la ventana preparada para poder entrar, ahora podríamos leer lo que han escrito.

Kawasaki:

-¡Se han llevado mi moto!

Takeo:

-¿Y éstos quiénes eran? ¿Qué tienes tú que ver con ellos, Kimiko? No me engañes. ¿Por qué te han dejado esa carta?

-¿Habéis visto cómo han sacado la navaja? ¡Son navajeros! ¡Hoy es un día negro para la ecología y nefasto para la ciencia!

-Solo es un caracol, Loti. A mí me han llevado la moto y no estoy histérico.

-Kimiko, sea lo que sea lo que haya sucedido, te he perdonado. Perdóname tú a mí las diez austríacas y estamos en paz.

-¿Dónde hemos dejado el cortacristales?

-Son navajeros. Los navajeros precipitan las catástrofes.

-Kimi, por favor, mírame, dime que me perdonas.

-Vamos, vosotros dos, Kimiko y tú, Takeo, dejad eso ya y marchémonos de aquí antes de que pasen más cosas.

-Loti, ¿dónde están los cristales que nos han sobrado? A lo mejor nos da para romper otro y volver a entrar y sustituirlo.

Kawasaki:

-¿Pero habéis estado ya ahí dentro?

-La tortura y la muerte se merecen, la restauración de la pena de la rueda del tormento y que los maten y que luego se los coman los cerdos resoplando y sin limpiarse los morros.

-Kimiko, hazme caso. Di que me quieres, que me perdonas. Kimiko, yo te perdono...

La había agarrado de las piernas para que le perdonase antes de subirse a la ventana, pero ella quería subirse a la ventana y quién sabe si perdonarle después. Un "¿Pero qué haces?", un traspies de Takeo, que justamente estaba pisando los cristales que nos sobraron, el vidrio que se parte y Takeo que tiene una inspiración y coge un trozo, que se apunta con él a la garganta y dice:

-Kimiko, si no me perdonas ahora, aquí mismo me quitaré la vida.

Y Kimiko que se echa a llorar de rabia.

-¡Ahora ya has roto el cristal! Ahora sí que ya no podemos entrar y ver lo que han escrito.

Y Kawasaki:

-¡Suelta ese cristal de una vez, hombre!

-¿Es para ti esa carta? Di la verdad.

-Lo del caracol no tiene remedio. Yo no sé de ningún caracol que haya sobrevivido a la pérdida de su concha. Quizás en eras geológicas venideras la especie pueda evolucionar hacia...

-Loti, ¿quieres dejar de lloriquear y ayudarme a quitarle ese cristal a Takeo?

-¿Pero cómo quieres que te perdone si no haces más que ponerme en evidencia y no dejarme vivir?

Kimiko que sigue tratando de zafarse de los brazos de Takeo y de subirse a la ventana y que, al impulsarse desde abajo, como Takeo, a pesar de todo, la retiene, lo hace caer, y él la arrastra, junto con las dos linternas y, al desplomarse, grita: "¡Me he matado! ¡Me he matado!"

A oscuras ya no sabemos si se ha clavado el cristal o si sigue representando el drama del amor desesperado pero nos inclinamos sobre él a tientas y notamos, al palparle, algo tibio y húmedo que se va mezclando con el barro. Por fin encuentra Kimiko una linterna y Kawasaki la dirige hacia Takeo. Le sale la sangre a borbotones.

-Kimiko, moriré feliz si es tu voz lo último que oigo al abandonar esta vida.

-¿Pero se va a morir de verdad? -preguntaba Kimiko con incredulidad.

-Y ni siquiera tenemos ginseng...

La serenidad, que se había refugiado en Kawasaki, dijo:

-Alguien tiene que ir volando al próximo teléfono y llamar a una ambulancia.

Las dos echamos a correr y lo dejamos solo inclinado sobre Takeo y tratando de parar la hemorragia.

Gracias a Dios, la ambulancia no tardó y, en nuestra compañía, se llevó al hospital al herido pero, después, nosotros tres, por haberse tratado de un accidente con víctima, hubimos de ir al juzgado de guardia a prestar declaración, una declaración a la que no sabíamos qué forma dar, en vista de las circunstancias y de que aún desconocíamos en qué podían parar las heridas del lesionado. No era cosa de que se cayera en la sospecha de que había habido impulsos agresivos por parte alguna.

-Si al menos supiéramos el ángulo de entrada del cristal, podríamos aventurarnos a declarar algo que ofreciera seguridad -decía yo y Kawasaki repetía una y otra vez que lo mejor era atenerse a que había sido un accidente.

-Pero eso, sin más detalles, no le va a satisfacer al juez y va a preguntar y nosotros vamos a tener que explicar mucho más de lo que nos imaginamos. Los jueces son muy ladinos. Es su oficio el que no se les esconda ni un delitito así de pequeño.

Kimiko, por su parte, estaba silenciosa. Le preocupaban sobre todo las heridas de su novio.

Proseguí yo:

-Podíamos decir que vino un golpe de viento y le clavó el cristal.

-No sé cómo serán los golpes de viento en Burgos, Loti, pero en Japón ni los tifones nos dan para tanto. ¿Por qué tienes que decir siempre tonterías si sabes que son tonterías?

-Bueno, déjame. Yo soy feliz así. Tengo derecho a disfrutar de mí misma, ¿no?

-Pero no disfrutes ahora. Ahora estamos tratando de solucionar un problema. Tenemos que ponernos de acuerdo y no hay tiempo.

-Tienes razón, lo siento. La verdad es que no estoy muy orgullosa de mí misma esta noche. El ver la navaja me ha sacado de mis casillas y, ahora que estamos ya lejos de ella y de la cabaña, me está saliendo a la superficie toda la tensión que tenía dentro. A destiempo, lo reconozco. No como tú. Tú hoy te has portado con mucha presencia de ánimo. De verdad, has estado magnífico. Has peleado muy bien con tres cencerros tocando a la vez, porque éramos tres cencerros. Eres sobrehumano Kawasaki, eres un gran

violinista. Te admiro desmedidamente. Los siglos venideros cantarán tu proeza. ¡Ya sé! Diremos que tropezó, que cayó, que nos arrastró, que caímos todos sobre todos y que se clavó el cristal en el tumulto.

-¿Y el cristal de dónde salía?

-Pues se lo encontró por allí. Si buscan, ya verán que hay cristales; y que se quería despegar el barro del zapato, y bien sabe Dios que en los zapatos y en más sitios tenemos todos barro como para satisfacer a un millón o unos cientos de millones de magistraturas; que, precisamente para quitarse el barro, levantó la suela y se apoyó en uno de nosotros, mejor que seas tú, que pesas más, ya solo de bíceps unas cuantas arrobas; que perdió el equilibrio y nos arrastró a todos, incluidas las linternas.

-No parece mal pensado.

-Pues gracias a Dios que voy recuperando la lucidez. De verdad que siento lo de la histeria. Es que, aunque cada vez me falta menos, no soy perfecta. Lo tienes que comprender y aceptarme como soy.

-No, Loti, esa idea del barro me parece buena. ¿Y a ti, Kimi?

-Sí, sí, yo diré lo que ha dicho Loti: que de repente me vi arrastrada al suelo con la linterna y todo.

Bien pensado estaba, pero Takeo, que por su cuenta pudo declarar en el hospital, no dudó en decir que fue intento de suicidio porque su novia no le perdonaba. Mi ingenio no halló colaboración por aquel lado y ello fue ocasión de que en los días siguientes hiciéramos unas cuantas visitas obligadas al juzgado. Aun así, con Takeo tranquilito en una cama del hospital, todos empezamos a respirar. Kimiko serenó su sed de aventuras, yo traté de olvidarme del susto y me ofrecí a acompañar a Kawasaki a denunciar el robo de la moto y él se dedicó a estudiar y a examinarse. La inmovilidad de Takeo

fue una bendición que nos permitió apreciar lo confortante que puede hacer la vida un poco de aburrimiento.

Una de mis primeras ocupaciones fue entonces pedirle perdón a Kimiko. No admitió tal petición, diciendo que no lamentaba nada y que todo había sido para bien. Y que deseaba y esperaba que nuestra amistad fuera eterna y que saliera de ésta, como de cada prueba, más fuerte y más estrecha. Yo no podía evitar sentir que alguna culpa me cabía en todo aquello. Tal vez yo la había apartado, con mis aventuras, de atender convenientemente las relaciones con su novio. Y éste, por más que era patente que era imbécil y que me había llamado vaca hinchada y aún no me había pedido perdón, había dejado de parecerme mala persona. Me daba pena. De hecho fui a verle todos los días al hospital.

Más visitas

La segunda vez lo hice en compañía de Kawasaki, quien ya se había repuesto de los contratiempos del día del suceso y mostraba su estolidez habitual. En el camino del hospital trató de quitar de mi relación con su amigo la última sombra:

-Mira, Loti -me decía-, lo que hay entre Takeo y tú es un malentendido. El es un gran admirador de las vacas. Allí, en Japón, a veces salíamos al campo y, cuando veía pastar a una, nos parábamos y nos hacía bajar del coche para admirarla. Y nos tirábamos así, viéndolas, a lo mejor dos horas o

dos horas y media. Y les decía piropos: "¡Qué hermosa eres, vaquita, y qué hinchada estás!".

-¿No querrás decir preñada?

-¿Tú estás preñada, Loti?

-Yo no. Pero la vaca de Takeo a lo mejor era preñez y no hinchazón lo que tenía. Deberías preguntárselo.

-No debía de ser hinchazón, porque Takeo no creyó que estuvieras embarazada.

No era normal. La memez de este hombre no era normal. Superada la crisis de los días precedentes había vuelto a su estado mental acostumbrado y era aberrante. O sea, que si yo estaba preñada, a Takeo le gustaban las vacas preñadas, y si lo que yo estaba era hinchada, le gustaban las vacas hinchadas. Al parecer, mi circunstancia se hallaba ligada a la especie vacuna ¡Qué sino tan campestre el mío!

-No hay nada que le guste más a Takeo en este mundo que las vacas.

-Y las hinchadas más que ninguna.

-Las hinchadas muchísimo más que ninguna.

Lo dejé estar. Habría podido hacerlo, pero mi bondad natural me impidió preguntarle cuál era la cabaña bovina del Japón y si las vacas que le gustaban a Takeo, además de ser hinchadas, también eran de lidia, porque, desde luego, lo que yo no admitiría nunca es que se me confundiera con una vaca lechera, y, siendo así, mi conciliador convecino se hubiera visto obligado a poblar psicológica y repentinamente el Japón de reses bravas, estirando así su capacidad mental más allá de lo que podía tolerar su frágil soporte.

Takeo estaba rodeado de flores y bombones y de las atenciones y mimos de las enfermeras. El intento de suicidio por amor lo envolvía en una aureola y era un personaje respetado y admirado. Parecía otro. Cuando llegamos a la habitación le decía a Kimiko:

-De verdad, Kimicha, que los desfases horarios me ponen en un estado calamitoso. Y eso que ha sido en el sentido del sol, figúrate si hubiera sido en sentido contrario. Tú habrás observado que estos últimos días estaba nerviosísimo. Y es que no soy dueño de mí, creo incluso que en ocasiones he debido de estar grosero. Dime, Kimicha ¿he estado grosero?...

-No te preocupes, Takeo, ya ha pasado todo.

-Menos mal, Kimicha, menos mal. Yo supongo que he hecho burradas, pero no me acuerdo de nada. ¡Hombre! ¡Qué alegría, Loti! ¡Hola, Eiji! Sentaos, sentaos. ¡Qué amables sois viniéndome a ver! Ha debido de ser horrible soportarme estos días. Pero os prometo que ya no os daré ningún problema más. En cuanto salga del hospital, daré un paseo por el campo y en cuanto vea una vaquita me quedaré como nuevo. Ya veréis como vuelvo a ser yo mismo y trataré por todos los medios de compensaros de los malos ratos que os he hecho pasar.

Lentamente la conspiración de las vacas se apoderaba del mundo.

-Yo me alegro mucho de verte ya tan sereno y con tantas ganas de vivir.

-¡Hombre! Y además que el venir a este hospital ha sido una bendición. ¿Sabéis quién está en la 627?

-¿Quién?

-Un chico de Tegucigalpa. Ya me ha invitado a su casa, aquí y allá, en su ciudad natal. Pues toca el órgano y suele formar conjunto con otros tres.

Pero ahora se les acaba de ir uno y quieren modificar el grupo. Hemos estado hablando y tenemos unos planes fabulosos. Viena se va a enterar. El grupo se va a llamar "Los guapos suicidas". Va a ser un éxito. Kimi, te voy a regalar el mejor contrabajo que exista en el mundo. Ya tenemos pensado un espectáculo de impresión. ¡Viena y Austria van a hablar de él!

Debía de ser verdad lo del desfase horario. O a lo mejor los médicos de antes tenían mucha razón al creer en la virtud curativa de las sangrías y lo que le había pasado a Takeo era que había estado congestionado. Se mostraba desconocido y conmigo se deshacía en amabilidad.

-No sabes cuánto me alegro de que Kimi tenga una amiga tan buena. No hay nada como la amistad. Fíjate mismamente en este caso. Si no llega a tenerte a ti, hasta podríamos haber roto. Y desde luego, las amigas de Kimi son mis amigas. Cuando demos el espectáculo tienes que venir, Loti. Si tú faltas sencillamente no habrá espectáculo porque vas a ser nuestra invitada de honor.

Estaba abrumada. Y yo que le había tenido tanta rabia...! Y finalmente Kimiko tenía mucha suerte. Si lo de las modositas no falla: se llevan a los mejores hombres.

-No sabéis la alegría que me da veros aquí a los tres juntos. Sois amabilísimos viniendo pero de verdad que sé que estáis muy atareados y no quiero que os preocupéis por mí. Dedicaros a vuestras cosas. Aquí, no creáis, estoy entretenidísimo. A las enfermeras, como saben que me he suicidado por amor, las tengo siempre alrededor y hablo con la gente de todas las salas. Y tú Kimi, tampoco te preocupes. Ya te he hecho perder bastante de tus estudios. Dedícate a ellos y, si quieres distraerte, ve con Loti adonde te dé la gana. Mira, yo no soy de esos tíos que quieren tener una mujercita

para ellos solitos que les limpie las camisas y les doble los calcetines. De verdad Kimi, yo quiero que seas una gran contrabajista y me sentiré muy orgulloso de ti. Si tienes que estudiar, estudia, que yo sabré de todas formas que piensas en mí.

Takeosan iba camino de convertirse en San Takeo.

La conversación -o monólogo- del enfermito había dejado a Kawasaki pensativo. Al salir del hospital me separé de él.

-¿No vas para casa?

-Voy a ver a la señora Tatsuta.

-¿Pero qué te traes tú entre manos con Tatsutasan? ¡Ah, claro que ella tiene caracoles igual que tú! ¿Y qué hacéis con ellos? ¿Por qué os a dado a las dos por los caracoles?

Lo que hacía yo no se lo decía porque era capaz de reírse y lo que hacía la señora Tatsuta era lo que yo quería averiguar.

-Cuando no tengas nada que hacer con los caracoles, me gustaría quedar contigo alguna tarde. Tú y yo solos, Loti, y, aunque sólo sea por una vez, piensa en los demás y olvídate de hablar.

-Vale, no te preocupes. Si alguna vez me quedo mudita te avisaré, por señas, claro. Hasta luego, Rendijas.

Y tomé el tranvía en dirección a la casa de la señora Tatsuta. Ganas, lo que se dice ganas, hubiera tenido más de seguir con Kawasaki, diciéndonos tonterías el uno al otro. El mundo era diferente desde que me peleaba con él. Pero aunque triste sea, es lo cierto que la existencia no se apiada de los que disfrutan peleándose y los manda a sitios como la casa de aquella buena dama para poder abrirse camino en los abrojos que jalonan la ganancia del sustento diario. Así es. Tenía una vida por delante y tenía que ganármela y,

además, quería ganármela bien. La vejez estaría lejos, pero llegaría algún día, fría y esquelética, y me aterraba que no fuera holgada. Era ahora, ahora, cuanto tenía que hacer dinero. **Hoy** se daba la batalla. Aún no tenía pensado lo que le iba a decir. Tal vez que había oído que pensaba dejar la cabaña y que me había acercado a verla y, por casualidad, había descubierto los caracoles. Algo se me ocurriría.

-Pasa, querida niña.

-Gracias, Tatsutasan.

-Ya veo que tienes mejor aspecto que al terminar el combate de boxeo. No fue nada noble por parte del sobrino de Yamamoto el embrollarte en una cosa así. Una pobre niña sola... Y yo debería habértelo advertido. De hecho, intenté asustarte un poco pero tampoco sabía cómo te tomarías que me metiese en tus cosas. Nosotros no deberíamos ir por ahí exponiendo a personas indefensas nada más que para sacar un poco de diversión. Como japonesa, me siento avergonzada de que algo así haya podido suceder.

-Bueno, tampoco me afectó tanto el boxeo. Aquel día no me sentía muy bien de todas formas.

-No debiera una verse en la situación de tener que advertir a un extranjero contra los del propio país pero parece que vivimos en una época en la que el honor, más que en algo que se da por descontado, se ha convertido en una carga de la que se intenta huir y por eso te aconsejo que no te dejes llevar por lo que te digan.

-Tal vez tenga usted razón pero me encuentro bien. Gracias por preocuparse, Tatsutasan.

-¿Tomarás un té y unos pastelitos?

-Por favor, no se moleste.

-No es molestia ninguna. ¿Sabes? Quería haberte invitado ya antes de ahora pero no sabía si a ti te iba a apetecer pasar el rato con una persona mayor y llena de rarezas. ¿Vienes a la cocina mientras lo preparo y seguimos charlando o esperas aquí?

La seguí.

-Y te voy a decir más, si me permites un consejo, querida niña: no te dejes desviar de lo que te conviene por ningún hombre. Son muy poquitos a los que hoy en día les queda un átomo de vergüenza. Los demás van todos a sus intereses y esos intereses no coinciden con los nuestros. Y, créeme, en la casa de Sadao Yamamoto hay demasiados hombres. Exactamente dos. La de cosas que podría contarte yo que te evitarían caer en el error... Pero, ¿qué digo? Los mayores siempre nos creemos que los jóvenes sois más vulnerables de lo que sois en realidad. Y tal vez todo lo que estoy diciendo no sea más que disipación de esfuerzos. Estoy segura de que eres una chica despierta y juiciosa y de que no necesitas que te enseñen a cuidar de ti misma.

-Es usted inmerecidamente amable conmigo, Tatsutasan, y me honra que quiera aconsejarme y, aunque es verdad que procuro ser prudente, la sabiduría de las personas de más edad nunca deja de ser necesaria y, más aún, la sabiduría oriental.

-Eso espero, hija. No vivimos en una época en la que las cualidades de respeto y consideración a los más débiles se tengan muy en cuenta. Hoy lo que importa es la diversión, los honores mundanos y el ser figurones en grandes organismos, sea o no sea beneficioso para la humanidad y la nación. No, verdaderamente, el cumplimiento de deberes más sagrados no forma parte ya del modo de pensar de los japoneses.

No es que fuese incómodo el sofá donde estaba sentada pero la postura en la que me colocaba ella, prodigándose conmigo en bondades y confidencias, por veladas que éstas fueran, después de haberle invadido sus propiedades, sí que lo era. ¿Era yo una persona abyecta? No, era una persona noble y con las más elevadas miras. Se lo iba a demostrar a la señora Tatsuta.

-¿Es cierto, Tatsutasan, que piensa usted dejar en breve la cabaña que tiene alquilada en el Lobau?

-Pues sí.

-Me enteré por el embajador Akiyama de que la quería usted dejar y fui a verla hace un par de días con Kamei Kimiko y no le diré que la cabaña me interesa, porque la verdad es que bien situada no está para una persona sin vehículo propio pero, en cambio, y debido a un incidente completamente fortuito, sí descubrí algo que me parece casi un milagro porque demuestra hasta qué punto dos almas de lugares tan dispares como su país y el mío pueden tener inclinaciones tan idénticas. Estábamos, pues, Kamei Kimiko y yo en la parte de atrás de la casa, visitando el terreno, cuando ¿qué creará usted que sucedió?

-Pues no me lo imagino, querida niña.

-Un grito sobrecogedor, que nos estremeció hasta la médula y que parecía salir del interior de la cabaña, nos hizo mirar hacia su interior por la ventana y contemplar una escena aterradora.

-¿Una escena aterradora en mi cabaña?

-Sí, profesora Tatsuta. Al mirar inmediatamente por la ventana, aún estuvimos a tiempo de ver que quien había lanzado aquel grito desgarrador había sido un desventurado caracol que en ese mismo instante entregó su

alma al Supremo hacedor al caer víctima inocente del navajazo de unos seres despiadados. Tres hampones lo asesinaron. Nos quedamos paralizadas por el terror y temiendo que aquella matanza continuase y más caracoles empezasen a gritar y a caer víctimas de la vesania desatada de aquellos individuos.

-Me sorprende mucho y me cuesta trabajo creer lo que me cuenta, Lotisan. Los caracoles no hablan ni gritan. El grito ese, si existió, no pudo lanzarlo el caracol. Por más que los experimentos de mejora de las especies hayan ido dando en muchos lugares del mundo resultados prometedores, lo que aún no se ha conseguido, que yo sepa, es que los caracoles hablen o griten. ¡No me alarme, Lotisan, diciéndome esas cosas! ¿A que no existen caracoles que griten?

-¿Qué le voy a decir, Tatsutasan? Que estoy completamente de acuerdo con usted. Yo misma crío caracoles. Tengo diecisiete especies y aún no he conseguido que articulen sonidos tal y como los tienen clasificados los lingüistas. Pero no pasa una horas y horas en vano en la compañía de estos agradecidos animales sin desarrollar una especie de telepatía y, en mi caso, respetada profesora, le diría que esa telepatía es casi normal. No es la primera vez que yo experimento la transmisión de pensamientos ni las premoniciones. ¿Qué creerá que me sucedió no hace más de una semana?

-Pues no me lo imagino.

-Recibo una carta de mi hermana Prudencia en la que me cuenta que mi prima Rosa Mari, la de mi tío Cosme, tuvo que ser ingresada de urgencia en Burgos a causa de una apendicitis. Pues bien, Sra. Tatsuta, el mismo día que era operada mi prima, a la misma hora en que a ella la hendían con un bisturí, yo, aquí, en Viena, a miles de kilómetros, me corté con una lata de

conservas de abrefácil y sangré como un cochino y no daba abasto a chuparme toda la sangre. A mí ya no me sorprende ningún suceso inexplicable por las leyes de la física. Yo sé a ciencia cierta que aquel caracol no articuló ningún sonido pero conozco, con la misma certeza, que mi alma percibió todo el horror que le sobrecogió a él al sentir el final de su estimada existencia. Y dirá usted que doy pruebas de una crueldad propia de un ser desalmado si ahora le afirmo que tal vez aquella muerte, ocurriendo precisamente en el momento en que transitaba por allí un espíritu gemelo, no fue inútil porque, gracias a esa muerte, pude yo, Tatsutasan, descubrir precisamente que usted desde el Oriente y yo desde el Occidente confluímos en un mismo interés, en un mismo objetivo de incomparable nobleza, una meta gloriosa donde las haya. Porque dígame si no, Tatsutasan, ¿qué fin persigue una persona tan insigne como usted con aquellos maravillosos frascos, aquel inspirador mechero Bunsen, aquellas inestimables probetas, aquellas nobilísimas balanzas electrónicas, en fin, con aquellas enaltecidas criaturas que brillaban y resplandecían en la noche, augurando un futuro de luz y de sapiencia para su especie, tal y como si las hubieran irradiado con cesio 137?.

-Ya veo, querida niña, que tienes una capacidad de observación nada común.

-No me puedo quejar Tatsutasan, ni eche usted en olvido lo que le he dicho de que a mí los caracoles me potencian ese sexto sentido, que es como un sexto continente del conocimiento. Señora Tatsuta: ¡Adelante, adelante! No se contenga usted. Motéjeme de falta de tacto y de tosquedad occidentales, despreciéme desde su privilegiado lugar en el panorama de las civilizaciones, abrumeme con la tradición milenaria de la suya y haga que

me sienta tan pequeña como soy, que lo es mucho, pero respetadísima, admiradísima señora, no me niegue la posibilidad de aportar mi humilde, mi infinitesimal granito de arena a esa magnífica labor que desarrolla usted, por lo que adivino, en la silenciosa soledad de una Tebaida científica que no puede sino denotar pureza de miras y elevación de propósitos. Yo quiero ser un humilde instrumento en sus manos, señora Tatsuta. ¿Qué debo hacer para ser su humilde y muy honrado instrumento?

-Realmente es muy sorprendente todo lo que me cuentas, querida niña. Me dices que tú crías caracoles y, sin duda, me atrevo a imaginarme que los crías para explotarlos en el ramo de la alimentación. ¿O me equivoco?

-¿Cómo voy a decirle yo a una persona tan insigne como usted que se equivoca? Usted ha reparado muy bien en que mi investigación, en efecto, ha posado su mirada en el aspecto físico del caracol y quizás, si hubiese ido más allá en su capacidad adivinatoria, no me cabe duda de que habría dado justo en el blanco de lo que me propongo yo con ese punto de mira inmediato puesto en su físico, porque lo que yo me propongo, a través del fortalecimiento de la musculatura de esas criaturas, es humillar el orgullo de los perros.

-¿Humillar el orgullo de los perros?

-Y de los caballos.

-Tendrás que explicármelo con un poco más de detalle, querida niña.

-Naturalmente, profesora Tatsuta, para eso estamos aquí, dos almas que, en la enorme divergencia de su magnitud, se encuentran sin embargo en la conjunción de sus altas miras morales. En efecto, para eso estamos aquí, para explicar en detalle cómo aumentando la potencia del caracol, su capacidad locomotora, se puede demostrar la vanagloria de otras bestias

que todo lo cifran en sus bonitas patas y en su agilidad triunfante. ¡Correr! Ya ve usted: ¡Correr! Correr lo pueden hacer todos y el caracol también, aun cuando no vaya exhibiéndose por ahí. Pero ¿y qué me dice de su vida espiritual? ¿Qué animal, desde la Antigüedad, ha merecido que los filósofos lo consideren digno de los empeños espirituales? Pues ahí los tiene: todo un Teilhard de Chardin recapitulando el progreso espiritual de la humanidad en algo que el caracol ha convertido en el eje de su existencia: la espiral, camino y guía, precisamente, de espiritualidad. Más allá, siempre más allá, incansablemente, humildemente. No me diga, señora Tatsuta, que no se siente santificada trabajando con estas criaturas.

-Pues, fíjate que sí que he trabajado con ellos y ahora, oyéndote a ti, se me cae una venda de los ojos y entiendo muchas cosas. Entiendo el impulso que me ha movido a buscar un fin espiritual, a dar testimonio moral, a través de estos seres. Creo que tal vez me movió un instinto, y a mí el instinto nunca me engaña, y ya ves, ahora comprendo que fue un impulso espiritual, aunque cuando lo sentí no me paré a analizarlo de esa forma. Me acabas de descubrir algo sobre mi propio ser que yo misma desconocía.

-Ahí lo tiene. ¿Y a qué velocidad van los suyos?

-No puedo quejarme, querida niña.

-¿Cree usted que le alcanzan el metro por minuto?

-No lo sé. Nunca lo he medido.

-¿No? ¿Y qué es lo que ha medido?

-Pues verás, querida niña, no había yo contado con que hubiera tenido que hacer revelaciones sobre mis actividades y mis propósitos de una manera tan inopinada. Así, a bote pronto, no sabría escupir datos. No es que no desee confiarte algo que pueda ayudarte en tu propio campo, sino que en

cierto modo me veo desbordada por esta coincidencia y yo no soy una científica. Sí que me interesa, sin embargo, todo lo que me cuentas del progreso espiritual y de humillar el orgullo. Bien sabe Dios que hoy día hay mucho de ello, de orgullo, de vanidad, de mundanidad y muy poco de auténticos valores morales, de sacrificio por el bien común, de amor a la patria.

-¿Pero entonces usted nunca ha medido la velocidad?

-Pues no, querida niña, tal vez yo también haya buscado humillar el orgullo, pero, fíjate que no se me ocurrió hacerlo a base de velocidad. No obstante, si es algo que te interesa tanto, desde luego, no tengo ningún inconveniente en medirlo y en darte todos los datos de las mediciones.

-Tendrían que ir acompañados de toda la demás información relativa a alimentación, temperatura, edad, variedad, etc. Es decir, una descripción muy completa para que me pudieran ser útiles, y ahí tal vez cometo una insolencia, porque ¿cómo puedo atreverme a solicitar nada de una persona tan insigne como usted, que cuenta con tantos y tan señalados amigos en los círculos científicos, que sin duda encontrarán muchísimo mayor provecho para las actividades que usted desarrolla? Yo le pido perdón por lo humilde de mis empeños cuando se comparan, por ejemplo, con los del profesor Yamamoto.

-¡Ay, querida niña, qué más quisiera yo que tuvieras razón en lo que dices! Pero no, hija, no, los empeños científicos de los japoneses de hoy día nada tienen que ver con el honor. Tendré mucho gusto en tomarte esas mediciones que dices, aunque no sé muy bien cómo hacerlo.

-¿Tiene usted cronómetro?

-Sí. Claro que depende de la precisión que busques. Si te vale con la diezmillonésima de segundo.

Si yo les hablara a mis caracoles de diezmillonésimas de segundo, ellos, que cuando llegaron a distinguir las décimas me miraron con aquella expresión conmovedora de esperar mi felicitación, mis pobres caracolutos, se atribularían y se mirarían unos a otros diciéndome: "No, amita, nosotros no conocemos las diezmillonésimas de segundo. ¿Qué es una diezmillonésima de segundo?". Claro que, en lo que ella hacía, seguro que esas diezmillonésimas le eran muy necesarias. Yo le expliqué detalladamente la forma de hacer andar a los caracoles y de medir su velocidad, e incluso me ofrecí a hacerlo con ella, y más aún, que nos asociásemos. Pero se dio por satisfecha con las explicaciones y me prometió facilitarme todos los datos en cuanto los tuviese y además tomar esas mediciones periódicamente.

-¿Y dices que Kamei Kimiko estaba contigo cuando viste el interior de mi cabaña?

-Así es.

-¿Y crees, Lotisan, que habrá contado a alguien lo que ha visto?

-No, Tatsutasan. Kamei Kimiko y yo formamos una liga de mujeres que han jurado defender las leyes del honor. Tenemos un código moral secreto de solidaridad. Y si yo fuera usted, de una tumba me fiaría menos que de Kimikosan. Jamás lo contaré ni torturada ni violada y, desde luego, si eso la tranquiliza a usted, yo le insistiré, superfluamente, desde luego, en ese sentido. Innecesario decirle, y por los mismos motivos, que para mí la confidencialidad de lo que he visto es sagrada y que si me he atrevido a mencionárselo es por lo que ha tenido casi de milagroso en el sentido de hacerme ver la similitud de nuestro plano espiritual, que es algo que una

persona que aspira a la perfección jamás puede ignorar. Aunque también hay otro motivo y es el de que, si hay alguien que tenga designios endemoniados con respecto a sus caracoles sea usted precavida para tratar de protegerlos del mal. Eran seres caídos en la más abismal abyección, Tatsutasan, y podrían imperturbablemente cercenar el tallo de esa flor de superioridad moral que usted cultiva. Tal vez incluso convendría denunciarlo a la policía.

-Gracias por tu preocupación e interés, querida niña, pero ese incidente ya está pasado y, en cuanto a la policía, estoy segura de que, tú lo debes de saber, siendo extranjera, es mejor no hacerse notar. No les gusta nada que los extranjeros nos metamos en problemas. Aunque ya sé que es un ruego ocioso y que eres una niña discreta, lo que sí te pido es, como no desconozco que el profesor Yamamoto es vecino tuyo y tienes mucho trato con él, que no le menciones nada de esto. Si ha de saber algo, quiero ser yo misma quien se lo diga. Los del mismo país tienen siempre la manía de fisgar en lo que hacen los otros y una se siente aquí casi como en un patio de vecindad. En cuanto a ti, la verdad es que me da pena que una chica joven, puesta a relacionarse con japoneses, haya ido a dar precisamente con uno como el joven Yamamoto. Claro que ¿qué cabe esperar con el ejemplo que reciben?

-Desde luego, Tatsutasan. Pero no crea, por ejemplo, que no les dan su merecido. El joven Yamamoto tiene unos duendes enemigos que conspiran contra su salud. El mismo día que su tío se fue en el último viaje, él estuvo a punto de quedarse cojo por las rozaduras que le hicieron los zapatos, porque un trasgo le quitó todos los calcetines de la cómoda donde los guardaba. Y yo le ayudé a buscarlos y todo, pero se conoce que la inquina que se le tiene

en el ultramundo es tal que ni una persona con poderes extrasensoriales como yo consigue sacarle de sus apuros.

-¿Dices que él se quedó sin ningún calcetín en la cómoda el mismo día que su tío se fue en el último viaje?

-Exactamente, Tatsutasan.

-Los duendes, desde luego, a veces tienen unos impulsos inexplicables e incontrolables.

-¡Y que lo diga usted! Se me ocurre que tal vez fuera eso y no hampones lo que vimos en su cabaña. En ese caso hace usted maravillosamente bien en mudarse a otra.

-En realidad no me voy a mudar a otra cabaña. Una, con sus achaques, debe ya buscar la comodidad. Tal como estoy ahora pierdo mucho tiempo yendo de acá para allá. Era algo que tenía que haber hecho desde el principio pero como cuando llegué a Viena no quise esperar y encontré este piso inmediatamente y más tarde alquilé la cabaña... cuando realmente no me conviene nada. Es más, te diría que es una disipación de esfuerzos. Menos mal que Akiyama me dijo que había quedado vacante una casa de un diplomático de la Representación y que el que viene en sustitución no la quiere ocupar y la verdad es que es una casa a mi medida. Akiyama ya se ha quedado con ella para subarrendármela. Está en el camino de Cobenzl. Ahí tendría todo bajo el mismo techo.

Si era alto a lo mejor era una buena idea comprarle una escalera. Aunque más decorativa y hogareña quedaría tal vez la serie de doce cuadros ilustrando las diversas faenas de la recolección del maíz entre los iroqueses. Las series siempre dan un toque culto y familiar a cualquier vivienda. Yo

recuerdo muy bien que mi tía Adoración tenía en su alcoba una con catorce estampitas donde se veía cómo hacía los pasteles Santa Casilda.

Era muy buena la señora Tatsuta. Me había ofrecido facilitarme todos sus datos y ni siquiera me había dado la oportunidad de brindarle nada a cambio. Podría hacer con ella como con Kimiko y darle participaciones en mis beneficios, además de comprarle la serie para adornar su nueva casa.

Así, sobre el anuncio de mudanza y la promesa de visitarnos mutuamente en nuestros respectivos y sucesivos domicilios para hablar de caracoles, de progreso espiritual y de patriotismo, me despedí.

Y, recapitulando camino de casa, observé que, de momento, todas las gestiones que podían hacerse sobre el suceso de los calcetines ya estaban hechas, sin que ello me hubiera deparado mucho que contar a Kawasaki, porque las sospechas, realmente, no son nada que contar y él podía tenerlas tan bien como yo. Pero aunque fuese para contarle nada, igual en llegando a casa pasaba a hablar con él, porque nada, con Kawasaki, para mí era siempre más que todo.

Ajos y manzanas

No obstante, al llegar a casa recibí un recado de Telégrafos que cambió todos mis planes. Hice una llamada para Kimiko a ver si podía acompañarme a la cabaña. Me reuní con ella y le hice todas las recomendaciones pertinentes al cuidado de los animalitos. Le encomendé también, ahora que estaría ausente más de una semana y a salvo de la reacción, que le contase

a Kawasaki, en pocas palabras y si surgía la oportunidad, lo que hacía yo con los caracoles. Luego recogí el material que me interesaba y me dirigí a la Westbahnhof, donde subí al tren de Budapest para, desde allí, proseguir a Transilvania. Fue un viaje en el que la fortuna no llegó a reírse a carcajadas pero sí me mostró una prometedora sonrisa. Me salió bien la operación. Regresé a Viena con bastante dinero en los bolsillos, lo suficiente como para permitirme cierto desahogo, eliminando algo de la tensión que normalmente me provoca el pensamiento del futuro. Ahora podría seguir adelante una buena temporada. Parece que el iniciar tratos con Tatsuta había sido un buen auspicio. Independientemente de lo que mi relación con ella en sí me fuera a deparar, su comienzo parecía coincidir con buenos sucesos en mis propios asuntos. Volvía feliz, despreocupada y gozosa después de aquellos diez días en los sitios nada recomendables donde había conseguido aquellos resultados. Es cosa notable que entre el público aficionado a las carreras de caracoles se junte lo más dispar y heterogéneo de las sociedades. Desde profesores universitarios de punta en blanco que muestran un interés snob e intelectual por considerar las de caracoles de mayor distinción que otro tipo de competiciones más salvajes y en entredicho, o más habituales, hasta los tipos sin evolucionar, llenos de crueldad que, si la naturaleza de estos animales lo permitiera, los harían andar a palos. Me inquietaba aquel ambiente. Sobre todo el de Transilvania. El del Río de la Plata tenía entendido que era más civilizado, pero hasta entonces mis gestiones en aquella parte del mundo las había realizado por mediación de otras personas que me hacían ese favor y a las que yo llamaba agentes, pero que en realidad lo hacían por amistad. Ahora que tan bien me había ido, y teniendo

un poco más asegurados venideros resultados, igual podía permitirme asistir personalmente a algún éxito -o fracaso- en aquel lugar del mundo.

De regreso del viaje, estuve primero en la cabaña. Kimiko había hecho la limpieza de las diversas instalaciones para evitar que se me muriesen o enfermasen las criaturas, por lo que no hube de pasar allí mucho tiempo y, una vez en casa, me entretuve contando el dinero, disfrutando de la gran comodidad que supone recostarse en muchos fajos de billetes. Estaba tranquila y optimista y las cosas que me daban miedo eran ahora menos que antes de tener los fajos.

Después de este tributo a la vida contemplativa, pensé en llamar a Kimiko. Debía hacerlo, para que supiese que ya estaba de vuelta y que no tenía que ocuparse más de los caracoles y para ver que tal le iba todo con Takeo, que seguramente ya habría salido del hospital. Probé primero en su casa y luego en la de su madre, que ya tenía teléfono, pero ni en una ni en otra la encontré. Era lógico. Era domingo y la hora de comer. Probablemente habían salido de excursión. Llamé a Kawasaki. El sí que estaba.

-¡Loti! ¿Pero qué ha sido de ti? Fíjate que te hemos estado buscando porque todos los de la Asociación Musical queríamos dar una comida e invitarte a ti y a Kimiko para agradeceros el que contribuyerais con el boxeo a recaudar fondos. Y mi tío también te quiso invitar antes de ayer que venían Koyama y Takirawa, que trabajan en cosas que te interesan. ¿Dónde has estado?

-En Transilvania.

-¿Y te acordaste de llevar ajos?

-¡Ahí va! Pues ahora que lo dices, no, no me acordé y además con horribles consecuencias porque una noche, mientras dormía, me sacudí

pensando que era un mosquito pero, ahora que lo pienso, y a juzgar por las marcas que me ha dejado, debieron de ser dos incisivos. Pues fíjate, por si me faltaba algo, ahora también eso.

-Tampoco creo que vayas a ser muy peligrosa como vampiro. Con todo lo que hablas no te daría tiempo a morder. En cualquier caso, Transilvania no te ha cambiado, sigues igual de cuentista.

-¡Caray, Kawasaki, no he hecho más que volver y ya te estás metiendo conmigo!

-Pero si es broma, mujer. En realidad ¿sabes? el estar más de una semana sin que me coloquen dos rollos interminables al día me ha hecho sentirme rarísimo, como que me faltaba algo, pero algo muy gordo ¿sabes?

-Espero que nunca te falte nada muy gordo. ¿Sabes algo de Takeo?

-Ya está fuera. ¿A que es muy buen chico? Nos ha preguntado muchísimo por ti a mí y a Kimiko. Los dos tienen muchas ganas de verte y de saber cómo te ha ido. En cuanto a él, ya está trabajando con el muchacho de Tegucigalpa. Le tienes preocupadísimo. Cree que todavía no te ha pedido suficientemente perdón por los líos que armó.

-Pobrecillo. Ahora que la próxima vez que haga el trayecto entre Viena y Japón hay que expedirle por el Transiberiano. Dos ediciones de sus hazañas sería exagerar la nota. Y tus exámenes ¿qué tal?

-Por ahora bien. Espera un momento, Loti. Loti, que dice mi tío que si has comido ya.

-No. Pensaba salir a hacerlo.

-¿Has quedado con alguien?

-No. Si hace apenas una hora que he llegado.

-Entonces vente a comer con nosotros. No tenemos nada del otro mundo, pero así charlamos y te cuento cómo me han ido los exámenes.

Estuve muy a gusto comiendo con Kawasaki y el Kasikaze y durante toda la comida, recordando la prevención de la Sra. Tatsuta con respecto al Dr. Kasikaze, lo escrudiñé para ver en qué podía consistir ese estigma con que ella lo veía. Y no hallaba estigma por ninguna parte. Seguía pareciéndome la más perfecta persona de honor, intachable, considerado... Lo único que existía entre él y la razón eran todos aquellos guantes. No ataba cabos y lo dejé por imposible. Tranquila, Loti, reclínate en el mullido sofá del no saber mientras puedas hacerlo, que cualquier día te revelan algo indigerible y luego vas a verte obligada a tener a alguien entre ceja y ceja y ya no lo podrás gozar. Tenía que disfrutar de la inocencia del Dr. Kasikaze mientras pudiera.

-¿En qué piensas, Loti? -me dijo sacándome de mi abstracción Kawasaki.

-En el transcurso del tiempo y en la inocencia.

-Es una satisfacción oírlo, Lotisan. Hoy día no es muy frecuente que las personas se abstraigan tratando de hallarle sentido moral a la existencia. ¿Y cree, Lotisan, aunque en verdad es quizás muy joven para responder, que la inocencia persiste con el transcurso del tiempo o que es inevitable su pérdida?

Vi la cara de consternación de Kawasaki al hacerme su tío esa pregunta. Auguraba con ella dos horas de profundas reflexiones filosóficas que, no es que le desinteresasen, pero como no pensaba participar activamente, el tener que escuchar dos horas seguidas, yo lo comprendo, era para cualquiera un oneroso tributo a la sabiduría.

Pues, sí, tratamos de distinguir entre pureza e inocencia, distinción muy útil, habida cuenta de que en los diccionarios las dan como sinónimos, y muy inútil, cuenta habida de que, a pesar de nuestros esfuerzos, los diccionarios seguirían dándolas como sinónimos. Fue iniciada esta aventura de los sinónimos cuando Kawasaki recordó que aún le quedaba un examen, un solo examen -no le hacían falta más para lo que necesitaba-, y nos dejó a su tío y a mí descarrilar por el tobogán de las palabras tan a gusto.

Ahora que quienes descarrilaban de verdad, según el profesor Kasikaze, eran todas las generaciones jóvenes que habían perdido los valores que eran los pilares de la sociedad. Era un optimista. La señora Tatsuta, por ejemplo, parecía absolutamente convencida de que la generación vieja estaba igual de podrida y de que el país se dirigía a la ruina. Esta creencia, la de que el propio país se dirige a la ruina, estaba visto, como la creencia en un Ser Supremo, era universal y, si se admite este argumento como prueba de la existencia de Dios, ha de llegarse también a la certeza de la ruina de todos los países y ¿acaso los hechos lo desmienten? No obstante, yo, a pesar de lo que creyera la Sra. Tatsuta, estaba convencida de que no era el profesor Kasikaze el que llevaba nada a la ruina. Más bien era una sensación de como si a él le persiguiera una ruina, la negra ruina, la negra sombra. Pero allí estaba, todo inocente, hablando de la inocencia y creyendo en ella, aunque no dejaba de darme, por otra parte, la impresión de estar de vuelta de todo. Tal vez había vuelto pero no había ido, tenía tal vez su propio castillo no "de irás y de no volverás", sino "de no irás, pero sí volverás" porque me parecía incontaminado. Me daba pena. No sé exactamente por qué, pero el Dr. Kasikaze me daba pena, como la señora Tatsuta. Lo miraba y algo como una infinita conmiseración me oprimía el pecho. Ahora que lo de los guantes...

¿Podía ser inocente un hombre que guardaba tantos guantes usados? ¿Sería fetichista? Pero un fetichista que no pasaba de la mano ¿no era un poco memo?

Hablamos también de Chernobil. Del diferente tipo de radiactividad con respecto a las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki y de las diferencias también entre una y otra. ¡Y lo frágil que era la vida! ¡Y cuán mayor era por tanto el motivo para gozarla con toda sencillez y simplicidad! Ya solo respirar era un placer -y un milagro. Comentamos la posibilidad de prevenir el daño causado por las radiaciones.

-Ya se está experimentando, principalmente con la administración de preparados químicos en el campo de la medicina y con mamíferos, por su mayor parecido con la especie humana.

-¿Y no cree factible el experimentar con otras especies de animales, por ejemplo, los moluscos?

-No tendría mucho sentido. Los resultados no serían transferibles a los seres humanos ¿Para qué dar un rodeo por una especie tan alejada de la nuestra cuando se dispone de ratas y cobayas y, de todas formas, siempre, en última instancia, habría que probar con ellas?

Kawasaki no salía. Mi intelectualidad por hoy, con la sesión de tres horas o de sólo dos horas bien servidas, estaba saciada y necesitaba ahora un poco de salvajismo. Me armé de un poco más de intelectualidad hasta que volviera a aparecer el dueño de mis pensamientos sin que, afortunadamente, la espera fuera larga. Salió.

-He estado hablando con Takeo. Le he dicho que ya habías vuelto y le gustaría que fueras a verle tocar.

-¿Estará con él Kimiko?

-Supongo.

-¿Y dónde toca?

-En un *Keller*, "El cuervo de colores". Está en el distrito 16. Las señas exactas no las sé, pero si quieres te fijas ahora cuando vayamos. ¿Vas a poder venir?

-Sí. Si no tenía ningún plan hecho para hoy.

Me despedí del Dr. Kasikaze y, una vez en casa, me cambié de ropa. Kawasaki vino casi en seguida, pero no había prisa y nos quedamos de charla.

-¿Supiste algo nuevo de tus calcetines?

-No, Loti, y no te canses ni le des vueltas. Yo ya he dado el episodio por terminado.

-¿Y Takeo?

-Takeo ya ni se acuerda de ellos. Si se le menciona, te contesta que eso fue antes y que para él no existe y yo no sé por qué a todo el mundo le da pena Takeo y le da pena Kimiko y no le doy pena yo, que me quedé descalzo y, como tú bien dices, en peligro de sufrir rozaduras y de verme perseguido por perros.

-Y te olvidas de mí, que me tuviste semanas enteras echándome la culpa. Parecía una fijación freudiana. Dime, Kawasaki, ¿Qué represento yo en tu subconsciente?

-Yo no tengo de eso y lo que representas en mi consciente ya sabes lo que es.

-Sí, pero no me hables de ello, no vaya a ser que pierda su misterio.

-Oye, Loti, ¿es verdad que tú viniste a Viena porque te gusta la burocracia?

Aquello sí que me sorprendía. ¿Quién podía haberle dicho semejante cosa? Es verdad que él me había visto siempre rodeada de papeles y conocía mi afición a tener permisos para todo lo imaginable pero no tenía motivos para saber que a mí me gustase más la burocracia austríaca que la de mi propio país. Los reglamentos austríacos, sus tribunales y sus pleitos son algo absolutamente perfecto y con una especie de redondez que te hace imaginar que si los echases a rodar no se romperían. Era como para enamorarse. Pero sí que era sorprendente que Kawasaki me hablase de ello. Me estaba empezando a irritar el amontonamiento de sucesos inexplicables.

-No, Rendijas, vine a Viena porque está en el centro de Europa, es decir en el centro de los caracoles de Europa...

-O sea, como dirías tú, que Viena es el sol de los caracoles europeos.

-Bueno yo nunca lo diría con esa sencillez, pero en cuanto al fondo, más o menos, y también porque quería ver mundo, porque aquí tendría la benefactora vecindad del espíritu de Mendel y de Konrad Lorenz, y yo creo en la inspiración y en las buenas ubicaciones geográficas. Los garitos de Transilvania me quedan bien aquí.

-Haces cosas muy raras, Loti. ¡Vaya ocurrencia, criar caracoles de carreras! Te aseguro que cuando me lo dijo Kimiko casi me muero de risa.

-Si, ya lo sé. No me expliques cómo fueron las carcajadas porque todos en Transilvania las oímos con nitidez y sin interferencias. Por lo demás, tampoco es tan raro. En la última guerra los japoneses os dedicasteis a criar caracoles gigantes para alimentar a vuestro ejército, o sea, que no hables.

-Loti, a mí no me digas. Yo no soy el Japón, yo soy sólo Kawasaki.

-¿Pero no te llamabas Eiji Yamamoto?

-Claro que me llamo así, pero eres tú la que me llama Kawasaki.

-Yo lo hago para distinguirte de los demás.

-Pero si me llamas por mi nombre me distinguirías igual de los demás, digo yo.

-Tal vez no en la misma forma en que quise distinguirte cuando te llamé así por primera vez.

¡Ay, aquella primera vez! Se me hacía ahora como que aquel ascensor era muy estrechito, muy acogedor... y muy lejano. ¡Ay, ascensor, ascensor!

-¿Y no quisieras ahora seguir distinguiéndome?

La distinción parecía infundirle impulsos excesivos. Le aparté las manos de encima de mí.

-Por supuesto que quiero seguir distinguiéndote pero ya sabes que mi estilo de distinción es mucho más ceremonioso de lo que tú acostumbras a ofrecer.

-Tu estilo es el fraude, Loti. Aquella vez yo me vestí de gueisa y luego tú no quisiste hacer nada.

-Me habías robado un guante.

-Y después tú te quedaste con las fotos. Estamos en paz.

-No, no estamos en paz. ¿Cómo vamos a estar en paz? Tú me lo hiciste sin mediar provocación. Y cuando es uno quien inicia las hostilidades, siempre debe compensar al otro a la hora de concluir las. Con que estamos iguales, pero no estamos en paz, estamos en guerra.

Y ahora mi amigo Kawasaki se cree que es Don Juan, se me aproxima, se me pega, me oprime, me respira encima y me dice:

-¡Pues entonces, hagamos la guerra!

¡Ah! ¡Vaya escenita! Casi me daba risa. Aunque Kawasaki Don Juan tampoco andaba tan descaminado. Entre mi euforia postransilvánica y

aquellos bíceps que casi me devoraban los ojos, la situación era como para fundir granito. Granito, sí, ipero no mis principios! Bueno, mis principios tampoco eran para tanto. Aunque si, teniéndolos, le daba marcha, los principios morales se rentabilizaban. Pero había algo más que cinismo en mi razonamiento. Y que conste que a mí me gustaba el cinismo. Aderezaba mi personalidad de un cierto aire de suficiencia romana que me hacía sentirme incluso como si vistiera peplo y con indiferencia suprema hacia la vida y hacia el mundo me fuese a abrir las venas en el baño. Lo que había, aparte del cinismo, era que, con todo lo que yo me esperaba que fuese aquello, es decir, lo que quería hacer Kawasaki, entendía que era sacarle poco partido el ir sin más, sin ningún trámite, ni preparativo, al grano. Si uno deja pasar estas oportunidades sin hacer nada especialmente refinado, ¿cuándo lo va a hacer? No me atraía ihala! pillar un sofá o un lecho 90 x 200 y sanseacabó, sin literatura, sin dificultades, sin contratos llenos de cláusulas para todas las eventualidades y en previsión de todos los resultados posibles... ¡Un bodrio! ¡Una baratija era lo que proponía! ¡Una liquidación de bisutería pasada de moda! Pero todas estas objeciones, que son tan claras, no estaban al alcance de sus entendederas. Y, además, yo quería que se vistiera de alguna forma tentadora, no como si fuese a hacer lo que hace todos los días a todas las horas del día. Eso no era prepararse para nada. Me parecía una falta de aprecio a mí y de respeto que no pensara en nada especial, nada que de verdad me hiciera caer en la tentación y que me hiciera a mí sentir que caía en la tentación, que no es que consintiese en caer, sino que caía, caía. Tampoco me iba a tirar para que él se creyera que yo caía. El quería que cayese, yo quería que él hiciera que yo cayese, pero caer de verdad, no parecerlo. ¿Qué tenían que ver este deseo mío y suyo con eso de lo que él

hablaba tanto y manoseaba tanto? Y por todos esos motivos le daba marcha, por vago, por perezoso mental, por no tener inspiración ni principios.

Claro que, si por poner tantas pegas, aquellos bíceps, aquellas carnes tan prietas y aquel alma de arroz se me iban a volver lejanos, también sería una lástima, porque dos Kawasakis en el mundo tampoco había. ¡De eso abusaba él! No, no había dos Kawasakis, y al único que había me lo imaginaba pintado y vestido de gueisa... Pero era imaginar, porque después de aquel primer episodio en que yo me lo dejé compuesto y sin novia, estaba muy escarmentado. Y además, me había escapado una vez de una situación así, pero ¿y si al probarlo una segunda no lo podía parar y finalmente no caía y terminaba todo en una chapuza? Era tentar a la suerte. ¡Pero esos bíceps...!

Empecé a decirle:

-Ya conoces, Rendijas, mi actitud en esta como en otras materias y cómo discrepa de la tuya. Naturalmente, siendo como es el mundo una confluencia de actitudes y motivos dispares...

Llegada a ese punto el empezó a hacer como que roncaba. Pero no me engañó y seguí imperturbable hasta que que cerré con aquello de:

-...si es factible y si interesa llegar a ese compromiso.

Era maravilloso. El tener la cartera llena de billetes me hacía lanzarme a la aventura con una alegría que a mí misma me alarmaba. Ahí estaba yo hablando de compromiso. ¿Pero de verdad me quería comprometer? ¿Le estaba tomando el pelo y quería embaucarle como cuando la gueisa? Seguramente. Pero ¿creía yo de verás que él se iba a quedar tan campante si yo intentaba tomarle el pelo por segunda vez? ¿Quería yo tomarle el pelo? ¿Quería creerme que le tomaba el pelo? Aunque tampoco era tomarle el

pelo. Oye, si pretendía ponerse tentador, como ya he dicho, que tentase de verdad. Tampoco me iba a dejar seducir así, por obligación moral, por no herir su tonto amor propio de varón. Si lo conseguía o no era problema suyo. ¿Iba a permitírsele porque me diera pena? ¿A que a él no le hubiera agradado saber que me dejaba seducir porque me daba pena? No, él tenía que conseguirlo con sus propias artes.

-¿A que a ti no te gustaría que me acostase contigo simplemente porque me dieras pena?

-¡A mí me da igual! Yo sólo espero que sepas hacer con la lengua otras cosas igual de bien que hablar.

-¡Rendijas, eres un fresco!

Me gustaba que fuera fresco, al menos en la medida en que lo era. Y, además, aquella tarde no me podía enfadar. No me podía enfadar ahora que las cosas empezaban a irme bien. Y seguro que Rendijas no era malo. Si el año se dividía en fases igual que en meses, yo estaba en la fase de la euforia y en fase de euforia no me podía enfadar, sobre todo que a mí nunca me ha aburrido hablar de cosas verdes, a mí nunca me ha aburrido hablar de nada.

-Bueno, Loti ¿en qué consistiría el compromiso?

-No lo sé. No soy yo quien tiene interés en esto. Yo estoy perfectamente como estoy. Siempre, naturalmente, en este caso, como en muchos otros, cabe añadirle más bellezas a la vida. Pero en mi circunstancia ello no respondería a una necesidad sino a un capricho.

-Capricho o necesidad me da igual ¿en qué consistiría el compromiso?

-Ya te digo que no lo sé. Haz trabajar la imaginación, si es que posees semejante cosa. Siempre teniendo en cuenta, naturalmente, y parodiando la

famosa frase, que los medios pueden precipitar el fin, pero no lo justifican. Sea lo que sea lo que suceda, tiene que ser algo fundamentado.

-Yo estoy dispuesto a oírte hablar veinticuatro horas seguidas si eso te satisface.

-Hablar veinticuatro horas seguidas puedo hacerlo yo perfectamente sin que tú me escuches, eso suponiendo que yo fuera una faquirá que no comiese ni durmiese introduciendo convenientes intervalos en mi disertación, que no lo soy. Me eres grato, sí, pero no me eres imprescindible como oyente. ¡No pretendas que lo haga yo todo! Como te digo: tomátelo con tranquilidad, pasa el examen que te queda y, una vez liberado de la tensión que es propia de ese estado de agobio, deja volar la fantasía. Piensa en algo que pudiera embellecerte y hacerte a mis ojos irresistiblemente atractivo, que me haga olvidar mil quinientos años de inhibiciones religiosas, veintitantos de traumas intrauterinos, de la infancia y de la adolescencia, centurias de prejuicios y oscurantismo y todas esas cosas que debo de tener y que son malísimas. Piensa si no hay ninguna comisura en la legislación japonesa o malgache que pudiera legalmente amparar el concubinato esporádico. ¡Yo qué sé, Kawasaki! ¡No me compliques la vida! Y, hablando de otra cosa: ¿Quién te ha dicho que yo vine a Viena porque me gusta hacer trámites?

-Una japonesa que trabaja en el Circo de las Naciones. Como tuve que pasar por la policía a declarar sobre la moto, me la encontré. Me dijo que, al incorporarse al circo, tuvo dificultades con la aduana para pasar el instrumental y que menos mal que se había encontrado allí a una española que la ayudó a resolver todo el papeleo, que era una chica que hablaba sin parar y que lo sabía todo y que en un cuarto de hora le reunió un kilo de

papeles. Pensé que no podía ser nadie más que tú. Que le dijiste que éste es un país maravilloso para las cuestiones legales, que tiene muchos reglamentos y que te encanta por los reglamentos que tiene y la cantidad de permisos y licencias que se pueden conseguir.

Pues sí que era un pañuelo esta ciudad.

-O sea, que la has conocido. Me da rabia. Me hacía ilusión conocer yo a una japonesa que tú no conocieras. Era una manera de afirmar mi autonomía en cuestiones de niponidad.

-Pues no dejes que eso te aflija, Loti. Hay más de cincuenta millones de japonesas que no conozco y de cuya situación, por tanto, no me hago responsable.

¿Eran imaginaciones mías o se le estaba pegando mi manera de hablar?

-A las mayores, Kawa, por estar en cualquier caso emancipadas, les dará igual, pero las menores de edad creo que el que tú no te hagas responsable de ellas lo van a festejar declarando un día feriado al año. Y además estoy segura de que ella no te diría que yo hablo demasiado. Eso lo dices tú, que tienes la manía de tener a la gente calladita.

-¡Que no, hombre! Que yo no necesito que ella me diga nada. Que estoy seguro de que entre sello y sello y ventanilla y ventanilla le explicarías el funcionamiento de las estaciones transformadoras de alta tensión, la diferente finalidad de las diversas variedades de remolacha, las funciones intestinales del escarabajo y, de propina, la historia de América.

-Pues, mira por donde, te equivocas. De América sólo llegué a esbozarle a Hijima Leiko el aspecto urbanístico de la colonia que, además, me parece interesantísimo. Hasta una persona tan poco dada a los conocimientos enciclopédicos como tú tiene...

Yo creo que esa vez los ronquidos no fueron fingidos, pero yo estaba en vena y no suscribía eso de que el silencio es oro. El silencio es silencio y punto. Aunque la palabra sí debe de ser plata. Él salió de los ronquidos cuando yo decía:

-... ¡Todo un mundo, figúrate, con todas sus civilizaciones, sus animales sus personas, sus ciudades y campos! ¡Asombroso! ¡Milagroso! Pues bien ¿cuántos años dirías tú entonces?

-No tengo ni idea ni me importa y, si me lo vas a explicar, por favor, Loti, no olvides que pasado mañana a las diez tengo una clase y no quisiera llegar tarde, que me ponen falta.

-Exactamente, ni se sabe. Nadie ha contado los años y, probablemente, por siempre nos resulte imposible hacerlo con total exactitud. En cualquier caso, lo que sí que es seguro es que fueron muchos, los suficientes como para que todo el mundo de ambos mundos estuviera aburrido de su propio mundo y abonado al bostezo. Y siendo así, no me negarás entonces que igual que fueron de aquí para allá podían haber venido de allá para acá. O sea, que ahora, en lugar de esta penuria, porque esto es penuria estropajosa, tres cuartos de Europa podría estar conformada por lampiños en vez de por impresentables peludos -y eso sin entrar en los semitas, que todos los pelos los tendrán de listos, pero que tienen, para mi gusto, demasiados pelos, de lo que sea. En cambio, los amerindios representan, fisiológicamente, claro está, una variedad mucho más lograda desde el punto de vista cosmético que la convierten en mi preferida. Pero bueno, dejo de lado la digresión sobre la apariencia física, que es importantísima por otra parte, y siempre preferible a la espiritual por lo que respecta a los varones, porque, como tú no ignoras, ha habido épocas en la historia en las que

incluso se ha dudado de que el varón tuviera alma, duda que yo no comparto, porque yo creo que sí que la tiene, aunque, claro, no un alma refinada e inteligente como la de la mujer, sino un alma de batalla, admirablemente eficaz en ciertos casos, que ha permitido a alguno de vosotros quedar en un lugar nada desairado. Pero en fin, volvamos...

Éste se la estaba jugando con los ronquiditos de pega. Y ya le ajustaría yo las cuentas oportunamente. Pero ahora no me iba a desbaratar el hilo del discurso. Si la dama Murasaki no había cansado a los japoneses, seguro que conmigo también podían, por lo que seguí hasta donde rematé diciendo:

-... Añadiré además, por si aún tuvieras alguna duda, que también me desolidarizo y los rechazo por indocumentados todos los crímenes y dislates que se nos atribuyen a los extraterrestres.

-¡Y pensar que te he echado de menos estos diez días...! ¡Lo imbécil que puede hacerle a uno el tener un alma únicamente de batalla! Y además que, en este caso, a pesar de ti afirmo que la memez sí que es colectiva, porque no sólo yo, todos los japoneses que conozco han preguntado por ti. Loti, te voy a dar un consejo y no dejes de seguirlo. Toma muy buena nota y no lo olvides: si aspiras a casarte alguna vez, preséntate en paquetito de oferta con tapones para los oídos de regalo, y añádele un vale de cloroformo para los malos días. ¡América! ¡América! ¡Me sobra toda América y Cristóbal Colón era un marica!

No, desde luego, no era el momento de hablarle del estrecho de Bering y de que si los vikingos sí o los vikingos no. Igual yo también había hablado demasiado. A lo mejor me había pasado en demostrar mis superiores capacidades mentales. Intentaría no decir nada, por lo menos hasta llegar a "El Cuervo".

Cogimos el tranvía para ir allí y desde la parada hasta el *Keller* caminamos tranquilamente parándonos en los escaparates. Delante de uno de ellos me acordé de preguntarle, con las menos palabras posibles, no sea que fueran a ser demasiadas, si había pensado en el compromiso. A lo mejor con la disertación sobre América se le había quitado el gusto y ya no le interesaba. Estaba preocupada.

-Pero Loti, es que todo lo quieres a tu manera. Después de que yo pongo toda la carne en el asador, sales corriendo y te escabulles, eso no es caballeresco. Debieras aguantar hasta el final. Tú siempre quieres hacer lo que quieres en todo y encima tener razón. Tú no quieres correr ningún riesgo. No, Loti. Prométeme que si quedamos una tarde para pasarla juntos, te quedarás todo el tiempo acordado y no te largarás cuando yo me lo vaya a pasar bien. Tú dices que yo te tengo que tentar pero si te tengo que tentar te tendrás que quedar para que te tienta, si no ¿cómo te voy a tentar?

-¿Ves? Ahora sí que has dicho algo razonable. Eso sí es toma y daca. Eso sí tiene lógica y no las idioteces esas de que si no soy normal, de que si ya tengo añitos y patatín y patatán porque si no soy normal, a mis añitos, como tú dices, Kawasaki, es evidente que es porque no quiero serlo porque si hubiera querido serlo a estas alturas ya lo habría conseguido, al menos parcialmente o estaría intentándolo, y yo no lo intento ¿verdad? Vale: la próxima vez esperaré a que hayas tenido oportunidad de tentarme. Pero eso sí: no te me echas encima, porque sí claro, me cortas la respiración y yo no puedo ejercer mi voluntad, entonces lo tuyo no sería una seducción, sino un atropello y desde luego de eso yo no te creo capaz, porque sé de sobra que eres un auténtico caballero.

Por el gesto adiviné que lo de auténtico todavía pero lo de caballero le sorprendía un tanto. No obstante, ése no es tampoco el tipo de afirmaciones que se contradicen y no dijo nada. Una pena que tuviera que tener yo la lengua para no irritarle más después de lo de América y no pudiera hablar con él de mi conquista, o sea, de la que él pensaba hacerme porque me gustaba hablar de estos temas. Me evocaban el Siglo de Oro, aquel entonces en el que conseguir a cierta dama, cuanto más dura mejor, se veía como una batalla sobre la que se alardeaba; o la historia de Don Juan. ¡Cómo me hubiera gustado ser Don Juan! Era bonito poner en la vida cotidiana toques literarios, novelescos, tremendos... Kawasaki era muy raro. Si yo hubiera sido él, yo no hubiera perdido el tiempo con una como yo. ¿O sí? ¿Por qué lo perdería? Si me respondía, iba a hacerme ilusiones y era peligroso. Sobre todo, ahora que me sentía tan eufórica. Un tortazo contra la realidad me hubiera sacado de mi estado dichoso. No valía la pena. La realidad seguiría allí para cuando quisiera verla. No había ninguna prisa en acudir a su encuentro. Ahora estaba en compañía de aquellas dos rendijas, de aquella pelambreira lacia, de aquellos bíceps, de aquel desvahído olor a mono amarillo, de aquella alma de arroz y de abanico. Yo no sabía por qué estaba conmigo Kawasaki pero sí que sabía por qué estaba yo con él.

Y llegamos a "El cuervo de colores". Aún no era hora en que ya hubiese público para la actuación y pasamos a un cuartito donde estaba el grupo con Kimiko y alguna persona más, conocida de los otros componentes.

Takeo, con su entusiasmo fogoso, nos acogió calurosamente, nos presentó a todos sus compañeros, me comunicó que tenían unas canciones magníficas con ritmos asimétricos percutidos y en encadenamiento intermitente. Un hallazgo que habían tenido combinando rasgos de la música

popular aportados por sus amigos hondureños, el wasa makosa y los cantos de pescadores de las Ryu Kiu. ¡Qué dicha! De todos los millones de seres que pueblan este planeta ¿cuántos iban a poder gozar de aquel pisto musical? Sólo yo y unas pocas personas. Sí: no tenía remedio, era feliz aquella tarde. A Kawasaki ya parecía habersele pasado la ojeriza a Cristóbal Colón y sólo una bomba que cayera encima hubiera podido apartarme de ese convencimiento -o de cualquier otro, también es verdad. Y, además, con todos los respetos para los nobles instrumentos sinfónicos, los que iban a tocar los chicos del conjunto me inquietaban muchísimo menos. Las baterías nunca me han dado miedo, ni los órganos y, en cuanto a las guitarras eléctricas, por no tener una caja vacía y porque, por añadidura, la electricidad me infunde confianza, no me han aterrorizado como las de funcionamiento mecánico. Sí, me sentía a gusto.

Pero no estaba escrito que aquel fuera a ser un día apacible. La manzana de Eva, que estaba entre si nos la comíamos o no, por hacernos de rogar, se nos trocó en manzana de la discordia y así, cuando salimos a la sala grande y nos sentamos, sospechábamos que la historia de América no había concluido. Desde el cuartito de los músicos nos empezaron a llegar el templar de instrumentos, la charla de los muchachos y Kimiko y, por último, la voz de Trini cantando en castellano y acompañándose a la guitarra eléctrica, lo que hizo comentar a Kawasaki:

-Es bonita la música hondureña ¿verdad?

-¿La has oído alguna vez? -le pregunté.

-¡Claro! La están tocando ahora los amigos de Takeo.

-No es hondureña, es panameña.

-Loti, no te enteras: ellos son hondureños.

-Mira, Kawasaki, yo reconozco humildemente mi inferioridad musical ante ti y ante casi todo el mundo, pero, entre las muchas personas a quienes he tratado figuran unos cientos de miles de panameños y, entre ellos, una a quien yo conseguí permisos para investigar y fotocopiar en todos los archivos de España, que es muy amiga mía y que toca la guitarra y canta mucho y tenía cantidad de casetes y hasta me enseñó a bailar los bailes que hacen en su tierra para las fiestas y, créeme, cuando hablo de música panameña sí sé lo que digo y, cuando oigo una mejorana, la reconozco, y esto que tocan, o que acaban de tocar, porque ya han parado, es una mejorana y la mejorana, respetado coescucha, es panameña.

-Pues no le veo sentido a que sean hondureños y toquen música panameña.

-¡Naturalmente! ¡No tiene ningún sentido! Hay pueblos civilizados que viajan y tienen cultura universal y que se hacen africanistas, arabistas, americanistas e hispanistas y que estudian a los demás pueblos como si fuesen bichos y luego estamos los otros, que si no tocamos nuestras castañuelas o nuestro tam-tam no hacemos lo que debemos. O sea: "hispanito a tu folklore y negrito a tu folklore, que el salir al extranjero es cosa de los pueblos superiores". Ya ves tú: ¡Hondureños tocando música panameña! ¿Y quién dice eso?: Nada menos que Kawasaki de Nagasaki, que ha venido devorando los husos horarios para llegar a esta ciudad a tocar ¿qué?: ¡Pues la música de unos compositores cuyo nombre no es ni siquiera capaz de pronunciar!

-Mira, Loti, cuando te des cuenta de que eres una sabihonda llevarás mucho ganado. Y te equivocas si crees que tengo interés en que me redimas con tus conocimientos ilimitados ¡Ahórratelos! A mí la ignorancia me hace

feliz y a ti el saber tanto te hace insoportable, con que lo que es por hoy, no me digas ni una cosita más de todas las que sabes.

¡Vaya rapapolvo! Me quedé con el rabo entre las patas. Lo había vuelto a estropear y él podía muy bien tener razón, porque ya me había tropezado yo antes con gente que creía saberlo todo y la verdad es que se los aguanta porque una es capaz de aguantar mucho, pero divertidos no son y yo no debía caer en ese defecto. Mi propio sentido del perfeccionamiento personal me exigía rectificar. Por eso, cuando Kimiko se sentó con nosotros y nuevamente nos llegó el aire de mejoranas, dije con el tono más natural e indiferente que pude modular:

-Suenan preciosos y la verdad es que sería difícil distinguir si en su origen se halla la música panameña o la música hondureña. Podría ser perfectamente hondureña. Me inclino incluso a creer que debería ser hondureña.

Y dice Kimiko:

-No, Loti, es panameña. Es un género que se llama mejorana. Cuando estaba yo ahí adentro han estado diciendo que es panameña. Claro que no me extraña que no lo sepas, porque la música panameña tampoco es tan conocida.

¡Ahí está! Para que no se crea ninguna infeliz que alcanzar la perfección y complacer a los hombres es empresa fácil. No lo es. Es imposible. Ni siendo funámbula se consigue ese difícil equilibrio. Pero los imposibles están hechos para mí. Ninguno hay que no venza el tesón:

-En cualquier caso, es un magnífico ejemplo de música centroamericana.

¡A ver, a ver que objeción se le podía poner a eso!

Yo no miraba a Kawasaki porque quería desprender a toda la escena de cualquier atisbo de cuestión personal. Se trataba meramente de alcanzar la perfección. No lo miré hasta que le oí decir:

-No, Loti, es panameña. Ya sé que te cuesta mucho reconocer cuando te equivocas pero estoy de acuerdo con Kimiko en que no debes avergonzarte de no saber distinguir la música panameña de la hondureña, porque al fin y al cabo, apenas si es conocida.

Lo que sentí entonces era muy salvaje pero no era amor. Era como cuando me peleaba con los chavales del pueblo y los mordía de rabia. Pero ahora ni era pequeña ni estaba en el pueblo. Estaba en Viena, ciudad imperial, y en un lugar público y, a estas horas, ya con bastante gente, por eso estiré el pie hasta donde estaba el de Kawasaki y lo pisé y retorcí el talón a ver si le rompía todos los deditos. Y va el idiota y se ríe y pone una cara de tortas que me hacía pensar que no siempre es oportuna la imperialidad de las ciudades y que prefiero el campo. Me volví de espaldas a él, que con eso ya parecía haber alcanzado la felicidad para las horas venideras, y me puse a charlar con Kimiko hasta que empezó el concierto.

Pues sí, Kimiko estaba enamorada de Takeo. ¿Y quién no? Si Takeo cortejaba a alguien ¿quién era la que podría resistirse ante una sinceridad tan absoluta, un entusiasmo tan sin sombras y una devoción tan sin dudas? Si a mí me hubiera hecho eso, yo no habría podido. En cambio, estaba hablando de compromisos con Kawasaki. No, era mejor que me olvidara de morderlo, pero era un hueso. Un hueso duro de roer. Y no soy yo una de esas chicas hábiles que saben envolverlos y llevarlos al terreno que ellas quieren. ¿Y acaso quería serlo? Hoy, desde luego, no. ¿Y los demás días? Tampoco. Lo mío eran los mano a mano y no las manipulaciones pero dado

que la igualdad con los hombres no existe, yo sé que los mano a mano están destinados al fracaso. No obstante, un fracaso romántico, por lo menos es romántico y siempre más satisfactorio que un triunfo que has de lograr por la puerta trasera y, por tanto, del que ni siquiera vas a poder alardear y, si no se puede alardear de las conquistas ¿para qué sirven? Pero ¿era manipulable Takeo? ¿Era lo de Kimiko una manipulación? Pues no. Lo de aquellos dos era el existir anárquico. Era lo que debió de ser el principio del Universo: ¡Bum! porque sí. Y no había más.

Los bumes y porquesíes del Universo, los mano a mano fracasados y las manipulaciones triunfantes los podría sobrellevar mientras me ganasen carreras los caracoles. En cuanto al momento presente, aprovechando que ya habían hecho su entrada los "Guapos suicidas" y, puesto que el esforzarme en el camino del bien no me había reportado ninguna recompensa, decidí proseguir un poquito más la historia de América, pero esta vez a lo bestia y con invitación a Fray Bartolomé de las Casas.

Me dirigí a Kawasaki:

-¿Ves a esos hondureños?

-Sí.

-¿A que tienen pinta de indios?

-Sí, supongo que sí.

-Pues no lo puedo reprimir y debe de ser algo atávico, pero me ciega un ansia brutal, un impulso violento, un afán desaforado de esclavizarlos por el suelo, violarlos repetidas veces, vestirlos de peineta y torearlos y asaetearlos con banderillas y de destruirles unos cuantos teocalis.

-Pues no veo qué tienen esos hondureños que no tenga yo. Si vas a violar a alguien, debieras empezar por mí, que estaba primero y que,

además, tú lo sabes bien, no me niego a llevar peineta, aparte de que, fíjate y toca, Loti, yo también soy lampiño, al menos bastante lampiño.

¡Noticias frescas! No pensaría que me gustaba por su dinero... Claro que había reparado en que no era peludo donde no debía y que, por ese motivo había admirado mucho a sus padres y me había hecho por las noches mis composiciones de lugar.

Bueno, con esta bobada, al menos ahora, pelillos a la mar sí que parecíamos haber echado y podía olvidarme de mi enojo para prestar atención a las notas de armonía con que los "Guapos suicidas" inundaban a la audiencia. El pisto musical resultó muy bien y me hizo sentirme absolutamente satisfecha y absolutamente colectiva porque sería verdad todo lo que le dije a Kawasaki sobre la inexistencia colectiva de la conciencia colectiva pero, una vez sentado el principio de que era errónea ¿por qué no caer en el error y considerar que el triunfo de aquellos hispanos y de aquel amigo también me tocaba a mí? Los aplausos me envanecían: ¡Eramos los mejores!

Preciso es aclarar que había un motivo más de que yo me sintiera protagonista y era que la última canción de aquella primera parte me la había dedicado Takeo expresamente. Llevaba la canción, que trataba de una vaca, parte de la letra en japonés y el estribillo en castellano y se remataba con un: "mu mu, mu mu, mu mua" que los músicos cantaban cabeceando y acompañándolo de mucha algarabía y llanto. Era una canción sentida donde las hubiera.

Después de este título triunfal Takeo se acercó a nuestra mesa a comprobar el impacto de su actuación. Teniendo en cuenta que la canción de la vaca me había sido tan especialmente dedicada, me deshice en elogios,

abriéndome paso como pude con el machete de mi indiscernimiento musical diciendo todo lo bueno que se me ocurrió sin acompañarlo de ninguna barbaridad. La canción tenía muchísimo encanto.

-¿Y a ti, Kawasaki, que te ha parecido? -Takeo se interrumpió al hacer esta pregunta para llamar a los hondureños y que pudieran oír la respuesta- ¿eh? Dime. ¿Tiene hallazgos o no tiene hallazgos? Reconoce que no es una mera copia y un mero ensartar en ristra ritmos ya conocidos uno detrás de otro con una argamasa que los una. Da tu sincera opinión, Kawasaki.

Kawasaki dio su respuesta con cierta incomodidad, como si le picase algo y no se pudiera rascar. Yo creo que lo que le picaba era que Takeo, en lugar de llamarle Eiji como había hecho siempre, hubiera empezado a llamarle Kawasaki ¿Hasta dónde iba a llegar aquello?

-Desde luego, sí que tiene hallazgos. Lo habéis hecho muy bien. Tienes razón en que no es una copia en absoluto. En cuanto a los ritmos panameños, no puedo opinar porque los desconozco, pero para mí el conjunto es superior. Claro que tampoco me sorprende, por algo te admirábamos todos allí en casa. Y además estáis muy bien conjuntados y eso ha debido de ser bastante difícil en el poco tiempo que lleváis ensayando.

-Fíjate ¿cuánto hace que salí del hospital? Ni diez días ¿verdad? ¡Pues eso! ¡Es algo auténticamente increíble! -decía Takeo- ¿Tú sabes de alguien que haya conseguido en tan poco tiempo algo tan fabuloso? No deberíamos decirlo nosotros pero creo que somos el mejor grupo de Viena y de Austria en nuestro estilo. Claro que, fíjate, desde que empezamos, no hemos parado. Días y noches ¿Te das cuenta? Días y noches. ¿A que sí, Tito? Mira, exagero, si digo que hemos dormido más de una hora diaria.

Tito a aquella mezcla de japonés, alemán y castellano no tenía nada que añadirle. Y no creo que ninguno nos enterásemos a carta cabal en aquel descanso de todo lo que decía Takeo en su coloquio con los hondureños: Kawasaki y Kimiko porque no sabían español, los hondureños porque no sabían japonés y yo porque soy una borrica musical. En cuanto a cómo se entendía Takeo con sus compañeros de grupo, debía de tratarse, puestos a compendiar, de un compendio de alemán y do-re-mi-fa-sol. A la vista y al oído estaba, sin embargo, que funcionaba. Y si no ¿por qué desde que había terminado la canción estaba yo venga a canturrear lo de "mu-mu, mu-mu, mu-mua" y el estribillo aquel que decía:

Aquella vaca color turquesa me enloqueció.

Aquella rara beldad de establo

Con su tersura de silicona

Me echó a la calle y a los comercios

Me echó a la quiebra siempre probando

La última máquina ordeñadora.

Por las calles de Colón la acompañaba

Y miraba escaparates

Hasta aquel día

En que a mi rara beldad de establo

Con su tersura de silicona

Otro sin quiebra me la compró.

Mu mu, mu mu, mu mua

Y mientras yo cantaba la canción de la vaca, Kawasaki me rumiaba su sino.

-¿Y a éste por qué le ha dado ahora por llamarme Kawasaki? Contigo me bastaba.

-Pues a lo mejor es que, lo mismo que yo, quiere distinguirte. Ahora que, yo que tú, no lo achucharía, ni le respiraría encima, ni me insinuaría con él de ninguna forma, porque, te lo digo confidencialmente, Kimiko no va a ninguna parte sin los guantes de boxeo. Ten cuidado.

De momento, sin embargo, no había peligro. Kimiko charlaba animadamente con Tito y Pancho, lo que aprovechó Takeo para volver a la carga:

-Kawasaki, creo que esta noche te voy a dar una buena sorpresa, en el próximo descanso lo sabré de fijo.

Y se fue con los demás a coger los instrumentos. Y en nada desdijo esta segunda parte de la primera. Tenían mucha gracia y debía de ser de calidad porque tanto Kimiko como Kawasaki, que sí entendían, tenían expresiones complacidas. Más complacida la de Kimiko que la de Kawasaki.

Llegó el segundo descanso, el doble de largo que el primero, es de suponer que para que se renovase la concurrencia en la sala, y dijo Kimiko:

-Es precioso todo lo que estáis tocando y al público lo tenéis en el bolsillo. Y ivaya público! Los hay hasta con corbata.

-La corbata es un símbolo fálico -la que dijo esta ocurrencia que no venía a cuento solo podía ser yo.

Y Kawasaki:

-Mañana me la pongo.

-Sí, yo también he leído eso en una revista de psicología- decía Takeo- pero yo no veo la utilidad de usarla porque si el símbolo se emplea para

representar lo simbolizado ¿Qué necesidad hay de símbolo si ya está presente lo simbolizado?

-Takeo 1, Kawasaki 0.

-Pero, Takeo -decía Kawasaki- la corbata, a diferencia de lo simbolizado, suele ir visible y, además, a una altura más conveniente para los ojos.

-Empate.

-Pues eso sí que es verdad, que en la actividad habitual no es de buena educación mirarle a uno a lo simbolizado y en cambio no tiene nada de particular mirarle a la corbata.

-Hay gente que hasta las toca y dice: "¡Ay, si es de seda!".

Todos nos reímos. Y luego Kawasaki le preguntó a Takeo.

-Y esa sorpresa por fin ¿me la vas a dar?

-Espera un momento. -Eché una mirada por la sala, se hizo señas con una persona al otro extremo, que no pudimos ver, y siguió hablando con Kawasaki- ¿Te has traído las llaves de la moto?

-No.

-¡Pues qué pena! porque entonces no vas a poder montar en ella.

-En lo que no voy a poder montar es en las llaves, por eso no me las he traído.

-Eso es lo que te quería contar, que tu moto está aquí. ¿Veis a aquel que está sentado con una chica negra al fondo de la sala? ¿El de la chamarra de cuero?

Todos miramos y todos nos quedamos de una pieza y todos exclamamos al tiempo:

-Pero si es uno de los que estuvieron en la cabaña de la señora Tatsuta.

-Sí, es él. Nakahiko Ichiro. Lo conocí anteayer en el Nasch Markt y es un muchacho excelente con el que se puede hablar de todo.

-Pero Takeo si es un delincuente. ¿No viste lo que hizo la noche de los caracoles? -dije.

-Pero de eso ya hace más de una semana. Ahora es diferente. Estuvimos comiendo juntos y me contó toda su vida. Fijaos que conocía al pastor de la iglesia evangélica alemana de Fukuoka donde iba yo a catequesis. Su madre es como la tuya, Kimiko, que la abandonó el marido con críos pequeños. Y, no creáis, que en cuanto le dije que a Kawasaki le había hecho un enorme trastorno el quedarse sin moto, en seguida se ofreció a traerla. Ahora voy a hablar con él, aunque de todas formas ya me ha hecho señas de que te la ha traído. Lo que sí me dijo es que tenías el carburador mal, si bien él ya lo ha arreglado y no te piensa cobrar. Tiene un corazón de oro. Perdonadme un momento.

Se alejó en dirección a la mesa donde estaba aquel miembro del hampa y, después de hablar con él un momento, se paró en la mesa de sus compañeros músicos, regresando luego donde nosotros.

-Nada, ya está todo arreglado. Ichiro te la ha dejado aparcada en el patio y Pancho te la va a hacer un puente para que arranque y te puedas ir con ella a casa.

Había que preguntarse cómo se las había podido arreglar Viena hasta que llegó Takeo, aunque lo que él dijo me desazonó un poco. Yo creía que Kawasaki sabía cuidar motos y ésta era ya la segunda vez que la tenía averiada. A ver si iba a ser éste uno de esos manazas... Mi preocupación, sin embargo no se impuso a mis buenos sentimientos y me alegré porque para él había sido aquél un día afortunado, ya que, poco a poco, iba recuperando

sus pertenencias y, al cabo, buen remate también para mí que, después de quedarnos hasta la madrugada en "El Cuervo", pude volverme con Rendijas en la moto en un regreso que fue emocionante, porque hay carnes que de por sí lo son y porque lo son más cuando el dueño te dice, y se referiría a la corbata: "Loti, agárrate en otra parte, que me oprimes el estómago."

En que se habla de alianzas

Y terminó Kawasaki el último examen y Kimiko los suyos y seguí yo con mis trámites y mi cabaña haciendo progresos nada espectaculares, pero progresos al fin. Frecuentes siguieron siendo también las conversaciones en casa del Dr. Kasikaze y se celebró la comida de la Asociación Musical a la que fuimos invitadas Kimiko y yo, en la que todos nos divertimos muchísimo y en donde empecé a hablar por los codos en japonés, que ya me moría de las ganas de poder meter baza en todas las conversaciones y que, si hubiera sabido antes que aquello me iba a dar el ascendiente que me dio con la señora Tatsuta, lo hubiera hecho mucho tiempo atrás. Resulta que, mientras nos llegaba de un lado de la mesa la conversación del profesor Yamamoto y de Koyama sobre la radiactividad desencadenada por el suceso de Chernobil, me decía ella:

-Míralos. Se creen genios. Tienen muchos doctorados, muchas menciones de no sé cuántas universidades, muchas publicaciones y ¿sabes lo que hacen?

-¿Qué hacen?

-Nada. Disipar esfuerzos, avergonzar a su país. Tienes suerte, querida niña de no ser japonesa. Te evitas tener que sufrir esta decadencia sabiéndote impotente. Se figuran que son alguien porque están en un organismo mundial que es el que dicta las normas en materia nuclear. ¡Dicta, dicta! ¡Normas, normas! Una persona de bien, las únicas normas que debiera necesitar son las de la moral. Un organismo, te digo, en el que tienen hasta moscas.

-¡No me diga! Pues no me lo explico porque, que yo sepa, en Viena no las hay. Al menos yo no las he visto.

-¡Ah, no! No son moscas de las que tú te piensas. Son de experimentación, de las que transmiten enfermedades. Lo que hacen es esterilizar a los machos irradiándolos para que luego no se reproduzcan. Ya verás el día que se les escape una radiación a machos de otra especie, ya verás qué risa me va a dar.

Mi dominio del japonés también produjo gran efecto y admiración en todos los demás, incluso en un macho de otra especie, quien, ajeno por completo a los peligros que según la señora Tatsuta le podían acechar, se emocionó por lo que mi aprendizaje del japonés representaba de hito histórico para su país, para su cultura, ya que, ahora, decía, con mi formidable refuerzo, ese idioma iba a ser, con toda seguridad, el más hablado del mundo. Y como aquello era tan gracioso, fue feliz el resto de la tarde y se embriagó en su propio talento y se animó a ir aún más allá -"plus ultra" se había convertido en su divisa personal de aquellas horas- por las veredas de su imaginación hasta llegar al punto de buscar sentarse a mi lado y decirme:

-¿Te acuerdas de cuando nos paramos delante de aquel escaparate el día que fuimos por primera vez a "El Cuervo de Colores", que me devolvieron la moto?

-Sí me acuerdo.

-¿De veras te gustaba aquel vestido?

-¿Te lo vas comprar? ¡No me digas que te lo vas a comprar! ¡Me encantas Kawasaki! ¿Aquel rosa que tenía las puntillitas en las mangas y en el corpiño?

-Bueno, si te hace ilusión, Loti, me lo compro, pero entonces tienes que ser formal y dejarte de jugarretas. Tú has dicho compromiso, pues un compromiso es un compromiso. Yo hago lo que quieras por complacerte pero entonces tú también tienes que cumplir con tu parte.

-Pero ¿te lo compras de verdad?

-Me lo compro de verdad si crees que eso te hará sentirte diferente y siempre y cuando tú estés de acuerdo en venir conmigo. No puedo entrar en la tienda, coger el vestido y meterme yo solito con él en el probador. ¿Qué iban a pensar las dependientas? Tú me acompañas.

-Me parece muy puesto en razón. No porque yo le vea nada de particular a que te compres el vestido que más te plazca, y más que a las austríacas debiera halagarlas tratándose de su vestido nacional, pero es verdad que sí que podría llamar la atención el que te lo probases tú solo y no es mi intención ponerte en evidencia porque una de mis cualidades es el respeto que me inspiran los sentimientos ajenos y yo no soy una de esas que creen que allí por donde van deben ir dejando sentados sus principios, aun a costa de la sensibilidad de otros más vulnerables y con menos principios. No, Kawasaki, yo nunca te sacrificaré a ningún principio.

Ya no me extrañó, por lo demás, que al terminar la cena, lo mismo que al terminar aquella velada de boxeo y otras muchas que la siguieron y la precedieron, los varones, con ese rasgo machuno que tanto me desagradaba en ellos, porque a mí todo lo machuno me desagradaba, sobre todo en los hombres, se disfrazasen de lobos para echarse a la calle envueltos en la noche, mientras las mujeres en candorosos grupos abandonábamos el lugar para dirigirnos a nuestras honestas moradas. Yo, en esta ocasión, no elegí la de Kimiko, mas no vaya a creer nadie que porque después de que apareciesen en su cómoda los calcetines de un hombre ya no me pareciera honesta sino más bien que se me ofreció la oportunidad de conocer otras honestidades, como, por ejemplo, la de la señora Tatsuta, la cual, ya en su casa y en japonés, sí que me abrió su corazón y me confesó sus designios y propósitos, que no consistían, como yo había llegado a sospechar, en enseñarles a los caracoles a vestirse y a ponerse calcetines porque no, la misión de aquellos privilegiados moluscos era dar testimonio. ¿Testimonio de qué? De la decadencia del Japón. De la traición al Imperio del Sol Naciente que a diario se perpetraba. E iban a hacerlo de forma tal que, después de dado ese testimonio, ningún científico japonés podría negarse a perseguir aquello que desde 1945 debiera haber constituido su único objetivo. ¿Acaso el horno de Hiroshima y Nagasaki, después de esa fatídica fecha, no había seguido asando a miles de personas, indefensas ante algo que no podían controlar? Y el Japón había adquirido toda la ciencia de Occidente y ¿qué había hecho con ella?: Imitar, imitar, imitar. El faro de la moral antigua ya no dejaba ver su luz mostrando una segura singladura. El arco de luz que unía la tierra de Yamato con el cielo habíase apagado. Los japoneses habían naufragado en medio de la tentación mundana sin conseguir dar con el único

empeño científico que les correspondía. Justo ante esa luz, ante ese último faro, había entregado el alma al más allá su santo marido. ¿De qué le servía al ser humano la ciencia toda si no lo defendía de la mayor amenaza que pesaba sobre él? ¿De que le servían al Japón tanta riqueza y progreso materiales si aquella lección que habían venido a enseñarle en sus propios dominios no la había aprendido? Se habían abierto las puertas del infierno y el Imperio, en lugar de prepararse a luchar contra los demonios, había entrado en tratos con los cerrajeros. ¡Pero qué absurdo pensar que una vez abierta esa puerta de las furias iba a poder tenerse cerrada o cómodamente entornada a voluntad! Eso es lo que creían los mancebillos de ese organismo mundial de Viena, que esa puerta les obedecía. No, una vez abierta, ya nunca más quedaría seguramente cerrada. Una puerta que podían empujar cientos de países y miles de millones de individuos. Era erróneo aquel razonamiento. Pero ¿por qué se caía en él? Porque era más cómodo pensar así. Porque daba menos miedo pensar así. Porque el mundo, y los japoneses, habían olvidado lo que era la superación. No, no era haciendo de portero o poniéndose en plan matón a la puerta de un club, aunque fuera nuclear, como se garantizaba la supervivencia de la humanidad. Si las radiaciones se habían desatado, sólo existía un camino real para la supervivencia: aprender a vivir con las radiaciones. Y ahí, al morir su pobre esposo, víctima, muchos años después, de aquel monstruo liberado, ella había comprendido que lo único que podía hacer ya era dar su testimonio, el testimonio de una pobre viuda asiática, el humilde testimonio de una sencilla mujer de honor: Testimonio del error en que vivía el estamento científico, alejado, perdido en banalidades, de su verdadera labor. Y ahí es donde ella decidió que, a pesar de todo el miedo que tenía, iría a aquella ciudad, a

Viena, donde estaba aquel organismo lleno de japoneses, muchos de ellos amigos de su marido, que disipaban esfuerzos y perdían el tiempo en oficinas. Demostraría, con los caracoles, que se puede aumentar la tolerancia a las radiaciones, que era cuestión de proponérselo. Él, el caracol, precisamente el animal que resistía dosis altísimas de radiactividad sin sufrir menoscabo, se transformaría en sus manos en un ser mucho más tolerante todavía a esas radiaciones. A él, que no le hacía ninguna falta, se dedicaría ella. Eso era lo que iba a hacer ver. Ellos, los caracoles, que no la necesitaban porque ya la tenían, adquirirían resistencia a las radiaciones. Y después se suicidaría, con la conciencia de haber cumplido con su deber moral. Y se verían entonces los señores científicos ante un ser humano absolutamente vulnerable y absolutamente indefenso, que con unos pocos rads podía convertirse en una piltrafa, sin que nadie se hubiera acordado de hacerlo resistente. Le había dado risa a ella, auténtica risa, el entreoír en alguna de aquellas reuniones cómo hablaban los "científicos" de la administración de fluor a las poblaciones amenazadas por las radiaciones como el que hace frente a un león con un palillo de dientes. ¿Pero es que podía existir algo más cómico?

¡Y cuántas no habían sido las dificultades con las que había tenido que luchar para iniciar ella sola este camino de recuperación del pundonor nacional! Hasta que consiguió dar con una fuente de suministros de productos radiactivos, ¡cuántos obstáculos y cuántos desengaños! ¡Ella, que creía que los amigos de su marido, si bien inconscientes de su destino como científicos, sí estarían al menos bien dispuestos a tener una consideración con la viuda de uno de ellos y a facilitarle amablemente alguna ayuda! Nada. Una soledad inhóspita era lo que la había recibido en Viena. Miedo,

pequeñez, cobardía. Y aquella inmensa labor sin hacer. Sin que nadie se acordase de hacerla. Y si fuese científica y no una pobre viuda y no tuviera tanto miedo, se ponía y lo hacía ella. Y no es que no se interesasen, porque cotillos eran un rato. Pero se interesaban por salidas y entradas, por naderías impropias de personas serias. ¿Y ese doctor Yamamoto? No, no iba ella a hablar mal de nadie ni a divulgar la vida y milagros de ninguna persona pero había cosas que no se podían concebir. Ella, lo admitía, no era perfecta, muchos errores había cometido a lo largo de su vida, sobre todo cuando se dejaba llevar por el instinto, porque el instinto es muy mal consejero y nunca debe uno preferir seguirlo a él, sino a las rectas costumbres. Sí, un erial había sido Viena para ella en el que sólo la sostenía el recuerdo de su marido y la firmeza de su propósito.

-Y dígame algo, Tatsutasan, porque yo veo que estamos ante dos cosas muy diferentes. Una es que, después de irradiados sus objetos de experimentación consigan contrarrestar las radiaciones y, otra, es que antes de irradiarse los inmunice, de forma que, si después se irradian, no pase nada. ¿Cuál busca usted?

-Eso segundo ya es agua pasada, hace ya meses que está hecho. Ahora estoy al final de lo otro, que es lo importante, porque una debe pensar en la verdadera humanidad y ésta no es previsora y, además, está muy mal informada. Cree que no va a pasar nunca nada. Sólo se acordaría de las radiaciones cuando las tuviera encima.

-¿Qué me dice usted? Si lo sabré yo. Yo, que trabajé unos cuantos años en una gestoría se lo puedo certificar. Lo de "pues yo pensé que...", "pues yo no sabía que había que...", "pues es que a mí me habían dicho que...", todas esas lamentaciones, de oírlas, se me salían ya por las orejas en

tumulto. La Humanidad en usted ha encontrado una auténtica madre, una amantísima madre.

-Hija, me emociona que me digas eso, aunque es manifiestamente injusto, ya que el hacer lo que yo hago sólo sirve de testimonio para que después puedan los científicos hacer la verdadera labor pero, si lo consigo, al menos no habré vivido en vano. Y te aseguro, hijita, que no es que la vida no me pese, porque sí que me pesa.

-Señora Tatsuta, la vida nos pesa a todos. Porque la vida tiene una cara negra, en la que nos niega el amor, nos niega el triunfo, nos niega la justicia, nos niega las recompensas, nos niega el consuelo y todos añoramos muchas veces una situación en que ya no tengamos que pedirle nada a esa madrastra hosca que tanto disfruta negando pero, entonces, señora Tatsuta, a esa vida tirana hay que matarla y seguir viviendo por encima de su cadáver y escupirlo.

-¡Pero cuánta verdad hay en lo que dices!

-Por otra parte, señora Tatsuta, habla de los científicos, pero usted tal vez no necesite de ninguno, tal vez los dioses la hayan elegido a usted para esa labor porque es usted humilde y la quieren honrar. Si usted puede hacer tolerante al caracol, también podrá hacer tolerantes a las personas.

-¿Qué dices, hija? Yo sólo soy una sencilla mujer de bien. Una pobre...

-... viuda asiática.

-Yo no tengo categoría para eso. Yo he logrado lo que he logrado a fuerza de tropezones y de dificultades. Nadie imaginaría, viendo el lugar en donde estoy, el lugar de donde partí. No, hija, yo ya tengo muy clara cuál es mi misión, que es hacer que los científicos comprendan cuál es la suya. Pero, por favor, no me dejes que te aburra con mis problemas y mis historias de

persona mayor. Tú me has dado una gran alegría. Tú me has hecho ver el significado profundo del caracol, que es algo que me hace muy feliz. Y, además, sabes nuestra lengua. Una pena que vivamos en esta desquiciada época. ¡Ay! Si fuesen otras las circunstancias, no faltaría un japonés digno de ti, ni yo consentiría que te contentases con menos. Pero ya ves, ya ves, hija, lo único que puedo hacer es precisamente ponerte en guardia contra ellos. Lo que no me has dicho es si te sirvieron todos los datos que te di anotados para que los utilizases con tus caracoles.

-¿Servirme, señora Tatsuta? Aún no me he repuesto del asombro. Lo que usted me ha dado es algo que no puede ver persona alguna sin quedar presa del estupor por días y semanas y unos cuantos cientos de siglos. ¿Y, después de aplicar a sus caracoles las dosis de radiación que les aplica, no se le mueren ni le vomitan?

-Pues no, querida niña, porque ya te he explicado que es precisamente el hacerlos más resistentes a las radiaciones lo que trato de conseguir.

La señora Tatsuta necesitaba un mono.

-¿Que te parecen las de mazapán de fresa? Las he traído precisamente pensando en ti. De Wolfbauer. Y eso que esta mañana todavía no me había enterado de que sabías japonés. No, querida niña, a mí el instinto nunca me engaña. Desde el primer momento que te vi, pensé que eras diferente, que quería protegerte porque tú no eres una de esas cabecitas huecas que han caído en las vanidades de este mundo. Pero ya ves, se me ha dado muy mal. No supe hacer que no participaras en ese combate de boxeo.

-Pero, señora Tatsuta, si lo que se proponía era hacer más tolerante a las radiaciones al caracol, a mí me parece que ya lo ha conseguido.

-Es verdad que ya he alcanzado prácticamente la dosis en la que un caracol que no resultase directamente quemado por la explosión de una bomba atómica, aunque se hallase a la distancia mínima y recibiera el máximo de radiación, lo toleraría. Pero me quedan excepciones y es que necesito alguna forma de controlar la orientación exacta de cada caracol cuando recibe las descargas. Una los coloca, pero luego al irradiarlos se te han movido y no sabes si la descarga les vino más por la izquierda o más por la derecha, si se te metieron en la concha más de lo que estaban o si por el contrario se te salieron. Tengo que inventar algo para resolver eso. Y estoy en ello, pero, ya ves, de momento es un cabo suelto y el método entonces no es perfecto y hasta que no sea perfecto no me vale, porque el testimonio que tengo que dar debe ser abrumador, algo que nadie pueda discutir ni criticar, como la redondez de la esfera solar dibujada contra el cielo. ¿Y sabes que en muchos casos me he tenido que fabricar mis propios aparatos? Menos mal que mi marido me enseñó todos los trucos de laboratorio, si no, ahora hubiera estado desamparada. Pero no te dé apuro, chúpate los dedos tranquilamente que en mi casa te puedes olvidar del protocolo. Yo no soy una de esas cursis como los Watanabe, los Akiyama y los Ishizawa, que en, lugar de arroz, almuerzan etiqueta. Ya ves tú, como si el protocolo y los amaneramientos hiciesen morales a las personas ¡Y las de vainilla tostada con almendra! ¡No me digas que no te tienta comerte la pastelería entera...! ¿Y no quieres que te dé caracoles de los míos ya irradiados? Yo no los he criado para eso, pero a lo mejor, si tú los entrenas, corren más.

-Lo que se me ocurre, señora Tatsuta, es que deberíamos formar sociedad! Estas otras tampoco tienen nada que envidiar a las de Heiner. ¿Conoce m...Schrammel?

-No, no lo conozco.

-Pues se lo aconsejo. Formar sociedad sería lo ideal para nosotras. Pues en Schrammel tienen unas delicias tipo oriental que son exquisitas y sin demasiada azúcar. Y, además, hay una notaría al lado.

-Pues eso es muy importante, porque demasiada azúcar mata los sabores.

-Podríamos compartir gastos sobre una base proporcional y gestionar..., las de praliné con nueces glaseadas y pasadas por kirsh no crea tampoco que son un desperdicio. Yo digo que el tiempo mejor aprovechado del mundo es el que se pasa en los hornos de pastelero. Pues eso, que podríamos gestionar nuestros descubrimientos de forma que persiguiésemos en común las metas que nos proponemos y que reinvirtiésemos en proyectos dignos de nosotras y de nuestras elevadas miras los beneficios obtenidos. Así nuestra misión no terminaría abruptamente, sino que se perpetuaría en una empresa legalmente constituida. Son muchas las modalidades entre las que podríamos escoger para formar una sociedad que nos conviniese a ambas. Podríamos cambiar nuestras respectivas inscripciones individuales en el registro mercantil y hacer que todo aquello para lo que estamos facultadas a título individual se nos reconociese como sociedad.

-Hija mía, no ha debido de querer el cielo que yo te encontrara hace tres años. Te hubiese recibido como a su mismísima enviada. A lo mejor me habrías ayudado a resolver problemas a los que he tenido que hacer frente

de forma poco ortodoxa pero ya ves, ahora es un poco tarde. Casi estoy al cabo de la labor que me impuse y, por lo que pude enterarme en su momento, el trabajar con materiales radiactivos hace muy complicado el tramitar licencias, el tramitar cualquier cosa. Benefíciate tú con toda tranquilidad de lo que yo haya hecho y pueda servirte y ten tus propios asuntos en regla que a mí no tienes que darme ninguna participación ni rendirme cuentas y te ibas a complicar mucho la vida tratando de asociarte conmigo.

-Sin embargo, señora Tatsuta, piense que la propia supervivencia de su misión le impone determinadas precauciones. Imagine que sufriera usted algún percance o enfermase o quedase de alguna forma imposibilitada de ocuparse temporalmente de su misión o le diese por tartamudear. Si tuviera un socio en el que confiara, su labor no quedaría interrumpida, ya que lo que usted pretende constaría en la escritura de constitución de la sociedad como un fin de la misma. Piénselo, señora Tatsuta. Sus derechos de propiedad intelectual sobre sus logros científicos también quedarían mejor amparados, aunque ya me imagino que ese extremo lo tendrá usted debidamente atendido y que ha registrado en la propiedad intelectual y en la oficina de patentes todos sus descubrimientos e invenciones. Si ha inventado unos cuantos aparatos, eso podría convertirla en persona adinerada y, aunque ya sé que el dinero no le interesa, podría usted financiar empresas nobles con él, incluso contratar a jóvenes idealistas japoneses que se interesasen por proteger de las radiaciones a todas las especies.

-Pues eso sí que es verdad. Mira, no se me había ocurrido. Lo que sucede es que... No voy a andarme por las ramas. La verdad es que yo toda esa parte de la tramitación y la legalidad la tengo muy liada y no puedo

consentir que nadie se eche encima la carga moral de asociarse en algo que está tan embrollado. Y por ese motivo, y por lo que ya te he dicho de que mi vida no tiene otro objeto, tengo intención de suicidarme en cuanto consiga lo que quiero y te ruego muy encarecidamente que tú sobre esto tampoco respires a nadie, ahora que ya estoy casi a punto de conseguirlo. Sí que me preocupa, naturalmente, el que por un accidente o enfermedad mi labor quedase a medias y me interesa protegerla, si es posible, pero no sé cómo se puede hacer, querida niña, creo que todo sería muy difícil. Yo no he registrado nada ni patentado nada. No sé cómo se hace y, además, alguna vez que he intentado hacerlo siempre me faltaban unos cuantos papeles para conseguir el papel que necesitaba y para conseguir esos papeles que me hacían falta para conseguir el primero, me hacían falta a su vez otros papeles y de repente me veía metida en un círculo infernal del que no sabía salir. Yo nunca he sabido manejarme muy bien en ese tipo de cuestiones y me consumían todo el tiempo.

-No se hable más, señora Tatsuta. Yo me asocio con usted, con la condición de que todo cuanto usted invente o descubra será propiedad intelectual exclusivamente suya y con otras condiciones que usted quiera nombrar y se regulariza la situación en la medida en que se pueda y, en cuanto a lo que no se pueda regularizar, porque lo pasado pasado está y no se puede cambiar, pues confiemos en que nadie tenga nunca que hurgar en ello. Lo que urge sobre todo es el registro de la propiedad intelectual. Cualquier desaprensivo podría hacerse con sus cuadernos y notas de laboratorio y despojarla de todo y de su misión. Y su misión, señora Tatsuta, es lo más importante, es la prueba de que el heroísmo no ha muerto al añadirle palitos a los siglos, de que el impulso más fuerte que existe es

todavía el de la idea y el de la idea noble, de que el arquetipo no es un invento mono que poner en los libros, sino el motor de la vida, la flecha lanzada desde el suelo a las estrellas; en resumen, señora Tatsuta, es usted intocable, pero no como los de la India porque sea contaminante sino por lo mismo que no se puede tocar la piedra angular de ningún edificio, porque se derrumbaría atrapando a todos sus moradores y haciéndolos papilla. Y para eso estoy yo, para que la vida madrastra se quede sin papilla, para sobreponernos juntas a vidas desnaturalizadas y a radiaciones.

-Es un regalo de los cielos el poder oír a alguien al fin que se expresa de esta forma. ¿Nos los terminamos ya todos?

Naturalmente. Estando Tatsuta y yo no quedaría ni vivo un solo pastelito. La verdad es que nos entendíamos muy bien. Y finalmente quedamos en eso, en que yo me encargaría de todas las formalidades y en que la señora Tatsuta y yo nos constituiríamos en sociedad. Iba a ser un buen negocio. No sé cuánto podrían correr los caracoles irradiados pero la venta de un producto, o de los derechos de fabricación de un producto que protegiese a tres mil millones de personas del peligro nuclear era seguro que tendría que resultar lucrativo y la señora Tatsuta lo conseguiría aunque para ello tuviera yo que aplicarle un tratamiento psicológico y convertirla en científica igual que Kimiko psicológicamente se convirtió en boxeadora.

Aquél había sido, pues, un día histórico. Se había gestado una sociedad que prometía prodigios y se había hablado de un maravilloso compromiso con un violinista que prometía... ¿Qué es lo que prometía? Sí, aquel tren también había arrancado y si descarrilaba, como si llegaba a su destino (¡Dios mío, el destino!), la emoción sería el final del trayecto. ¡Qué horror!

Preparativos para la tentación

Y en los días siguientes anduvimos Kawasaki y yo en negociaciones sobre los términos del compromiso del que habíamos hablado y sobre los preparativos. Decidimos, por desconfianza de Kawasaki, que no debía ser en casa de su tío, que además no se iba a ir, ni en la mía, porque podría prepararle cualquier estratagema, como la de gritar o alarmar a los vecinos o tener preparado a algún catalán para que nos sorprendiera, con lo que, además de quebrarse la magia del momento, sus pretensiones se verían malogradas. Lo mejor sería un terreno neutral. Como todavía la señora Tatsuta no se había mudado a su nueva casa ni había llevado allí cosa alguna, estando por lo tanto libre y las llaves en manos de Akiyama o del Dr. Kasikaze, decidimos que la casa de Tatsuta, aislada al final de un carril que salía de la carretera del Cobenzl, sería el lugar ideal, donde no habría que temer ni indiscreciones ni vecinos. Acordamos que estaríamos tres horas juntos y a solas y que en ese tiempo yo no intentaría huir y le dejaría tratar de convencerme. Al cabo de ellas lo que fuera a pasar pasaría y, si no conseguía él en ese tiempo que pasara nada, entonces se conformaría y ya no me insistiría nunca más. Esto lo dijo él en un tono categórico que me desagradó porque parecía indicar que, después de ese día, si no conseguía sus propósitos, también se iba a acabar aquel acoso que yo le recriminaba, pero que no me incomodaba sino muy al contrario. Todo esto naturalmente lo pusimos por escrito en japonés, alemán y español, aunque al notario se negó a ir y lo que hicimos fue firmarlo al final los dos por duplicado y ponerle

mi sello personal y él su huella dactilar. En otro papel, igualmente trilingüe, hicimos la relación pormenorizada de todo lo que quedaba prohibido en ese tiempo, entendiéndose que lo que no estaba prohibido estaba permitido, y a este documento le añadimos un anexo con un sistema de puntuación de maniobras según zonas estratégicas. No fueron unas negociaciones sencillas. Kawasaki quería que todo fuesen facilidades, vamos que, de hacerle caso, de las tres horas le hubiesen sobrado dos y cincuenta y nueve minutos, lo que no era justo porque yo tampoco era de piedra y yo también tenía que tener un margen para que el encuentro no fuese desigual. No las tengo todas conmigo de que en estos tratos no me hiciera alguna trampa porque me pierden mis cualidades y, si alguna poseo, es precisamente la ecuanimidad y la capacidad de admitir los argumentos de la otra parte. Decía, por ejemplo, que para mí la nuca no significaba nada, lo cual va contra todos los principios de la fisiología.

-¿Cómo que no significa nada? La nuca es lo más importante, es la base del cráneo.

-Para los japoneses sí, Loti, pero para vosotros no.

-Para todo el mundo la nuca es la base del cráneo.

-Sabes perfectamente lo que quiero decir, para vosotros la nuca no tiene ningún valor erótico.

-¿Ah no? Pues eso sí que me sorprende. Yo encuentro que una nuca es algo que revoluciona sin que uno sea capaz de oponer resistencia. En una ocasión pensé incluso en escribir un libro sobre los poderes imantadores de la nuca. Si los demás occidentales no están de acuerdo conmigo, a mí, desde luego, no me han comentado nada. Por mi parte, me sentiría totalmente incapaz de hacer el amor con un hombre desnucado.

-Eres una tramposa.

-Pues ni para ti ni para mí: Media puntuación.

No era Kawasaki un hombre fácil, no; pude comprobarlo en aquellas negociaciones. Miraba por sus intereses con una aplicación que, viéndole actuar a diario, no hubiera sospechado. Naturalmente, eso, después del desengaño de la moto, era algo que le hacía ganar puntos a mis ojos. Luego pasamos a tratar de aspectos colaterales de la campaña, que no la constituían como tal, pero que sí la acompañaban. Así, le conminé a que atendiese debidamente y con minuciosidad los aspectos higiénicos y sanitarios del programa, siempre previendo todos los resultados eventuales del acontecimiento, a lo que respondió él que por ese lado estuviera tranquila. Le recordé que los romanos, cuando se desmesuraban, comían y bebían, que es algo que infunde seguridad en el subconsciente y por tanto conducente a la asunción de riesgos que, con mayores cotas de inseguridad, no se asumirían, lo que para él era muy interesante. Estuvo de acuerdo, pero desechó cualquier alimento pesado para que no me diese sueño. Las bebidas alcohólicas las desaconsejé yo por motivos sociosanitarios y de solidaridad y "además, Kawasaki, producen impotencia y taras en los genes". Fuera bebidas alcohólicas, pues. Los ajos no dejamos de incluirlos en el inventario porque yo había estado en Transilvania y porque dicen que son afrodisíacos. Esto último será debido a la intimidad que procuran a quienes los comen porque, por absurdo que parezca, los demás dicen que no pueden aguantar el olor y se van. Por cortesía, porque lo comen en el país de Kawasaki y porque está muy bueno, propuse yo el pescado crudo, "pero, Loti, si tú no quieres, no hay por qué llevarlo". "No, Kawasaki, yo encuentro que esa crudeza le da al festejo un toque caníbal que le va muy bien a lo

que pretendemos". "Tampoco podemos cargarnos mucho, que no va a caber en la moto". "No, no, desde luego que no y no debemos caer en la gula. Es la gula lo que ha hecho tan impopular al canibalismo. ¿Por qué crees que en las historietas de la selva los negritos tienen ese aire de salvajismo? Pues porque los pintan con el rostro desencajado por la gula. En cambio nosotros, ahora que parecemos entendernos tan bien, porque ha sido ejemplar la compostura que hemos mantenido en unas negociaciones tan arduas, y nos encuentro a los dos admirables, nosotros debemos distinguirnos por la medida y el comedimiento".

El siguiente punto que debíamos dilucidar me daba miedo ponerlo sobre el tapete, pero tampoco podíamos, ya que habíamos procedido en todo con tanto rigor, dejar un cabo al albur por mera cobardía.

-¿Te ocupas tú de la cámara? -le dije.

iHorror!

-No, mira, señor Kawasakisan, honorable Yamamoto, Nagasakisan, tomemos las cosas con calma. Yo no tengo ningún interés en llevarla, pero tampoco quiero cargar con la responsabilidad moral de exponerte a ser el primer japonés que va a alguna parte sin ella. Ahora que ya lo he dicho, tú decides y tú eres responsable. No quieres cámara, pues no hay cámara. No se hable más. Tal vez sea un momento histórico, memorable, el que quede así perdido en el saco sin fondo de los días transcurridos pero a mí, mucho más que la nostalgia, me merece respeto la voluntad de las personas.

El momento de peligro había pasado.

-Ni de las de espías ¿me oyes? Y pienso registrarte muy a fondo.

Era un aprovechado, si ya pensaba empezar cacheando... Entonces ya solo quedaba que él diera con la pista de la llave, que supiera cuándo iba a

poder disponer de ella y, una vez sabido, quedar. ¡La hora! ¿A qué hora quedamos? Eso es, la hora. En todo caso, sería por la tarde ¿no? No vamos a hacer una cosa así por la mañana, sería como si fuésemos a trabajar o al colegio. Si van a ser tres horas, lo bonito sería que la tercera hora concluyese a los doce de la noche, la hora bruja, la hora de los vampiros, la hora en que se pierden los zapatos. "Loti, si pierdes algo a esa hora seguro que no va a ser ningún zapato, ni siquiera un calcetín. ¡ja ja ja!". El siempre tan gracioso y sutil. Así pues, tendríamos todo listo para las nueve de la noche.

Número mágico el nueve. En cambio las 8:15, hora a la que llegamos el día que finalmente acordamos, para así tener todo listo y empezar a las nueve, de mágica no tuvo nada, como no sea por el maleficio. Llegamos allí. Dejamos la moto. Cogimos las cosas. Subimos las escaleras hasta la puerta. Sacó Kawasaki la llave, intentó meterla en la cerradura... ¡y nada! Estuvimos probando y probando, tratando de movernos a la incredulidad, aunque ya desde el primer momento él y yo tuvimos la impresión de que el día estaba gafado. No conseguíamos abrir. Finalmente nos sentamos silenciosos en la escalera delante de la puerta. Yo sabía que él estaba más fastidiado que yo, pero también a mí me alcanzaba el desinflamiento. Porque, aunque estaba completamente indecisa, lo que sí había anticipado por lo menos era mucha emoción.

Al cabo rompió él el silencio:

-¿Qué hacemos?

-¿Cómo fue que cogiste esa llave?

-Le pregunté a mi tío cuáles eran, me dijo que estaban en el cajón del escritorio y, como las únicas que vi eran éstas, las cogí.

-¿Pero estás seguro de que eran las de la casa de Tatsutasan?

-Yo le pregunté por las de la casa de Tatsutasan. Le dije que iba a ver si estaba dada el agua. Por cierto, que si hubiéramos entrado hubiéramos tenido que enterarnos por lo menos de dónde está la llave de paso para que no pensase que no habíamos venido a eso, pero ahora ya da igual.

-Sí, claro. En fin, parece una tarde perdida ¿verdad?

-¿De verdad sientes que se haya perdido?

-Siempre siento, si planeo hacer una cosa, el no poder hacerla. Es normal.

-¿Volvemos mañana?

-¿Pero sabrás dar con la llave que abre de verdad?

-Tampoco voy a fallar dos veces seguidas.

-No diría yo que eres un hombre inconstante. ¿Te dieron mucha guerra los certificados?

-¿Qué certificados?

-Los certificados médicos de que no padeces ninguna enfermedad venérea ni contagiosa.

-¿Tenía que traer yo esos certificados?

-Claro, por supuesto.

-Pero no habíamos hablado de certificados.

-¿Cómo que no? Te pregunté si ya estabas al tanto de todas las cuestiones sanitarias y me quitaste la palabra para decirme que sí.

-Bueno y sí. No soy tan tonto que no sepa tomar precauciones, pero, por eso mismo, no hace falta ningún certificado.

-Ahí sí que te equivocas: Primero, porque todas las precauciones son pocas cuando está en juego la salud y, segundo, porque hay enfermedades

parasitarias que se resisten a esas precauciones a las que supongo que te refieres.

-No tengo ninguna enfermedad parasitaria.

-Bien. Te creo, pero tráeme los certificados.

-¿Y tú? ¿Los has traído tú?

Le di los certificados.

-¡Tú estas loca! Pero si yo no te he pedido nada de esto. Yo me fío de ti.

-Pues muy mal hecho. Sobre todo después de que ya te he contado que en Transilvania me picó un vampiro. Los vampiros muerden al que pueden y después, no creas que se cepillan los dientes y hacen abluciones, van y muerden al siguiente y al siguiente y, si les contagian algo, la mala conciencia no los va mantener despiertos durante el día. Podían incluso haber mordido a alguien como tú. Te habla la voz de la sabiduría, Kawasaki, la certeza vale mucho más que la confianza.

-Pero esto es un lío. Aquí tienes cien enfermedades por lo menos. Loti esto es una trampa. O sea que si llegamos a entrar ahí, yo con toda mi buena fe, al rato me habrías salido con que "¡Ah, te faltan los certificados!" y lo habrías utilizado como excusa para no cumplir tu palabra. Loti, me estás empezando a cargar. No me gustan ni pizca las mujeres que pretenden pasarse de listas.

-Y a mí no me gustan los tíos que se creen tan importantes como para que una quiera embaucarlos al precio de sus propios principios.

Me levanté de muy mal humor y dije:

-Si quieres me llevas en la moto y, si no, saldré al autobús.

-Loti, no me digas que no se presta a eso. Esperas a que estemos aquí para salirme con una historia de certificados. ¿Qué quieres que piense?

-Yo no aspiro a tanto. Yo no aspiro a que pienses nada determinado. Con que pensases a secas me daba con un canto en los dientes. Prueba alguna vez, es algo emocionante y no duele. Y desde luego, si eres un inútil que no vales ni para conseguir una llave a derechas, no seas tan ventajista que aproveches un pretexto que no existe, porque si existiera yo ahora no tenía que haber dicho nada y podía habérmelo guardado para cuando trajeras las llaves y estuviéramos ahí dentro y entonces sí, hablar de certificados, que sí que me habría servido, no como ahora que no me sirve nada más que para que me insulte un mono de no sé qué islas de mala muerte perdidas en el Pacífico para que jueguen con ellas al fútbol los continentes, y que deben de estar apestadas por otros tantos monos pequeñajos y con ojos de mirilla de puerta vieja y pretendiendo que la culpa es mía. Francamente, Sr. Kawasaki, tengo que rematar mi discurso diciéndole que la tiene usted muy corta para que a mí me satisfaga este tipo de relaciones.

-Pero ¿qué dices? Si no me la has visto.

-¡No! ¡Desde luego que no! La inteligencia, hasta ahora, viene siendo algo abstracto que se ha intentado medir, por cierto, sin gran éxito, pero no con cintas, ni con reglas, ni con calibres, sino mediante tests ¿sabes? Sin embargo, se dan casos en los que una somera apreciación permite ya concluir sobre lo reducido de su tamaño, siempre en términos abstractos se entiende.

Un auténtico majadero. No sé que se pensaría cuando le dije que la tenía muy corta, pero cuando seguí hablando y mencioné la inteligencia dejó de sentirse ofendido. Queda patente que, cuando queramos quitarnos a un hombre de en medio, las mujeres no necesitamos llegar al asesinato. La

castración surtiría el mismo efecto. Muerte psicológica. Distinta de la cardíaca y de la cerebral pero en el caso del varón plenamente eficaz.

Yo iba dando zancadas por el caminito alejándome de aquella marea de estupidez pero la marea vino detrás de mí y me alcanzó, convertida ahora en compunción.

-¡Loti! ¡Espera, Loti! Tienes razón, que no tenías ninguna necesidad de haberme dicho ahora lo de los certificados, puesto que de todas maneras no podemos entrar. Perdóname. Lo siento. Estuve grosero. Es que muchas veces no sé a qué carta quedarme contigo. Nunca sé cuándo me vas a salir con algo raro y a dejarme con tres cuartos de narices.

Me paré y me quedé plantada en el sitio sin decir nada y enfurruscada.

-Ven, Loti. Vale. Reconozco que no es una treta, pero deja ya de estar enfadada. Lo siento, de verdad que lo siento. Anda, ven. ¿No te hace ilusión verme vestido como tú quieres?

Bajé la cabeza tratando de que no me viera sonreír y volvimos a sentarnos en las escaleras.

-Pero lo de los certificado ¿lo dices en serio?

-¿No te los he traído yo?

Calló un momento.

-Bueno, a ver, dime de qué tienen que ser.

Saqué pluma y papel del bolso y le empecé a hacer una lista con todos los detalles de las enfermedades y de los lugares donde se los podían expedir más rápida y fácilmente y le puse casillas a los lados para que les pusiera una señal según fuera cumpliendo todos los requisitos. Al verme escribir todo aquello con tanta rapidez y seguridad me dijo:

-Oye, Loti, ésta no es la primera vez que haces esto ¿verdad?

-¿El qué?

-Pedirle a un chico certificados.

-No. No es la primera vez que los pido. Aunque sí será la primera vez que me los traen.

-¡No me extraña! Reconoce, Loti, que te hago un favor, si no, te morirías virgen.

-Antes virgen que sifilítica, Kawasaki. A las personas puras nos sientan fatal las enfermedades venéreas.

-¿Tú pura, Loti? No confundas los términos. Tú no eres pura. Tú eres una maniática de las legalidades y nada más. ¿Cómo vas a ser pura si sólo piensas en vestir a los tíos de mujer para colocarte y en ponerlos a cien hablando de cosas que luego no haces? Tú eres una pervertida del peor tipo. Y dime, por cierto ¿qué haces tantas horas metida con los caracoles? ¿También te colocas así?

El mono Rendijas estaba dispuesto a superarse aquella tarde. Pues se iba a encontrar con la horma de su zapato.

-¿Qué voy a hacer con ellos, Sr. Kawasaki? Mirar cómo copulan, naturalmente.

-¿Y con cuáles te identificas, con los machos o con las hembras?

-No sabes lo que dices.

-Reconoce, Loti, que un poco del lado de lo raro sí que estás.

-Digo que no sabes lo que dices de los caracoles. Los caracoles, Sr. Kawasaki, no son machos ni son hembras, son hermafroditas.

-¿Cómo dices?

-Que son hermafroditas.

-¿Son hermafroditas?

-Son hermafroditas.

-¿De verdad son hermafroditas los caracoles? ¿No te estarás quedando conmigo?

-De verdad son hermafroditas los caracoles, no me estoy quedando contigo. Compruébalo en una enciclopedia en cuanto llegues a casa y cierra la boca, que se te va a llenar de elefantes.

Pero no la cerró. En lugar de eso, empezó a reírse con unas carcajadas estentóreas y unas ganas totalmente fuera de lugar.

-¡Ja, ja, ja! ¡Ahora lo entiendo! ¡Ahora lo entiendo!

No sé qué es lo que encontraría tan gracioso en que los caracoles fueran hermafroditas ni qué era lo que entendía ahora. A mí ahora me parecía más memo que nunca.

Terminé de confeccionarle la lista de certificados y se la entregué.

-Bien. O sea que hasta dentro de unos días no vamos a poder reunirnos otra vez. Y si para entonces Tatsuta se ha mudado ¿qué hacemos?

-Tatsuta todavía no se muda. En otros quince días por lo menos no. Aún tiene cosas que hacer en la cabaña.

-Es absurdo. ¡Y pensar que voy a hacer la burrada de sacarme todos estos certificados! ¡Si no fuera porque para mí esto es ya una cuestión de amor propio...! Porque tengo que conseguirte sea como sea y al precio que sea.

-No veo por qué te lo tomas así, como si fuera un desafío. Yo no tengo nada en contra de que me consigas. Es más: quiero que me consigas. Jamás hombre alguno lo ha tenido tan al alcance como tú.

-¿Entonces por qué poner tantas dificultades?

-No acabas de ver mi punto de vista. Yo no niego nada por sistema. Lo único que pretendo, si se quiere que yo haga algo, es que se me dé una razón para hacerlo. Sólo eso: una razón. O, a falta de la razón, que se me vuelva loca. Es absurdo pretender que yo haga algo carente de raciocinio mientras estoy cuerda.

-Pero, Loti, para hacer eso, no hacen falta raciocinio ni locura. Sólo hacen falta ganas.

-Si sólo hicieran falta ganas, en el mundo nadie haría jamás otra cosa. No, Kawasaki, para todo hacen falta razones. El ser racional, no es una cualidad que se deje en suspenso a voluntad. El pretender hacerlo o el suponer que se puede hacer, o que se hace, es engañarse. La razón desdeñada se venga cruelmente. La racionalidad, como el ser mujer o el ser hombre, no es parte descomponible del ser humano. Tú habrás oído decir algo muy corriente hoy en día al tratar de salvar las desigualdades de trato entre los sexos: es que antes que hombre o mujer se es persona. Pero eso, bienintencionado como es, es falso. No se es antes esto o lo otro. Tampoco después. Se es siempre, en todo momento y sin descomponer, todo lo que se es. Tú no actuarás unas veces más como persona que cómo varón y otras a la inversa, siempre actuarás como persona varón y todo lo que constituye tu ser. Es ponerse una trampa a uno mismo decirse que la razón tiene su momento y su lugar. Todos son el momento y el lugar de la razón. ¿Te ha gustado?

-Tú me has gustado más que nunca. Y mañana por la mañana yo me pongo a la caza del certificado y a la caza de la mujer antes que de la persona. O lo consigo de esta hecha o no soy Kawasaki.

-Debieras enfriarte un poco porque suele suceder que lo que se desea con tanta ansia y anticipación, a la postre, después de logrado, decepciona ¡Quién sabe si después de conseguirme no te ibas a sentir defraudado!

-Maldito lo que me importa a mí cómo me vaya a sentir después. Si te consigo, que es lo único que quiero, porque el gozar o no ya me da igual, por lo menos podré olvidarme de ti.

-Pues también tienes razón que no es nada del otro mundo. Finalmente, algo que puede conseguir cualquier amerindio lampiño y guapo que traiga unos certificados tampoco es nada que valga la pena recordar.

¿Y no se pone de pies el tío y, con la mano a guisa de visera, otea el horizonte en todas direcciones y dice?:

-Vamos a ver... Por allí deben de ser diez, diez o quince. Y los que suben ahora monte arriba, pues... como unos quinientos. Y los que se congregan allá en la llanura, los de por allí, son una multitud incalculable.

-¿Puede saberse de qué hablas?

-De los amerindios con certificados. Estaba mirando a ver cuántos venían en tu busca. ¡Pero, Loti, si te hago un favor! Pero un favor muy grande, y porque soy amigo tuyo. Hasta ahora lo hacía porque me hería el amor propio pero a partir de ahora para mí es como un acto de caridad. ¡Que te mueres virgen, Loti!

No, no tenía que enfadarme. Aquello era culpa mía. Únicamente mía. Me había dejado absorber por otras cosas y había demorado injustificadamente la elaboración del crimen perfecto, que era lo verdaderamente indicado y urgente con el engendro.

-Vamos, Loti, no te enfades. Pero, de verdad, que si insistes en pedir certificados, y si yo no lo consigo, te vas a quedar virgen.

-Lo que sucede es que voy por delante de mis tiempos y los cortitos como tú sois incapaces de verlo. Ya verás, ya verás cómo el aumento brutal de las epidemias de enfermedades venéreas y de los casos y cepas de SIDA hace que la inmensa mayoría de la gente considere los certificados, no como una rareza, sino como algo que ha de darse por descontado.

-Tal vez eso llegue pero tú no lo verás ni yo tampoco. Tienes una idea demasiado elevada de lo que es la humanidad real. La humanidad real, Loti, no es como tú quieres que sea. La humanidad real es como yo, así tal cual me ves, como yo, y no como nadie que tú te imagines.

No podía ser. A mí la humanidad real no me movía al genocidio y, en cambio, Kawasaki, con toda su memez y toda su frescura, era una tentación, además de a mis otros instintos, a los criminales. Recordé otro argumento:

-Sin embargo, señor Kawasaki, en muchos países, a la gente, cuando se va a casar, le exigen certificados médicos y, ahí sí que tendrás que darme la razón en que, si se los exigen, no es porque se vayan a contagiar algún granito al pasarse la pluma el uno al otro y firmar en el registro civil, sino por motivos más interiorizables.

-Pero, Loti, eso es para marcar las diferencias. A una mujer a la que luego vas a estar viendo todos los días y que va a ser madre de tus hijos, difícilmente le puedes hacer una faena pero a alguien de quien después vas a decir "si te he visto no me acuerdo" no se le viene con certificados.

Nada. No podía esperar. El crimen había que cometerlo ya, aunque fuera imperfecto y con rebabas.

-Naturalmente, Loti, que nuestro caso no es ni lo uno ni lo otro, porque, independientemente de lo que suceda o deje de suceder y, aparte de lo que

me gustas y me supones de desafío, también hay una amistad y ésta seguirá en pie, pase lo que pase.

¡Qué tío tan petulante!

-Pues no sé qué decirte, Rendijas, porque si después de dos años que llevas postulando como conquistador, cuando se te da la oportunidad, dejas qué desear, yo creo que me afectaría mucho. Tú ya sabes lo perfeccionista que soy.

-Por eso no pases cuidado, Loti. No te va a quedar nada que desear.

¡Hombre, qué bien! Aquello prometía ser la orgía del Rey Baltasar. Y yo, con aquel cabreo -porque no sé si lo habré dicho, pero a mí me gustaba estar cabreada con Kawasaki- y el diálogo, ya no era ni persona ni mujer ni racional: era una olla a presión con la válvula atascada. Había llegado, pues, el momento de aligerar aquella atmósfera tan densa con un poco de viento fresco, del exterior. Y dije:

-Otra cosa que también se me había pasado a mí, y a ti, pero desde luego en este caso me cabe más culpa a mí porque soy yo, por mi condición, quien tiene que estar más pendiente de estos detalles, es que tienes que firmarme un documento por el que te comprometas a no buscar ni indemnización ni compensación ni reparación ni daños ni perjuicios y en el que me eximas total y absolutamente de cualquier responsabilidad por cualquier daño que pudiera derivarse para ti de mantener relaciones carnales con una persona de procedencia galáctica. Eso es una norma que existe entre nosotros porque no es ésta la primera ocasión en que nos vemos ante situaciones semejantes ni sería la primera en que por ello nos hemos hallado metidos en complicaciones y pleitos. La gente no suele creerse lo que le decimos hasta que ya es demasiado tarde.

Me miró y puso media cara de pan y otra media de "¡Santo Buda! ¿Pero qué habré hecho yo para merecer esto?"

Iba yo a añadir a sus merecimientos cuando por el carril vimos llegar una furgoneta. Ambos nos sobresaltamos pero ni se nos ocurrió ni nos dio tiempo de escondernos sin que nos viera quien la conducía. Quien la conducía era Takeo y, desde luego, era la furgoneta que habíamos visto utilizar a quienes mataron al caracol en la cabaña de la señora Tatsuta. Takeo paró delante de la casa, se bajó y nos saludó.

-¡Hola, Loti! ¡Hola Kawasaki! Me preguntaba quién estaría aquí, no os distinguía. ¿Qué hacéis aquí fuera?

-Pues habíamos venido, porque era un sitio muy tranquilo, con la intención de entrar pero nos hemos debido de confundir de llave.

-Pues vaya faena. Porque si habíais venido a estudiar, fíjate, menudo trastorno. Lo siento por ti, Loti, porque todos los experimentos que haces te obligarán a estudiar muchísimo. Yo a todos los investigadores que conozco los he visto siempre cargados de libros, así, como estáis ahora vosotros, con bolsas llenas. Es una maravilla que no necesites gafas. La mayoría, ya desde bien jóvenes, llevan gafas. Y tú también haces muy bien, Kawasaki. Aunque hayas terminado los exámenes, es lo mejor, dedicarse a estudiar precisamente cuando ya no tienes obligación, porque entonces entra todo con mucha más facilidad. Pues os ha debido de hacer un trastorno brutal llegar aquí y encontraros con que no podíais entrar. Y ¿cómo es que te equivocaste de llave?

-Yo creo que mi tío debió de confundirse al decirme dónde estaban y me he venido con unas que no abren.

-Las llaves que tenía tu tío me las dio a mí. Le pedí a la señora Tatsuta que si podía dejar los instrumentos aquí, porque han tenido que hacer obra en "El Cuervo de Colores" (pero no os preocupéis, es cosa de un par de días) y no queríamos dejar allí los instrumentos por si se deterioraban con el polvo y los cascotes. Entonces la señora Tatsuta, muy amablemente, me dijo que le pidiera las llaves al Dr. Yamamoto.

Kawasaki era un pupas. Para una vez que se le pone la conquista a tiro, se la espanta su propio amigo.

-Pues si me ayudáis a guardar los instrumentos, luego os puedo dejar las llaves. Tú mismo se las puedes entregar a tu tío.

-De acuerdo, vamos.

Habíamos metido los instrumentos en la casa sin encender nada, aunque en el interior estaba ya bastante oscuro.

-¡Bueno! Pues si queréis quedaros a estudiar, aquí tenéis las llaves. Se las entregáis luego vosotros al Dr. Yamamoto. Os voy a dar la luz.

El y Kawasaki buscaron los interruptores pero no se encendían las lámparas.

-Habrá que darle al interruptor principal -dijo Takeo.

Buscamos el interruptor principal y lo encendimos, pero tampoco así se prendió ninguna luz.

-Pues eso es que no tiene dada la corriente. ¡Vaya fastidio! Ahora sí que, aunque os quedéis, no vais a poder estudiar. Lo siento muchísimo por vosotros. ¿Queréis que os lleve en la furgoneta?

-Déjalo, Takeo. No creas, tampoco es tan grave. En realidad, Loti y yo, más que estudiar, lo que pretendíamos era meditar un poco. Meditación

trascendental. Relajarnos mentalmente lejos de los ruidos mundanos. Una especie de cura cerebral.

-¡Ah, bueno! Pues eso sí que es posible que lo podáis hacer a oscuras.

-Quédate tú si quieres, Kawasaki. Yo también lo haría con gusto por hacerte compañía pero meditar sí que no voy a poder, porque para mí el factor visual en la meditación es determinante. No podría relajarme si no viera nada mientras medito.

-Eso sí que es verdad, que cada cual debe meditar según sus propias necesidades. Fijaos en todos esos gurús que se ponen cabeza abajo colgados de los pies... Parece imposible que así sí pueda conseguirse concentración mística ¿verdad? Y sin embargo, son santos. ¿Os quedáis entonces o venís conmigo?

-No, vámonos todos entonces. ¿Me ayudas a colocar la moto en la furgoneta?

Colocaron Kawasaki y Takeo la moto y nos sentamos los tres en la parte de delante.

-¿No es ésta la furgoneta de los hampones del Lobau? -pregunté.

-Sí. Es la misma que llevaron a la cabaña y en la que te robaron la moto, Kawasaki. Me la ha prestado Ichiro. Le dije que teníamos que trasladar los instrumentos y en seguida me la ofreció. Es un muchacho magnífico. Fue él el que mató al caracol. Le resultó muy traumático. Era la primera vez que mataba a alguien. El me lo ha explicado: que cuando le pegó el navajazo fue como si de repente se le hubiera rasgado en dos partes el alma y un lado se le hubiera ido por un sitio y otro por otro. No sabe si se desmayó o no, pero se le hizo como un blanco en la mente y, según cree, lo que ha sucedido es que ha adquirido el karma del caracol. Ha sido como una

especie de milagro. Y ahora va a ser santo. Dice que al rasgársele el alma y dejar aquella enorme abertura, entró en su ser una iluminación que ahora le guía y le llama a la santidad.

-¿Y ya no va a robar más? -preguntó Kawasaki.

-Lo que espiritualmente se entiende por robar, yo creo que no. De verdad que es un muchacho buenísimo. Es como si estuviese marcado por el destino para lo místico. Le he hablado mucho de vosotros y está preocupadísimo por lo que podáis pensar de él. Y de verdad que, si alguna vez necesitáis algo, lo que sea, no os quepa la menor duda de que os haría cualquier favor.

Dijo Kawasaki:

-Oye, Takeo ¿Tú sabías que los caracoles eran hermafroditas?

-Sí, claro que son hermafroditas. Venía en la lección de los moluscos en Ciencias Naturales. La señorita Aikawa, que era la que tenía yo entonces, hizo dibujos con todos los órganos en la pizarra. Son muy hermafroditas.

El acendrado hermafroditismo de los caracoles pareció ejercer una benéfica influencia sobre Kawasaki porque ése fue el momento en que me paso el brazo por los hombros, sin quitarlo hasta que Takeo nos dejó delante del portal, encargándonos mucho que le diéramos las llaves al doctor Yamamoto.

Delante de la puerta de mi apartamento me dio Kawasaki la bolsa para que la guardase, nos despedimos y dijo:

-No hagas ningún viaje intergaláctico en los próximos días ¿eh, Loti? Este triste planeta sería muy aburrido sin una extraterrestre tan habladora.

Pareció así recoger velas de las muchas burradas que me había dicho aquella tarde. Bien estaba que intentara disculparse de alguna manera pero

¿qué iba a hacer yo? Para mí los certificados, el documento que me eximía de responsabilidad, el vestido que iba a ponerse y todo lo demás era mucho de lo que necesitaba para sentirme segura y que me satisfacía ¿pero era todo? Quedaba aquella ofensa, no por explícita perdonada, de que me tomase como un placer de paso. Evidentemente, como él había dicho, tampoco era exactamente la humillante situación del "si te he visto no me acuerdo". Yo sabía a ciencia cierta que él me apreciaba. Y aquel compromiso que habíamos contraído ¿acaso no significaba nada? Todas las exigencias que yo le había puesto ¿las satisfacía únicamente por ansia conquistadora? ¿Lo sabía él acaso? Había una cosa, sin embargo, que yo sí sabía, aunque me hubiera gustado creer lo contrario: nadie, por mucho que me asegurase, que legalizase, que certificase, me iba a garantizar el amor ideal, el amor eterno, aquél con el que se acaban todas las búsquedas. Y, finalmente, Kawasaki, tan terreno, tal vez no era ni ideal ni eterno pero era cierto y me emocionaba. No sabía lo que haría. Pero lo esperaba. Él no estaba ni más impaciente ni más intrigado que yo.

En que Dios no se muestra buen calígrafo, pero tiene sus motivos

El giro que tomarían después los acontecimientos, al menos por unas horas, le harían odiarme pero nadie se habrá aplicado tanto a los afanes de conquista de un hombre como yo lo hice aquellos días. Naturalmente, mientras mi cada vez más emocionante Kawasaki iba de análisis, seguía yo con mis asuntos y Kimiko, que ya tenía vacaciones, me ayudaba en la

limpieza y cuidado de los animalitos y a descifrar todo lo que yo no entendía de las anotaciones que me daba la señora Tatsuta. Ésta, la señora Tatsuta, diría que no era científica pero lo cierto es que todo lo que yo pude apreciar de sus notas y de su labor, añadido a la impresión que ya me había causado su cabaña, me infundía un gran respeto. Era metódica y rigurosa y, aunque yo no sea quién para decirlo, la consideraba brillante y, tal vez, el elegir el caracol había sido algo aparentemente absurdo pero al fin y al cabo inspirado. Yo estaba convencida de que si se aumentaba su tolerancia, se aumentaría la tolerancia en términos absolutos, luego, el que ese aumento se produjera en moluscos o en pulgas o en humanos no dejaba de ser una mera aplicación de un principio más general. Y, por eso, en esos días me puse en contacto con Hijima Leiko. Ella trabajaba con animales en el circo y yo sabía, por haberlo comprobado cuando estuvimos juntas en las oficinas de aduanas, que tenía varios monos, con lo que le hice mi propuesta que ella quedó en consultar con su marido.

También, sobre la capacidad intelectual de la señora Tatsuta comente algo en cierta ocasión con el Dr. Kasikaze. Decía él:

-Era una joven de mucho talento. La familia no tenía medios. Aun así, empezó a estudiar para enfermera, pero luego vinieron la guerra y otros sucesos y hubo de interrumpir los estudios. Más tarde se volcó en el trabajo de su marido y le hacía de asistente. Es una mujer de gran inteligencia y carácter que ha tenido muy mala suerte.

Pasé en esos días muchos ratos con ella comentando sus experimentos. Ya constituida nuestra sociedad y, por tanto, sin el miedo a una indiscreción por mi parte, me contó con más detalle la forma en que había conseguido hacerse con los productos radiactivos. Desde luego, no eran de procedencia

legítima. Legalmente ella no los hubiera podido conseguir. Una de las ideas que tenía al llegar a Viena, carente de lógica por lo demás, era poder obtenerlos por mediación de los amigos de su marido que trabajaban en el organismo internacional de energía atómica, especialmente del doctor Yamamoto, pero tal pretensión recibió una rotunda negativa.

-Tatsutasan, no debe usted tomarse a mal al Dr. Yamamoto. Esos productos están muy controlados. Son como las drogas. Pero nosotras ahora sí que podemos conseguirlos legalmente. Ya consultaré yo mis anuarios comerciales y encontraré casas que nos puedan surtir.

-Bueno pues, fíjate, me imaginé que, como en esas organizaciones tan grandes continuamente liquidan objetos que ya no les sirven, reponiéndolos con otros más modernos, yo hubiera podido conseguir algún resto radiactivo. Finalmente para unos caracoles tampoco hace falta tanto. Incluso, es más, me enteré de que Kamei Mitsue, en una de esas liquidaciones, había comprado a precio de ganga una máquina de escribir eléctrica en buenísimo estado, con mesa y todo. Tal vez, como tú dices, es en efecto imposible conseguir productos de esa forma. En cualquier caso, de manera un poco heterodoxa, eso sí, terminé haciéndome con ellos pero ya conoces el refrán que dice que Dios escribe derecho con renglones torcidos. Era un cargo de conciencia renunciar a una misión a la que moralmente me sentía obligada por una mera dificultad burocrática.

-¿Cómo los obtuvo entonces?

-Pues mira, a través de una persona que yo empleé en cierta ocasión en Katakishu para hacerme unas averiguaciones. Esta persona posteriormente se unió a una sociedad que se dedica, para qué andarnos por las ramas, a actividades dudosas. La llaman la Yakuzilla, porque es nueva y pequeña y no

tiene todo el poder ni la extensión de la Yakuza, que, como ya sabes, no cede en nada a ninguna mafia de América ni a las triadas chinas porque los japoneses no seremos tan famosos pero la verdad es que, cuando nos metemos en algo, nos metemos hasta el fondo. Pues la Yakuzilla funciona mejor que la Yakuza. Menos burocracia y menos papeleo. Todas las organizaciones grandes se anquilosan. Ésta, yo tengo que decir que, desde que la empleo, me ha dado un resultado muy satisfactorio. Algún problemilla sí que he tenido, como con el caracol que tú oíste gritar en tu subconsciente pero, en términos generales, han sido eficaces. Yo les dejo en la cabaña un papelito con el encargo y la mitad del dinero y, luego, cuando me han dejado allí mismo los productos, que te puedo decir que son de primerísima calidad, les he puesto la otra mitad.

-¿Y por qué le mataron al caracol?

-Porque me querían hacer pagar la cocaína.

-¡Señora Tatsuta! ¿Qué me dice? ¡No me espante! ¿Se droga usted?

Ya me parecía a mí que esta mujer tenía unos poderes intelectuales nada comunes. Naturalmente, a fuerza de destruirse a sí misma con drogas. Pagaba el progreso de la ciencia con su propio aniquilamiento. ¡Dios mío, Dios mío, qué trágica abnegación! Ahora menos que nunca podía yo dejar de mirar por la señora Tatsuta.

-¿Qué dices querida niña? ¿Cómo me voy a drogar yo, una pobre...

-...viuda asiática? ¿No se droga?

-Desde luego que no.

-¿Y entonces por qué le sirven cocaína?

-Pues eso es lo que no sé, tal vez para ver si me enganchan. Yo nunca la he pedido pero me la dejan y nunca hasta esta última vez han intentado

cobrármela, quizás porque antes nunca la había usado y, en esta ocasión, como la tenía allí, me dije pues voy a probar.

-Eso es peligrosísimo, Yasuesan, puede usted caer en la adicción sin darse ni cuenta.

-Que no, querida niña, que la probé con los caracoles, a mí lo que me gustan de verdad son los pasteles.

-¡Ah! ¿Y resultó?

-Pues no sé qué decirte, porque como los caracoles no saben leer ni escribir no puedes ponerlos a hacer problemas de trigonometría y, así, es difícil averiguar si se potencia su capacidad intelectual o no, eso sí, soltaron más baba. A lo mejor eso para nuestros caracoles corredores interesa.

-Pero yo, señora Tatsuta, nunca expondría a unas criaturitas que confían en mí a caer en las garras de una toxicomanía tan destructiva.

-Tienes toda la razón, que la moral nos obliga también a proteger a los animales que nos ayudan a vivir.

-Eso es muy cierto. Y fíjese que se me viene ahora a la mente el caso de un mono que tiene una amiga mía que está aquejado de un cáncer gravísimo y al que para curárselo le van a tener que irradiar pero de tal forma que es muy posible que posteriormente fallezca a causa de las radiaciones y, aquí, me pregunto yo si, en los estudios que usted realiza y en los que trabaja con un número elevadísimo de variables correspondientes al tipo de tejido, no podría introducir las variables correspondientes a los tejidos de los monos y a la hemoglobina.

-No sé. No había pensado en ello. Claro, que sería cuestión de ponerse. Tendría que conseguir datos sobre los tejidos.

-Pues eso está hecho. Yo se los traigo y, en cuanto Orestes esté preparado, mi amiga me lo traerá.

-Sí. Y, así, para entonces ya tendré montado el nuevo aparato. Ya te hablé de que al irradiar se me movían los sujetos y luego es difícil saber cómo estaban exactamente en el momento de la descarga. Pues ya he tenido la idea. Es el sùmmum de la concentración de esfuerzos. He cogido la fuente radiactiva y le he montado una cámara de cine con proyector incorporado. En el mismo instante de irradiar saco la imagen y luego, si tengo alguna duda sobre la postura, la distancia o los movimientos de los sujetos irradiados, y sobre cómo estaban, si muy metidos o no en la concha, rebobino y proyecto la imagen del momento de la irradiación con un dispositivo que señala los fotogramas exactos en que se producen las emisiones. Luego dejo que siga corriendo la película y veo los efectos y puedo contrastarlos con las pruebas analíticas de los tejidos vivos. Todo ello con las correspondientes escalas en el campo irradiado. ¿Qué te parece?

Desde luego, la señora Tatsuta no sería científica pero parecía disfrutar de los lindo con estos quehaceres. Al hablar de ellos ponía la misma cara que los muchachos cuando se olvidan de los deberes y juegan al fútbol. La divisa de su felicidad parecía ser "Ciencia y pasteles". Se le escapaba el alma por las gafas contándome todo esto.

Luego hablamos de su mudanza y me dijo que tardaría todavía, ya que hasta el mes siguiente no tenía el contrato de subarrendamiento con Akiyama. De ahí a entonces iba llevando cosas

Un par de días después, *casi* conforme a lo acordado, yo le llevé todo el material que pude reunir sobre tejidos humanos.

-Pero, querida niña, estos tejidos de que hablan aquí no son de monos. Son de seres humanos.

-Ya lo sé, señora Tatsuta, pero no he podido conseguir nada mejor. Es trágico, pero abundan mucho más los estudios sobre los seres humanos que sobre la especie de mono que tiene mi amiga. He procurado informarme muy bien y, realmente, grandes diferencias no hay. Pienso que lo que diese resultado con las personas lo daría con el mono y, salvo quizá la cubierta exterior de pelo, que en el mono es mucho más tupida, y la grasa subcutánea, al igual que algún cromosoma de poca monta, todo en ambos es muy semejante. Pero incluso para esas divergencias, creo que podría usted introducir correcciones ¿no le parece?

-Sería cuestión de estudiarlo. ¿Y te urge mucho?

-Pues algo sí. Mi amiga necesita el mono para su trabajo y ahora ya le nota los síntomas de la enfermedad. De un momento a otro le tendrá que dar de baja.

-Bien, me dedicaré a ello. La cosa es que estos días tenía otras ocupaciones. A los caracoles no los puedo dejar desatendidos y tenía ruelas que hacer con ellos. Y pasarme por la casa de Cobenzl para medir las cortinas y encargárselas. Ya me ha dicho Sadao Yamamoto que le pida lo que necesite pero unas cortinas no es una cosa que me inspire mucha confianza encargársela a un hombre, aparte de que me da rabia que quiera hacerme favores en cosas que no tienen importancia y que luego en las que cuentan de verdad escurra el bulto. Vamos, que sí que me presta alguna que otra revista, cosa que yo también hago con él, pero más allá no creas que va, porque ¿sabes? le debe lealtad al Organismo. Me hacen gracia a mí las

lealtades. ¿Tú qué crees que es más importante, la lealtad a un organismo o la lealtad a la patria?

Parece que la inquina contra Yamamoto no se le pasaba así como así, de modo que traté de compensarla ofreciéndome para toda la labor con los caracoles y para medir las cortinas de su nueva casa y cualesquiera otros recados que tuviese y prodigándole elogios a su talento y heroísmo. Y volví a minimizar la diferencia entre los monos y el ser humano para que no tuviera inconveniente en irradiar a Orestes, el mono de mi amiga del circo. Aunque esto último no sin que me remordiera de lo lindo la conciencia por el pobre monito, que también iba a ser arriesgado héroe de la ciencia y la salvación humana sin comérselo ni bebérselo. ¿Confiaba yo en los talentos de la Sra. Tatsuta hasta el punto de acallar mi conciencia simiesca? Me dije que sí y la prueba era que yo había invertido en ello todos mis haberes. ¿O no? Sí. De todas formas la conciencia la tranquilicé todavía más comiendo más pasteles con mi anfitriona y dedicándole otra horita de disquisiciones y encendidos elogios antes de despedirme.

-¡Te escucharía horas y horas! -decía ella-. Lo que no me has dicho es si sabes ir a mi nueva casa.

-Pues sí. Estuve allí y la vi por encima, no más, con Nishimula Takeo cuando guardamos los instrumentos.

-¡Ah, sí! Haces bien en tratar con ese muchacho. Es una bellísima persona. Suerte tiene Kimiko Kamei de tenerlo de novio. Es de los que hay muy poquitos. Muy noble, muy respetuoso y de una madurez admirable para su edad. Y no anda con sinfonías como otros. Creo que tiene una música verdaderamente creativa.

-Muy, muy creativa y en ella distingue a los animales como se merecen.
El animal que inspira a Takeo es la vaca.

-¿La vaca?

-Sí. Bueno, no es sorprendente. Por algo la tendrán en la India por sagrada. Yo creo que su influencia más que científica es musical. Hay músicos que se creen que les viene la inspiración de los genios que son, pero en cambio, ya ve, Takeo no tiene empacho alguno en atribuírsela a la vaca.

-¿Ves? En eso se nota a las personas de buenos instintos.

En el camino de vuelta a casa iba yo embargada por todo el sublime diálogo con la Sra. Tatsuta. Nos veía a las dos en el pináculo de la gloria científica y también de la mundana y, encima, forradas de dinero. Ella era la que tenía el propósito de inmortalizarme mencionándome de manera destacada en la Memoria de sus trabajos, sin yo pedírselo. Así, en este trance, no me daba cuenta ni de por dónde cruzaba ni por donde iba ni de que los automóviles se hartaban de pitarme. Y tan absorta iba también al llegar al portal de casa que me olvidé de subir en el ascensor y lo hice por las escaleras y, cuando llegué al tercero, me di un susto de muerte al sentirme cogida por dos manos.

-¡¡Aaay!!

-¡Loti! ¿Qué te pasa? Que soy yo, Eiji.

-¡Ay, tío! Eres el terror de los rellanos. Podías hablar antes de ponerme las manos encima. ¡Qué susto me has dado!

-¿Te digo la verdad? Lo he hecho aposta. Te he visto venir con una cara de boba así y con una sonrisa de felicidad... ¿En qué pensabas?

-En ti.

-¿Vestido de qué?

-Adivina.

-Loti, lo estoy pensando y no es normal. No es normal que te pongan enferma los violines y que para poder hacer el amor con un hombre, él tenga que vestirse de mujer, y, además ide qué mujer!

Y no se le ocurría otro sitio que el rellano para decirme eso y, además, que no hay cosa que más me moleste que el que la gente se meta con mis gustos y, en este caso, bien a lo tonto, pues, si se trataba de llevar un traje de mujer, ¿qué más lógico que llevarlo lo más de mujer posible? Y a mí no se me ocurría ninguno más femenino que ese ceñido de campesinita austríaca. No veía por qué me lo criticaba. Pero, de todas formas, entre él, que me atendía tanto últimamente, y la señora Tatsuta, me sentía feliz. Porque ahora sí que me iba a hacer rica. Con los descubrimientos de la señora Tatsuta y mis caracoles el éxito estaba cantado. Y si Kawasaki me traía todos los certificados y me conquistaba, aunque fallasen sus precauciones, el futuro ya no me inquietaba. Por eso podía mirar a aquella carcoma de corazones con harta tranquilidad y pensar que siempre podría arreglármelas sin él.

-¿El por qué estás tan contenta es algo que pueda saberse?

-Ya te lo he dicho. Es de pensar en ti.

-¿Has comido ya? Te invito.

-No puedo, Kawasaki, he quedado con Kimiko. Tenemos bastante que hacer y ya voy tarde.

-Pues a la noche te paso a ver.

-Bien, hasta la noche entonces.

Yo creo que me iba a rendir. O no. Tenía que serenarme. Nadaba en una euforia especialmente deslizante. Tenía que dominar tanta emoción.

Desde luego, si el compromiso hubiera sido esta tarde, Kawasaki se llevaba el gato al agua. No, no, tenía que serenarme. ¿Y si luego me pesaba? ¿Y si luego me dejaba desazón?

Kimiko me acompañó a mi cabaña y a la de Tatsuta y me contó que todo iba muy bien con Takeo. Que era magnífico con ella, siempre interesándose por su carrera y que incluso, con esa manera que tenía él de relacionarse con todo el mundo, dentro de una semana era muy posible que empezase a ensayar con un grupo de cámara que daba recitales. Sólo había una pega y era que necesitaba un contrabajo mejor.

-Los instrumentos son carísimos ¿sabes?

-Desde luego, debe de ser una inversión importante. Vamos, no como los caracoles, que al fin y al cabo los coges en el campo y luego ya tú sacas tus propias generaciones. Los contrabajos no se reproducen ni los puedes mejorar por selección. Pero Kimi, tú sabes que por el trabajo que has aportado a mi empresa tienes participaciones en ella que tienen un valor del que puedes disponer cuando lo desees. Ese dinero es sólo tuyo y, si no fuera suficiente, yo te adelantaré todo lo que puedas necesitar y ya me lo darás según vayas ganando.

-Eres muy buena, Loti, pero no te preocupes. Takeo también me ha ofrecido comprarme el mejor que exista en el mercado. Lo malo es que él, como también ha tenido que poner todo su dinero en los instrumentos del grupo, y a demás debe, por ahora, no va a poder cumplir su ofrecimiento. Pero mi hermana Taneko ha hablado con la señora de Akiyama, que es presidenta de la Asociación Japonesa de Protección de la Música en Viena y parece ser que, precisamente, tienen contratada una partida de 300 contrabajos de los mejores. La mayor parte podría ir al Japón, pero unos

pocos los concedería aquí, como ayuda y, de éstos, uno sería para mí. Porque dice que también en el combate de boxeo se recaudó mucho y que yo contribuí graciosamente. ¡Me hace una ilusión, Loti! ¿Si toco en ese grupo vendrás a verme?

-¡Hombre que iré! ¡Cómo que me lo iba a perder!

-Lo que me da tantísima lástima es que seas tan alérgica. Es horrible. ¿Has intentado averiguar alguna vez a qué es debido?

-Alguna vez ya se me ha ocurrido, pero no he tenido demasiado tiempo y no me urgía. Además, me da reparo meterme en psicólogos y en esa gente que dice que bucea en el alma humana. No me gusta que me buceen, y siempre tengo la impresión de que saben menos que yo. A lo mejor es verdad lo que dice Kawasaki de que soy una sabihonda pero ¿qué les voy a contar? ¿Mis sueños? Mis sueños me los he contado yo a mí misma cantidad de veces. Y, luego, tal vez te parecerá un rasgo perverso pero esa manía me hace única, ¿sabes? ¿Cuántas personas conoces tú que sientan terror ante los instrumentos de cuerdas?

-Ninguna, Loti.

-Pues me gusta ser única, aunque sea en una cosa tan tonta ¿me entiendes?

-Sí que te entiendo, Loti pero yo creo que con complejo y sin complejo eres única. Todos los que yo conozco te aprecian como persona nada común.

Luego le conté todo lo que pasaba entre Kawasaki y yo.

-¿Qué hago, Kimi?

-Lo que te apetezca. No te tortures. Yo creo que te exiges demasiado. Haz aquello con lo que te sientas más cómoda. Si te va a pesar luego el haber accedido a las pretensiones de Kawasaki pues no accedas, que no le

debes nada. ¿Que a él le sienta mal? Pues mira, que piense en ti en serio de una vez. ¿Que te apetece a ti acceder y crees que no te va a pesar luego? Pues hazlo, que tampoco va a pasar nada. Kawasaki te aprecia pero a él le gusta la comodidad de saber que hace lo que le conviene cuando le conviene y que nadie va a doblegar sus planes ni su paso. Yo a veces pienso que ese chico se merece una lección. Debiera ser más explícito contigo. Es muy egoísta. Pero, por lo que a ti respecta, sé tan egoísta como él y haz lo que verdaderamente te convenga.

-¡Ay, gracias, Kimi! ¿Sabes? Sigo en la misma duda, pero ya no me atormenta. ¿Tú te acuerdas de cuando te vi la primera vez en casa del Dr. Yamamoto?

-Sí. Yo me fijé mucho en ti, porque éramos todos japoneses y tú eras la única y pensé que eras la novia de Eiji. Fíjate, pero a Eiji entonces yo no lo conocía tanto, porque, si no, no se me habría ocurrido. Está claro que no le gusta comprometerse. Es muy cómodo para él estar como está.

Sí, era revelador el análisis de Kimiko.

-Fíjate, y yo, sin embargo, creía que tú eras su novia y te tuve entre ceja y ceja.

Nos reímos las dos y en el camino de una cabaña a otra seguimos charlando de nuestros planes y de nuestros sentimientos.

Era cierto, la charla con Kimiko me había quitado nerviosismo. Dejé de preocuparme por el acontecimiento. Estaba dispuesta a hacer lo que en el momento me dictase mi propia inclinación y a no preocuparme por ello. Y finalmente, me sentía feliz. Mi familia en Los Balbases estaba bien y me escribía con el cariño de siempre, la señora Tatsuta me apreciaba, me apreciaba hasta el punto de honrarme de una manera que no me merecía; el

Dr. Kasikaze me estimaba y se desvivía por servirme en lo que pudiera, y Kimiko era una amiga sincera y bondadosa donde las hubiese. Nunca ensalzaré debidamente su amabilidad y compañerismo para conmigo. Takeo indudablemente me tenía profunda simpatía. Y sólo quedaba aquel hueso.

Con el hueso me vi un rato después de cenar.

-Mañana recojo ya los resultados.

-Estarás más tranquilo.

-¿Por qué más tranquilo?

-Hombre, porque ahora, además de cumplir la otra finalidad, tendrás la seguridad de no padecer ninguna enfermedad y, si tienes alguna carencia o deficiencia física, te la habrán detectado.

-Para eso yo no necesitaba hacerme análisis. Yo ya sabía que estaba perfectamente. ¿Sabes cuándo se muda Tatsuta?

-Dentro de diez días.

-¿Quedamos mañana?

-¿Y la llave? -desde luego, yo tenía una para lo de las cortinas pero al fin y al cabo el conquistador era él y no pensaba privarle de ninguna de las emociones propias de tan esforzada actividad.

-Sí. Ahora sí la tendré. Se la devolví el otro día a mi tío y sigue ahí.

-¿No la tiene Tatsuta?

-Creo que hay tres llaves. Una la tiene Akiyama, la otra mi tío y la tercera Tatsuta.

-Ya.

-Di ¿quedamos mañana?

-No. Espera a tener los certificados.

-Estás reservada esta noche. ¿Te pasa algo?

-No sé.

-Te dije muchas burradas el otro día ¿verdad?

-No me di cuenta.

-Loti, tú te preocupas demasiado por cosas de las que no hay que preocuparse. ¿Cómo puedes creer que porque consiga acostarme contigo luego te voy a olvidar? ¿Cómo voy a olvidar yo a una chica a la que la aterrizan los violines, cuando todas se extasían al oírlos? No te tortures, Loti. La vida va a seguir igual si te la tomas tensamente que si te la tomas con más despreocupación.

En esto llamaron al timbre. Era Takeo.

-¡Hola, Loti! No te molestes en ofrecermé nada que llevo muchísima prisa. Pensaba haberte llamado pero como pasé por aquí y vi luz y venía a ver también al Dr. Yamamoto, dije, me acerco un momento. ¡Ah! ¡Hola Kawasaki! ¿Te importa si hablo con Loti un par de instantes?

-No, no, ya me iba.

-No, si es igual que lo escuches, vamos, si a Loti no le importa.

-Si a ti no te importa, a mí tampoco.

-Pues verás, Loti, ¿tú te acuerdas de que te he hablado de Ichiro?

-Sí.

-Pues es que él quiere trabajar ahora decentemente y como ya tiene muchos contactos en cuestiones de suministro de ciertos materiales y objetos y en cambio en cuestiones administrativas anda muy, muy perdido, entonces, así de refilón, había comentado yo lo increíblemente capaz que eras tú en estas cuestiones, que, desde luego, ya sé que no es asunto mío y que a una gran científica como tú el hablarle de destacar en el campo administrativo casi puede parecer hacerla de menos pero si alguna vez te

fallara el negocio de los caracoles, haciendo gestiones administrativas y cobrándolas, Loti, te podías hacer de oro. La inmensa mayoría de la gente detesta los trámites burocráticos. Ya te digo, si alguna vez te falla lo otro, piensa en lo que te digo.

Takeo acababa de descubrirme las gestorías.

-Pues te digo, Loti, si pudieras echarle una mano, orientarle, estoy seguro de que él te lo agradecería muchísimo. ¿Qué le digo?

-Pues dile que me llame. Tú tienes mi teléfono ¿verdad?

-Sí. Lo tengo apuntado en mi agenda.

-Pues dáselo y que me llame.

-Muchísimas gracias, Loti. Nunca he conocido a una persona tan amable como tú. Y es que es verdad, que no hay nada mejor que el que las personas se ayuden las unas a las otras. Mismamente hoy me encontrado en el Graben con la señora Tatsuta y la pobre mujer se hallaba completamente desorientada. Tenía un compromiso y quería regalarle unos cuantos pares de calcetines a alguien que conoce y no sabía muy bien cómo elegir. Bueno, pues me quedé sin comer porque, después de estar con ella, ya no me dio tiempo antes de lo que tenía que hacer a las cinco. Le costaba muchísimo decidirse porque, por lo visto, se trata de una persona con gustos un poco difíciles pero ¿no ha sido mejor pasar dos horas ayudando a una pobre viuda que llenándose la barriga? Pienso que uno debe tratar de echar una mano allí donde pueda y que con un amigo el tiempo nunca se pierde sino que se convierte en lo más valioso que existe. ¿Verdad? Pues muchas gracias, Loti, y perdonadme, espero no haber interrumpido nada.

-No te preocupes. Estábamos en medio de nuestras meditaciones intrascendentales. No, no has interrumpido nada.

-Bueno, pues voy a pasarme un momento por casa de tu tío a por la llave de Tatsutasan. Es que ya vamos a recoger los instrumentos para llevarlos a "El Cuervo de Colores". Nos vamos a poner a ensayar como locos. ¡Fíjate varios días inactivos! ¡Una enorme pérdida de tiempo!

-¿Vais a tocar hoy?

-No, hoy todavía no abren. Mañana. Si podéis, os dais una vuelta. Si tú quieres, Loti, te vienes y le digo también a Ichiro que se pase por allí y así habláis. De lo de la noche aquella, olvídate. No tengas ningún miedo. Fíjate, yo, si no estuviese absolutamente seguro de su bondad, jamás te sugeriría que hablaras con él, pero es que ahora es un hombre completamente espiritual. Buenísimo. Bueno, me voy rápido. Buenas noches, Loti. Buenas noches, Kawasaki, que lo paséis bien.

Lo acompañé hasta la puerta y vi como se encaminaba a casa del Kasikaze. Cerré y volví con Kawasaki.

-Pues otra vez que te quedas sin llave -le dije.

-Perece que tengo la negra ¿verdad? Pero no te preocupes. Las traerá luego. Una vez que hayan sacado de allí los instrumentos ya no las necesitará. Te estás haciendo muy popular con tus talentos.

-Sí. En fin. En este caso no me siento muy feliz.

-¿Quieres que te acompañe cuando vayas a hablar con Ichiro?

-Pues sí, sí. Que Ichiro quiera reformarse me lo creo pero ¿tú piensas que le va a ser tan fácil librarse de los otros?

-No lo sé. Ya se verá. Avísame cuando quieras salir y voy. Tú también viniste conmigo a denunciar el robo de la moto.

-¿Lo haces por que estemos en paz?

-No. Si contigo es más divertido estar en guerra.

Hizo una pausa y yo, por mi parte, no dije nada.

-No sé por qué estás tan reservada esta noche, Loti, y, si no quieres decírmelo no voy a insistir pero con lo habladora que eres, debe de ser muy grave.

No contesté nada.

-Pues no sé que decirte. Sea lo que sea, no le des excesiva importancia. Nada la tiene y, para ti, debiera tenerla menos. Takeo tiene razón en que eres excepcional. Y, si es otra persona lo que te preocupa, tampoco debes dejar que lo haga. Ninguna vale la pena. Cuida de ti, Loti, y no te preocupes de ninguna otra cosa. De verdad, no vale la pena.

Se despidió con un gesto mucho más cariñoso de lo que era habitual en él y se marchó.

Parece como si todos hubieran salido de la misma doctrina: la señora Tatsuta, Kimiko y Kawasaki. Todos me decían que cuidase de mí y que no pensara en los demás. ¿En medio de que terrible peligro me veían? Yo lo sospechaba pero de ese mal nadie se ha librado cuando lo ha atacado y, cuando ha dejado de atacar, siempre se le ha echado de menos. Sería el karma, como decía Takeo. Me consolaba pensar que Kawasaki también tendría su propio karma. Ahí sí que estábamos en paz y no sé por qué motivo, esta idea, que Kawasaki también tendría su karma y que, si no me hacía caso, ese karma iba a ser malísimo, me apaciguó.

Y apaciguada seguí hasta el día siguiente, en que Kawasaki llamó al timbre y al abrirle, sacudiendo unos papeles en la mano, me dijo:

-Loti, estás servida de certificados. Míralos bien, no sea que me falte algún bichito por el que tengas especial interés.

Este tío cada vez era más fresco y en esta ocasión estaba contento y festivo y, de verle, me sentí contagiada. Más que contento, estaba simpático, atractivo. Yo creo que ya tenía la sonrisa puesta para todo el día.

-¿Vamos esta tarde?

-¿Esta tarde? Todavía tengo que ocuparme de los caracoles, y recuerda que después habíamos quedado en encontrarnos con Ichiro en "El Cuervo". La verdad es que los próximos días los voy a tener muy ocupados. Comprometeríamos el éxito del acontecimiento si lo hiciéramos con prisas. Mira, yo trataré de que el viernes ya no tenga nada que hacer y disponga de todo el tiempo del mundo y, entonces, quedamos ya fijo y sin aplazamientos, Rendijas.

-No sé si voy a aguantar hasta entonces. ¡Tengo una impaciencia...!

-Cálmate. Cálmate y recuerda una cosa: No te he prometido que vayas a conseguir lo que quieres. Te he prometido tres horas de tentación contratada. Eso supone posibilidades pero no garantía.

-Loti, piensa en lo que te conviene. Para volver a conseguir certificados lo más fácil es que tengas que hibernarte y descongelarte dentro de tres o cuatro siglos. Y, aun así, no estoy seguro. Y, hablando de otra cosa, ¿por qué a mí nunca me has invitado a ver tus caracoles?

-¿Te gustaría verlos?

-Hombre, siento curiosidad.

-Eres un morbosos.

-¿Cuándo lo hacen? ¿Tienen épocas?

-Si hubieras venido hace un par de semanas, todavía los habrías visto.

-En plan hermafrodita debe de ser tremendo.

-Pero ¿te quieres tranquilizar? Tú presumirás mucho de todas las roscas que te comes pero estás comportándote como si, a pesar de no pedir certificados, el ser tan fácil no te hubiera servido de nada. Yo, la verdad, confío mucho más en tu inspiración y en la anatomía que te hayan enseñado en el colegio que en cualquier otra cosa.

No lo aguantaba hasta el viernes en aquel plan. Me hacía pensar en cosas en las que no quería pensar y sentir lo que no quería sentir. Pero se vino en los días siguientes a ver los caracoles y me acompañó a todas partes por donde fui. Yo creo que, como cuando se hace deporte y se hace primero un calentamiento previo, él estaba tratando de procurarme ese calentamiento. Y de esta forma llegamos al acontecimiento siguiente en el que

Los bajos fondos revelan sus profundidades

La noche del martes en "El Cuervo de Colores" no fue para mí como una liberación, sino como el disfrute de algunas de las últimas horas de libertad antes de la cadena perpetua. Salí de casa con Kawasaki toda desenfadada, ruidosa, chistosa, vocinglera, como dispuesta a correrme la juega del año. Me apetecía meterme en el ambiente de "El Cuervo", charlar con unos y con otros, aturdirme, eso es, antes de lo que se avecinaba. ¿Por qué aquel día, el del compromiso, se imponía a mi ánimo como algo serio, al contrario de lo que le sucedía a Kawasaki, que lo veía como algo divertido?

Takeo, en efecto, nos presentó a Nakahiko Ichiro, a quien encontré, ahora que lo veía de cerca y a la luz, extraordinariamente bien parecido,

sobrecogedoramente bien parecido y ya no tenía las trazas de macarra con que le habíamos visto en anteriores ocasiones.

Estuvimos un rato sentados los tres pero parecía que Ichiro no se arrancaba a hablarme de lo que quería en presencia de Kawasaki, así que éste se esfumó discretamente y se fue a charlar con los amigos de Pancho. Kimiko no estaba hoy, había ido a Krems y ciertamente la eché de menos.

Me expuso Ichiro el dilema en el que se hallaba. El, por vocación, era una persona que deseaba en primer lugar el bien de toda la Humanidad. Pero esta cualidad suya le ocasionaba atroces dudas e indecisiones porque ¿cuál era el camino más adecuado para procurar el bien? Naturalmente, el delito. Pero entre estos dos fenómenos no parece existir una relación biunívoca y, a segunda vista, eran muchas las preguntas que le acudían a la mente después de lo que le explicó Takeo sobre la pavorosa situación en que nos vimos los cuatro, en una noche oscura y tenebrosa, con un hombre muriendo desangrado, otro tratando de retrasar su óbito, que se anunciaba tan implacable como implacablemente se escapaba la sangre de aquel cuerpo, y dos mujeres, dos pobres, diminutas mujeres en la noche, forzando sus piernas más allá de lo humano, expuestas a tropezar y a Dios sabe qué peligros innombrados, por llegar a un teléfono salvador ¡Cuánta consternación y angustia! ¡Y todo ello causado por un robo, un sencillo robo!

-Cuando comprendí en toda su magnitud el mal ocasionado a aquellos inocentes, el remordimiento de haber causado daño a unos seres humanos, criaturas de Dios, me hizo sentirme tan malo, Lotisan... Usted seguramente no sabe lo que es comprobar que uno no es bueno como creía, sino malo. Claro, que esto tampoco hubiera llegado a comprenderlo sin el martirio del

molusco que, como Cristo, murió inmolado por el pecado humano. Eso fue lo que me redimió. Pero eso también ha hecho todo para mí mucho más difícil.

-Takeo me dijo que querías dedicarte a los negocios.

-Sí. Él ha tratado de librarme de todas las dudas y me ha convencido para que, independientemente de cuál sea mi actitud moral ante el mundo, en el futuro tenga un medio legal de ganarme la vida, que eso nunca estorba.

Lo que necesitaba Ichiro no era complicado. El abrir una representación comercial era cuestión de seguir un procedimiento como cualquier otro, y nos pusimos de acuerdo para iniciar la tramitación al día siguiente, lo que también nos convenía a la señora Tatsuta y a mí, porque nos permitiría arreglar alguno de los desaguisados que mi socia había tenido con la legalidad. No todos, desde luego. Dos años de quebrantar normas no se arreglan con unos días de cumplirlas. En lo sucesivo, eso sí, íbamos a estar magníficamente surtidas de cuanto necesitáramos. Ichiro se mostró muy agradecido y dispuesto a hacerme cualquier favor y a facilitarme gratuitamente cualquier producto que me pudiera hacer falta.

-Porque no hay material, Lotisan, fiscalizado o sin fiscalizar, que no sepa yo cómo conseguir; si lo quiere de la NASA, de la NASA; si de Siberia, de Siberia; y cuanto más raros y controlados sean los productos, más fáciles me son, y si lo hago de manera legal, al menos no será el interés pecuniario el que me impulse al delito.

-¿Crees que podría impulsarte a él alguna otra cosa?

-La vocación, Lotisan. Si hubiera conocido a mi maestra Michiko Comedemonios lo comprendería.

-Pues no la he conocido.

-Ella es nuestra jefa.

-¿De la Yakuzilla?

-¡Por favor, ni se le ocurra llamarnos eso! Si Michiko lo oyera la lastimaría. Sería ignorar el carácter científico de nuestra organización. Usted no sabe lo grande que es Michiko. Ella se esfuerza denodadamente por mantener nuestro nivel científico pero luego hay personas que se apuntan y que no entienden el sentido de nuestra actividad, por eso se dan episodios como el de la moto y ciertos otros que hacen que se nos conozca con ese despectivo nombre de "Yakuzilla" porque el verdadero nombre, que describe perfectamente nuestras actividades, es el de "Institución mundial para el desenvolvimiento dialéctico de la sociedad humana mediante los ensayos dirigidos a una meta de comportamientos plegados y no plegados a las instituciones legales voluntariamente provocados". Michiko es la fundadora de la Institución y, si la escuchara, se convencería de que es imprescindible para la especie en su próximo estadio, que será el de la conciencia científica. Pero para que en ese estadio se produzca una auténtica conciencia humana, el delito es imprescindible y tiene una función social de carácter dialéctico. Debería oír a Michiko hablar de la función social del delito. Solo un genio como ella ha podido diagnosticar una laguna tan clara y patente y crear la institución capaz de colmarla. Yo adoro a Michiko. Desde los catorce años fui su amante. Mi madre se oponía ¿Usted cree que hice mal en no hacerle caso, aunque decía que sí que le hacía caso?

-¿Tú te arrepientes?

-Pues no. Ya le digo que adoro a Michiko Comedemonios. Es la mujer más inteligente que he conocido, aunque, por lo que me cuenta Takeo y yo soy capaz de apreciar, usted no debe de andarle mucho a la zaga. Tal vez

cuando llegue a su edad, lo mismo que mi novia Zulma, la somalí, tenga tanta inteligencia como ella, y como mi madre, porque mi madre también es una mujer inteligentísima. ¿Usted qué cree que es más notable en la mujer, la inteligencia o la belleza?

-Las dos.

-Pues eso debe de ser. Yo nunca sabría cuál destacar más pero a lo mejor no hace falta elegir y se pueden admirar las dos a la vez.

-¿Pero bueno, tú quieres reformarte o no?

-Es que, si voy a causar daño, me da pena y sí que quiero reformarme pero, por otra parte, mi vocación es estar siempre de parte de los perseguidos y los perseguidos son los delincuentes. Claro, ya lo sé, que algunos son muy malos pero ¿Qué le parece? ¿No sería una buena idea que me dedicara a robar a los ricos y a dárselo a los pobres como han hecho los grandes bandidos de la historia? La otra cosa que he pensado es secundar a mi novia Zulma, que está tratando de levantar de su postración a la mafia somalí.

-Yo no sabía que existiera esa mafia.

-Es que actúa con mucho secreto. Bueno, ésa no es la verdad, a usted no le voy a mentir. La verdad es que la mafia somalí está fatal, es algo que da vergüenza ajena que pretenda siquiera llamarse mafia pero yo a todo el mundo le digo lo del secreto porque me da mucha pena. No puedo resistir que la gente fracase; pensar en que hacen algo con toda su ilusión y que luego no les sale me da una lástima insufrible, prefiero no verlo. Pero, claro, probablemente en el siglo que viene triunfará. Dígame que sí que triunfará, Lotisan, por favor, dígamelo.

-Seguro que triunfa.

-Eso es lo bueno que tienen las mujeres. A ellas se les puede decir la verdad porque son inteligentes. Yo creo que son más inteligentes que hermosas. No se lo tome a mal. ¿Se lo toma a mal?

-No, no.

-Yo encuentro que hay hombres que son más guapos que cualquier mujer. Yo diría que la mayoría de los hombres,...

¡Rediez!

-...pero claro la belleza femenina está en el cerebro. Yo creo que debe de ser un órgano admirable. La mujer tiene cerebro social. Los hombres o aprenden de ellas o terminan cometiendo insensateces. Fíjese en mis dos compañeros del Capítulo de Viena, los que vio usted en la cabaña de la señora Tatsuta: tienen mucha vocación y el tiempo y el esfuerzo que ha dedicado Michiko a prepararlos son ingentes; aún así, no crea que han entendido enteramente nuestra misión: tratan de imitar a la Yakuza, que no tiene espíritu científico, o a la mafia italoamericana, que no tiene una visión del valor socio-histórico del delito. ¿Usted cree que debería ocultar a mi novia Zulma el enorme aprecio que sigue mereciéndome Michiko y que Michiko es aún más inteligente que ella?

-Hombre, yo creo que un aprecio amistoso y sincero no debiera ofenderla, si es una mujer tan inteligente como la crees.

-¿Y a Michiko, usted cree que debiera dejar ya de cortejarla?

-¿Tiene ella algún otro apañó?

-Sí. Se llama Yosiyuki. Es radiotelegrafista de buque. ¿Usted cree que, como gesto de deferencia, debiera aconsejarle sobre lo que le gusta Michiko para que la haga más feliz o tendrá él más mérito si se la gana por sus propios medios? ¿O tal vez podría pasarle fotocopias de mi estudio sobre las

señales de navegación usadas entre los buques fantasmas? ¿No le parece que debiera ayudarle en algo? ¿Usted cree que Zulma se lo tomaría a mal si le pido consejo sobre si debo aconsejar a Yosiyuki? ¿O piensa que a Michiko le halagaría más si le pegara un puñetazo o lo retase a duelo?

-Oye, Ichiro ¿Tú te has escapado alguna vez de algún sitio? No, no te ofendas, no me refiero a la cárcel.

-iMe deja atónito, Lotisan! He visto mujeres perspicaces pero puede usted medirse con la que más ¿Cómo ha podido adivinarlo? Es algo que no he contado jamás a nadie porque me da muchísima pena. A los diez años, me escapé de casa y estuve cinco minutos escapado y entonces pensé en mi pobre madre, abandonada por mi padre, si yo también me marchaba, ¿no iba a pensar ella que no era atractiva? Yo no podía hacerle eso a una mujer, así que volví a sus brazos para asegurarle que era la persona más admirada del mundo ¿Qué perfume le parecería el más fragante para ella en esta primavera? ¿Algo juvenil o, por el contrario, algo con más penetración y misterio? ¿O le pido consejo a Zulma? ¿Cree usted que Zulma consideraría inoportuna una pregunta así cuando tanta preocupación le causa la organización que intenta poner en pie? ¿Y qué hago yo? ¿Me inclino definitivamente por la mafia somalí o sigo fiel a la Institución a la que debo todo lo que soy?

-Ichiro, eso depende de cuál te dé más pena.

-Es verdad. ¿Trato de combinar las dos? Si me diera más pena la una que la otra, no podría vivir de la pena que me daría la que me diera menos pena. Aunque teniendo en cuenta que los somalíes son pocos y necesitan refuerzos y Zulma siempre me dice que yo tengo atractivo técnico, mientras que los japoneses somos muchos, sería equilibrar las fuerzas. ¿Pero usted

creo entonces que no debo pensar en el delito útil? Un desperdigamiento de delitos en campañas sin importancia debilitaría la eficacia de la lucha en su conjunto. ¿O tal vez posee Somalia un potencial ignorado que si no ayudo a explotar quedará perdido para siempre?

-¿Pero a ti con quién te gusta trabajar más con Zulma o con la Institución?

-¡Oh, eso no es problema! A mí me gusta trabajar con todas, con todos y con todo. El problema es sentimental. Yo quiero ayudar a Zulma pero ¿y si la sigo y trastoco con ello el orden natural de fuerzas?

-Tú eres parte de la Naturaleza; si la trastocas, será un trastocamiento tan conforme con ella como cualquier otro suceso porque nada hay en el Universo que no sea alteración de un estado anterior.

-¿Y si me dedicara a salvar a los animales? También es una acción hermosa y necesaria. Los ositos panda merecen un cariño y los borriquitos, por lo menos, tanto. Fíjese en qué estampa tan rara se ha convertido ya hoy en día el gracioso movimiento de oreja con que espantan las moscas los borriquillos. ¿A que entristece pensar que no lo verán nuestros hijos? Me gustaría ser como San Antón o San Francisco de Asís. ¿Pero es acaso justo que yo piense tan solo en lo que satisface mis inclinaciones, mientras seres como Michiko y Zulma piensan en naciones enteras y en toda la Humanidad?

-Ichiro, yo con ese físico que tienes, me metería a modelo.

-¿Y usted cree que valdría verdaderamente la pena? ¿Sería también hermoso morir sobre una pasarela defendiendo la moda? No sé... La moda no se me antoja como algo imprescindible. Y, caso de que siguiera su consejo, ¿cree, Lotisan, que debería llevar cualquier modelo o sólo los que les gustasen a mi madre, a Michiko y a Zulma para acertar? ¿Y no cree que

con los negros se ha cometido una gran injusticia? ¿No sería quizás un gesto de buena voluntad el hacerme sacerdote o brujo de algún rito africano como los que hay en Cuba o en Haití o en Brasil? ¿Usted cree que se me darían bien esos bailes? ¿Usted sabe si los negros también se quedan calvos? Yo nunca he visto a un negro calvo. A lo mejor el mal trato que se les ha dado es por envidia porque ellos no se quedan calvos y, en ese caso, ¿usted cree que debería seguir adelante con el rito o la falta de rito se vería compensada por la falta de calvicie? ¿O tal vez el ser negro sea una compensación en sí mismo? ¿Por qué cree usted que el negro para mí se confunde con lo místico? A mí de Zulma lo que me atrajo en primer lugar fue el espíritu místico, la asunción del Ser, la inmersión en el conocimiento universal, a diferencia del conocimiento particular que tuve con Michiko. ¿Usted cree que debería felicitar a Michiko también por carta por el magnífico cursillo que nos dio en Cracovia sobre el psicoanálisis como factor de concienciación social del delito? Lotisan, usted, que es una persona tan por encima de lo corriente, debiera haberla oído y haberse dejado penetrar por su sabiduría más allá del aquí y del ahora. Estoy convencido de que triunfará la Institución. ¿Y qué le parecería si, por ejemplo, no me uniera ni a la mafia somalí ni a la Institución sino que, simplemente, me instalara como experto consultor independiente a disposición de una y otra para cometidos o estudios puntuales?

-Sería lo mejor.

-¿No cree, Lotisan, que debería regalarle algo a su amigo de usted el Sr. Yamamoto en señal de agradecimiento por haberle dado a entender que nos estorbaba y que él lo haya entendido?

-¿Qué era lo que le pasaba a la moto?

-Es una moto que no le voy a decir que sea de segunda o tercera mano, debe de ser de décima o de undécima y paulatinamente tendrá que sustituirle todas las piezas. Pero se nota que él sabe cuidarla. Y se lo digo para su tranquilidad porque yo sé lo mucho que exaspera a las mujeres que los hombres en que se fijan sean unos inútiles. A mí, si fuera mujer, me alterarían. Pero para su tranquilidad se lo digo, a la mayoría de los hombres esa moto no les habría durado una semana. ¿Cree, Lotisan, que le debería buscar otra moto mejor o eso le haría sospechar que no hemos estado hablando de negocios sino de otra cosa? ¿O cree tal vez que debiéramos hablar de otra cosa para que él se inflamase más en pasión por usted? Lotisan, a mí puede con toda confianza ordenarme lo que guste. No hay nada que yo no hiciera por complacer a una mujer y siempre he comprendido la necesidad que existe a veces en el amor de crear dificultades. ¿O quizás, una vez que ya le he dicho a usted todo lo que necesitaba decirle, debería repetírselo a él para que estuviera tranquilo?

-Por Yamamotosan no debes preocuparte.

-¿Usted cree que, en el negocio que tenemos ya apalabrado yo debiera limitarme a los suministros comerciales o debiera ofrecer también mis conocimientos como experto mecánico? Yo, de máquinas, desde las de deshuesar aceitunas hasta los submarinos nucleares, lo sé todo. Michiko siempre me mandó a todos los lugares donde podía aprender más. ¿Cree que en señal de reconocimiento al favor que así me hizo yo debiera, por mi parte, becar a alguna joven inteligente y denominar la beca "Beca de estudios superiores Michiko Comedemonios"? ¿O bien ofrecer unos cursillos gratuitos para las mafias de los países en desarrollo con la misma denominación? ¿Usted cree que es una frecuencia suficiente el que le mande

cada luna a mi madre un amigo que, por propia iniciativa, le declare su admiración o que, ahora que se le viene encima la menopausia, y para que no se resienta el sentido de su propia valía, debiera aumentar la frecuencia? ¿O eso le haría sospechar? ¿Debiera hacer también algo así con Zulma o sería demasiado obsequioso? Y si lo hiciera ¿no carecería de delicadeza el aplicar la frecuencia de una mujer a otras mujeres? ¿O si la aplico diferente ¿no va a parecer que hago a alguna de menos? Me daría muchísima pena lastimar los sentimientos de alguien. ¿No cree que lo que más respeto merece en cualquier persona son sus sentimientos? ¿Cree que, aparte de sustituirle el caracol que le maté, cosa que ya he hecho, debiera de alguna otra forma, compensar a la señora Tatsuta? Como ella es muy dada al Sinto ¿cree que debería purificárselos todos gratuitamente con arreglo a la liturgia sintoísta? Pero yo no conozco nada de la liturgia sintoísta. ¿La conoce usted, Lotisan, y podría aconsejarme? O también ¿qué le parece si, como gesto amistoso hacia ella, en su nueva casa le coloco uno de los posters que hago yo, como, por ejemplo, aquél en el que una mujer de enigmática sonrisa muestra el desplazamiento del efecto Doppler en la señal interestelar de un quásar? ¿O aquel otro en el que se ve un primer plano de una amapola de la adormidera con un bocadillo que dice: "Yo era el opio del pueblo"?

Hacía rato que yo había abandonado. Me había quedado muda. Era mejor mirar sólo. Escuchaba pasivamente con los ojos puestos en el soporte material de aquel caudal de dudas y sentimientos, un soporte material más grato que cualquier mujer y cuya contemplación hacía llevarnos todos los interrogantes del universo.

Cuando al fin regresó a nuestra mesa Kawasaki, las ínfulas con las que había llegado al local ya se me habían evaporado y no me pareció mal que nos marchásemos de inmediato, lo que hicimos no sin algún incidente.

-Loti -me decía Kawasaki-, o sales tú primero o salgo yo primero, pero no te quedes ahí delante de la puerta como si esperases a que pasara yo y en el preciso momento en el que voy a hacerlo vayas y me atropelles, para luego no poder salir ni tú ni yo.

-¿Pero tú crees que lo que quería Confucio cuando os educó a los japoneses era que los hombres pasaseis primero para quitaros de en medio o que se os tuviera deferencia como sexo más primitivo? ¿O sería, por el contrario, preferible, a pesar de Confucio, ceder amablemente el paso a un ser más delicado? ¿O si no se hace así es porque por alguna causa se lleva prisa en respirar el aire fresco y éste se les agota a los varones antes que a las mujeres?

No me contestó, me agarró por el brazo y me empujó fuera, con lo que mis dudas se resolvieron. El enquistado problema teórico-social que me había planteado franquear aquella puerta en compañía de Kawasaki se había resuelto de una manera muy poco sutil pero al fin y al cabo eficaz.

-Loti ¿no te habrá drogado Ichiro?

-¿Vamos a ir por el Gürtel para luego llegar por el Kai y ver la noche, o crees que es preferible ir más directo, viendo menos noche, y coger por la Mariahilferstrasse?

-No. Voy a ir como siempre, por la Burgasse y luego por el Ring. Loti, estás rarísima. No tenía que haberte dejado sola con él. ¿Has bebido?

Y de pronto me eché a llorar. Las dudas de Ichiro me daban lástima y todo lo que a él le daba lástima me daba lástima, pero Kawasaki, a las doce

de la noche y en medio de la calle, no veía mucha utilidad a una persona que lloraba sin ton ni son y, críticamente, movía la cabeza a un lado y a otro con impaciencia. Desde luego, Ichiro era más guapo y más comprensivo y ianda que no sabía cosas!

En que llegamos al campo de la verdad

Luego, las jornadas anteriores al viernes las pasé en un torbellino, atareada en lo que ya queda dicho. Hijima Leiko estuvo finalmente de acuerdo en cederme a Orestes. Firmamos un contrato de compraventa con derecho a retrocesión dentro de un plazo de ciento sesenta y ocho horas y el viernes por la mañana me lo trajo. Era el monstruo de los rompecabezas. No era como otros monos del circo que montaban en bicicletas y hacían acrobacias. Este, para un espectáculo multitudinario no era lucido, pero en cambio, para estar en una casa era el ideal. Por eso pensó Leiko que era el mejor para la operación. Yo le compré muchísimos rompecabezas, varios juguetes y escobas de colores por si le gustaba barrer, que es una cosa que suele gustar a los niños, y no dejé de explicarle sin ningún disimulo el motivo de que se hallase en mi compañía. Le dejé muchos plátanos y otra comida que me aconsejó su anterior dueña y salí a atender a mis otros quehaceres. Entre otras cosas, a recoger el aparato de irradiación con cámara y proyector de cine incorporado que había terminado la señora Tatsuta y cuyo uso por fin había decidido iniciar en la nueva tanda de experimentos que llevaría a cabo una vez mudada, por lo que me encargó

que lo llevase a la casa de Cobenzl, cosa que hice a toda prisa, depositándolo donde me dijo, para que ella pudiera seguir dedicada a evaluar y ordenar variables, tarea que, al parecer, llevaba muy adelantada y, aunque seguramente al día siguiente podría iniciarse ya el tratamiento de Orestes, antes tendría que traerle yo algún dato más sobre la especie a la que pertenecía. Ella había consultado toda la documentación con que contaba, e incluso se la había pedido al Dr. Yamamoto, pero no era tanta como pedía la situación. Le daba pena el animalito y aplicarle un tratamiento sin tener todas las garantías y tenía razón. No pude ni pararme a comer, tratando de rematar esa misma jornada las gestiones que ya había iniciado en el zoológico y en varias escuelas universitarias para conseguir datos. Cuando, ya avanzada la tarde, volví a casa, encontré a Orestes barriendo y así, de repente, sentí una gran ternura por él. Ya no me parecía una víctima propiciatoria, sino un colaborador. Era seguro que con un mono tan bueno todo iba a salir bien. Iba a salir bien. Tuve el tiempo justo de dejar a Orestes atendido durante mi ausencia y de prepararme para encontrar a Kawasaki.

En fin, en fin, en fin: Habían llegado el día y la hora. Esta vez fuimos antes, a las siete y media porque yo quería tomar medidas de las cortinas, aprovechando que tenía quien me ayudase. Dejamos la moto detrás de la casa y, una vez más, delante de aquella puerta Kawasaki sacó unas llaves del bolsillo, Kawasaki metió unas llaves en la cerradura y, a pesar de eso... Kawasaki no consiguió abrir. Probó y probó y se descompuso.

-¡Pero si eran éstas! ¡Si allí no había otras!

Esperé un par de minutos más porque me divertía ver todas las caras que ponía y cómo se alteraba. Al fin abrí el bolso, saqué las llaves que me había dado la señora Tatsuta y abrí la puerta. La corriente eléctrica, lo

sabíamos ya por Takeo, estaba enganchada, de forma que, aunque anoheciera, íbamos a poder ver.

-¿De dónde tienes tú esas llaves?

-Me las dio la señora Tatsuta cuando me encargó que le tomara medidas para las cortinas.

-¿Y me ves aquí intentar abrir y no dices nada? Te lo has pasado bien ¿verdad?

-Pues sí. ¡Anda no te enfades! Es precisamente este tipo de contratiempos lo que añade emoción a cualquier aventura.

-Espera, Loti, no entres todavía. ¿Te importa enseñarme el bolso?

-¿Temes un atentado?

-Ya sabes lo que temo.

-Kawasaki, si quedé en que no iba a traer la cámara es que no la traigo. No terminas de conocerme. Yo sólo te engaño cuando tú mismo te quieres engañar. Simplemente te dejo hacer pero nunca me propongo engañarte por propia iniciativa.

-Sobre eso habría mucho que decir. Pero no vamos a discutir en un día como hoy, mi linda numantina.

¿Y ese piropo? Lo de numantina me sonaba a coña.

-Tenemos que tomar medidas.

-Sí. Eso es lo primero. Dejamos las cosas y las tomamos. Hay todo el tiempo del mundo.

La casa la conocíamos por encima de la vez que entramos en ella con Takeo, y yo, además, por lo poco que había visto por la mañana, ahora, no obstante, la examinamos entera mientras íbamos de habitación en habitación cumpliendo el encargo de la señora Tatsuta. Para nuestro

propósito, elegimos el último piso, algo abuhardillado. Había allí un par de sofás dejados por los antiguos inquilinos, unas sillas, un cesto, una mesita y algunos trastos más en otra de las habitaciones. También había un cuarto de baño, que funcionaba. La primera planta estaba prácticamente vacía, excepto la habitación que yo supuse era aquélla en la que pensaba instalar Tatsutasan el laboratorio y en la que, siguiendo sus instrucciones, yo había dejado por la mañana la fuente radiactiva con cámara y proyector incorporados. Era grande, como todas las de la casa, y había en ella unas mesas largas y un armario que debía de contener todos los productos químicos y que parecía cerrado con llave, aunque no lo comprobé.

La planta de entrada vimos que estaba ocupada por contrabajos y más contrabajos. Todas las habitaciones estaban llenas y lo mismo las del sótano, cosa que yo no había advertido cuando con tanta prisa estuve allí, ya que el arranque de las escaleras se hallaba junto a la puerta de la calle y me limité a subir por ellas, bajar y salir. Kawasaki empezó a apartar los instrumentos de las ventanas para poder medir. A mí, que de uno en uno ya me intimidaban, en aquella cantidad, me hicieron flaquear las piernas y el estómago. Me sentía muy mal.

-¿Qué te pasa Loti?

-Me producen malestar los contrabajos, te dejo que tomes medidas, yo me voy donde no estén ellos.

-Sí, naturalmente, Loti, vete. Ya me encargo yo.

Me acompañó hasta el vestíbulo.

-¿Y qué pueden hacer aquí tantos contrabajos?

-Serán los que ha comprado la asociación que preside la señora de Akiyama. Vamos eso supongo. Sabía que los iban a comprar pero no que los

fueran a traer aquí. Fue un acuerdo muy ventajoso y unos contrabajos de magnífica calidad. A lo mejor, a falta de sitio hasta que los manden al Japón y los repartan en Austria y Alemania, los han traído aquí. Al fin y al cabo, la señora Tatsuta todavía no ha ocupado la vivienda, eso decía mi tío. A Kimiko creo que le van a dar uno. ¿Y sabes que Takeo le ha encontrado un grupo de cámara en Krems?

-Sí, me lo ha contado. Este sitio es absolutamente siniestro, Kawasaki, en mi vida he visto tantas cosas amenazadoras juntas. No sé si voy a resistir estar en esta casa.

-Sube, anda, mientras termino, y no lo pienses.

Se encargo él de medir en todas las habitaciones donde había instrumentos y nos reunimos cuando acabó.

-Ya está. Toma, guarda tú la nota, no se vaya a extraviar.

Cerramos la puerta de la calle y nos subimos al piso de la buhardilla. Aparte de la alteración que me habían producido los instrumentos musicales, yo tenía una sensación como de que me hubiesen eviscerado. Sentía el cuerpo vacío, un vacío que me dolía. Había llegado aquello que hasta entonces sólo habían sido ideas e imaginaciones. ¿Echaba a correr y no miraba hacia atrás hasta llegar a Viena? Eso era imposible, porque era mi forma de ser el cumplir todo lo que prometía pero lo otro, que fuera a suceder lo otro, también me parecía imposible.

-¿Vamos, Loti?

Lo seguí como un cruce de autómata y de flan. Habíamos llegado al cuarto donde se hallaban los sofás y en uno de ellos me acomodé dándole tiempo a que se cambiara y arreglase. Aquello era solemne. Dentro de poco saldría convertido en lobo dispuesto a devorarme pero seguro que iba a ser

un lobo tentador. No obstante, no le había dado tiempo a empezar cuando oímos la llegada de un automóvil delante de la casa. Nos acercamos a la ventana que daba a la fachada y vimos bajarse de él a Kimiko, a Taneko y a su madre y a las señoras Koyama y Nagamatsuya.

-¿Vamos a saludarlas?

-No, Loti. Es mejor que nadie sepa que estamos aquí. Son todas de la Asociación de Protección a la Música. Habrán venido a hacer algo con los contrabajos y, entonces, no subirán a otros pisos. No hay motivo para que suban. Si bajamos y saludamos, podemos despedirnos de la tarde y luego no vamos a encontrar otro día porque está visto que siempre pasa algo y ya lo hemos aplazado bastante. Mira, aquí hay una puerta que separa el desván del resto de la casa.

-¿Se puede cerrar por dentro?

-Vamos a ver... No. Pero tirando se puede atrancar bastante. No, no creo que con esto así atascado vaya nadie a intentar subir. No lo van a hacer de todas formas. Finalmente no están en su casa. Y caso de que subieran, las oiríamos.

Esperamos, pues, un poco a la susodicha puerta para ver lo que hacían pero las recién llegadas se habían quedado en la planta baja, tal como predijo Kawasaki. Ibamos ya a seguir con lo que teníamos previsto, cuando nuevamente oímos el ruido de otro automóvil y otras cuatro señoras japonesas bajaron de él.

-Eso es que se van a reunir aquí todas para repartir los contrabajos.

Esperamos otro poco y, como tampoco subía nadie, nos convencimos de que las señoras se quedarían abajo dedicadas a sus asuntos y de que, aunque viniesen más, podríamos estar tranquilos donde estábamos. Eso

creíamos mientras seguían llegando automóviles. No podía tener tantas señoras la Sociedad Musical.

-Parece mucha gente, Rendijas. Tantas no van a caber.

Nuevamente nos asomamos a la ventana y, en efecto, ya no eran damas quienes llegaban, sino señores. Reconocí al Dr. Kasikaze, a Kobayashi, a Ise y a Koyama.

Oímos a Kobayashi, que decía:

-¿Cómo es que hay tantos coches por aquí?

-Ese es el de mi mujer y ese otro el de la señora Murakami. Ya entiendo. Mi mujer me dijo que se iba a reunir hoy con las damas de la Sociedad de Protección de la Música y que habían guardado aquí los contrabajos. Seguro que se han reunido para repartirlos.

-Será mejor dejarlo entonces para otra ocasión. No me parece bien en estas circunstancias seguir adelante con el programa. Las podríamos molestar -esto lo dijo el Dr. Kasikaze.

-Por eso, no, Sadao -Decía Koyama-. Con todos los que han quedado en venir aquí, ahora no podemos suspenderlo. Además, tenemos que devolver la película. Yo creo que no hay problema. La casa es muy grande y, si se han reunido en la planta baja, que es donde están los contrabajos y la moqueta nueva, tenemos toda la primera planta para nosotros. Cerramos bien las puertas y no tenemos por qué molestar a nadie. No necesitan ni enterarse de que estamos aquí.

-¿Y ellos a qué vienen? -le pregunté a Kawasaki.

-¿Ves que Kobayashi trae un proyector de cine? Pues ya me imagino a lo que vienen y, además, me explico por qué mi llave no abría la puerta.

-Desde luego, vaya un día que hemos ido a elegir. ¿Volvemos mañana?

-No. No te preocupes, Loti. Si salimos ahora se van a preguntar qué hacemos aquí y, si han venido a lo que creo, se cerrarán en una habitación, gritarán mucho, dirán procacidades y no saldrán de ahí.

-¿Pues a qué han venido?

-A ver una película porno. El último grito de Japón: "Resoplidos atroces". Le oí decir a mi tío hace un par de días que se iban a reunir para verla. Está hecha con una nueva técnica en relieve y hasta con olor. ¿No te irás a escandalizar?

-¿Yo? ¿Por qué? Este tipo de películas es muy informativo. Yo he aprendido mucho con ellas y, además, las películas no pegan enfermedades ni te dejan embarazada.

-¿No estarás preocupada por eso?

-Más bien no. Cien por cien despreocupada no estoy, pero cien por cien preocupada tampoco.

-Estate cien por cien despreocupada, Loti.

-¿Y las señoras qué van a decir?

-¿De qué?

-Si los ven con la película.

-Ellas, como dice Akiyama, se han quedado abajo. Con que les dejen sitio para que luego puedan sacar los coches, las señoras ni se van a enterar.

¡Oh mujer nipona, mujer etérea! ¡De ella deberían aprender todas las demás!

-¡Anda, Kawasaki, mira quién llega ahora! ¿También va a ver la película el tarro de vaselina?

-¡Ja, ja, ja! ¡Qué bueno, Loti! Te refieres a Watanabe ¿a que sí?

-Sí.

-Lo de tarro de vaselina le va que ni al pelo.

De todas formas, para estar más seguros, bajamos los dos tramos de escaleras y abrimos un poquito la puerta para ver. Oíamos que seguían llegando coches con señores. No, no parecía que fuese a haber ningún problema. Los hombres se iban quitando los zapatos al entrar y subían sin hacer ruido y hablando en cuchicheos hasta la primera planta. Allí dedujimos que se encerraron en el cuarto de más al fondo y que cerraban todas las puertas para poder estar a sus anchas. La habitación en la que se habían metido quedaba debajo de la que ocupábamos Kawasaki y yo, en el lado opuesto de la casa a aquél donde se hallaban las damas, y era precisamente la que la señora Tatsuta había acondicionado para laboratorio.

-¿Tú crees que serás muy escandalosa haciendo el amor, Loti?

-¿Por qué preguntas eso?

-Porque si lo eres para que no te preocupes. Están justo debajo de nosotros y entre la película y el jaleo que van a armar no hay miedo de que se nos vaya a oír ni con las ventanas abiertas de par en par. Los vecinos nos oirán antes que ellos. Ni siquiera me da miedo que te dé por chillar.

-Ese miedo no debes tenerlo en ningún caso. Yo soy de las que corren y no de las que chillan.

Dejamos de todas formas la puerta cerrada, tal como habíamos hecho al principio, y por fin nos quedamos en la intimidad. Decididamente, Kawasaki me inspiraba más confianza vestido de hembra. Era la única forma de que no lo viese como lobo feroz. Y no dejaba de ser prueba de lo mucho que había conseguido conmigo el que hubiese sido precisamente yo quien se lo hubiera revelado. En esta ocasión, la sensación de confianza me movía a

un abandono que, con el malestar que me habían producido los instrumentos de la planta baja, me hacía sentirme más protegida.

-Estás muy pálida, Loti.

-¿Sí? ¿Sabes? Después del mal trago que he pasado ahí abajo con todos esos monstruos, así acurrucadita contigo, me siento segura y abrigada, como si estuviera con mi mamá.

-Vaya, pues no parece que se nos vaya a dar mal la tarde. No hemos hecho más que empezar y ya estamos en un incesto. No es que nunca lo hubiera imaginado, lo que no llegué a sospechar, sin embargo, es que en él yo fuera a ser la madre.

-¿Siempre que has conquistado lo has hecho vestido de hombre?

-Sí. Mi virginidad femenina la voy a perder contigo. Lo malo será intentar volver a los usos anteriores. Esto marca, Loti. A lo mejor ya nunca más vuelvo a sentirme capaz de atraer como varón.

-Yo encuentro que estás muy guapo así.

-Estoy horrible, pero como eres una viciosa, me creo que te guste más que de hombre.

-A mí los hombres vestidos tal como van habitualmente no me inspiran familiaridad, no me tienta ponerles la mano en el muslo y remangarles la falda. No los encuentro atractivos. Es la suya una indumentaria solemne y oprimiente. En cambio, así, unos bíceps asomando entre puntillas me hacen pensar en una merienda en medio del prado.

-Lo que es sorprendente es que, con lo atravesada que eres, tú tampoco estés fea vestida de mujer.

-"Tú tampoco estés fea vestida de mujer". Mucho calor no has puesto diciéndome eso.

-El calor lo dejo para cuando pueda decirte lo bonita que estás desvestida de mujer.

-Oye, eso no lo dicen las buenas mamás.

-Ya sabes que yo aspiro a ser una mala e incestuosa mamá. ¿Te sientes mejor ya?

-Sí, mucho mejor.

-Estabas que dabas pena cuando hemos subido ¿Por qué te ponen tan mala los violines y los contrabajos? Nunca me lo he tomado en serio. Lo veía como una de tus gracias pero abajo te pusiste pálida. Deberías hacer algo por averiguar eso, Loti. Sobre todo si vas a vivir entre músicos. ¿No has intentado nunca averiguar por qué te pasa?

-El otro día Kimiko me preguntó lo mismo y una de las razones que le di es que eso me hace única. En las películas siempre es muy interesante la gente que tiene estos traumas. Y, reconócelo, Kawasaki, tú también, cuando me dijiste que nunca me olvidarías, dijiste que era por la alergia que tengo a los violines. Si no fuera por eso ¿a que sería una de tantas?

-Eso era antes de que me enseñases los caracoles, Loti. Después de verte entre ellos, ya tengo otros hitos de tu personalidad.

-¿Cómo has dicho?

-Que ahora ya tengo otros hitos de tu personalidad.

-¿Y esa expresión? ¿Cómo te ha salido? ¿Te la has inventado tú solito, sin ayuda de nadie?

-Sí. Tu inspiración lo hace todo posible.

Daban ganas de comérselo, como al pescado crudo y con gula.

-¿Tú no recuerdas algún acontecimiento o algún sueño que pueda haber dado origen a esa perturbación?

-Pues no. Ahora que teorías psicoanalíticas te advierto que soy capaz de inventarme como la que más.

-¿Te refieres a las que hablan de la libido?

-Sí.

-Cuenta, cuenta.

-Pues está la que dice que las cuerdas de violín son símbolos fálicos y la caja un símbolo genital femenino y que el verlos paralelos y no convergentes produce inseguridad profunda. Eso es.

-¿Lo dices en broma o en serio?

-Lo digo en serio pero no creo que sea eso lo que me pasa a mí. Creo que es algo mucho más siniestro, real y definitivo. Es como si, íntimamente, en la profundidad de mi ser yo identificase los instrumentos, esas cajas oscuras, con el presentimiento de mi antimateria. Es mi anti-yo que viene a destruirme. Es angustioso de veras, Kawasaki. Y las cuerdas son como brazos que me fueran a agarrar y aprisionar impidiéndome la huida, agazapadas para atraparme en la inexistencia y arrastrarme dentro de sus cajas al nunca jamás. Yo sé que vienen a acabarme, que quieren acabarme.

-Sí que suena siniestro tal como lo dices. Pero tranquilízate, mi nena, que mamá Kawasaki no permitirá nunca que ninguna antimateria se lleve a su Loti.

-Mamá Kawasaki se interna ahora en zonas que quedaron expresamente prohibidas en el pacto contraído, lo que equivale a su violación.

-Es que no puedo evitar que salga a relucir mi auténtico temperamento, y mi auténtico temperamento es el de violador. Tenías que haberlo sospechado antes. Me apetece violar, aunque sea un pacto.

-Si yo fuera espectador imparcial te aconsejaría que no lo violases, sino que lo sedujeras. Es mucho más eficaz y placentero. Ahora que no siendo yo espectador imparcial sino sujeto parte en el susodicho pacto, te conmino a que lo cumplas porque, si no, me pones ante el problema de conciencia de que, como me doy cuenta de que no quieres cumplir, aunque yo quiera que no cumplas, no puedo querer que te creas que lo que no has podido conseguir a derechas lo vayas a conseguir tortuosamente y luego te odiaría por crearme conflictos morales. Y yo no quiero odiarte sino quererte.

-Pues quiéreme, Loti, no te contengas, abraza a mamá Kawasaki para que te proteja de la inexistencia.

Mi mamá de aquella tarde parecía creer que algunas partes del cuerpo eran especialmente eficaces en la lucha contra la inexistencia. Sería prolijo explicar cuáles, porque, como músico experimentado, parecía tener buen repertorio. Yo, desde luego, no me aburría, sólo que tres horas me parecía una cantidad excesiva de minutos para lo que le quedaba por hacer. Y entonces actuó la providencia. Kawasaki no lo habría llamado providencia. En realidad, lo que lo llamó fue "¡Vejestorios mirones y viciosos!" y, eso debido a que los señores de la primera planta decidieron en ese momento predestinado que el calor en la sala donde estaban ya no era llevadero o que el olor de los atroces resoplidos los empezaba a marear y abrieron la ventana, inundándonos entonces tal vocerío, gamberrismo y gritos escandalosos que nos sobresaltamos y que hicieron que Kawasaki dijera lo que dijo y que además maldijera con vehemencia, pudoroso él, las películas porno.

Se había quebrado, pues, la magia de aquella entrañable escena de piedad filial y el lobo movía la cabeza a un lado y a otro. A mí, entre las

voces del primer piso, me pareció distinguir la del Dr. Kasikaze. Me seguía chocando que estuviera allí.

-Pero, Rendijas, yo creía que tu tío no veía esas películas.

-¡Pues claro que las ve, Loti! Tú te crees muchas cosas imposibles y luego no paras de llevarte chascos. La gente no es como te la imaginas. ¡Pues claro que mi tío ve esas películas! Será muy calladito y muy santito pero ve todas las películas porno que se le ponen a tiro. El cree que yo no lo sé pero la verdad es que no me importa y no me parece mal. No veo por qué no las va a ver.

-Bueno pero no me riñas.

Me había acercado a mi bolso

-No, Loti, no, otra vez no. ¿Cuántas veces has visto ya los certificados? Y te lo advierto, no se te ocurra decirme que encuentras alguna pega. No lo hagas, no hagas eso, Loti, sería capaz de matarte.

-¡Qué emoción!

Seguí mirando y remirando los certificados.

-¿Sabes lo que te digo, dueño mío Kawasaki?

-¿Qué?

-Que eres bobo poniendo tantas pegas a sacarte certificados. ¡Los tienes impecables! Con estos análisis, conseguirías a la que te propusieras. El mundo sería tuyo. Tienes todo óptimo. ¡Perfectos! Te podrías tirar a la que se te antojara. Eres de los poquitos hombres que de verdad pueden permitirse ser don Juanes. Pero no cometas nunca el error de pasar al aspecto mental. Ahí podrías patinar. Si te piden tests de inteligencia, escurre el bulto y, desde luego, no te ofrezcas nunca espontáneamente a presentarlos.

-Loti, tú eres idiota.

-Encima que te doy un consejo.

-Eres una obsesa. Pareces nazi.

-Bueno, es cierto que tengo un nombre que es casi de walkiria.

-No lo digo por eso y no me tires de la lengua en cuanto a tu nombre, lo digo porque eres una obsesa con la perfección física.

-Yo no he hablado de perfección física, sino de salud. Y, además, los nazis no eran perfectos y, a juzgar por las fotos, eran feos y de narices afiladas y la cuestión higiénica la tenían toda del revés. Por lo demás, me parece una crasa desinformación por tu parte atribuir a la higiene un origen tan reciente. Ya en las tablillas sumerias figuran exhaustivas recomendaciones sobre medidas higiénicas y sanitarias capaces de conservar la vida y su goce, y lo mismo cabe decir...

-Abrevia, Loti, y, sentado tan antiquísimo precedente, pasa de lleno al siglo veinte que sólo tenemos tres horas y ya ha pasado una parte, como dirías tú, nada desdeñable de ellas.

-Nada más quería puntualizar que los nazis no eran nadie a quien pueda destacarse como modelo de higiene. Si me dijeras de los yucatecos, ahí sí que comulgaría contigo, ¿pero los nazis...? Los maniáticos, Kawasaki, no suelen ser equilibrados.

-Ni las pelotas cuadradas. ¡Y tú me hablas de capacidad mental...! "¡Los maniáticos no suelen ser equilibrados!" Y éstos de abajo ¡vaya momento que han elegido para abrir la ventana! ¡Con lo a gusto que estábamos! Ahora ya se ha roto el encanto. De verdad, Loti, que, tal como me sentía, te iba a haber hecho pasar el rato más emocionante de tu vida.

Eso probablemente era cierto. Yo sabía que Kawasaki guardaba en sus adentros tesoros insospechados de ternura maternal que sólo esperaban la oportunidad de salir a la luz.

-Tienes razón en lo de que estábamos muy a gusto pero no seas gruñón, anda, que lo estás haciendo muy bien. Y, llegados a este punto, respetado Kawasaki, antes de seguir adelante, quiero manifestarte algo. Es algo que te debo y con lo que me complace cumplir. Naturalmente, tenemos nuestro pacto y nos vamos a atener a él. No obstante, aparte del pacto, y si quieres descuentas el tiempo que tardo en decirte esto de las tres horas acordadas, digo que, aparte del pacto, yo sé que tú no tendrías que estar aquí conmigo si quisieras distraerte con una chica y que, si lo haces, es más por la buena voluntad tuya que has tenido a bien mostrarme que por merecimiento mío y, siendo así que tú te has tomado muchas molestias que por propia iniciativa no te hubieras tomado y has hecho esfuerzos que para ti se salen de lo corriente por complacerme, yo quiero manifestarte mi agradecimiento y decirte que, independientemente de cómo finalice esta noche, para mí habrá sido muy hermosa y muy feliz y por ello siempre te recordaré a ti y la recordaré a ella con todo el cariño de mi corazón.

De fuera seguía llegándonos el mismo escándalo que antes pero mi pequeño discurso le hizo aceptar el sino de nuestros amores con más gracia y, para animarlo más completamente, le propuse que pasásemos a los ajos y a la carne cruda. Y esa fue nuestra tierna escena del sofá: ajo, diente, y canibalismo carnívoro. Nuevamente habíamos conseguido aislarnos del mundanal ruido.

-¿Crees tú, Kawasaki, que pasaremos a las páginas de la leyenda igual que los grandes enamorados de la literatura y de la historia, igual que Nala y Damayanti, Abindarráez y Jarifa, Ozmin y Daraja, Suzuki y Santana?

-¿Ha habido ya alguna pareja hispano-japonesa que sea famosa entre los enamorados? Yo nunca había oído de Suzuki y Santana.

-Suzuki y Santana, lo mismo que Nagoya y Lozoya son dos compañías del automóvil fusionadas que han creado un todo terreno muy popular. Pero el amor ya sabes tú que puede adoptar muchas formas y no tiene por qué ser exclusivamente zoológico-romántico. También puede latir a motor de muchas revoluciones y, en este caso, el cuerpo que alberga ese corazón revolucionario es un vehículo fabricado por la Suzuki fusionada con la empresa española Santana. Es un todo terreno colorado.

-¿Sólo para terrenos colorados?

-¡Sí, hombre! ¿Y qué sucede si les sale un coche daltónico? ¿Le ponen gafas correctoras? Son los coches los colorados, no el terreno.

-Loti, los coches pueden fabricarse del color que se quiera con Suzuki y Santana o con cualesquiera otros enamorados.

-Los que yo he visto son colorados y no negaría la posibilidad de que existan otros colores pero tampoco voy a sostener nada de lo que no tenga pruebas.

-Y todavía te atreves a hablar de mis poderes mentales...

-No, si a mí no me importa que no seas una lumbrera. Yo te acepto como eres. Dime una cosa: ¿Tú me encuentras exótica?

-Te encuentro rara. Bueno, raramente exótica.

Y aquí es donde a él le dio por querer morirse.

-Loti, me gustaría que fuese verdad.

-¿El qué, monito? ¿Qué es lo que te gustaría que fuese verdad?

-Que se muere haciendo el amor contigo. Quisiera que nos muriésemos los dos aquí, ahora, no salir ya nunca más de este lugar.

-Pues si me conquistas es bastante probable que suceda eso. Si hubieras querido esperar un poco, a lo mejor había tenido solución porque mis últimas noticias sobre las investigaciones es que ya estaban trabajando en un nuevo fluido más exquisitamente luminiscente que eliminaría el riesgo. Y alguna vez te tengo que hablar de nuestro equipo de científicos, que es un tanto heterogéneo porque entre ellos hay una cojita adúltera y un señor que siempre se está riendo y que hace dietas para engordar porque él lo llama la investigación antitética, es decir, si cambias completamente la orientación del mecanismo de adelgazamiento y te fijas en cómo engordas en vez de en cómo adelgazas, pues la retrorespuesta a la necesidad de esbeltez característica de la época...

-Prefiero que no exista el fluido luminiscente, Loti. Y tú también. ¿A que sí? ¿A que todo debiera acabar ahora y ya no debiéramos salir de aquí nunca?

-A lo mejor acaba, Kawasaki. A mí se me están pasando los efectos y me siento agonizar...

Como la tarde. Había caído dejándonos a oscuras y llovía desde hacía un rato. Hasta nuestro aposento llegaba el tarabillar de la lluvia, la banda sonora de la película, su olor y el de tierra mojada, junto con las voces del piso de abajo, que, ahora, a pesar de ser tan ruidosas como antes, venían tamizadas y eran lejanas. Todo era lejano. Sólo aquel agonizar, perdidos ya todos los fluidos luminiscentes, parecía existir.

¿Por qué voy a ocultar que me desagradan las bodas? El convocar a muchas personas para que participen en algo que no les concierne, que concierne sólo a dos almas, me ha dado siempre una impresión grosera. Por eso, aquella tarde en que Kawasaki y yo estábamos reunidos sin saberlo nadie, anónimos al final de un camino de preparativos y negociaciones, al final de una escalera, me sentía feliz. Era como el desván de los cuentos de hadas. Era nuestra hora, nuestro secreto. Era mejor que todo terminara allí, ahora que los dos nos sentíamos morir. Así debería ser, pero ¿sería? Porque después de ese momento habría otros momentos, otras horas, otros días, otros meses, otros años que no iban a ser ni íntimos ni secretos. Y existía, además de éste, un Kawasaki de todos los días. Y por eso debía decidir dónde parar. Más allá de aquellas paredes, de aquellas escaleras, estaba el mundo y mañana tendría otra vez la prueba de que existen otras muertes y otras vidas que no son ni últimas ni hermosas. Y ahora venía ya lo inevitable. Se acercaban las doce. "¡Mátame, Kawasaki, mátame!", le decía, pero ¿y si perdía el paraíso de lo imaginado? ¿Y si en lugar de morirme dejaba enterrado allí el edén de la ilusión, en un pasado más allá del cual los días serían grises, ásperos, opacos y abandonados? ¿Por qué no seguir creyendo e imaginando lo que quería creer e imaginar, ahora que no existía ninguna realidad que me lo destrozara? No, no me mates, Kawasaki. Creía él que era muy sencillo abandonarse y no lo era. ¿Qué sería Kawasaki después de eso si dejaba de ser una ilusión? ¿Me satisfaría tanto lo que fuera después como lo que era ahora? ¿Y por qué había de cambiar? ¿Y por qué no había de cambiar si ya, de hecho, aquello sería un cambio? Pero y, si no, si él me diera ya por imposible ¿no sería igual de malo? Pero entonces, ¿consentiría por un temor? ¿Era hermoso temer? ¿Por qué a la muerte dulce

han de seguirle otras naderías que la borran? Y, sin embargo, era mi Kawasaki, eso lo sabía y lo tenía aceptado. Tal vez consistía en eso entonces el hacerse mayor, en tener que decidir y cargar con el infortunio de borrar pasados sin saber qué se escribiría en el futuro. Así era. Hoy, de una o de otra forma, me haría mayor, porque hiciera lo que hiciera ¿no iba a ser todo ello un desengaño? ¿Era eso hacerse mayor, desengañarse? Y sin embargo, yo no quería hacerme mayor, quería creer siempre como creía ahora, pensar en personas inalcanzables y hermosas como Ichiro. Porque él era también un sueño, como todo lo que había pensado era un sueño. ¿Y sería mi vida a partir de ahora un cementerio de sueños, cada vez más de ellos llenando sus zanjas, vencidos por una vida derrotada de antemano hiciera lo que hiciera?

Así, en la agonía de la muerte y de la duda habían transcurrido los últimos minutos y llegó la hora. Llegó la hora. Pero la hora no llegó sola. Al mismo tiempo que ella, subieron por la escalera un ruido de patadas y un estrépito que conmovieron toda la casa y una oleada verde nos inundó enseguida. Aunque no eran ranas. Era la policía austríaca. Habían subido al primer piso y abierto la puerta que daba al desván y entraban ahora en el cuarto donde nos hallábamos. Nos quedamos perplejos.

-¿Qué pasa?! -dijimos a la vez sobresaltados.

Ellos miraron por todas partes, miraron a Kawasaki con mucha ironía, a mí con alguna menos, como si nos encontrasen graciosos porque íbamos vestidos igual. Inspeccionaron todo el piso y luego escudriñaron lo que había en la habitación.

-¿Nos llevamos a estos también?- le preguntó uno al otro.

-Sí.

-¿Pero esto qué es? -decía Kawasaki.

Y yo insistía:

-Pero ¿qué pasa?

Fue entonces cuando él empezó a dirigirme una mirada descompuesta por el odio.

-Esto es cosa tuya ¿verdad? Lo tenías casi cronometrado. No podían haber llegado más a punto.

-¿Qué dices? ¿De qué hablas?

-No tenía que haberme fiado de ti. No te lo perdono, Loti. ¿Pero cómo he podido ser tan ingenuo? Por eso conseguiste la llave. Ya decía yo que era muy extraño. ¡Llamar a la policía!

-¡Que yo no he llamado a nadie!

-Y pensar que estando ahí hace unos minutos he estado tentado de quererte, de quererte de verdad. Jamás te lo perdonaré, Loti. Jamás te lo perdonaré. Para mí has muerto.

Era el día más negro de mi vida. Kawasaki me odiaba y ni siquiera me había hecho mayor. Y la policía, también, podía haber llegado un minuto más tarde que me hubiera salvado igual y al menos hubiera sido una mujer decidida.

Nos hicieron ir escaleras abajo a tiempo para ver cómo se llevaban a los de la primera planta. Kawasaki estaba horrorizado de que se le viera con aquella pinta y, blanco de odio y comiéndose las lágrimas, se tapaba la cara mientras yo protestaba mi inocencia. Ya en la planta baja, vimos cómo entre todos se llevaban los contrabajos. Las señoras japonesas que habíamos visto reunirse salían cargando uno cada una y, según iban llegando los de la película, la policía los hacía coger también contrabajos y salir con ellos. Luego le tocó a Kawasaki y él, sin que le conminasen, se lanzó a por uno

para taparse y que no lo reconocieran, lo que era inútil porque, a pesar de la situación, lo había visto y remirado todo el mundo. Luego pretendieron que yo también cogiera uno de aquellos ogros pero yo retrocedía ante el que me querían imponer y oía, como en una campana, voces de hombre y de mujer alarmadas que decían: "¡No, a ella no, que es alérgica! ¡Que es alérgica!". Pero no por eso dejaron de acercárseme aquellas bocas negras, profundas, de finísima crueldad, que iban a acabar conmigo para siempre. El horror no me dejaba gritar ni respirar mientras veía acercarse el fin, un fin sin ninguna eternidad, sin ninguna esperanza, en el que nada habría sido nunca, ni siquiera el olvido... Me derrumbé y no recuerdo nada más de la casa de Tatsuta.

Takeo devuelve la visita

Lo siguiente que tengo en la memoria fue recobrar poco a poco la conciencia y, al hacerlo, pensar dónde me encontraba y tratar de recordar. Me vino a la mente el contrabajo, me senté sobresaltada y abrí los ojos. Estaba en una cama en una habitación blanca y una voz me decía:

-Loti ¿estás bien?

Y nuevamente:

-¿Estás bien, Loti?

-¿Dónde estoy?

-En el Hospital General. Llevas inconsciente desde anoche.

Era Takeo.

-¿De verdad estoy en el hospital? ¿No estoy destruida? ¿No he dejado de existir? ¿No estoy con los contrabajos?

-No. Por eso puedes estar perfectamente tranquila, he preguntado a las enfermeras y a los auxiliares y todos me han dicho que aquí no hay ningún contrabajo y yo tampoco he visto ninguno y, en el camino hacia aquí, me he fijado bien y ni siquiera he visto ninguna tienda donde los vendan. O sea, que en las inmediaciones no hay ni un solo contrabajo. Además ya he explicado al personal del hospital lo que te pasa y no van a dejar entrar a ningún contrabajo mientras tú estés aquí. Después de conocer tu caso se han tomado mucho interés.

Me sentía muy alterada y mientras él hablaba, lloraba yo sin poder contener la histeria.

-Toma, te he traído esto. Espero que te guste. Pensé que después del horrible trance por el que has pasado te haría sentirte mejor.

Me entregó un paquetito que abrí con mucho cuidado. Era una figurita de cerámica.

-Me pareció que te agradaría. Kimiko me recomendó mucho que me ocupara de ti y yo, desde luego, que, aunque no me lo hubiese dicho Kimiko, no hubiera dejado de pensar la primera en cosa en que estuvieses bien y te repusieras de este tremendo sufrimiento. Por lo que me han contado los que estaban allí, nunca habían visto a nadie con un desmayo tan descomunal como el que tenías tú. Mira, representa a una familia: mamá caracol, papá caracol y los hijitos caracoles.

-Son muy ricos. Muchas gracias, Takeo. Eres muy bondadoso. Pero me siento fatal de que estés aquí tratándome tan bien porque yo al principio de conocerte tenía una opinión pésima de ti y me siento culpable.

Lloré ahora de forma incontrolada arrepintiéndome de mi maldad para con Takeo.

-Pero Loti, yo ya de eso ni me acuerdo. Y, además, tú no me habías visto en mi ser natural. Me conociste cuando yo no era yo sino una calamidad producto del desfase horario.

-Gracias, gracias por perdonarme. Pero Takeo, ¿tú sabes lo que pasó en casa de Tatsuta? Porque yo no ato cabos. ¿Por qué vino la policía? ¿Y por qué hizo llevarse contrabajos a todo el mundo?

Y aún me vino a la memoria otra cosa de la noche anterior que me había dejado un sabor muy amargo y que me tenía atenazado el corazón pero sobre eso Takeo no podía hacer nada. El odio de Kawasaki se explicaba solo, me oprimía y lo sentía tirar de mí y hundirme. ¿Volvería a estar alguna vez con él en términos amistosos? ¡Dios mío, qué derrumbamiento de todo! ¡No me odies, Kawasaki!

-No, si es una historia de lo más increíble. Watanabe, Akiyama, Matsuda e Ishizawa, como tienen inmunidad diplomática, están en libertad y como locos tratando de encontrar una explicación a esta situación tan inexplicable, pero todos los que os hallabais en la casa de Tatsutasan estáis detenidos.

-¡Sí, hombre, sí! ¡Detener, detener! ¡Y a Luis de Camoens y a Sesostris III detenerlos también! ¡Y nunca parar de detener!

-Sí, a mí también me parece un exceso de detenciones. Pues parece ser que es un escándalo internacional de los que sólo se produce uno cada veinte años. Y, desde luego, como Watanabe y los demás no resuelvan nada pronto, todos los que se hallaban allí se van a tener que suicidar. Porque no son unas personas cualquiera. El que más y el que menos es funcionario internacional o familia y algunos, como ya te he dicho, diplomáticos que

representan al Japón, mi país. Y claro, figúrate, si Kimiko se tiene que suicidar yo también tengo que hacerlo. No sé cómo voy a conseguir que me dejen quedarme con ella en el calabozo. Igual tengo que cometer algún delito para entrar. Eso sí, esta vez el suicidio será en mucho mejores condiciones porque, conociendo la situación de antemano, nos podremos procurar instrumentos adecuados. Pero ¿tú te acuerdas, Loti? ¿Te acuerdas de cuando me suicidé yo por primera vez? ¿Cómo lo hice? ¡Lo hice con cristales! ¿A que sí? Fíjate icon cristales! Lo de ahora va a ser coser y cantar. Claro que también es un mal momento porque ahora a todos nos estaba empezando a ir muy bien. Yo ya tengo el grupo en marcha, Kimi empieza en una orquesta de cámara y tus caracoles se están portando como héroes... Y que son los caracoles más preciosos que yo haya visto nunca. Uno estaría tentado de decir que todos los caracoles son iguales pero a los tuyos yo les noto una especie de simpatía, como si estuvieran contentos. Y hasta se diría que son felices. No, Loti, tus caracoles no son como otros caracoles. Pero, ya ves, no tenemos alternativa.

-¡Pues yo no pienso suicidarme!

-No. Tú no te preocupes. A ti te va a matar Kawasaki.

-¡Qué atento!

-Sí. Sufre muchísimo pensando en ti. Nombrarte es hacer que se le salten las lágrimas. Está completamente dispuesto a matarte. Dice que tú se lo pediste.

-¿Que yo le pedí qué?

-Con todo el barullo, desde luego es muy difícil recordar palabra por palabra lo que dice cada cual pero él sí parece tener el recuerdo de que tú le decías que te matase. Eso es lo que mascullaba. Ahora que, posiblemente,

tú, no siendo japonesa y, además, que estoy seguro de que a ti no te alcanza ninguna vergüenza, y los periódicos pueden decir unos disparates atroces, yo pienso que tú no deberías aceptar la oferta de Kawasaki. Tú tienes un brillante porvenir como científica. No he visto a nadie que con tanta dedicación estudie a unos animales tan descuidados por la generalidad de los humanos. Y alguien tiene que hacerlo. Si te precipitaste al decirle eso, no pasa nada porque te retractes y sería útil porque, finalmente, también la verdad tiene su importancia y sería bueno que alguien quedase vivo para averiguarla.

Estaba tentada de volver a perder el sentido. La pesadilla continuaba, aunque eso sí, Takeo no era un contrabajo y, por tanto, no me aterrorizaba. Pero ¿qué galimatías era aquél?

-Takeosan, vamos a ver, que yo me entere. Cuéntame, punto por punto, lo que ha sucedido.

-Sí, claro Loti. Eso debería haber hecho inmediatamente después de interesarme por tu estado. Ayer estaba yo en "El Cuervo de Colores" con mis compañeros y me llamó Kimiko. Llamó varias veces, pero como estaba tocando, no me interrumpieron. Fíjate, de haberlo sabido, hubiera dejado todo y la música empantanada en cualquier nota para hablar con ella, pero como los del *Keller* no lo sabían, me avisaron sólo cuando hubo un descanso. Y entonces Kimiko me dijo que estaba en los calabozos de la comisaría porque estaba detenida con todas las demás. Y, según estaba, con la misma ropa y en el acto salí disparado a verla y me contó que estaban todas las damas japonesas tan tranquilas en la casa de Tatsutasan examinando los contrabajos y distribuyéndolos, cuando, de repente, empezaron a llegar coches y furgonetas de la policía, que de ellos se bajaron unos cuantos

agentes y que empezaron a registrar la casa y a hacer preguntas de lo más sorprendentes y que luego se las quisieron llevar a todas detenidas. Y lo mismo a los hombres que estaban en la primera planta y que, por lo visto, se habían reunido para tratar de algún asunto. Y después también os vieron a vosotros dos disfrazados de austríacas y que a ti te trataron infamemente y a Kawasaki lo insultaron incluso, eso sí, veladamente, ¿me entiendes?, insinuaciones porque no creen que tan pronto la gente se esté preparando para el carnaval. Pero al fin y al cabo el carnaval aquí es una fiesta importante y quién sabe si a lo mejor luego ya, metidos en el curso, en los estudios y en el trabajo, ibais a haber tenido tiempo para ocuparos de un disfraz. De cualquier forma, así es como sucedió. Todo es muy misterioso. Pero el que tú y yo y los demás no alcancemos a entenderlo no parece que signifique que lo que ha sucedido no sea bastante grave. Fíjate, en Japón, desde la Guerra Mundial, no hay nadie que pueda recordar un gran suicidio masivo. Se han dado algunos de financieros en tiempos de crisis pero no en grupo sino desperdigados. Nosotros pasaríamos a la historia.

-¿Y por qué hicieron lo de los contrabajos, el hacer llevárselos uno a cada uno? Y, además, ¿tenía la policía orden de registro?

-Pues eso ya sí que no lo sé. De todas formas, nadie les puso impedimento a que registrasen la casa porque no creían que tuvieran nada que ocultar. Y, según me dijo Kimiko, les preguntaron que de dónde salían los contrabajos, les dieron las explicaciones y se las llevaron a ellas y a los señores. Pues, fíjate, Loti, en este momento, creo que los de la Yakuzilla y yo somos los únicos japoneses que no están en chirona.

-¿Y la señora Tatsuta?

-A Yasuesan no la vi en la comisaría. No pregunté por ella, pero creo que no estaba. Sería otra que se ha librado. ¡Menos mal!

-Pues menos mal, sí. ¿O sea, que Kimi y Kawasaki están en la cárcel?

-Están en el calabozo de la comisaría. Desde luego, no los pueden tener más de 24 horas, a menos que presenten cargos pero, por lo visto, dicen que los cargos los van a presentar. No se entiende ¿verdad? Y hasta que los diplomáticos no averigüen nada, yo lo que sé lo sé por el periódico.

-¿Lo tienes ahí?

-Sí. Pero no sé si dártelo. ¿Te encontrarás bien para leerlo? Dice cosas que jamás debieran decirse de una persona como tú. Yo estoy indignadísimo. No sabría describirte hasta qué punto estoy indignado.

-Dámelo, Takeo. Sufriría más ignorándolo y, no habiendo contrabajos por aquí, nada puede afectarme después de lo de ayer.

-Sale una foto de los contrabajos.

-Pero las fotos son de dos dimensiones. No tienen profundidad.

-Entonces te lo dejo. Pero adviérteme si sientes que te va mal.

-No te preocupes. El instinto de supervivencia no lo he perdido. Oye, Takeo, no se lo digas a nadie, pero ¿sabes lo que he llegado yo a pensar algunas veces con este culto tan obsesivo que se ha impuesto en tantas esferas y tantos países denominados adelantados a la música sinfónica?

-No, si tú no quieres que se lo diga a nadie, no se lo voy a decir. ¿Qué has llegado a pensar, Loti?

-Que la difusión de la música sinfónica, no como diversión, sino como indicativo de cultura, es fruto de una conspiración alemana para dominar el mundo.

-Pues, mira, no te digo yo que no pudiera ser. Por eso opino que todo lo que sea diversificar las músicas y los instrumentos es bueno para la paz y para los que no somos alemanes ni nada parecido. Y, además, que, yendo a los detalles, y ahora que lo dices, con Wagner incluso se les vio el plumero.

-¡Ah! pero Wagner, Takeo, era inofensivo, porque al fin y al cabo resultó muy descarado ¿Pero qué me dices de la familia Bach? Fue sibilino. Todos los varones componían.

-Eso es cierto.

-Y mientras los varones componían, ¿sabes lo que hacían las hembras?

-¿Qué?

-Los amamantaban.

-¡Qué barbaridad!

-¿Te imaginas los pechos que debía de tener la Ana Magdalena Bach?

-¡Qué situación!

-¡A ver!

-Pues sí que tienes razón. Ciertamente, sí. No hubiera yo caído en ello si tú no llegas a levantar la liebre.

-¡Ah! ¡Y calla! No te olvides de los austríacos. ¿Son o no son la quinta columna?

-Pues también estás en lo cierto y, además, que Mozart disimulaba incluso escribiendo óperas con libretos en italiano.

-Exactamente y, claro, en cuanto les tocas la música, pierden los papeles y cometen desatinos. Y esto de los contrabajos me huele a mí que es algo que les ha hecho perder la compostura porque les toca una fibra sensible. ¿Quién sabe? A lo mejor creen que si salen instrumentos del país, pierden capacidad ofensiva en el logro de sus designios. Pero, bueno, estas

constataciones tampoco quieren decir que ya esté todo hecho y que el mundo esté perdido porque el que surjan personas como tú y tus compañeros hondureños es, como tú has dicho, una garantía de paz mundial.

-Ahí estás acertadísima, Loti. Eso lo creo yo firmemente.

-Bueno vamos a ver ese periódico.

Sacó un periódico de la bolsa que llevaba y me lo entregó. Leí donde me dijo, cada vez con mayor incredulidad. Aquello parecía el cuaderno de bitácora de la corbeta de prácticas de un manicomio.

-Takeo, ¿te digo una cosa?

-¿Qué, Loti?

-Austria ha perdido la brújula de su destino.

-Vaya, pues sí que es una pena. Un país tan bonito, con una ganadería tan pujante...

-Lo que dicen de mí, ya lo has visto.

-Sí. Es muy propio de personas que no tienen conocimiento.

-Ni eso ni ninguna otra cosa, Takeo. No han entendido nada. Tú sabes perfectamente que yo padezco de un trauma gravísimo con los instrumentos de cuerda. Un trauma que hubiera hecho feliz al fundador del psicoanálisis de haberlo conocido. Un trauma único que, aquí, de todas las ciudades, en Viena, la capital de la elaboración de teorías intelectuales sobre la psique, debiera haberme asegurado todos los mismos del mundo. ¡Pues mira! ¡Mira! y si esto no es decadencia, dime tú lo que es. Escucha:

-En el periódico sí que han andado despistados, pero aquí, en el hospital, Loti, me han dicho que te van a asignar un equipo de psicoanalistas con las mayores eminencias del país y una orquesta sinfónica para estudiar

tu caso y que lo único que sienten es no haberlo conocido antes. En todo el hospital no se habla más que de ti. Hay verdadero entusiasmo y, aunque estás detenida, la consigna es darte un trato de primera.

-Bueno, pues menos mal que la cordura ha hallado siquiera refugio en los alcázares sanitarios porque en la prensa, ¡mira! ¡Pero mira lo que dice!: "Gran escándalo internacional en el camino de Cobenzl, en el Grinzing. Viena, tantos de tantos del tantos. A las 10:30 de la noche de ayer se presentó en la comisaría de Döbling una denuncia informando de la existencia de un alijo de 300 contrabajos de contrabando procedentes de Vanuatu, falsificados como austríacos, que posteriormente se pretendía exportar al Japón y distribuir en Austria y otros países como de fabricación austríaca, causando así un daño irreparable a la reputación mundial de los instrumentos de música nacionales. Los contrabajos llevaban falsamente la marca Reinholzträume. Unas averiguaciones previas permitieron efectivamente a la policía comprobar la existencia, hace dos semanas, de un tráfico ilegal de contrabajos de fabricación extranjera que habían desaparecido en el mercado austríaco y húngaro, así como la entrega el martes pasado de una enorme partida de estos instrumentos en una casa del camino de Cobenzl, alquilada y subarrendada a una señora japonesa por el Representante Permanente del Japón ante los organismos internacionales con sede en Viena. Por todo ello, la policía se personó en dicha casa, hallando reunidas a 23 damas de la colonia japonesa ocupadas precisamente, y según sus propias declaraciones, en dar salida a los mencionados instrumentos. Se hallaban igualmente presentes en la casa 24 hombres, todos japoneses y, entre ellos altos dignatarios, que no sólo sabían de la existencia de los contrabajos sino que celebraban su hazaña con la

exhibición de una película pornográfica acompañada de gran escándalo. La pornografía, por lo demás, no quedó circunscrita al celuloide, ya que, además de a los espectadores de la película, se detuvo a un travestí, que pretendió en un primer momento pasar desapercibido declarando llamarse Alfonso Ojeda y ser de nacionalidad colombiana, extremo que quedó desmentido al comprobarse su documentación, según la cual se trata del súbdito japonés Eiji Yamamoto, emparentado con un funcionario del Organismo Internacional de Energía Atómica, quien también figura entre los detenidos. Cabe, además de todo ello, preguntarse qué hacía en el desván de la casa, entre todos aquellos espectadores de porno japoneses y en compañía del travestí, una "mujer de negocios" española, que hubo de ser hospitalizada de urgencia por sufrir gravísimos síntomas de agotamiento. Aunque la policía sólo registró la casa en busca del alijo de contrabajos, una vez allí descubrió un laboratorio nuclear clandestino y cierta cantidad de cocaína. Por su parte, el Director Jefe del Organismo de Energía Atómica interrumpió su descanso de fin de semana y convocó una reunión de urgencia de sus principales colaboradores con el fin de iniciar inmediatamente averiguaciones para determinar si del Organismo se han desviado ilegalmente productos radiactivos. De momento, y con carácter provisional, los funcionarios japoneses del Organismo detenidos anoche han sido suspendidos de empleo en espera del resultado de la investigación." ¡Agotamiento! ¿Qué te parece?

-Desde luego, lo que dicen constituye una grave falta de discernimiento.

-Tú lo has dicho. Pero, en fin. Las naciones sucumben y los individuos, que somos mucho más importantes, sobrevivimos. Así que pasemos al

siguiente acto, que es el de salir de aquí para ir calculando a ver a cuánto va a ascender la indemnización correspondiente a todas estas calumnias y a mi detención gratuita ¿Tú sabes dónde están mis cosas, mi bolso y lo que tenía cuando me atropellaron tan infamemente?

-¿Quieres que lo averigüe?

-Sí.

Takeo averiguó lo que le pedí. Se me permitió darle las llaves de mi piso y le encargué algunas gestiones ante el juez. Aquello iba a ser una lección para Kawasaki y tantas personas como había conocido a lo largo de mi vida que me consideraban rara porque tenía la costumbre de tramitar todos los permisos y licencias que existen. Y digo yo: ¿cómo se puede detener a una persona que tiene permiso para hacer de todo? Pues ahí está, de ninguna manera. Por eso, unas horas más tarde, me hallaba en libertad y sin ningún cargo en contra. Me devolvieron todos mis efectos personales en el hospital y, en compañía de Takeo y recibiendo grandes muestras de efusión por parte del personal, lo abandoné.

En que se demuestra cómo el género de la película depende del proyector con que se mira

-Pues fíjate, Loti, que creo que Watanabe tiene interés en hablar contigo porque al parecer le dijo Kawasaki que tú tenías un permiso para

entierro colectivo y él está muy preocupado porque cuando todos nos hayamos suicidado, con el papel que hemos hecho, sería una temeridad enviar nuestros cadáveres al Japón. Hay noticias de que allí ya se ha formado un comité de recepción perfectamente armado de pescado podrido y muchas otras clases de suciedades con las que piensan profanar nuestros cuerpos en cuanto lleguemos.

-Pues yo te digo que sigo sin verle la lógica a todo esto. Allí y aquí son los japoneses y una servidora los que deberíamos estar muy, pero que muy enfadados con Austria por habérsenos sometido a las arbitrariedades y vejaciones que todos conocemos. Naturalmente que, con un país que tiene unos reglamentos como los que tiene éste, yo no me voy a enfadar pero pleitos, hasta que se le salgan por las chimeneas de los juzgados. Por las chimeneas y por los respiraderos y por entre teja y teja.

-Yo estoy convencido de que tienes razón pero, entonces, si no se suicidan, los hombres que detuvieron anoche se morirían a causa de las radiaciones entre grandes sufrimientos, tantos, que es mejor quitarse la vida uno mismo y, así, por lo menos, en todo el mundo se diría que los japoneses somos unos salvajes pero se nos tendría respeto por preferir la muerte al oprobio. Desde luego, Kimiko me tendrá a su lado en todas las circunstancias.

-¿Qué es eso de que van a morir todos a causa de las radiaciones? ¿Ha habido algún escape en el Organismo de Energía Atómica?

-No. ¿No lo sabes?

-¿Saber qué?

-No, claro, no lo sabes. Yo me he enterado al estar la última vez en la comisaría de que ha ido a examinar a los detenidos un equipo de radiología

enviado por el Instituto Médico Forense. Parece ser que se sirvieron de un proyector de cine que había en la casa y que estaba cargado con cesio 137 y, como el proyector se sitúa siempre detrás de los espectadores, pues todos ellos recibieron emisiones masivas durante la proyección del docudrama que vieron ayer por la noche.

-Lo que me cuentas me deja estupefacta. Mucho más que estupefacta. Está más allá de mi comprensión. No es que no me hubiese dado cuenta, que sí, que yo ya hace tiempo que noto que tus paisanos tienen unos apetitos sexuales que se inclinan al exceso y que tenéis una fuerte tendencia al masoquismo, pero irradiarse así, por el placer de irradiarse, me parece, y perdona que te lo diga, una verdadera aberración. En realidad, para serte sincera, ni siquiera lo encuentro erótico, lo encuentro más propio de una carnicería multitudinaria estilo Reverendo Jones en la Guayana.

-¿Tú crees que lo harían por disfrutar? Fíjate que a mí, cuando lo oí comentar, me dio más la impresión de que el hecho los había contrariado y les venía mal y de que se habían irradiado por confusión, porque al proyector que llevaban preparado le faltaba una lente y entonces, en lugar de ir a por otro, como vieron aquél allí mismo, lo utilizaron.

-Eso es imposible, Takeo. Yo respondo personalmente de que el aparato que había allí estaba escrupulosa y abundantemente identificado y etiquetado como radiactivo, con avisos y señales en todos sus costados diciendo que contenía cesio 137 y que todo lo que no fuera plomo en su radio de acción, que también se especificaba, quedaría penetrado por unas magníficas emisiones gamma. Y yo defenderé a ultranza el honor de nuestra sociedad, Tatsuta y Alvarado, y afirmaré, allí donde haga falta, nuestra

observancia puntillosa de todos los reglamentos de seguridad radiológica existentes.

-No, si eso no te lo va a discutir nadie. Todos los presentes vieron las indicaciones y las encontraron divertidísimas. Se estuvieron riendo un buen rato porque creían que era un chiste.

-¡No me digas! ¿Y la gracia? ¿dónde estaba? ¿metida en las partículas como si se tratase de amables liposomas? Porque, si no, desde luego, no se la veo.

-No, sí yo también creo que no la tiene. Finalmente los proyectores de cine no son maletas que quieran a toda costa que las llenen de etiquetas y pegatinas. Pero, en cuanto a eso, no creas, que ahora mismo ya no se ríe ninguno y los que no son expertos en cuestiones nucleares, como no lo saben, no, pero los que sí lo saben y conocen los síntomas de la irradiación se creen que quieren vomitar y a veces es pura aprensión porque a mí el Dr. Yamamoto me dijo que no era absolutamente necesario que vomitasen todos al mismo tiempo.

Así las cosas, no era a la comisaría adonde debía ir yo sino a ver a la señora Tatsuta y cómo llevaba el estudio de los tejidos humanos.

-Hola, querida niña. ¿Cómo estás? Se me olvidó decirte que en el desván había una escalera de mano por si no llegabas. ¿Has intentado ya medirlas?

-¿Medir qué?

-Las cortinas.

-¡Ah, sí! Estaba distraída. Las medidas están todas tomadas y ha habido algunos contratiempos que me han impedido encargarlas hoy mismo, pero el lunes sin falta queda hecho. Ahora bien, señora Tatsuta, permítame que en

éste, de entre todos los días, adopte con usted un tono solemne porque el destino ha superpuesto su voz a las nuestras propias y a usted y a mí nos coloca ante una responsabilidad superior a nuestra humilde condición de fámulas del conocimiento. Ha de saber, respetada señora, que ayer por la noche se produjo, como ya usted había previsto con tanta lucidez, un terrible escape radiactivo en el Organismo de Energía Atómica, tan terrible que no será causa meramente de privar a unos cuantos de una posteridad posterior al momento de la irradiación como a los machos mosca, sino que pondrá a sus vidas un borroso punto final. Y digo borroso, como ya comprenderá, porque no va a ser un tránsito limpio e instantáneo, sino un decaer lento, doloroso, atormentado, entre náuseas, vómitos y contorsiones. Y, por ese motivo, todos ellos están dispuestos a suicidarse sin dar tiempo a que el maligno síndrome pueda cumplir sus designios de tortura. Y ¿qué le digo yo a usted, señora Tatsuta? Que nos hallamos ante una coyuntura providencial. ¿Cómo íbamos a haber sabido nosotras hace unos días, cuando empezamos a introducir en nuestros cálculos las variables para los tejidos humanos, que aquí, ante nuestra mismísima presencia, se iba a producir esta situación? Y todos los irradiados son japoneses y, en su mayoría, científicos. Rételos, señora Tatsuta, lánceles usted a la cara su vergüenza y su desafío, póngalos, ahora que no tienen evasión posible, ante la patente dejadez con que de manera tan insultante se han pavoneado ante el mundo año tras año con una asiduidad que, por su objeto, es ignominiosa. Terminemos de hacer los cálculos que nos faltan y sirvámoselos en una bandeja cual si fueran buñuelos y, si en esa prueba tienen menos fortuna que los caracoles que usted ha tratado, que comprendan que la alternativa es la muerte y que esa muerte se la deben única y exclusivamente a ellos

mismos, a su falta de fidelidad, a su miopía. Ningún científico japonés o de cualquier otra parte dudará después de esto de cuál es su misión.

-Pero, querida niña, yo no lo he hecho previendo el aplicarlo a los seres humanos, eso va a ser una escabechina. Me da miedo. ¿Y si, por ejemplo, les diera urticaria?

-La urticaria no es nada y dura muy poquito.

-¿Y si, por ejemplo, luego les fosforescieran los ojos con fosforescencia anómala y tuviesen problemas de readaptación al entorno familiar?

-Hay muchísima gente que usa gafas de sol por tener los ojos dañados y sus familias no solo no los rechazan, sino que, precisamente por eso, se vuelcan más en ellos prodigándoles zalamerías.

-¿Y si les diera por merodear por los parques infantiles?

-No crea, que seguro que los hay ya que lo hacen y a más de uno lo he visto yo hasta subido en un columpio pero esas son predisposiciones psicológicas y nunca se ha observado que la radiación influya en ese aspecto, de donde se deduce que su contraria tampoco ha de influir. No debe usted tener miedo de este razonamiento tan simple. De él se ha nutrido la ciencia de todos los milenios y de los últimos siglos y decenios y se ha averiguado digno de todo crédito. Debe usted perder el miedo, señora Tatsuta. Lo que es lógico, es verdaderamente lógico. No es que lo parezca y a la primera de cambio nos vuelva la espalda y se ría de nosotros satisfecho de habernos engañado. Lo que está correctamente razonado no vuelve nunca la espalda, no se la vuelve a ninguna persona y no debe usted pensar que con usted va a hacer excepciones.

-¿Y colmillos de jabalí, tú crees, que tampoco les saldrán?

-Eso menos que ninguna otra cosa. Los jabalíes, tengo entendido, son animales de una astucia desusada. Jamás dejarían que nadie les plagiera sus colmillos. Se las iba a ver muy mal quien lo intentase.

-¿Ni en entes de ciencia ficción tampoco se transformarán, tú crees? a mí me da mucha aprensión la ciencia ficción.

-Por favor, mi querida Tatsutasan. ¡Eso son películas! Todas esas cosas no existen. Los hombres no se transforman en lobos ni les crecen los dientes en un santiamén ni en otro pasan de ortognatos a prognatos. Antes de que suceda cualquiera de esas cosas, la vida los abandona. La vida admite la monstruosidad en dosis muy pequeñas, imperceptibles. ¿Cuántos monstruos hay entre sus caracoles? Fosforescer sí, ¿pero monstruos?

-¡Ah, ninguno!

-Y piense otra cosa. Si usted prueba con personas, aunque se mueran y se vuelvan irreconocibles antes de morir, les hará ilusión creer que no, que van a vivir, porque ha habido un invento nuevo y la esperanza alegrará sus postreros días.

-¿Y no se convertirán, por ejemplo en algo que siembre el terror y el pánico nocturnos?

¡Estaba mujer estaba muerta de miedo!

-Desde luego que no y, pongamos que eso sucediera, que no va a suceder, pues entonces los volvemos a irradiar y no los curamos. No, señora Tatsuta, no sea timorata. La escabechina ya está hecha. Se trata de que no sea una escabechina estéril y se trata de una oportunidad para hacer valer su testimonio que, si usted la hubiera buscado, no se le hubiera presentado. Señora Tatsuta, nuestro encuentro y nuestra asociación fueron predestinados y bendecidos por el cielo. Desde el momento en que se

produjeron, nuestros planes no han recibido más que luces verdes que nos dicen: ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Romped ese telón de incertidumbre que se interpone entre vosotras y el futuro! Otros seres desconocen por ventura adónde se dirigen pero vuestro rumbo está escrito en lo más alto.

-Pues realmente no me atrevería a contradecirte. Cierto es que yo no soy científica pero sí que parece que los hechos se presentan como dices y que si no escuchamos la voz del destino, habremos nacido en vano con dos oídos. ¿Pero qué hago yo si a pesar de todo tengo miedo?

-Pues el miedo es como la urticaria. No se puede hacer nada. Se sufre y se pasa. No hay otra receta. Sólo los cobardes retroceden ante el miedo. Los valientes como usted y como yo nos lo aguantamos. Una misión no se puede ir al garete porque se tenga miedo. ¿Cuánto le queda para tener completo el estudio sobre los seres humanos?

-La cosa es que lo tenía casi terminado cuando me trajiste los datos del mono. Tendría que volver a los datos humanos.

-¿Y cuánto le llevaría darle los últimos toques?

-Pues un ratito. Menos de una hora.

-¿Y luego ya se podría aplicar?

-Sí, por aplicarse sí. Yo ya tengo el instrumental de producción de contrapartículas de retrocesión celular, pero me da muchísimo miedo, yo no soy científica, yo soy sólo una...

-...pobre viuda asiática -concluí con ella la frase-. Pero no puede usted sucumbir al miedo ¿Qué diría su marido? Piense cómo murió él. ¿Y a usted ahora le dan pena y miedo otros que no son su marido? No es justo. El era mejor. Muchísimo mejor.

Tal vez no había agotado todos los argumentos pero si éstos no le bastaban a la señora Tatsuta, desde luego, era una mujer muy difícil de tranquilizar. Me daba pena. Viéndola allí con sus miedos, hubiera querido achucharla y abrazarla y llamarla guapa pero, siendo japonesa a lo mejor no hubiera aceptado bien esas muestras de efusión. Tendría que reservarlas para otros cuerpos que, a pesar de ser tan nipones, ponían menos peros -cuando no me odiaban.

Cerca de casa, me paré en la juguetería. Estaba segura de que a Orestes todavía no se le habrían acabado pero, por si acaso, le compré más rompecabezas. También compré más comida. Me lo encontré echado en el sofá, chupándose el dedo y haciendo ruiditos con la boca, rodeado de escobas y de todos los rompecabezas ya hechos. En cuanto vio que traía más, vino hacia mí pidiéndomelos. Se los dejé, le dejé comida preparada y me puse a consultar los anuarios comerciales y a llamar por teléfono. Hice bastantes llamadas y, entre llamada y llamada de las que hice, nos llegó una para nosotros. Respondí y oí la voz del Embajador Watanabe. Se había enterado, me dijo, de que yo estaba en libertad y me quedaría reconocido si pudiera tener una charla con él. Quedé en ir a verle sin demora. Hice alguna llamada más en relación con los contrabajos y me puse en contacto con Hijima Leiko para acordar la forma de devolverle a Orestes, comprometiéndose ella a venir por la noche a recogerlo. También hablé con la comisaría y pregunté si podría ponerse al teléfono el profesor Yamamoto y sí que le dejaron. Y, después de eso, ya me puse en camino a ver al embajador. Este me recibió a solas y pude comprobar que el Watanabe de ahora no era un tarro de vaselina normal, sino un tarro de vaselina en crisis. Peligrosísima situación, como se irá viendo.

Diplomacia vienesa

-Bien, bien, señorita Alvarado, parece que las circunstancias en que nos vemos no son lo que solían. Una situación desconcertante, con sus visos de tragedia ¿por qué no decirlo? que trataremos de paliar tal vez con su colaboración. Yo quería que estuviesen presentes también Matsuda e Ishizawa, que están llevando las gestiones, pero, mientras llegan, podemos usted y yo abordar algunos de los temas que nos interesan ¿Por dónde empezamos?

-Yo empezaría diciéndole que he tenido una charla con el profesor Yamamoto y que se va a someter voluntariamente a un tratamiento nuevo y eficacísimo para prevenir las secuelas de las radiaciones y que yo les aconsejaría a todos ustedes que se han irradiado que hicieran otro tanto.

-Pues la verdad, Srta. Alvarado, ya he tenido noticias de esa oferta que ha recibido el Dr. Yamamoto y sé también que él está dispuesto a prestarse a esa prueba pero todos los demás, de momento, sentimos pánico a que se experimente con nosotros. Unas simples radiaciones, sin ningún adorno, colman, por ahora, nuestra sed de emociones. Aparte de que, según me han dicho las personas que entienden de estas cosas, lo que usted dice no existe porque, con anterioridad a recibir las radiaciones puede ser eficaz, para prevenirlas, la administración de compuestos que contengan grupos sulfhidrilos, pero, con posterioridad, los daños causados no pueden evitarse, ya que se deben a la alteración de las células por la absorción directa de la

radiación ionizante, dando lugar a estructuras anormales o, por acción indirecta, a la absorción ionizante por el medio en el que están suspendidas las moléculas. Tras diversas reacciones se producen iones HOH⁺, e⁻ y HOH⁻. Estos iones son inestables y se disocian rápidamente en presencia de moléculas de agua normales, formándose otro ión y un radical libre que, a su vez, reaccionan, dando lugar a los radicales libres H[·] y HO[·], que, al combinarse, producen lesiones en las células y, por ello, no existe tratamiento específico de las radiaciones, tal como usted pretende, sino que el que se ha de aplicar es el normal de regeneración de celular. Sentado esto, yo confío más en la medicina oficial que en utópicas novedades.

Estas manifestaciones del embajador Watanabe dejaban bien patente lo poseída que estaba esta persona de su propia importancia porque se comportaba como si esto no fuese una novela y como si él fuese un embajador de verdad. En la realidad todos sabemos que no existe ningún embajador como él ni ninguna curación como la que se describe y, si le he permitido sacar a relucir este extremo en el relato, ha sido para ilustrar más cabalmente el carácter eminentemente fatuo del personaje, que, por lo demás, siguió diciendo:

-Lo que yo quería preguntarle a usted, como extranjera que es, y a guisa de sondeo, es algo que para todos nosotros puede resultar útil. ¿Qué opina usted del sepuku, más vulgarmente conocido como harakiri?

-¿Sin anestesia?

-Siempre se ha hecho sin anestesia. ¿Cómo cree que lo recibiría la opinión pública mundial en una situación como ésta? ¿Cree que se horrorizaría? ¿Cree que lo admiraría como un rasgo al tiempo desesperado y heroico, bien que bárbaro? ¿Qué opina?

-Yo no creo que lo recibiese de ninguna forma porque los interesados no van a estar de acuerdo en hacérselo.

-Y yo le digo, señorita Alvarado, que los motivos que hay son una tentación muy fuerte.

-Pues a pesar de eso, yo afirmo que no piensan hacérselo. Compréndalo, los austríacos tienen muchas otras virtudes y su propio sentido del honor, pero el suicidio ritual no forma parte de sus tradiciones y no van a querer hacérselo.

-Señorita, no alcanzo muy bien a ver el sentido en que usted dice lo que dice. ¿Quién habla de que se hagan el seppuku los austríacos?

-Yo creía que era eso a lo que se refería usted. Porque si no, ¿quiénes se lo van a hacer? ¿Los japoneses, por ejemplo?

-¡Claro! ¿Quién si no? La gravedad de la situación y la vergüenza en que nos vemos envueltos exigirían alguna acción por nuestra parte que las expiase y dejase exento el honor nacional. ¿No lo ve usted así?

-Gravedad de situación, vergüenza y utilidad quiméricas las llamaría yo, a menos que quieran aprovechar para hacerse la ligadura de trompas y en eso ya sí que no me meto.

No podía evitarlo. La tentación de comportarme como lija, erizo y arpía con este tarro de vaselina y de chincharle todo lo que pudiera era superior a cualquier otro instinto mío. Y recuerdo perfectamente que en una conversación tonta, de esas que se tienen aquí y allá, llegó a decir que Burgos carecía de raigambre taurina. Y, ya ves tú, qué sabría él. Claro que yo no me callé y le pregunté si el campeón de judo y de kárate de Japón seguía siendo por ventura un japonés. No obstante, en las presentes circunstancias, en que se dominaba por controlar las náuseas que forman

parte de uno de los síndromes de la irradiación, yo debía dominarme y no ser cruel. Bastante tenía encima el hombre, aunque fuese un tarro. En realidad, cierta admiración sí me inspiraba el que, después de recibir una dosis de 1000 rads, tuviera la presencia de ánimo suficiente para seguir atendiendo a sus funciones. Yo debía ser más benigna. Autodominio, Loti. Tú eres capaz.

-La utilidad, señorita, es que, debido a las radiaciones que hemos sufrido, que sobre eso también tenemos usted y yo que hablar, estamos todos nosotros condenados a morir entre sufrimientos atroces. El suicidio, en este caso, más que una salida airosa, es un refugio y, precisamente por eso, si todos nos suicidamos, la vergüenza por los sucesos de la noche pasada no sólo no se borrará, sino que a ella tal vez se añada un tinte de cobardía. Por el contrario, el seppuku, que es desde luego salvaje y absolutamente histórico y superado, usted, que lee tanto a Mishima, lo sabe bien, como es doloroso y no facilita nada el óbito, podría quitar ese estigma y, a lo mejor, permitir que nuestros cadáveres se pudieran enterrar o incinerar en Japón sin que nos los llenasen de porquerías. No creo que llegaran al punto de profanar el cadáver de una persona que se ha hecho el seppuku. ¿Pero cómo cree que lo verían los extranjeros? ¿Si usted tuviera ese único medio de lavar su honor, recurriría a él?

No, yo no. Yo me alejaría de él a toda velocidad y del honor me alejaría también por si acaso.

-Yo como extranjera, lo que vería verdaderamente apropiado es que ustedes siguieran el heroico ejemplo del Dr. Yamamoto y se dejaran aplicar el tratamiento antirradiactivo de la señora Tatsuta. Eso sí que es heroísmo moderno sin visos de barbarie, según ustedes, porque según yo, ese

tratamiento no encierra más riesgo que el que pueda encerrar curarse una infección con antibióticos. Claro, que eso mi socia y yo podríamos callárnoslo y mantener el mito de que era peligrosísimo someterse a él y patatín patatán y que ustedes tuvieron un arrojo admirable que los convierte en espejo de caballeros andantes. Pero aquí, entre nosotros, yo le digo que a la señora Tatsuta todavía no le ha tenido ni media náusea un solo caracol.

-Sin embargo, nosotros no somos caracoles y si, como dice usted, nos curásemos, entonces tendríamos que vivir con la deshonra de ser un estigma para nuestro país y con el riesgo de que en lugar de profanar nuestros cadáveres nos profanasen a nosotros.

¡Eso! ¡Eso! ¡Que los profanen! ¡Que los profanen! No. Autodominio, Loti. Autodominio y perfección.

-Admirado y nunca bastante encomiado, imponente embajador y emisario patrio Watanabe: veintitantas damas japonesas se reúnen, discretamente, honestamente, a tratar asuntos de interés artístico y social con esa gracia que les es congénita. Veintitantos caballeros japoneses se reúnen, discretamente, honestamente, a tratar asuntos... ¿Qué asuntos eran esos?

-Son tantos los que uno atiende al cabo del día que realmente no me acuerdo.

-Por supuesto, por supuesto que carece de importancia y, además, me he dejado llevar por la retórica porque, evidentemente, no me incumbe en modo alguno lo que ustedes hayan podido tratar, ciertamente, aunque debía de ser muy grave, y de lo que se trata es de que ustedes se reunieron con toda honestidad y corrección. Y, para concluir, dos jóvenes deciden aprovechar un día de verano, una de esas sucesiones de horas apacibles de

las tardes de estío, para proyectar los próximos carnavales, dado que consideran que la temporada de estudios les acaparará tanto que tal vez no puedan prepararlos más adelante y ¿se le puede reprochar a nadie querer disfrutar en carnaval? Ciertamente que no. He aquí, pues, un conjunto de seres humanos entregados honestamente y en la mayor inocencia a actividades tiernas, cotidianas y entrañables. Y ¿qué sucede?: Unas hordas de verde irrumpen -porque irrumpieron, y nadie puede negar que se trató de una irrupción- irrumpen, pues, ¿o negaría Vd. que estuvo presente, excelente Watanabe, que se trató de una irrupción y que irrumpieron en efecto?

-No, no, Fräulein Alvarado, yo no lo niego, y comprendo que a Vd. las irrupciones la pongan fuera de sí pero, finalmente, que yo sepa, el irrumpir, simplemente irrumpir, no está tipificado como delito.

-Por ahora, por ahora. Pero espere a que este asunto termine de dar los últimos coletazos y ya veremos qué está y que no está tipificado. Digo, pues, que ingresaron repentina, solapada y contundentemente en la paz de honrados ciudadanos y, sin motivo ni licencia, los vejan, los hacen de menos, les hacen insinuaciones deshonorosas y transgreden con todo ello un deber sagrado de cualquier tribu o país en cualquier grado de desarrollo en que se halle del estado civilizado: la hospitalidad. ¡La hospitalidad, transparente embajador, nada menos que la hospitalidad! ¿Es o no la hospitalidad uno de los más preciados tesoros de la sociedad humana? ¡Ah! Veo que asiente. Efectivamente: lo es, y fue pisoteada y pateada y icon qué zapatos! por la autoridad de esta gloriosa nación anfitriona. ¿Sobre quién recae la vergüenza y el estigma y quién debe hacerse el sepuke o suicidarse menos lucidamente? ¿Existe alguna duda? Para mí, ciertamente, no. Y

siendo así, lo primero que yo haría, si fuera embajadora, sería protestar enérgicamente y exigir reparaciones y públicas y oficiales disculpas, que, por otra parte, estoy segura de que este país, reconocido por su dedicación a la concordia, no titubeará en dar cumplidamente.

-Pero es que para lo que han hecho no les falta fundamento. ¿Cómo se explica que Akiyama Nagako y las demás hayan podido dejarse timar de esa forma? Después de levantarse con Haydn, desayunarse con Mozart, comer con Beethoven, merendar con Telemann, cenar con Listz y acostarse con Schubert, se dejan colocar 300 contrabajos de Vanuatu. Y todavía dice Akiyama Noburo que él no ve claro que los contrabajos sean lo que dice la policía y que sin duda es una maniobra vanuatí para matar dos pájaros de un tiro. Primero, hacer publicidad a sus contrabajos y, segundo, hacernos quedar a los japoneses como tontos y a ellos como listos y minarnos los mercados. Naturalmente, es lógico que él dé la cara por su señora y que encuentre argumentos para ello. ¡Dejarse timar como chinas! Pero no crea que yo le digo todo esto por indisponerla con las damas. Antes bien al contrario. Parece ser que, si usted busca entre sus papeles, puede ser que tenga una licencia de importación de contrabajos de Vanuatu. ¿Me equivoco?

No lo puedo remediar pero me irrita que alguien venga a sacarme faltas antes de que yo misma me dé cuenta de que las tengo. Pues no, no tenía esa licencia. ¿Cómo iba a haberseme ocurrido que en Vanuatu fabrican ya y exportan contrabajos? Tenía licencias para Malasia, Taiwan, Singapur, etc., etc., pero ¿para Vanuatu? No, no la tenía para Vanuatu. Y no es porque no fuese de prever. No tardando mucho nos fabricarán allí a todos y nos exportarán a nuestros países de origen y a nuestros países de origen los fabricarán también. Y fabricarán a personas como yo y ojalá lo hagan en

serie y ese tarro de vaselina en lugar de tenerme a mí sola ante él tenga a siete como yo que lo maniaten, le saquen la lengua y le llamen cochino marrano...

-Ensalzado, formidable embajador Watanabe, yo no tengo esa licencia pero desmiento que dama japonesa alguna se haya dejado timar como una china. Todos esos señores que se acuestan, almuerzan y se desayunan con ellas y tan exquisitamente las acompañan en otros momentos de ingestión han sido unos perfectos caballeros y yo he localizado por teléfono al gerente de ventas de Reinholzträume en su casa de campo y ahora mismo está camino de Viena para poner a disposición del juez todos los documentos acreditativos de la venta de esos trescientos contrabajos a la Asociación Musical, con lo que apreciará usted debidamente el atropello de que han sido objeto tan excelentes damas y el carácter difamatorio de la incompetencia que se les imputa en cuestiones instrumentales.

-¿Puedo contar con que es verdad eso que usted me dice? Me parece una confusión tan disparatada...

-Cuenta usted con ello. Puede ocurrir, naturalmente, que al mencionado gerente, en su veloz carrera por iluminar con el resplandor de la verdad este penumbroso caso, en mitad de la carretera repentinamente le haga detener una luz cegadora de color verde, que poco a poco se irá disipando para dejar ver una nave espacial de la que descenderán dos homúnculos, que le harán proposiciones deshonestas, tentándole telepáticamente, que es como hablan ellos, al mal y diciéndole: "¡Ve a Viena, ve a Viena y, en lugar de decir la verdad, di que al principio creías que eran austríacos pero que ahora, al verlos más de cerca, comprendes que te equivocaste y que son verdaderamente de Vanuatu y ríete, ríete en tus adentros festejando lo

taimado de tu condición!", y que, después de tentarle así, nuevamente la nave se elevará y se alejará. Pero este tipo de cosas no suelen acaecer. Sólo en esos casos en los que se da un encadenamiento de circunstancias fortuitas nefastas, como el presente. Así, pues, si sucede lo inesperado, las señoras japonesas estarán irremisiblemente eximidas de cualquier culpa.

-Usted lía mucho las cosas. Colijo, sin embargo, que el contenido de sus palabras me autoriza a decir que todo no es completamente catastrófico y que al menos el honor de las mujeres japonesas, que es lo más importante, porque finalmente son ellas las que más pueden realzar el sentido de la decencia en cualquier sociedad, queda salvaguardado. Y ahora respóndame a esto otro: ¿Desde cuándo se droga usted?

Pues desde que su cornudo padre desazonara a los ciervos. No, no le dije eso porque una, a pesar de no ser embajadora, es diplomática y no va por ahí irradiándose cada viernes y porque, finalmente, entendía que la vaselina, al no tener terminaciones nerviosas, se cree a salvo de cualquier sufrimiento pero ya, ya daría yo con la fórmula para hacer soltar adrenalina hasta a los tarros de lubricante. Le dije esto otro:

-Pues yo esperaba para haberme drogado a que vuestra excelencia me invitara a alguna de las orgías que dedica a ese menester pero como no lo ha hecho, yo le ruego que al menos me diga si produce la droga tanto éxtasis como se pregona. ¿O tal vez su estado actual se debe a ella y no a las radiaciones?

-¿Qué dice usted, Srta. Alvarado? Ya comprendo que la insinuación que acaba de hacerme corresponde a una reacción de autodefensa y no le guardo por ello ningún resentimiento. Es más, la comprendo, pero, naturalmente, no era con el propósito de ofender con el que yo le he hecho

la pregunta y le rogaría que aprendiera a distinguir. Finalmente, según creo, tiene usted algún permiso en relación con la posesión de cocaína y, siendo así, no es razón que sobre ninguno de nuestro país, y menos aún colectivamente, caiga el sanbenito de vicio y decadencia que la presencia de esa sustancia en el mismo lugar en que nos encontrábamos pueda hacer planear sobre nuestra colonia de honrados y decentes ciudadanos. Comprenda que no sería justo que usted nos hiciera eso. La decencia, señorita Alvarado es una cualidad muy denostada hoy día por la juventud; sin embargo, las personas de más experiencia sabemos que es ésa precisamente la cualidad que inspira respeto y confianza en la seriedad de cualquier interlocutor y es precisamente el salvaguardar la apariencia decente de nuestra comunidad lo que ha motivado esta conversación y digo apariencia, no naturalmente porque sea la apariencia lo único que cuenta, sino porque es lo único que en este caso ha quedado maculado, ya que la decencia real de todos los que hemos sido víctimas de estas circunstancias fortuitas es un hecho cierto. Yo incluso, a pesar de todas las apariencias, me inclino a pensar que usted también es decente.

Lo de cornudo padre ya lo había dicho por eso ahora estaba muda e impotente. ¡Pero qué rematada vívora! Claro que eso no era nada en comparación con lo que venía, porque hicieron en este momento su aparición Matsuda e Ishizawa, quienes me saludaron, se acomodaron y se pusieron manos a la obra.

-Tú estabas allí, Ishizawa, cuando el juez firmó la orden de poner en libertad a Fräulein Alvarado. ¿Cómo fue? -empezó preguntando Watanabe.

-Pues, cuando yo llegué, me hicieron pasar al despacho del juez y me dijeron que precisamente se hallaba examinando documentos en descargo

de una de las detenidas pero que no era japonesa. Comprendí que se trataba de Fräulein Alvarado. Yo veía que terminaba de ver unos papeles, que tenía cara como de estar disfrutando de lo lindo y que le decía al secretario "En mi vida he visto nada igual. ¿Cuántos quedan?" y que el Secretario contestaba: "Esas cuatro cajas." Y que el juez decía moviendo la cabeza: "No puedo pasar toda la mañana con esto pero nunca me había divertido tanto. Voy a hacer una cala." Y metió la mano en una de las cajas que quedaban sacando un papel al azar. Lo miró, levantó las cejas, tragó saliva, se quedó entre que se reía y que no se reía y le pidió al secretario que preparase la orden de libertad para la Srta. Alvarado, que la iba a firmar inmediatamente.

-¿Y de qué era el permiso ese? ¿Pudiste verlo, Ishizawa?

-Yo vi, porque se quedó un momento encima de la mesa y pude leerlo, que el papel que sacó al azar era un permiso para ejercer la prostitución a domicilio.

-¡Ah! Pues eso aclara todo y no nos favorece nada.

-Sí, pero yo no le daría mucha importancia. Creo que entre los permisos que también examinó el juez figuraba uno para ejercer el sacerdocio de varias religiones, incluida la azteca.

-En todo caso, parece ser cierto que estaba en posesión de licencias y autorizaciones para adquirir, manipular y poseer materias radiactivas ¿no es así?

-Eso es cierto.

-Entonces es evidente que en la Srta. Alvarado, que junto con el joven Eiji Yamamoto, era la única que no estaba invitada a los actos que se desarrollaban en la casa, está el motivo de la presencia en ella de los

productos que nos incriminan y que no deben incriminárse nos, una vez explicados tal como los estamos explicando.

-Pero, respetado embajador, yo...

-El problema, tal como yo lo veo estriba antes que nada en los contrabajos, que es por lo que en primer lugar acudió la policía.

-No, Matsuda, no te preocupes por eso, que ese extremo ya está solucionado y la colaboración de la Srta. Alvarado en la culminación satisfactoria de las gestiones ha sido muy eficaz y muy de agradecer. Debíamos anotar la gestión realizada y cargarla a la partida contable correspondiente de la embajada. La Srta. Alvarado es extranjera y no debe recibir de nosotros una imagen abusiva.

-¿Qué partida sería? ¿La de asesoría jurídica? No lo puedo evitar, me siento malísimo. Yo creo que fue la coliflor de ayer.

-Fue la coliflor, no lo dudes Ishizawa.

-La coliflor, cuando te pilla con mal cuerpo, no hace ningún bien. A mí me ha pasado lo mismo con el arroz.

-Tienes razón, Matsuda. Los alimentos modernos ya no son como los de antes, son todos artificiales y a los críos y adolescentes les van bien porque han nacido y crecido con ellos pero nosotros tenemos que andar con mucho cuidado. No creas tampoco a mí que el pescado me ha sentado bien.

-Respetados señores, yo creo que...

-Pues sí, realmente no es papel agradable el nuestro señalando a una jovencita como la única de entre todos los que nos encontrábamos allí que no podía justificar honestamente su presencia, y ivayamos a convencer ahora a quien quiera que sea de que no tenía que ver nada con nosotros y de que nosotros no habíamos solicitado sus servicios a domicilio! La

situación, vista sin conocer sus interioridades, presenta visos escandalosos. De que es ella la responsable del laboratorio nuclear, no cabe la menor duda, por eso es preciso que nos firme una declaración por escrito en la que manifieste la procedencia de los artículos que almacenaba, porque, si no, va a persistir la sospecha de que la procedencia es de los funcionarios japoneses del Organismo Internacional de Energía Atómica y, figurando Akiyama como arrendatario de la casa, la relación con la representación japonesa es absolutamente condenatoria. ¿Tú has redactado ya ese documento Matsuda?

-Me pongo a ello ahora mismo.

-Pero yo...

-Watanabe, yo tengo mis dudas de que el que se demuestre que los intereses de la Srta. Alvarado en esa casa fuesen de índole radiactiva vaya a disipar todas las dudas sobre nuestra decencia. La gente no suele ir a hacer experimentos los viernes por la noche rodeada de veintitantos hombres con ganas de divertirse. Sigue teniendo mal aspecto. Por otra parte, también queda mal parada nuestra imagen si nos exoneramos enteramente los japoneses, siendo nosotros cuarenta y siete y ella una sola, de lo que resulta que, si es ella la única culpable y nosotros todos inocentes, puede haber quien se indigne y nos llame buitres y abusones y piense que, siendo tantos, deberíamos repartirnos algo las culpas. Pareceríamos unos cerdos chauvinistas nacionalistas insularistas proteccionistas reaccionarios dispuestos a crucificar al primer extranjero que pillemos y salvarnos en cohesión indigna y hostil connivencia. La idea en sí me parece acertada, pero su materialización me parece deficiente. Por otra parte, la Srta. Alvarado no

debiera encontrarse totalmente desprotegida. Aparte de las partidas contables, no debiéramos abandonarla a su suerte.

-Pero si yo...

-Estoy de acuerdo contigo, Ishizawa. Casi, ahora que lo dices, siento asco de mí mismo, o tal vez es el pescado. A ver si resolvemos esto, porque estoy que no aguanto.

-Yo les suger...

-De los veinticuatro hombres que estábamos allí ¿quiénes están solteros o viudos?

-De momento sólo se me ocurre el profesor Yamamoto.

-Un poco mayor sí que es, pero, como se va a morir, la dejaría viuda. Yo creo que sería una solución perfectamente digna. Como cónyuge de un súbdito japonés podría hacersele extensiva cierta protección oficial y ayuda y además adquiriría derechos a todas las prestaciones sociales. Todo quedaría convenientemente alejado de cualquier japonés, porque no podemos hacernos responsables del pasado de cualquier persona que entre en relación con nosotros, aunque sea matrimonial, y, al mismo tiempo, nadie podría decir que nos desentendemos de los problemas. ¿Creéis vosotros que el funcionario que nos manden de Tokio para esclarecer la situación aprobará esta manera de resolver las dificultades?

-Pero bueno, yo...

-Yo creo que por parte de Tokio sentirán un gran alivio cuando todos nos hayamos muerto pero, en cuanto a las gestiones con que vamos a resolver el problema, post mórtem, creo que estarán conformes. No obstante, lo que ahora me inquieta a mí no es Tokio. Pienso que tal vez convendría contar con el consentimiento de la Srta. Alvarado a nuestros

planes de casarla. Desde luego, acompañado de las partidas contables necesarias y teniendo en cuenta que quedaría libre por viudedad muy en breve, no veo yo que vaya a haber ninguna dificultad en conseguirlo, pero sería mucho más correcto, en cuanto a la forma, contar con ese consentimiento.

-Desde luego, desde luego. Se le pedirá ese consentimiento. Lo que me da pena es que Yamamoto no debe de tener muchos bienes que ella pueda heredar ¿verdad?

-Pero yo...

-Pues no creo. Ese hombre se ha gastado fortunas en detectives. No, no debe de ser rico precisamente.

-Un momento, que tengo la impresión de que en el proyecto con el Dr. Yamamoto se nos ha pasado a todos por alto un grave inconveniente. El Dr. Yamamoto es funcionario del Organismo Internacional de Energía Atómica. Sí se casa con él, la relación con los materiales nucleares va a ser inmediata. Va a parecer que él estaba implicado y volvemos al mismo lugar en que nos hallábamos al principio.

-Pues entonces ya no tenemos más solteros y no da tiempo a que nadie se divorcie.

-El joven Yamamoto.

-Pero ése no está irradiado y no la dejaría viuda.

-Pero en cambio nosotros mataríamos dos pájaros de un tiro. Supongo que habéis visto el periódico. Mirad. ¿Qué os parece? ¡Vaya pintas! Mientras uno lucha por la decencia y por el buen nombre del país a brazo partido, ahí le tenéis cómo se viste. ¡No me digáis! ¿Que opináis de esto?

-Pues fíjate, viendo la foto y habiéndolo visto en persona tal como iba, yo no diría que no fuera a recibir ofertas.

-¡Calla, calla! ¡Ni lo sugieras! A mi me da una especie de repulsión verlo... Ayer por la noche no creas que no me chocó que se exhibiera así delante de todos. Claro, que él no podía saber que iba a venir la policía. Pero ¡qué trazas! Se me erizan los pelos. ¿Y la imagen? ¿Qué me decís de nuestra imagen? ¿Quién nos identificará con la decencia después de esto?

-Por eso mismo, Seiichiro, veo que tienes razón en que con una sola maniobra se solucionarían varios problemas.

-Pero él...

-Bien, bien, encantadora señorita Loti. Usted no quedará desamparada. La embajada tiene asesores jurídicos que la asistirán en todo momento y circunstancia. Y nosotros, personalmente, le agradecemos el que con tan buena disposición haya decidido aceptar la forma que hemos encontrado de resolver esta espinosa situación.

-Pero ese chico...

-Y, pasado un tiempo prudencial, una vez olvidado y enterrado el asunto y todos nosotros, gracias a su magnífico permiso, podrá usted divorciarse. Naturalmente, con los correspondientes arreglos económicos que haga al caso porque, como ya digo, las actividades de carácter cultural, benéfico y de fines sociales que ha desarrollado usted al servicio de la comunidad japonesa quedarán generosamente satisfechas aplicando las tarifas más altas del mercado. Yo creo que es correcto el planteamiento tal como queda ahora ¿no?

-Pero es que ese...

-Pues sí, así parece satisfactorio. Me parece un acuerdo acertado en el que quedan bien atendidas todas las ramificaciones del problema. Sobre todo la decencia recibirá un gran espaldarazo.

-Opino lo mismo.

-Pero es que ese mucha...

-Le doy mi más efusiva enhorabuena, Srta. Alvarado, es decir, futura señora de Yamamoto.

Ya comprendo que tenían los tres mucha prisa por vomitar y que querían dejar el asunto resuelto antes de ponerse más graves pero en este rato me vino como una especie de iluminación de lo que pudo ser la ocupación japonesa en aquellos lugares en que la hubo. Aparte de que me parecía una desfachatez hacerme cambiar al profesor Yamamoto, que era un caballero donde los hubiese y que, de haberme casado con él, me hubiese tenido en palmitas y me hubiera dado un trato regio, por un joven que, encima de ser un don Juan declarado, ahora hasta me odiaba.

-Es un don Juan.

-Sí, señorita, desde luego hoy es un día feliz.

-No, no es feliz, es un don Juan. Eiji Yamamoto es un don Juan.

-¿Cómo dice?

-Que ese muchacho con el que me quieren unir es un don Juan.

-¿Pero qué me dice usted? ¡Pero si eso no puede ser!

-Yo sé muy bien que es así.

-Pues fíjese que, viendo esta foto, nadie lo diría.

-Es que disimula. De esa forma disimula.

-Pero eso es inconcebible. ¡Eso es el colmo de la depravación! ¡Disimulando encima! ¡Y con lo malísimo que me ha puesto a mí ese

pescado! A esta clase de hombres habría que castrarlos. Son el azote de la sociedad.

-Ya que ese muchacho no va a morir tan pronto, habría que ofrecer a la Srta. Alvarado alguna garantía. Antes de que nos pongamos peor deberíamos redactar unas capitulaciones que no la dejasen desamparada si ese muchacho no fuera como debiera. Porque, claro, si los tiros no van por donde el periódico dice que van, los motivos de divorcio ya no van a ser tan evidentes.

-Además, él no va a querer.

-¿Que no va a querer divorciarse?

-No. Que no va a querer casarse.

-¡Ah! ¡Eso sí que no! Ese muchacho, después del espectáculo que ha dado, después de que tampoco estaba invitado, después de que ha podido hacer pensar a toda la opinión pública que todos nosotros somos lo que no somos, ese muchacho no está en situación de elegir. De ninguna manera. Ese no será ningún problema. Eso lo garantizo yo. Yo hablaré muy seriamente con él para que durante el tiempo que dure su matrimonio su digna cónyuge no tenga motivos de arrepentimiento. Bien, bien, Srta. Alvarado ¡Qué gran placer ha sido escucharla este rato! Es usted una excelente conversadora.

-Desde luego, desde luego, ha sido un placer conversar con usted.

-De los mayores placeres. Adiós, adiós, señorita. ¡Huy! Yo me parece que voy a hacer como Yamamoto. Yo no soporto este malestar. Yo hago lo que sea, pero no lo soporto ¡Qué mal me encuentro!

-¡Fatal, fatal! ¡Yo me encuentro fatal! Vamos a llamar a ver si...

En que me reúno con aquellos con quienes conocí mejores días

Ya no oí más y ino me daban pena, no me daban pena y no me daban pena! No me habían dejado hablar. Me alegraba de que sufriesen y Watanabe era una amenaza para la decencia. Me habían metido en un bombo y me habían dado vueltas. Y así estaba yo ahora, toda mareada sin comerlo ni beberlo y sin comer sus pescados ni sus arroces ni sus coliflores. Pero no. Eso no iba a quedar ahí. Ahora volvería a casa a consolarme con Orestes y a serenarme a ver si por fin conseguía ir a la comisaría porque no estaba ni medio bien que, estando encerrada Kimiko y su madre y su hermana, yo no hubiera ido todavía a verlas pero, antes, pasaría por telégrafos y enviaría a Tokio un telegrama y me vengaría de aquellos celestinos de cancillería. Claro y, ahora, como no había podido hablar, porque no me habían dejado, todos creían que yo había dicho que sí, que qué bien casarme y lo único que significaba era que Kawasaki me iba a odiar todavía más porque las cosas que hace uno obligado las odia y odia todo lo que tiene que ver con ellas y Kawasaki me iba a odiar e iba a vengarse de mí haciéndome sufrir con ese resentimiento reprimido con que suelen proceder las personas enseñadas a controlar sus emociones y la expresión de su ira. No. No. Yo no me volvía a enfrentar a tres japoneses a la vez. Yo le diría clarito a Kawasaki que me volvía atrás y que la vergüenza que les diera a todos ellos los acontecimientos del viernes la llevaran a dar chapuzones en las tabernas del Grinzing. Cuando él, Kawasaki, cayera a mis pies, pidiendo que fuese su amor y no sus problemas lo que aceptase, cosa

que no iba a suceder nunca y ya me tenía harta, entonces hablaríamos con fundamento. Todo esto que yo me había ido diciendo furibunda en el camino a casa, se lo contaba también a Orestes, mientras entre los dos recogíamos un poco la vivienda. La verdad es que era una pena. En unas horas vendría a llevárselo Leiko y no habíamos tenido tiempo de tratarnos a fondo, de estrechar nuestra amistad, él, que con tanta alegría había querido secundar a la ciencia. ¿Pero cómo no se me había ocurrido antes? Si, a pesar de todo, me casaba, como querían, lo que yo tenía que haberles pedido era una condecoración. Seguro que las tenían con soles y crisantemos. El tener una condecoración, cuando no se es ni militar ni alto dignatario da mucha prestancia. Eso, eso es lo que tenía que pedir yo y eso es lo que tenía que hacer: casarme, condecorarme, cobrar partidas presupuestarias y divorciarme y hacerle ver a aquel encarcelado que en todo ello era él el instrumento y no yo. ¡Hala! Bueno, ahora que ya había tomado una determinación, ya podía ir a ver a Kimiko. ¿Lo vería también a él? ¡Dios mío, qué lejano estaba el tiempo en que estuvimos hablando de coches y terrenos colorados...! Ya no sabía si había existido de verdad o si todo había sido un sueño seguido de una pesadilla. ¿Seguiría existiendo aquel Kawasaki?

-Hola Kimi. ¿Qué tal estás? ¿Te tratan bien?

-Sí. Ahora sí. Yo nunca había estado en un calabozo. No es que me guste pero es una experiencia ¿verdad?

-Pues sí. También se puede ver de ese modo. Pronto os van a soltar, porque la denuncia de los contrabajos se va a aclarar en breve, pero, de todas formas, Kimi, recuerda que, incluso estando detenida, tienes todos tus derechos y te corresponde un trato decente. Dímelo si tienes cualquier queja y ya me ocuparé yo de ponerle remedio.

-No. Estamos detenidas, pero bien.

-¿Y tu madre y Taneko?

-También están bien.

-¿Y las demás?

-Igual, Loti. Pero no me estás hablando de lo más importante.

-¿De qué?

-Ya sé que Watanabe ha venido a decirle a Kawasaki que debe casarse contigo.

-¿Has hablado con Kawasaki?

-No. El se lo ha contado a Takeo y Takeo me lo ha contado a mí.

-¿Sabes, Kimi, que me da una alegría inmensa el ver que te entiendes tan bien con Takeo? ¿Por qué tenías reservas antes de venir él del Japón? Yo me lo imaginaba de otra forma.

-Es que cuando nos conocimos éramos muy jóvenes, nos habíamos visto cuatro veces y nos hicimos novios, pero luego, con el tiempo y la distancia, yo ya no me acordaba de cómo era él y por una persona y otra sabía que salía mucho y trataba a muchísimas chicas y señoras y, ahora que ya lo conozco más, sé que es un trato transparente, que él trata a todo el mundo porque es así pero que eso no quiere decir que me traicione.

-De eso puedes estar segura. No lo creo capaz de engañar a nadie. Es de una pieza.

-Sí. Pero no hablemos de mí, Loti. Ya verás cómo todo va a salir bien. Y, además, estoy segura de que Kawasaki te quiere. Lo que pasa es que es cabezota, no es de los que se comprometen y actúan con el corazón. El cree que se puede tomar diez años y veinte y esperar un momento conveniente que no llega nunca y no tener prisa. Por eso, el que Watanabe haya

intervenido, por los motivos que sean porque estoy segura de que no es por sentimentalismo y no las tiene todas muy consigo con respecto a Eiji sino por la imagen de la colonia y la representación japonesas, me parece muy bien, porque así él se encontrará ante hechos consumados.

-Pero, Kimi. Eso parece muy duro. A mí no me halaga nada el tener un tío al lado a la fuerza. En realidad, pensándolo así, en frío, casi me desdigo de haber estado de acuerdo con Watanabe. No es satisfactorio el que sea forzado.

-Pero es lo que trato de decirte, Loti. Lo único que es forzado es el momento, o sea, lo empujan sí, pero lo empujan precisamente hacia donde quiere ir.

-¿Tú crees?

-Estoy segura. Loti. ¿Tú viste la cara que puso cuando quisieron hacerte coger el contrabajo?

-No. Yo en aquel momento no vi nada, nada más que horror. Un horror indescriptible.

-No. No lo recuerdes ahora pero lo que quería decirte es que tuvieron que contenerlo entre varios policías y que estaba lívido de ira porque querían infligirte aquel mal. Los hubiese matado, de verdad que hubiese matado a los policías que te querían hacer eso.

-¿Y les dio alguna patada?

-No, patada no. Toda la intensidad de la expresión se concentraba en su rostro. Era una expresión dividida entre sentimientos encontrados.

-¡Oh!... Pues menos mal que no dio patadas porque, si no, hubiese tenido que pagarles quinientos chelines de multa.

No, a ver si iba a ser éste uno de esos tontos que se creen que quedan muy bien y muy machos cometiendo imprudencias, cuando lo que hacen es socavar el patrimonio familiar. Kimiko proseguía:

-Y luego, aquí, siempre intentaba saber qué tal estabas, lo que pasa es que con disimulo porque oficialmente estaba enfadado contigo porque creía que tú habías llamado a la policía.

-¿No seguirá creyendo eso?

-No, ahora ya no. Después de todos los documentos y actas policiales que han estado enseñando a los presos Akiyama y Watanabe y de que comprende que tú no hubieras hecho que nos cogiesen a todas nosotras inventándote algo de unos contrabajos, ya está convencido de que no. Antes de eso incluso yo creo que ya no lo creía pero como no quería hacerse ilusiones para deshacérselas después, tenía que creer que se lo creía como precaución. Yo creo que se va a portar muy bien contigo, Loti. Lo tiene que hacer.

-Hombre tampoco me gustaría que lo hiciera por deber.

-No, lo hará porque te quiere. Lo que pasa es que contigo hay cosas que no se podrá permitir porque cuando uno se casa con alguien de otro país, tiene que evitar lo que pueda molestar al otro, eso es lógico, y ahí a lo mejor sí va a ir un poco forzado. Pero no le hagas ni caso. Dale marcha. Se lo merece. Te ha hecho pasar más malos ratos... ¡Que sufra!

-A mí ¿sabes lo que me parece que quedaría muy bien?

-¿El qué?

-El que, por ejemplo, él fuese muy desdichado conmigo y que tuviese que andar por ahí de bar en bar ahogando sus penas.

-¡Ay, sí! Que tú le dieses mala vida y que tuviese que olvidar... ¡Sería precioso!

-No, no olvidar. Yo pienso que es mejor ahogar. Olvidar que no olvidase nada. Y con barba rala de siete días. En un español con tres días sería suficiente, pero con él tendría que ser de siete.

-Y que tuviera un tatuaje.

Takeo impidió que las penas de Kawasaki llegaran a mayores. Se nos acercó y dijo:

-¡Loti! Ya me he enterado y, te lo digo de verdad, me alegro mucho. Mira, Kawasaki es mi amigo desde hace muchísimos años y fíjate si lo conoceré, y es muy buena persona y a ti te adora. De verdad, te adora.

-¿Te lo ha dicho?

-No. ¡Que va! Precisamente. Te puedo asegurar que me ha hablado de mujeres para rellenar libros, incluso con detalles físicos, menos de ti. Tú eres la única mujer de quien él no me ha hablado.

-Eso puede significar muchas cosas, Takeo, y no solo una.

-Naturalmente, que puede significar muchas cosas, como muchos son los corazones de las personas. El de Kawasaki no habla. Y cuando habla entonces es darle a la lengua pero no decir nada. A ti te lleva en el corazón.

Ése, por ejemplo, sí que no se lo había detectado yo. Debía de tenerlo depositado en el mismo sitio que el cerebro. A ver si tampoco iba a ser capaz de sentir penas y entonces no las iba a poder ahogar... Lo que sí era cierto era que no hablaba. Por lo menos en la comisaría. Dejé a Takeo con Kimiko y me fui al calabozo donde estaba él. Había dudado en dar este paso porque no sabía muy bien cómo me recibiría ni cuáles, en las presentes circunstancias, serían sus emociones. Yo tampoco tenía muy claro cuáles

eran las mías. Aquella forma de terminar nuestro último encuentro era de las que, independientemente de dónde estuviera la causa, dejan sabor amargo. Mi falta de ánimo en ir a visitarlo se debía también a que supuse que estaría con los demás hombres pero, de eso me informaron los guardias, todos ellos estaban internados en el hospital, menos el Dr. Yamamoto, que se encontraba perfectamente, de salud, se entiende, porque de ánimos más valía no hablar y que no había querido acudir a ningún centro de tratamiento. El tratamiento utópico, según Watanabe, por cierto, se lo habían aplicado por fin todos los enfermos porque, igual que el mismo embajador, Matsuda e Ishizawa, llegaron a la conclusión de que preferían probar todo antes que aguantar aquel malestar y, según se me dijo, todos, de hecho, habían mejorado de manera sorprendente. En cuanto al Kamikaze, a quien, después de prestarse al experimento de la señora Tatsuta, yo no podía seguir llamando kasi, sino que debía llamarlo Kamikaze de pleno derecho, la verdad es que tampoco quería verlo. Era una situación en la que a mí debería darme vergüenza de él y a él de mí. En cuanto a la vergüenza de Kawasaki, ¿qué cabría añadir? Se había cambiado de ropa y, al verme, se levantó y se me acercó pausadamente. No tenía pinta de haber vivido muchos regocijos. Estuvimos unos segundos frente a frente sin decir nada. Yo tenía un nudo en la garganta y el debía de tener otro.

-Hola, Kawasaki.

-Hola, Loti.

-¿Qué tal estás?

-Estoy bien. ¿Y tú? ¿Estás repuesta?

-Sí.

Más silencio. Ahora que lo tenía frente a frente, me repugnaba la idea de la componenda. Me insultaba enormemente. Si él se hubiese negado, todavía pero, así, me parecía que era un pobre hombre y no me inspiraba estima. Con todo, estaba muy emocionada.

-Si no quieres no tienes por qué hacerlo -le dije.

-Sí tengo por qué hacerlo. Hay razones de estado.

-¿Qué razones de estado?

-Las que han movido a Watanabe a proponértelo y a ti a aceptar como parte de un arreglo global. Y que, según él, por eso, porque tú has aceptado por ese motivo, yo debería saber comportarme.

-Esas razones no durarán eternamente.

-Ordenes son órdenes.

-No puedo creerme que te lo hayan ordenado.

-Ni yo que alguien tenga conceptos tan equivocados sobre los sentimientos que hoy en día esté dispuesto a casarse por unas razones tan repugnantes.

-¿Quieres discutir?

Silencio. Luego:

-¿Por qué lo haces, Loti? ¿Lo haces por eso?

-¿Lo haces tú porque te obligan o no lo haces porque te obligan?

Silencio.

-Bien, Kawasaki, creo que esta retórica y este hablar todos a la vez y a un mismo tiempo es muy fatigoso. Me voy antes de que tanta palabrería empiece a darme mareos.

Guardé más silencio y añadí:

-No creo que tarden ya en soltaros. Hay en todo ello demasiadas confusiones y parece ser que del Organismo de Energía Atómica no falta ni un átomo de nada.

Hice ademán de marcharme y me quería ir pero, después del amargor que había sentido a causa del odio de Kawasaki, no quería quedarme aún con otro amargor más pequeño pero, al cabo, amargor, de que hubiera entre nosotros un mal sentimiento por el motivo que fuese. Me volví y le dije:

-¿Amigos?

Lo pensó un poco y luego, con la cara menos lúgubre que le salió, dijo:

-Amigos.

¿Por qué me emocionaría tanto el mono? Otra vez tenía el nudo en la garganta.

Había caminado un poco después de salir de la comisaría cuando de repente vi a Ichiro delante de mí.

-Buenos días, Lotisan. Perdona que te haya sorprendido de esta forma. Es que necesito hablar con alguien de los últimos sucesos y creo que la persona que más confianza me infunde eres tú.

-Gracias por la confianza. Me honra mucho. ¿De qué se trata?

-Se trata de algo que quiero aclararte pero quiero que hagas como si jamás yo te hubiera dicho nada. Es decir, saca provecho de lo que te digo, pero yo no te lo he dicho.

-Está bien. Ahora mismo estoy teniendo un sueño en el que se me aparece el hada Guldefastia y me cuenta... ¿Qué me cuenta el hada Guldefastia?

-El hada Guldefastia te dice que hace cuatro meses la Institución introdujo ilegalmente en el país una partida de 4000 contrabajos vanuatés a los que puso una marca austríaca, que es la misma que llevan los contrabajos que estaban en la casa de la señora Tatsuta. Que, de esa partida, una buena proporción está ya vendida y perdida de vista pero que quedaban trescientos que se han escondido y, como nos enteramos de que la Asociación de Protectoras Niponas de la Música había adquirido trescientos, mis compañeros vieron la ocasión pintiparada para tener este traspies. Dieron el soplo a la policía con la pista de los trescientos contrabajos que todavía la policía no había conseguido localizar. Al recibir el soplo y encontrarlos, no les cupo la menor duda de que eran esos. Yo sé que la situación en que se hallan todas las personas que están encerradas es muy seria y quiero que se resuelva todo porque a ti, que ya sabes como pienso, te lo puedo decir, todo esto ha sido un error. Ya indicó Michiko, y yo soy plenamente consciente del principio y lo comparto, que en este delito, si queríamos que adquiriese verdaderas proporciones, había que mantener con mucho sigilo las operaciones nucleares para que dieran fruto y olvidarse de entretenimientos como la cocaína. Pero las personas que no tienen una buena preparación son impacientes y quieren resultados inmediatos y de ahí la idea de la droga. Ya ves tú si tiene ton ni son dejarle a una señora que quiere radiactividad un frasquito de cocaína. Trabajándola un poco hubiera terminado haciendo maravillas y, en un futuro cercano, habríamos podido chantajear a todo el planeta teniendo en nuestras manos un antídoto contra las radiaciones, además de las radiaciones, claro. Figúrate... No te imaginas cómo ha sido mi actividad en el Capítulo de Viena. Un continuo ten con ten para que mis compañeros siguieran por el buen camino, dándoles al mismo

tiempo alguna pequeña satisfacción que calmase su impaciencia. A eso se debe el que matara al caracol: quería que me siguiesen respetando. Y, ahora, el denunciar la operación de los contrabajos ha sido una indisciplina y una metedura de pata que ya no tiene remedio. Pero ellos, con el escándalo que se ha armado, ya creen que son grandes delincuentes y que han organizado una gorda y no deja de asistirles la razón en el sentido de que, tratándose de este país, en el que se venera la música clásica, a la policía no la habrían hecho saltar de sus casillas con un parricidio o un atentado a una central de correos, pero un crimen contra un instrumento musical es algo que les toca la fibra sensible y capaz de hacerles ver rojo y perder los papeles, que es lo que ha sucedido. O sea, que la parte de psicología colectiva que les ha enseñado la Institución sí la tienen bien aprendida. Lo que les falla es el sentido del propósito. Y lo que es cierto es que, aunque nunca se sepa, quien hizo la falsa denuncia, a la Institución no le beneficia, y te digo a ti todo esto porque tú, por lo menos, quiero que sepas la verdad de lo ocurrido. Esto naturalmente me coloca en la inevitabilidad de seguir con Michiko ya que, con esta situación, no puedo dejarla en la estacada. Pero no digas ni palabra de lo que te he dicho porque, si trasciende y llega a oídos de mis compañeros, no íbamos a salir de recriminaciones y de dimes y diretes que no nos podemos permitir. Lo que sí espero es que, cuando todo esto se calme, se den cuenta de lo que ha sido en realidad: un fiasco. Pero en cuanto a lo que te digo, por favor, y a fin de evitar problemas, sé una tumba. Aparte de eso me preocupa que, no pudiéndose meter conmigo, la tomen con mi novia Zulma y la mafia somalí. ¿Me entiendes?

-¡Ay! Ichiro, no sé si te lo creerás pero parece como si ahora mismo hubiera tenido un sueño en el que se me aparecía el hada Guldefastia pero

no te lo cuento, porque dirías que era ridículo, que las personas mayores no sueñan con hadas.

-Takeo dice que el soñar de día, así, aunque sea infantilmente, es buenísimo para el equilibrio psíquico.

Nos dirigimos juntos hacia el centro y él me empezó a hablar de sus problemas religioso-morales.

-No creas, no creas que no he estado meditando. Yo reconozco que tengo un sentido de la culpa un tanto emocional. De lo que hago mal, siempre, con toda urgencia, necesito perdón pero fíjate, eso ¿a que a primera vista, parece fácil?

-Pues depende de a quién se lo pidas.

-Bueno, si has matado a un caracol, se lo pides al caracol, pero, si el caracol está muerto, ya no te puede perdonar.

-Eso es muy verdad.

-¿Entonces a quién le pides perdón?

-Pues al representante del caracol. A quien ocupe su lugar.

-¿Y quién es?

-Pues representante legal yo creo que no tiene. En cuanto a representante moral, supongo que sería una conclusión correcta que debería ser su causante. Si se admite su existencia ¿piensas tú que sería Dios?

-Pues has razonado lo mismo que yo. Porque si ha desaparecido con el caracol una existencia, esa existencia ha de haberse reabsorbido en algo, es decir, en la existencia en sí, es decir, en Dios. Pero es ahí donde yo me noto cierta incomodidad.

-¿Por qué motivo, Ichiro?

-Porque, fíjate, si, según la doctrina cristiana, para que a mí se me perdonen los pecados debe haber muerto Jesucristo, me parece injusto. Soy yo quien debería morir por mis pecados.

-Es evidente. Si alguien debe morir por tus pecados, ese alguien debes ser tú.

-Pues ahí está. Pero entonces, dice la doctrina, como Cristo es Dios, Dios es dueño de morirse cuando quiera y si El quiere morir para perdonar, es cuenta suya ¿correcto?

-Si partes de ese supuesto, es correcto.

-Pues no estoy de acuerdo. A mí un Dios así me da la sensación de ser un Dios propio de diván de psicoanalista y no un Dios por todo lo alto. Por eso he decidido convertirme al Islam. La idea de Dios es mucho más soberana y me hace sentirme más deseoso de ser castigado y, por ello mismo, menos anegado en la inmundicia de la culpa.

-Eso es muy cierto, aunque yo creo que cualquier debate sobre si Dios es mejor así o asao, no sería más que un debate sobre la idea que en la historia se han hecho de El los hombres. Sería útil a efectos de hacernos pasar por la vida trampeando, pero, en cuanto al auténtico conocimiento, Ichiro, nos deja igual. Porque si Dios es el ser, el concepto mismo de la existencia, ni lo entendemos ni lo podemos imaginar. ¿Qué es el ser? ¿Qué es la existencia, Ichiro? ¿Es algo ajeno a nosotros que exista en otra parte? Y si no es ése el caso y está en nosotros ¿cómo es que no lo abarcamos, que no lo entendemos, que no nos hacemos dueños suyos? Y a su vez ¿qué es la inexistencia? ¿Cabe imaginarla?

-Si fuera algo ajeno a nosotros, nosotros no podríamos estar hablando de ella. Su idea no se nos ocurriría.

-Muy bien. Y entonces ¿por qué no plantearlo en términos más inmediatos, más directos? No pensemos en Dios, que, si es el ser, sería en nosotros también si somos, sino pensemos precisamente en nosotros y formulemos de otra forma lo que dije antes. Hablamos de la existencia de Dios y creemos que nos da derecho a dudarla el que no se le vea, el que sea impalpable y, como nosotros y nuestro mundo somos palpables y nos vemos, creemos que existimos, ahora bien, eso que nos hace visibles y palpables es el estar constituidos por materia y, dime ¿qué es la materia?

-Pues la materia, Lotisan, si atendemos a la masa de las partículas elementales y a la posibilidad de que suceda como ha sucedido hasta ahora, que cada vez se vuelven más pequeñas, hasta no ser prácticamente nada, la materia es casi todo vacío y otras cosas que no sabemos si existen o no y otra materia nueva cuya existencia se deduce, pero cuya consistencia se desconoce.

-¿Y qué es el vacío? ¿Existe el vacío? ¿Puede decirse que el vacío es algo que existe? ¿Es lo mismo el vacío que la nada? Nos preocupamos porque algo que imaginamos puede no ser nada y echamos en el olvido que lo que no imaginamos, sino que lo vemos y lo palpamos, también puede no ser nada, sólo un sueño, una sombra, como los seres de la caverna del mito de Platón, pero ¿sueño de quién? Ichiro ¿quién nos sueña? ¿quién nos imagina? ¿Que si existe Dios? No, yo no he llegado aún a eso verdaderamente. Yo todavía me hallo en otra pregunta más preliminar y es ésta: ¿existo yo?

-Pues existirán o no existirán las llagas, pero es en ella donde acabas de poner el dedo, Lotisan. Yo también me he preguntado días y noches, tal vez sin ser consciente de la pregunta que me hacía: ¿Existo o no existo?

¿Soy una realidad? ¿De qué o en qué mundo soy una realidad o solo una figuración? Y es aquí donde colijo que se puede aplicar el concepto de conciencia como fundamento para decir que existe la existencia, y que cuanto más conciencia tienes, más crees que existes. ¿Te parece que entremos aquí a tomar algo?

-Eso mismo pensaba proponerte.

Una vez sentados ante sendas raciones calentitas de bolas de requesón con nata y ciruelas, proseguimos:

-¿A que los dulces son una de las cosas que hacen llevadera la filosofía?
-dije.

-No, Lotisan, perdona que trastoque un poco lo que has dicho. El orden de factores no lo veo yo así. Yo creo que la filosofía se inventó para acompañar a la repostería y no al revés. Tiene un grado de sequedad que va bien con el dulce.

-Estás, estás en lo cierto. ¿Y qué me dices del Universo? Que se expande, que no se expande... Y yo me pregunto ¿Qué es lo que se expande? ¿Esas partículas minúsculas elementales perdidas en el vacío, ese vacío descomunal que pasa por ser parte de la materia y aun otra que se deduce? ¿Cómo puede expandirse o hacer nada algo que es prácticamente nada? ¿Puede aumentar el vacío de tamaño? ¿Cómo, si ya es todo lo que no es? ¿Que es energía y que la transmite? Bien ¿y qué? ¿Que se transforma en materia y ésta en energía a su vez? Bien ¿y qué? ¿Y por qué existe la geometría? Yo, por consolarme o distraerme o por matar la gusa o utilizar la mente o simplemente porque me lo paso bien así, me digo, por inspiración de mis animales, que la espiral es la representación de la evolución espiritual y si damos por sentado lo que hemos dejado sentado y, si la materia tiene

parte que existe y otra que no existe, entonces lo que existe y no existe, si existe, si no es un sueño, es el espíritu y la geometría, y la espiral nuestro camino en el espíritu pero ¿desde dónde hacia dónde? ¿o estamos en un círculo, es decir, en un universo cerrado?

-Pero si estamos, ni lo vemos ni lo sabemos. Por lo demás, esa evolución en espiral de la que hablas tú debe de ser el nirvana del budismo y no la espiral ascendente de Teilhard de Chardin porque, como verás, la espiral del caracol no se va cerrando sino que se abre cada vez más y llegaría un momento... ¿Pedimos otra ración?

-Sí, sí.

-... en que la curva sería tan amplia que tendería a la recta y nos arrojaría a un infinito tan incomprensible como todo lo demás.

Con estos discursos y otros parecidos, equilibramos Ichiro y yo lo jugoso de las sucesivas raciones que fuimos pidiendo y, caída ya la tarde, nos separamos cerca de mi casa. Esperé a que se alejara unos pasos para volverme a mirarlo porque remirar aquella muestra de la inexistencia hacía reconciliarse a una con ella, por inexistente que fuera. Me volví, pues, pero mi designio se me transformó en confusión porque él también se volvió y me lanzó una sonrisa, que era como una aurora, y me saludó con la mano. Si aquél no era un hombre encantador y superior a todo y si su compañía no la hacía a una sentirse en las praderas de las bodas de Camacho, entonces que alguien me matase. ¿Por qué, existiendo -o no existiendo- él, había caído yo en las redes de Kawasaki, que, en sus mejores momentos de inspiración, decía cosas como: "¡Pero, Loti, que te quedas virgen!"? Kawasaki era un contable metido a don Juan que invertía tanto en una conquista y que luego extraía de ella tantos dividendos, los suficientes para obtener un balance

igual a cero. Ichiro no era así. El no era contable sino generoso y no era un don Juan sino un califa y, todo hay que decirlo, después de una jornada como aquélla, de hablar con tantos personajes, algunos de ellos queridos pero desequilibrados, conversar con Ichiro era un tónico. ¡Al fin un hombre cuerdo y de inteligencia normal!

En que el karma pasa su factura

Cuando llegué a casa era ya de noche y me encontré una nota de Kawasaki que decía que ya lo habían soltado y estaba de regreso. Me apresuré a llamarlo.

-¿Estás libre ahora, Loti?

-Sí.

-¿Te puedo ir a ver?

-Claro.

Vino con mucha mejor pinta ya que la que tenía en la comisaría, vistiendo kimono y calzando sandalias.

-¿Cuándo os han dejado en libertad?

-Pues a poco de irte tú. ¿Y este mono?

-Lo tenía yo para probar las teorías de la señora Tatsuta pero como luego tantos de tus paisanos han dado muestras de heroísmo irradiándose primero y desirradiándose después, no ha habido necesidad.

-Es muy peludo. ¿Lo has tenido aquí todo el día?

-Sí.

-¿Y no te ha revuelto nada?

-No. Es un mono al que llaman el monstruo de los rompecabezas. Es profesional y con uno de esos juegos delante no ve nada más. Tres mil chelines entre ayer y hoy llevo invertidos en la partida de rompecabezas de esta operación. Es inteligentísimo y, si le hablas con mimo, te hace mil y una gracias.

-Loti, ¿sabes que he sentido ganas de matarte?

-Ya me temía yo que todo no podías ser calma chicha y que finalmente eres como los demás y también tienes tus arrebatos de macho psicópata.

-Cuando llegó la policía de repente, pensé que la habías llamado tú y me sentí tan herido que me pareció que merecías morir a mis manos. Quería matarte, literalmente matarte, clavarte un arma y ver correr la sangre roja sobre tu piel blanca.

-Los detalles te los puedes ahorrar. En realidad, te lo puedes ahorrar todo.

-Ahora ya sé que no tenía razón. Y además icualquiera se enfada hoy contigo! Watanabe y Akiyama dicen, escucha bien, que eres la persona que más entiende de contrabajos de toda Austria y yo no me he enterado con detalle de lo que ha estado haciendo la señora Tatsuta en la comisaría, pero me huele a que a mí no me han contado de la misa la mitad. Tú sí parece saber. ¿Es verdad que mi tío y todos los demás se irradiaron viendo la película?

-Si quieres te digo lo que sé pero antes tienes que pedirme perdón por mirarme con odio y haber querido matarme. He sufrido mucho por esa mirada y, para ser dos cosas que me han hecho padecer tanto, estás muy poco pesaroso. Debieras dar muestras exageradas de arrepentimiento.

Se apresuró él, pues, a dar muestras exageradas de arrepentimiento y yo le conté todo lo que pude contarle. Sobre todo cargué las tintas en el genio de la señora Tatsuta para que estuviese seguro de que su tío no se moriría de las radiaciones.

-Tenías que haber visto al "tarro de vaselina" hablar de ti. Me ha echado más sermones de los que mi tío alcanza a echarme en un año y te ha puesto como modelo de virtudes. Si te lo propones, hasta puede ser que te den una condecoración. ¿Por qué es tan peludo este mono?

-¿De verdad?

-Sí. Es muy peludo.

-No, hombre. Digo que si es verdad que tú crees que me darían una condecoración.

-Tú pídelas y verás como sí.

-¡Qué fantástico! ¡Yo con una condecoración! Me la pondría absolutamente a todas horas; de noche en el pijama. ¿Qué te parecen mejor: los soles o los crisantemos? ¿Qué crees tú que impresionará más cuando vuelva a Los Balbases?

-¿Piensas volver a tu pueblo?

-Claro, en cuanto me haga rica, que será muy pronto.

-Loti, tú me dijiste que tu pueblo solo tenía seiscientos habitantes.

-Bueno, más o menos. No me tomes la palabra de esa forma. Cuando se habla de cifras en estos casos se suele redondear y se entiende que es lo más aproximado. Pueden ser alguno más de seiscientos o alguno menos. Luego hay que tener también en cuenta a la población flotante...

-No quiero decir eso sino que allí no habrá orquesta sinfónica.

-No. Orquesta sinfónica no. Dulzainas y tamboriles y bafles por las casas...

-Pero, entonces, ¿dónde voy a tocar yo?

-Ya encontrarás algún samisen.

-No, en serio, Loti.

-Pareces muy hecho a la idea de Watanabe. Y lo comprendo porque, con lo convencido que está de que es acertada y decente, ante todo decente, cualquiera le lleva la contraria. En cuanto a mí, me cogieron de improviso y ¿entiendes? un matrimonio por razones de estado tampoco está mal, no es como si se te rompiera el corazón y ya sabes que las divorciadas tienen mucho gancho. Estar divorciada sin apenas casarse es una operación rentable en términos sociales. Da estatus. Además, ellos eran tres y me podían. Ahora, que tampoco voy yo a obligar a nadie a hacer algo contra su voluntad por darme un capricho o porque yo no haya sabido defenderme de la ocupación japonesa.

-Watanabe me dijo que estabas de acuerdo.

-Yo no estoy de acuerdo con casarme con un hombre a la fuerza. Y, aun sin fuerza, sólo con ciertas condiciones.

-¿La de que no cometa adulterio?

-Sí.

-No pases cuidado, nunca me expondré a eso. Estoy seguro de que en el camino hacia el lugar de cometerlo me atropellaría un camión.

-¿Y el que yo estuviese dispuesta a matarte si me fueses infiel no te asusta un poquito?

-No. No te creo capaz. De hacerme cualquier otra marranada sí pero de matarme no. A menos que te determinases a hacerlo con discursos. Pero ni

siquiera eso me preocupa porque ahora, estando entre barrotes, me he dado cuenta de que me gusta. Me gusta que me sueltes parrafadas de dos horas, de tres horas, de cuatro horas, de cinco días, de seis meses, de toda la vida... Es como si, suavemente, empezara el aguacero y luego arreciase y poco a poco formase charcos y los charcos se fuesen ensanchando y se convirtieran luego en ríos y en inundación y en mar y en océano y te calase y te envolviera el agua sin que pudieras divisar cosa otra alguna. Y empiezas guareciéndote y luego opones resistencia a dejarte arrastrar pero después dejas la oposición y te entregas, te dejas llevar, te dejas anegar, que el mar te haga suyo para no ser distinto de él... ¡Mátame, Loti!

¡Pero qué cosas decía Kawasaki!

-¿Entonces no tengo ninguna manera de asustarte?

-No necesitas asustarme. Todo es obra del karma y contra ése no se puede luchar. Es él el que impedirá que yo cometa adulterio si no debo cometerlo.

Pues ¿qué había hecho el karma para que le hiciesen esos encargos?

-¿Pero eso quiere decir que no lo vas a cometer?

-No lo sé. Verás: Yo temo que si la policía vino cuando estaba contigo, que ni siquiera estabas casada, si me arriesgo a un adulterio, aparecerán los ejércitos.

-¿Alguno en especial?

-No. Mi idea de los ejércitos es muy indistinta. Me imagino soldados y algún reactor. Tal vez tanques. Y, si el adulterio fuera en un acantilado, pues algún portaaviones y los submarinos y después los dragaminas y las cabezas de playa y los almirantes tuertos.

-Pues lo vas a pasar fatal sin poder dedicarte a tus conquistas y yo tantas suplencias me siento incapaz de hacer. Lo mío es lo mental.

-Lo tuyo es la inhibición, aunque no te guste que te lo digan. Y el que haya enfermedades venéreas te viene de perlas porque así tienes una excusa plausible para tus inhibiciones y, si yo no estoy enfadado con el karma, es porque realmente espero estar contigo el día que las pierdas. Vas a ser temible, Loti. Tanto tiempo contenida, vas a estallar como el Krakatoa. Me vas a destrozar. Vas a desatarte, vas a horrorizar a Mesalina, me vas a perseguir insaciable y yo no sabré dónde buscar reposo.

-Pues, si los ejércitos no se lo toman a mal, podrías probar en las muñecas hinchables.

-Es una idea. Precisamente uno de los guardias de la comisaría me prestó unos cuantos catálogos de ellas y ¿sabes con qué vienen?

-Con atizadores de diversas consistencias y tamaños.

-No. Cada una viene con su certificado.

-¡Qué bien! ¿verdad? Porque, además, los materiales plásticos son inertes y por tanto, desde el punto de vista higiénico, muy recomendables, así, en cuanto reposos, sin ningún miedo al contagio, podré nuevamente arrollarte y experimentar otra erupción volcánica. Realmente, Kawasaki, es una pena que, después de lo pensado que lo tenemos y de que me hayas repartido un papel tan lucido porque de todos los papeles es el que más me habría gustado representar, no te vayan a hacer falta ni ejércitos ni muñecas ni samisen en Los Balbases.

-¿Por qué no me va a hacer falta nada de eso?

-Porque creo que la farsa ya ha dado de sí todo lo que podía dar. Todo esto es artificial y no entiendo que te pliegues con esa sencillez a las ideas

de casquero de un diplomático en plena crisis radiactiva y que encima pretendas salir del paso convirtiendo el karma en chivo expiatorio. Lo que no voy a negar es que sí me hacía ilusión hacerte infeliz y que te tatuaras.

-Loti, no me gusta nada lo que estás diciendo. ¿Por qué ahora quieres volverte atrás?

-Pero si no me vuelvo atrás. Lo que pretendo dejar claro es que aquí no es necesario que nadie se sacrifique.

-¿Qué sacrificio? ¿Pero es que no comprendes que me tengo que casar?

-No veo por qué. Watanabe puede decir misa pero no hay embajador que pueda obligar a casarse contra su voluntad a una persona hecha y derecha.

-¿Y qué tiene que ver Watanabe en todo esto? Yo no tengo en cuenta nada de lo que ha dicho él ni me imagino que tú lo tengas en cuenta. Pero hay otras razones, Loti, y me extraña que una persona que presume tanto como tú de inteligencia no las vea. Yo creía que las veías y que hablabas como hablabas por hacerme rabiarse porque disfrutas así.

-Pues verdaderamente no veo cuáles son esas razones.

Se me quedó mirando con incredulidad y, convencido al fin de que verdaderamente yo estaba en la oscuridad sobre cuáles podían ser las razones de que hablaba, dijo:

-A ti te parecerá normal, muy bien y muy bonito el que me pillara la policía vestido como me pilló, que me haya visto toda la colonia japonesa de la pinta que estaba, personas que me conocen y que ahora no se atreven a mirarme a la cara, porque pasan apuro, y que haya salido en todos los periódicos en las trazas en que he salido porque tú eres rara, muy rara, Loti, pero para el resto del mundo yo soy un maricón.

-Me parece horrendo que emplees esa palabra. Nuestro trato fue ejemplar y romántico y hasta que llegó la policía estábamos pasándolo muy bien.

-Espera un momento. No cierres.

Se fue hacia la puerta del piso y salió dejándola entornada para volver al cabo de medio minuto.

-Toma. Aunque no supieras leer lo que dice, podrías adivinarlo.

Me tendió un periódico japonés con una foto en la que aparecía tal como fue detenido.

-¡Pero Kawa, si has salido en Japón!

-¡"¡Pero Kawa si has salido en Japón!" -dijo remedándome-. ¡Fíjate qué honor! Ahora ya tengo la seguridad de que cada vez que intente tocar el violín en público en mi tierra me va a señalar todo bicho viviente como el tío dudoso al que sorprendieron en el escándalo de Viena vestido de campesinita con otros veintitrés hombres con ganas de diversión y una puta española. "¡Claro, estuvo estudiando allí y se costeaba la carrera!" "Lo que pasa es que, ya sabes, a estas cosas luego se les toma afición". Eso dirán. Y no solo dirán, también los habrá que tantearán el terreno y, aun sin esperar a volver al Japón ni a llegar a mañana, que no creas que a los viciosos los pierde la timidez. Loti, tienes la obligación, el deber moral de casarte conmigo. No puedes dejarme en estas condiciones. Si yo te hubiera dejado embarazada me habría casado contigo.

-Pues bien que te llenaste la boca de hablar de precauciones y de que no me preocupase y de que si todo estaba previsto.

-Pues ahí está: Yo sí he tenido cuidado. Pero tú no. Tú te has dejado llevar por tu capricho sin pensar en las consecuencias y ahora quieres

zafarte alegando no sé qué pamplinas de libertad y de propia voluntad. No, Loti, si no quieres cumplir no cumplas pero obligación moral la tienes toda. Me destrozas la vida, me hundes pero, como tú dices, la voluntad es sagrada y, si sólo quieres los hombres para el capricho, para luego no hacer frente a las consecuencias de tus propios actos, por mí muy bien, pero no pretendas luego nunca que eres una persona decente.

¡Toma...! Yo estaba sin habla. En mi tierna infancia nunca se me ocurrió que el que Los Balbases no tuviera orquesta sinfónica fuese a hacerme quedar ante un chico como una guarra. A ver si iba a resultar que éste era uno de esos hombres con problemas que pretenden conquistar precisamente a cuenta de tenerlos. Pues a mí los hombres con problemas no me gustaban, me resultaban cargantes y pretenciosos.

-Está bien, Kawasaki. Yo no pretendo zafarme de nada y mi entereza moral raya a la altura de la de cualquiera. No te voy a dejar en el apuro. Simplemente, para mí, no es muy halagüeño estar casada con un hombre por el solo hecho de que se siente obligado a ello y eso es lo que quiero dejar claro y que, además, no voy a consentir que se utilice esa obligación como coartada para luego chantajearme y amargarme el matrimonio como si yo tuviese que pagar alguna culpa porque no le salgan a uno las cosas cada día como quiere que le salgan y la camisa tenga una arruguita aquí y el café grumos y fulano de tal y mengano de no sé cuántos se diviertan más que tú y, su mujer, divirtiéndose menos que ellos, les haga más caso que yo a ti, divirtiéndome más. O sea, que, cuando tengas problemas, ya puedes tener buen cuidado de que yo no te lo note.

-Loti, tienes unos razonamientos absurdos. ¿Qué importa el por qué se case uno? Un matrimonio es un matrimonio independientemente de por qué

se celebre. Y, además, yo no voy a tener nunca problemas porque los problemas sólo vienen del mucho pensar y, al café, para que haga grumos, tienes que echarle harina, si no ¿de qué va a hacer grumos el café? Los occidentales le dais mucha importancia a los deseos individuales como si contasen para algo pero la existencia tiene su paso propio y ajusta a los individuos como a otros tantos dientes de la rueda y lo único que cuenta es avanzar, no si el diente sabe si avanza o no avanza o si lo quiere o no lo quiere o si toma té o café o azúcar o cicuta. Es el karma, Loti, y no veo por qué quieres verlo todo más complicado de lo que es. Es muy sencillo. Convéncete de que es muy sencillo.

Todo aquello era sorprendente.

-¿Y desde cuándo crees tú en el karma?

-Desde la tres y treinta y ocho de esta madrugada. Miré el reloj. Desde luego, un poco lento de comprensión sí que he estado porque, siendo tú la única persona del mundo que siente terror de los violines, el que fuese yo a dar contigo, siendo violinista, tenía que haberme dado qué pensar. Y, hablando de pensar, tú que eres tan sentimental y que dices que mi tío es un santo y la persona más buena y caballerosa que conoces...

-¿No se te ocurrirá contarme nada malo de tu tío? Lo de la película porno tú mismo dijiste que...

-¡Claro que no te voy a contar nada malo de mi tío! Lo que te voy a decir es que, si mi tío no se muere de la radiactividad, que parece que no, se muere del disgusto. Yo he estado toda esta tarde desde que volvimos a casa para convencerle de que no se suicidase. Tiene un sentido desmedido de la responsabilidad. Como me tiene aquí a su cargo, está aterrado de lo que dirá mi madre. Y he venido a verte porque al fin me prometió no matarse pero

está encerrado en su habitación llorando. Lleva varias horas así y todavía lo soporta porque piensa que te casarás conmigo. Como le diga que no lo piensas hacer, no lo va a resistir. Te digo que no lo resiste. Ten en cuenta que, además, él me vio.

-¿Y le dijiste que fui yo quien quiso que te vistieras así?

-No... Yo soy un caballero.

No había reparado yo hasta ahora en ese aspecto del asunto, en las repercusiones en el profesor Kamikaze, quiero decir, ni en que, efectivamente, a aquella persona a la que le había cobrado tanto afecto, quizás de una forma menos comercial que a la señora Tatsuta pero desde luego tan sincera, aquellos acontecimientos debían de haberla afectado muy cruelmente.

-Fíjate, Rendijas, no había parado mientes en la manera en que esto ha afectado a tu tío. Debe de sufrir indeciblemente. Una existencia muy ingrata la suya. ¿Vamos a estar con él?

-Si quieres, vamos a casa, pero no creo que salga a hablar con nadie. Ha envejecido veinte años en estas horas.

-¡Pobre Kamikaze! De todas formas, debiéramos estar allí, por si sale, al menos, que se encuentre con alguien que le muestre cariño. El apoyo emocional se refleja siempre muy favorablemente sobre el bienestar físico. Fíjate, los bebés, por ejemplo...

-No tengas prisa, Loti, los bebés para cuando termine los estudios.

Creería en el karma pero la memez seguía supurándole. Lo que me molestaba de él era que parecía muy seguro y confiado con la idea del matrimonio. Podía haberle escocido pero ni una pizca. A lo mejor era verdad

que era un hombre sin problemas. Sí era así, tampoco era un error tenerlo de consorte.

Salimos con Orestes y yo puse un cartelito en la puerta para que Leiko, si venía, supiese que estaba en casa de Kawasaki.

Su tío seguía encerrado en el cuarto. Nos acercamos a la puerta a ver si se oía algo.

-¿Sigue respirando?

-No sé, Loti, no oigo nada pero seguro que muerto no está porque me lo prometió y mi tío no incumpliría nunca una promesa.

-A lo mejor está durmiendo.

Consideró apropiado dirigirme una mirada de censura ya que el carácter trágico de un personaje como el de su tío estaba más allá del sueño y, seguramente, también del hambre. ¡Cómo si los héroes no durmiesen! Por lo que yo sabía, hasta veían películas. Miró por el ojo de la cerradura y dijo:

-A él no lo veo pero la silla y un trozo de la cama están llenos de guantes. Los tiene todos extendidos.

"Este va a ser un psicópata", pensé yo para mis adentros. "Este ataca a las mujeres por la noche, las mata, les quita un guante y las tira al Danubio."

Nos apartamos por fin de la puerta sin haber oído nada. ¿Pero cómo podía yo pensar eso? Seguro que eran guantes de monjas budistas que él guardaba como relicarios para que lo guiasen por el camino de la renuncia al deseo porque, desde luego, desde que yo estaba en Viena, en el periódico no había salido nunca nada de que se encontrasen en el Danubio los cadáveres de mujeres sin guante. ¿Cómo podía yo pensar así de un hombre con el que había estado a punto de casarme?

-A lo mejor está rezando.

-Es posible, Loti. No estaría mal. Eso le reconfortará.

Con este pensamiento nos retiramos de la puerta de la habitación.

-Volviendo a nuestros asuntos, Kawasaki, que por eso en primer lugar yo estuve de acuerdo con la propuesta de Watanabe, la cosa tampoco es tan desesperada porque, al fin y al cabo, dentro de unos meses, una vez olvidado el revuelo, nos podemos divorciar. Yo prepararé unas capitulaciones con muchas cláusulas en las que esté todo previsto y en las que pueda haber lugar, al margen de lo que prevenga la ley, a motivos de divorcio, fácil y sin complicaciones. Y en atención a ti, que ya sé que no eres muy dado a leyes, procuraré incluir cláusulas conflictivas sí pero no contradictorias, para que te sea más fácil.

-Por mí puedes incluir los libros de la sapiencia chinos y unos cuantos indios: no las pienso leer... Y en cuanto a lo que dices del divorcio, no es posible. Lo de los meses no arreglaría nada porque aquí me conocen todos y, cuando se me ocurra volver al Japón, todo el mundillo musical sabrá quién soy y el estar divorciado lo único que haría sería empeorarlo porque pensarían que había sido un apaño y que no había salido bien, te puedes figurar por qué. Y además, no podríamos divorciarnos: el día que lo intentásemos puedes estar segura de que se incendiaría el juzgado. Es el karma.

-Esta bien, está bien. En ese caso, esforcémonos por que este altar del deber en el que nos inmolamos nos guíe para que, de una convivencia de la que ni tú ni yo auguramos placer, a fuerza de respeto e inspiración, hagamos una obra de arte.

-No me tienta. Eso suena muy espiritual, Loti. Prefiero la artesanía.

Ya y la desvergüenza. Un arte excesivamente puro, a decir verdad, tampoco era mi idea de la diversión pero dicho tal como lo había dicho había quedado muy digno y muy elevado y, creo haberlo señalado ya otras veces, la ventaja de elevarse es que luego se puede caer desde más alto.

-Bien, bien, futuro señor de Alvarado, una vez dejado sentado todo lo que hemos dejado sentado y ya que tu buen nombre no corre peligro alguno, gracias a que yo soy una mujer como Dios manda, y te aseguro que de éstas quedamos muy poquitas, se me ocurre que podías aprovechar esta ocasión tan propicia para mandar al periódico de Tokio una de las fotos que te hiciste de gueisa para que comparen y no sientan que desdeñas la indumentaria patria.

-Sí, y otra tuya antes y después de matarte para que comparen también. O no, mejor no de matarte, sino antes y después de...

-La erupción volcánica.

Aunque no hubiera hecho aquel gesto de ojos, lo sutil de su sentido del humor lo conocía perfectamente y lo que entendía por artesanía también. Dentro de poco, ya de vuelta en la normalidad, después de una noche y un día adversos, sacaría a relucir el tatami como en tiempos. Era un asquito que ya, aunque me tentase y yo me empeñara en las obras de arte, la altura desde la que podía caer se hubiera rebajado notablemente. Cierta emoción sí que habían perdido nuestras relaciones, lo que demostraba que no carecía de justificación mi fobia a los contrabajos, que tantos sobresaltos nos daban con una mano y nos quitaban con la otra.

Nos acomodamos en el sofá y él cogió el periódico de Tokio, aquél en el que salía su foto, separó las hojas en dos partes, me dio a mí una y él se puso en la otra, precisamente en la que tenía la foto, a hacer esos juegos

parecidos al ajedrez que salen en los periódicos japoneses y que son equivalentes de los crucigramas.

Yo estaba pasmada. Y es que sí, era verdad, que en kimono y envuelto en periódico estaba apetecible pero ¿eran las cosas de esa forma? ¿O sea, ya estaba, se iba a casar, todo arreglado y ya éramos felices? ¿No le inquietaba nada del futuro? El conformismo con el que había caído en el compromiso matrimonial era insultante. ¿Era yo tan poco temible? ¿No había nada que le preocupase?

-Kawasaki ¿no te preocupa nada?

-No. ¿Por qué?

-¿Eres feliz?

-Pues sí. Nada del otro jueves pero uno no tiene por qué vivir en el éxtasis a todas horas. Ni siquiera a ninguna hora. Yo no lo espero, desde luego.

-¿Y no te preocupo yo?

-No. ¿Te pasa algo? ¿Preferías tal vez esta otra parte del periódico?

-Y puesto que no piensas ni siquiera divorciarte ¿no te preocupa que esto salga mal?

-No. Ya te he dicho que se debe al karma y salga como salga no se va a poder cambiar y por lo tanto es inútil preocuparse. Ahora que si tú quieres preocuparte y pensar mucho y hablar, adelante, hazlo con toda confianza, te comprendo.

Y volvió al periódico pero, antes, me dijo:

-¿De verdad no prefieres estas otras hojas? Mira, viene un artículo sobre arreglos florales.

Le dejé con sus arreglos florales unos momentos y luego le pregunté:

-¿Sabes lo que ha intentado hacerme hoy Watanabe estando conmigo a solas?

-¿Qué, Loti?

-Intentó apabullarme.

-Pero supongo que tú te resistirías.

-Pues ahí está la cosa, que fue tan de improviso y estaba yo tan pendiente de otras cuestiones que no sé si al final él no se habrá quedado convencido de que se salió con la suya.

-¿Quieres que haga algo? A lo mejor podría yo desafinar de manera estrepitosa en alguna función que a él le importase mucho y que a mí no me importase nada.

-No, Kawasaki, yo no consentiría jamás ese sacrificio. Tú no puedes exponerte a quedar mal precisamente en la única cosa que sabes hacer bien.

-Gracias, Loti.

-¿Sabes de lo que me habló?

-¿De qué?

-De los radicales libres y de los sulfhidrilos.

-Si te habló de los radicales libres y de los sulfhidrilos, no podemos dejar las cosas así. Tenemos que hacer algo. Es el colmo del abuso, aprovechar estar a solas con una mujer para apabullarla en esos términos.

-No te preocupes, que no va a quedar así. Yo ya he tomado medidas para vengarme cumplidamente.

-¿Y puedo participar yo?

-Creo que sí.

-¿Y qué sabe Watanabe de sulfhidrilos y radicales libres?

-Pues seguro que no más que tú y que yo pero como se moría por soltarlo y demostrar así su superior capacidad y saber estar en cualquier circunstancia, dio conmigo y me lo soltó.

-No tiene vergüenza. Ése es de los que a uno le gustaría ponerles un lagarto en la cama o un tintero encima de la puerta o hacerles fumar un puro explosivo. No dejes de contar conmigo para la venganza, Loti. Me darías un disgusto si no lo hicieras.

-Descuida.

-Mira, después del artículo sobre los arreglos florales viene otro sobre el cuidado de los pies. ¿Quieres que te lo recorte?

Bueno, si tanto empeño tenía en que a mí me gustase su parte del periódico, desde luego, podía dedicarme la foto.

En que volvemos a encontrarnos con unos viejos conocidos nuevos

En estas estábamos cuando llamaron al timbre y Kawasaki acudió a abrir.

-Pase, pase, Tatsutasan. ¿Quiere ver a mi tío? Está muy afectado por todo lo ocurrido y reposaba hace un momento pero, afortunadamente, no tiene ningún síntoma de haber estado expuesto a las radiaciones. Loti ya me ha contado que se debe a un invento suyo. Por favor, siéntese. Si quiere lo aviso ahora mismo.

-¡Oh no! Si está reposando, no hay ninguna prisa. También quería que mi visita fuese para desearos un futuro feliz a vosotros dos y hacer votos porque tú, Eijisan, sepas portarte como un verdadero japonés.

-No pase cuidado, Tatsutasan, soy un hombre de principios.

Y de tatami, sobre todo de tatami. Eso era lo que él tenía de verdadero japonés, el tatami.

-Celebro oírtelo, hijo.

Ofreció Kawasaki té y se fue a prepararlo seguido de Orestes, que le había cogido afición y que le gustaba ayudar en la cocina. Yo me quedé conversando con la Sra. Tatsuta hasta que el futuro señor de Alvarado me pidió que lo librase del pinche de cuatro manos porque con todas ellas le revolvía los cacharros.

-No -le contesté-, mejor me acerco un momento a casa y le traigo el rompecabezas de mil fichas que estaba haciendo, así se va a entretener toda la tarde. Ya tenía colocado al cochino y a la gacela y tenía un trocito del ala del águila. Ya verás. ¿Me perdona un momento, Sra. Tatsuta?

-Ve, hija, y mientras yo aprovecharé para dejarle en su sitio al profesor este número de la revista "Zootecnia".

-Déjela aquí y ya la colocará Eiji.

-No, si es igual. El no va a saber porque son las del Dr. Yamamoto, que las tiene las tiene ordenadas. Las suelo coger de ahí y las vuelvo a dejar en su sitio si no está él.

Salí dejando la puerta entornada y, cuando regresé con el rompecabezas, vi que Kawasaki estaba parado con el mono en brazos y la boca abierta en el quicio de la puerta de su cuarto. La señora Tatsuta no estaba en el salón y pensé si no le habría pasado algo, con lo que también

me acerqué al quicio de la puerta para mirar e, igualmente, en el quicio de la puerta, abrí la boca y me paré con el rompecabezas en los brazos. Tatsutasan estaba allí, dentro de la habitación y, asimismo, abría la boca y los brazos y, por el suelo, a su alrededor, estaban caídos un montón de pares de calcetines nuevos en sus bolsas de celofán, mientras que detrás de ella estaba la cómoda con un cajón a medio abrir. Cuando Kawasaki reaccionó, me dijo:

-Como la oí que iba a colocar la revista, pensé que no alcanzaría a la estantería, si era la de arriba del todo, y vine a ayudarla y entonces la vi que iba a meter todos esos calcetines en la cómoda.

-Pues qué atenta ¿verdad? queriendo colocarte la ropita en su sitio.

-Loti, esos calcetines los acaba de traer ella y los quería poner en mi cómoda.

Sonó nuevamente el timbre y Kawasaki abandonó de momento su puesto de perro de guarda en el quicio de la puerta y acudió a abrir. La Sra. Tatsuta se dejó caer en el catre de la habitación, dando la impresión de que lo que más quería en ese momento era que no la mirase ni se acordase nadie de ella ni ahora ni nunca. Yo, como oí desde el vestíbulo las voces de Akiyama y Watanabe, volví al salón. Traían los dos embajadores una expresión mezcla de respiro y de tener algo que decir. Kawasaki fue a avisar a su tío y luego prosiguió con la preparación del té que había iniciado antes, sin que esta vez Orestes, que estaba ya colocando el ojo de la garza real, revolviere a nada ni a nadie.

-Bueno, bueno, Fräulein Alvarado, ya veo que nuestros planteamientos han sido muy acertados y que existe una envidiable armonía entre usted y el joven Sr. Yamamoto. Su gestión con los contrabajos también nos ha

ahorrado todos los sinsabores que pudieran haber soportado hasta el lunes las damas de la Asociación Musical. Por otra parte, la sugerencia de que nos sometiéramos al tratamiento por retropartículas, que consiste en la absorción de partículas con memoria regresiva incorporada, descubierto por la señora Tatsuta, ha dado un resultado maravilloso. Yo insistí especialmente en la clínica en que comprobasen exhaustivamente el recuento de radicales libres en la exploración intestinal y puedo ya garantizarle que los sulfhidrilos, gracias a este nuevo sistema, se quedarán obsoletos. De modo que ahora sólo le queda a usted por resolver una pequeña dificultad. Resulta que el juez de instrucción ha pedido una lista de todos los productos radiactivos encontrados con la fecha de adquisición, nombre y razón social del suministrador, documentación de aduanas, si fuesen de importación, y las licencias correspondientes a cada partida. Naturalmente, no tiene usted que hacerlo en este mismo momento ya que han dado un plazo de varios días.

¿Quién duda de que durante este parlamento se cruzaron entre el dueño de mis pensamientos, mi futuro señor, y yo cómplices miradas? Tiempo al tiempo, nos decíamos, tiempo al tiempo.

-Pero, sapientísimo embajador, usted conoce perfectamente que yo no tengo nada de eso porque yo no he adquirido nunca ningún producto radiactivo. Lo más que puedo hacer es decir que a la sociedad que formamos la señora Tatsuta y yo le urgía disponer de esos productos y que, en espera de formalizar los trámites, cosa que está en marcha, se consiguieron los productos, lo que de todas formas es ilegal. Y ...

-Naturalmente, naturalmente, Fräulein Alvarado, si tropieza usted con cualquier problema en ese aspecto ya sabe que la asesoría jurídica de la Embajada estará a su disposición...

-No podemos hacer eso, Seiichiro -interrumpió Akiyama-. A poco que se indague, se verá que Fräulein Loti no ha investigado nunca ni ha necesitado ese tipo de productos porque carece de conocimientos y, por añadidura, todo se encontró en una casa arrendada por mí. El que la Srta. Loti tuviera permiso para esto y para aquello no quiere decir nada, porque entonces habría que culparla de todos los desmanes que se cometen en Austria, ya que en todos los casos tendría los permisos correspondientes. En cambio, todas las sospechas irán a parar al Profesor Yamamoto y a la señora Tatsuta, que es quien ha descubierto el sistema, como sabemos muy bien, y que ya figura en el registro de la propiedad intelectual y en la Oficina de patentes. Es enteramente descabellado cargarle a ella el mochuelo. En última instancia, quienes tendríamos que asumir toda la responsabilidad seríamos yo, como titular de los alquileres, y el profesor Yamamoto, que tenía llave sabe de estos temas y que estaría en mejores condiciones para conseguir productos radiactivos aunque no los hubiera desviado del Organismo. Lo más airoso sería que Sadao y yo nos suicidásemos; así, lo que quedase en pie sería una conquista científica que será un hito y una gloria para el Japón, mientras que la señora Tatsuta lo único que tendrá que hacer es no negar que fuimos el Dr. Yamamoto y yo quienes le facilitamos los medios. Esa es la forma más acertada de cerrar este capítulo.

-Pero, Akiyama, tú sabes bien que, si te suicidas, tu mujer no podrá cobrar el seguro.

-En eso tienes razón. Es casi mejor que muera de las radiaciones.

-Pero ya no puedes. Ya te has curado.

-Sí, eso es cierto. Le podría pedir a la señora Tatsuta como un favor muy especial que me volviera a irradiar.

Mi idea era que lo mejor que podían hacer los dos era meterse en una jaula de grillos, que también quedaba muy airoso. Empecé a decir:

-Todo lo que dicen...

Pero entonces el Profesor Kamikaze, que debía de haber salido de su habitación en medio de esta conversación sin que nos diéramos cuenta, intervino:

-No se hable más de este asunto. Yo personalmente en carta dirigida al juez, asumiré la responsabilidad de total de todos los actos ilegales que hayan podido cometerse. No se hable más y, ahora, tomemos el té.

Volví a la carga:

-Caballeros, la moral universal, y yo entiendo muchísimo de moral universal, no sanciona los delirios de heroísmo gratuito. La policía austríaca ha hecho un mísero papel y ya está empezando a darse cuenta de ello. El Director de Reinholzträume me ha dicho que su empresa va a poner un pleito de los gordos al Estado por arrastrar su nombre por el lodo. Yo, por mi parte, le voy a poner unos cuantos cientos de docenas y unos cuantos cientos de miles de trillones de pleitos. Tampoco me extrañaría que algún organismo internacional hiciera otro tanto y lo mismo Vanuatu. Dentro de dos días la administración austríaca no sabrá qué hacer para echar tierra a este asunto a toda velocidad. Se olvidarán de que han pedido esa lista y lo único que quedará de todo ello es el triunfo colosal de la ciencia de las viudas niponas, sólo fue posible gracias a la singular visión de futuro de una gestora castellana.

Mientras terminaba este discurso que he abreviado por no cansar al lector, aunque sí conseguí cansar a sus destinatarios, yo ya no miraba a estos

sino a la señora Tatsuta, que había salido de la habitación hemeroteca de Kawasaki y que se hallaba de pie ante nosotros y ahora dijo:

-Creo que lo que ha dicho Lotisan es lo más acertado de todo. Yo no me imaginaba que el tratamiento, al aplicarlo a las personas, fuese a resultar tan bien. He pasado mucho miedo. Creí que se convertirían todos ustedes en monstruos horribles de sangre verde y pellejos viscosos. Después de poner en sus manos los medios que había ideado para curar las radiaciones, me encerré en casa temiendo recibir cualquier noticia. Estaba temblando hasta que Lotisan me hizo saber el buen resultado. Ahora ya, mi vida no tiene ningún objeto. Quería dar un testimonio y lo he dado. No tengo ninguna otra ilusión ni ningún otro motivo por el que vivir y sí en cambio pesa sobre mí una vergüenza espantosa, como muy bien saben el joven Yamamoto y la joven Loti. Yo asumiré la responsabilidad de todos mis actos sin permitir en modo alguno que lo haga otra persona y, en efecto, el asunto, desde este momento, queda concluido.

Dicho esto, se dispuso a beber toda temblorosa el té que le había servido el violinista y fue éste quien dijo:

-Yo no quiero que se suicide usted, Tatsutasan. Sólo quiero que me diga qué se trae entre manos con mis calcetines.

¡Ahí va! -Déjalo ahora, Eiji -le insté-. Ya no estás en peligro de rozaduras.

Con mi gran talento para la psicología, aun antes de terminar de decir eso, ya sabía yo que había hablado en vano. Kawasaki, cuando se empeñaba en algo, se empeñaba hasta el fondo y bien lo sabía yo que, después de dos años de escurrirme de su asedio como unas cuantas

formaciones de anguilas entrenadas para el camuflaje, si no me llega a rescatar la policía austriaca, a saber lo que hubiera hecho conmigo.

Media hora después todavía estábamos en eso y el que entonces sonara el hizo pensar a todos menos a mí que con eso se cerraba el capítulo. Pero no. Sólo se amplió con la llegada de la señora Kamei y a Kimiko y Taneko, quienes preguntaron si no interrumpían nada. Intercambio de saludos y parabienes, glosa de las horas en el calabozo y finalmente vuelta a la carga del perro de guarda Kawasaki, que por puro agotamiento pudo con la resistencia general y, por fin, ¡por fin! la Sra. Tatsuta nos reveló, entre lágrimas, el misterio de los calcetines.

-Tiene mucha razón el joven Yamamoto. Debo, debo una explicación. Ya debí darla cuando me enteré por Loti de que era de la cómoda de Eiji, y no de la del profesor Yamamoto, de la que habían desaparecido los calcetines. Yo estaba indignada con el profesor Yamamoto. ¿Cómo osaba ese depravado aspirar a una relación con Kameisan? ¿Comían juntos al mediodía, iban los cafés y a los museos y recitales, se hacían confidencias y favores... Supe aquel mismo día que a Kameisan le habían comunicado la sentencia de su divorcio, un divorcio que, a pesar de llevar más de diez años abandonada por el marido, sólo había pedido más o menos sobre las fechas en que empezó a tratar al profesor Yamamoto. Yo no podía admitir que estas relaciones fuesen a más. Me parecía innoble que pensase en Kameisan sin que ella supiese la clase de hombre que era. Por eso, ese día, en que él se iba en viaje de trabajo, como resulta que necesité una revista de "Zootecnia" que en cierta ocasión le había prestado, porque mi marido estaba suscrito y yo he mantenido todas las suscripciones de mi marido, le llamé al trabajo y, entonces, él me dijo que no podía pasar por casa, que

desde el trabajo se iba al aeropuerto pero que le pidiese sus llaves a la asistente, que ese día estaba en la mía, que él hablaría con ella para que me las diese, y que, con toda tranquilidad, cogiese la revista que estaba en tal y tal cuarto y en tal y tal sitio y en tal y tal estantería. Así lo hice y, cuando, para recoger la revista, me hallé en ese cuarto, que yo creí ser el del profesor Yamamoto pero que si me hubiese fijado un poco más habría comprendido que no era el de él sino el de un muchacho, pues eso, hallándome allí, vi unos calcetines sucios por el suelo y, siguiendo un impulso, abrí un cajón de la cómoda que había y encontré un montón de otros pares de calcetines. Y tuve una inspiración maravillosa. Se me ocurrió que se los dejaría a la señora Kamei para darle qué pensar. Era un símbolo perfecto para que entendiera lo que yo quería que entendiese y era que, si se relacionaba con el profesor Yamamoto, se estaría relacionando con lo más bajo. Le dejaría mal sabor de boca el hallarlos y la harían alejarse de él. Ni se me ocurrió que ella no reconociese sus calcetines porque, con el trato tan asiduo, habrían estado muchas veces sentados uno junto a otro y se habría fijado en ellos. Yo jamás me hubiera fijado en unos calcetines. Yo nunca me fijo en esas cosas. Pero creo que las mujeres siempre se fijan mucho en todo si les interesa un caballero. Pensé incluso que hasta podía ser que algún par se los hubiese regalado ella. Lo lo hubiera pensado, me hubiera dado cuenta de que ya entonces sí me parecieron extravagantes y estruendosos para un hombre de su edad y creo haber tenido una impresión de desprecio hacia él por ese motivo. Desde luego y, como siempre que me dejo llevar por el instinto, sé que hice muy mal. Creo que me asaltaron dudas y remordimientos ya solo unas horas después y, desde que Loti me dijo que le habían desaparecido a Eiji Yamamoto, no he parado de recriminarme y de

pensar cómo podía reparar ese mal gesto. Le compré otros tantos pares como los que calculé que le habían desaparecido y he buscado todos estos días el momento más oportuno para dejárselos en su cómoda sin que se notara. Hoy, con todo el movimiento que había habido, me pareció el momento oportuno. El cogerlos me salió bien porque fue un impulso del momento y lo que obedece a esos impulsos instintivos suele ir acompañado de la oportunidad pero las cosas premeditadas nunca salen bien. No se molesten en disimular ni en quitarle importancia al asunto porque sé que ha sido espantoso, tan espantoso que incluso llegó un momento en que ya me daba igual que el profesor Yamamoto y la señora Kamei se entendiesen o no.

Todo esto tan sorprendente lo contó la señora Tatsuta entre sollozos y, al terminar, todo el mundo la consolaba el profesor Yamamoto recriminaba al sobrino:

-Obligar a una buena señora a exponerse así... ¡Pero, Eiji! Bien, bien. Ya no tiene remedio pero olvidemos este suceso lo antes posible y no se vuelva a hablar más de ello.

¿Llegaría también hoy a tiempo la policía austríaca para salvar al Profesor Yamamoto y a la señora Tatsuta de más deshonor? Yo no lo creía. No se iban a meter en otro lío sin salir primero del anterior, así que, cosa que me ocurría raramente, guardé silencio y dejé la palabra o el ladrido al perro de presa hasta que consiguiese que todos los secretos vergonzosos salieran a la luz.

-¿Por qué mi tío no puede mantener con la señora Kamei la relación que le convenga y qué tiene mi tío de malo para que la señora Tatsuta crea que debe pasar vergüenza?

-Calla, calla, Eiji. Calla de una vez. No puedes hacer lo que estás haciendo. Tatsutasan tiene sus razones y debes respetarlas. No existe justificación para que hagas lo que haces.

-Pero ¿por qué dice que tú eres malo?

Pues así otra media hora y yo ya había callado bastante:

-Distinguido profesor Yamamoto, atesorado futuro tío, excelentísimos embajadores, admiradísima, elevadísima e idolatradísima señora: yo, que aspiro humildemente al privilegio de convertirme en la honrada sobrina política del profesor Yamamoto, tengo derecho a saber lo que esconde, no sea cosa de que, después de casada, descubra, por ejemplo, que, antes que yo, ha tenido otras diez sobrinas y que las ha descuartizado y enterrado en el suelo de la cocina de su casa de campo -todos se echaron las manos a la cabeza horrorizados al oírme decir eso, pero yo, segura de lo bien elegido de mis palabras proseguí:- porque no me puedo creer que no haya sido capaz de eso como mínimo para ganarse tan acerba antipatía y, a menos que se explique el porqué satisfactoriamente, yo creeré que el profesor Yamamoto es un psicópata asesino secreto de sobrinas y que ya debe de ir por las veinte o treinta.

Kawasaki me miraba con las rendijas desorbitadas pero incapaz de objetar a mi discurso, entre otras cosas porque, como futuro consorte por razones de karma, y yo me había enterado muy bien de que el karma quiere decir que se tiene una deuda, él me debía apoyo, y yo a él; los dos estábamos endeudados y cada uno podía apoyarse en el otro como el que se apoya en una barandilla para ver correr el agua bajo el puente. Así hasta saldar la deuda, momento en que el que estuviera a la barandilla se iría al río de cabeza. Verdaderamente, algún ratito deberíamos sentarnos él y yo a

ver si llegábamos a algún acuerdo sobre plazos, intereses y moras no sea que el karma se nos fuera a acabar de sopetón. Deberíamos negociar nuestros karmas respectivos. Estas son cosas demasiado serias para dejarlas al buen tuntún.

-No, Lotisan, por Dios, no lo interprete así.

-No, querido profesor, no, yo no puedo consentir en ingresar en una familia que tiene secretos vergonzosos ni convertirme en cómplice de actos de sadismo. ¿Qué dirían mis caracoles?

-Loti tiene razón. No puede ingresar en una familia a uno de cuyos miembros se le achaca Dios sabe qué. ¿Por qué mi tío es malo? Lo quiero saber.

-Va a ser mejor decirlo, Watanabe - decía Akiyama- si no, lo que se imaginen va a ser todavía peor. ¿Da usted su permiso, Tatsutasan?

La señora Tatsuta, todavía llorando, asintió con la cabeza. Eiji le colocó delante una caja de pañuelos yo me sentía como una traidora con la pobre señora Tatsuta, no sabía qué hacer por ella y le acerqué un milímetro más los pañuelitos que le había dado Kawasaki y, pareciéndome poco este gesto, les di un empujoncito y se los acerqué otros dos milímetros más pero eso no deshacía mi convencimiento de que la traición no se cubre ni con milímetros ni con pañuelos y de que muy pronto iba a tener otro déficit de karma, éste con la señora Tatsuta.

En que el Dr. Kamikaze debe renunciar a uno de sus guantes

Y Watanabe empezó:

-Pues verán: Esto sucedió cuando el Japón estaba empeñado en la guerra, hace ya muchos años, tantos como para pensar que las consecuencias de lo ocurrido estuvieran enterradas. Pero no ha sido así. La señora Tatsuta era entonces una hermosa joven estudiante de enfermera en su ciudad natal de Katakishu. Conoció entonces a Akiyama Saburo, un joven muy agraciado, muy simpático y muy jaranero, que, para evitar posteriores explicaciones, les diré que era hermano del padre del embajador Akiyama que ustedes conocen. El y la que se llamaba entonces Toda Yasue se enamoraron vehementemente. Ustedes, que ya conocen a la señora Tatsuta, se lo pueden imaginar. El resultado es que se vio obligada a dejar sus estudios porque tuvo una hija. Akiyama Saburo no se casó con ella porque, tan locamente enamorado como estaba de ella lo estaba de otras mujeres, que también tuvieron hijos. Yo creo que fue porque se le acumularon los compromisos por lo que se alistó de kamikaze y, además, creo no pecar de crueldad si digo que, afortunadamente para muchas, él sí consiguió su objetivo, no como nuestro querido amigo Sadao. Murió heroicamente. Pero, antes, y para remediar el desliz cometido con Toda Yasue, se hizo cargo de la niña. Ella se la entregó, en la creencia de que la colocaría tal vez con alguna familia que hubiera perdido algún hijo en la guerra con los bombardeos o que no tuviera hijos. Pero Saburo no hizo eso. Sencillamente la dejó en una cesta a la puerta de una pescadería. En el Japón de aquel entonces no existían lecherías, por lo que no debe achacarse desacierto a Saburo en la elección de comercio. En Occidente le habría sido más fácil ser irresponsable. En cuanto al papel del Dr. Yamamoto en los sucesos, consistió en que era uno del grupo de amigos entre los que figuraba Saburo. Éste era una de esas personas que se meten en problemas

y confían siempre en que, gracias a su simpatía y cordialidad, alguien se los resuelva. Y lo cierto es que sucedía así. Sadao Yamamoto le ayudó en dos ocasiones y de ese afán de resolver problemas provienen ahora los recuerdos que lo atormentan. Por aquella época, tal vez por efectos de la guerra, la actividad de Saburo fue absolutamente frenética y en un intervalo muy breve se enteró Sadao de que Saburo había colocado dos cestas, a la puerta una de una pescadería de Katakishu y otra de una pescadería de Fukuoka. El dejaba caer: "pues hoy he colocado dos cestas en tal y tal sitio" y allí andaban los compañeros, Sadao y los demás, tratando de reparar los vidrios rotos. Mi tío Tetsuo era también uno de los que formaban ese grupo. De aquellas dos cestas se hizo cargo Sadao y las entregó en la inclusa de Fukuoka. Una fue la niña de Tatsutasan y otra la que había nacido a la hija de una modesta familia de la comarca. La guerra, que tantas penalidades hizo pasar a todo el mundo, movió a Sadao, cada vez que volvía a casa, a ocuparse del bienestar de las dos criaturas, que era en extremo precario. Lo era tanto en una de las ocasiones que, viendo la posibilidad de entregar a una de las niñas al capitán de ascendencia japonesa de un mercante peruano que fondeó en Nagasaki, así lo hizo. El capitán, una excelente persona al parecer, falleció en una de las singladuras entre El Callao y Guayaquil a causa de un infarto. Y lo que después se pudo averiguar sobre el paradero de aquella niña es que, al fallecer el capitán, se hizo cargo de ella una familia de payasos que viajaba con destino a España y que desembarcó en Sevilla, donde la dejaron en la inclusa.

Era de prever. Ahora lo próximo que diría Watanabe es que esa niña cuando creció y abandonó la inclusa se hizo devota de la Macarena y se lanzó a los ruedos.

-Continuamos, pues, las pesquisas sabiendo que lo que suele suceder en estos casos es que los chicos de la inclusa se hacen toreros y pensamos que el destino de las chicas debía de ser parecido. Hicimos averiguaciones sobre las esposas de toreros y encontramos unas cuantas extranjeras, pero ninguna japonesa. Y también indagamos sobre si alguno de ellos había sido antes mujer, transexual, que se dice ahora, sin éxito tampoco. Lo último que pudimos saber fue que la criatura había sido adoptada por una familia de titiriteros que recorría los pueblos de la provincia de Burgos.

Aquello iba demasiado lejos y demasiado de prisa. La mente se me encasquilló. Empecé a ver al Cid Campeador galopar por los campos de Castilla con katana y con coleta midiendo sus fuerzas con los molinos de viento. Todo me daba vueltas y Kawasaki, con las rendijas abiertas de par en par decía:

-¡Loti, tú eres de un pueblo de la provincia de Burgos!

No ¡qué va! Yo renunciaba a mi burgalesidad. Yo definitivamente era de otro planeta.

-Pues, como iba diciendo, eso fue lo último que pudimos saber y la única prueba material que pudo conseguir Sadao de esta historia es un guante que la chica, siendo jovencita y antes de emprender viaje hacia Burgos con su familia adoptiva, dejó olvidado en la inclusa de Sevilla y que ésta entregó en la oficina de objetos perdidos de la municipalidad, de donde él consiguió recuperarlo. La obsesión de Sadao Yamamoto desde entonces ha consistido en hallar el guante que case con ese que tenemos, un guante que corresponda a la misma mano, que produzca con su uso los mismos dobleces y repliegues. Todos los guantes que consigue los envía al laboratorio de la mejor agencia de detectives de Tokio para que los

examinen. Porque lo sucedido es que, como supimos, después de separarse de sus criaturas, tanto Yasue Toda como Sato Sasako, intentaron desesperadamente recuperarlas. Una historia tristísima, se lo digo.

-Pero entonces ¿la chica que terminó en Burgos era la hija de la señora Tatsuta?

-Era ésa o la otra. No hay manera de saberlo con certeza. Saburo murió sin decir cuál era cual.

Pues vaya germen patógeno el tal Saburo. Ahora comprendía yo al Watanabe con su obsesión con la decencia.

-¿Y qué fue de la otra?

-La otra, al cerrar la inclusa en donde en primer lugar la puso, Sadao la trasladó al mejor lugar para estos fines que pudo hallar en Nagasaki y la mató la bomba.

-¡Dios mío! ¡Qué horror!

-¡Qué espantoso!

-¡Pobres niñas!

-¡Pobres madres!

Kawasaki sacó más cajas de pañuelos y las puso al alcance de los presentes y yo le secundaba milímetro a milímetro.

Watanabe, después de su relato, se había quedado profundamente afectado. Naturalmente aquello explicaba todo y lo reacios que eran a hacer o decir nada en detrimento de la señora Tatsuta. El profesor Yamamoto, por su parte, durante ese tiempo, había ido a su alcoba y traído un guante que colocó encima de la mesa frente a aquella infortunada madre, quien dijo:

-Yo no supe durante muchos años lo que ocurrió exactamente. Al principio creí que mi hija estaría colocada con alguna familia y, cuando un

año o dos después hice indagaciones, me enteré de que no había sido así, de que, a falta de que Saburo lo hiciera de esa forma, uno de sus compañeros había dejado a la niña en una inclusa. Las averiguaciones que llevé a cabo entonces fueron infructuosas y, como yo no tenía contacto con sus amigos, no conseguí saber en qué inclusa estaba, ni qué día la pudieron dejar. Año tras año no paré de dar vueltas a la suerte de mi hija. Sufrí la desesperación de vivir enajenada de una parte desprendida de mi misma, de una rama desgajada de mi alma. Con el tiempo conseguí limitar mis pesquisas a dos niñas, las dos que ha mencionado Watanabe. Mi tortura llegaba al límite de lo llevadero sin jamás sobrepasarlo ni alejarse de él. Vivía con el corazón corroído de día y de noche por un dolor que nunca disminuía ni aumentaba. Si elegía llorar a una hija muerta, ahí estaba siempre para abortar mis llores la idea de una hija viva en alguna parte del mundo a la que no podía llegar, como si en un día de lluvia tratara de sacar el brazo por la ventana para atrapar una gota determinada que no sabía cuando pasaría. Y, si me volcaba en la búsqueda de esa otra persona y creía por sobre todo que era ella, otra voz surgía ante mi mente y me decía: "Madre, no me cambie por otra. Yo estoy muerta". Tenía que saber, tenía que saber y, año tras año lo intenté por todos los medios. Tenía que dar con la persona que colocó a las niñas en la inclusa. Y, así, contraté por fin a un detective que, poco antes de quedarme viuda, pudo informarme de que el hombre que las dejó en el hospicio era Sadao Yamamoto, a quien, por otra parte y por otros motivos, por estudiar la misma rama, conocía mi marido. El detective me puso al corriente de lo que por parte de Sadao se sabía sobre el paradero de una de las niñas y de que las indagaciones habían llegado a punto muerto. Pero, me dijo, hubiera sido frustrante de cualquier manera continuar las pesquisas,

porque Sadao Yamamoto no sabía qué niña estaba en cada cesta. No lo averiguó. Eso, después de haber puesto en ello tantas esperanzas, me deshizo. Terminó de pudrirme. El camino recorrido con tantas penas y anticipación terminaba contra una pared. Mi sufrimiento, al no verle ya ningún remedio, se enconó y se tornó en odio hacia Sadao. No le perdonaba que no se hubiera preocupado de enterarse de qué niña era qué niña. ¿Qué clase de hombre es uno que no se para a saber lo que tiene en cada cesta? ¿Qué clase de hombre es? Sentí como un rasgo de inhumanidad el que no las distinguiera, el que para él fuese lo mismo una persona que otra. Que a él no le hubiera preocupado ni un segundo lo que a mí me martirizó cuarenta años. Traté de disculparlo muchas veces, intenté perdonarlo pero no podía, no podía... ¡No distinguir entre una cesta y otra como si se tratase de cerdos! ¡¿Por qué no sabía distinguir?! ¡¿Por qué no sabía cuál era cuál?! ¡He querido perdonarlo pero no puedo, quiero pero no puedo, no puedo, no puedo...!

La señora Tatsuta sollozaba sin poder contenerse y el profesor Kamikaze estaba destruido. En cuanto a todos los demás, nos sentíamos abrumados e impotentes. En verdad ¿qué era lo que podía hacerse o decirse?

-Yasuesan -me dirigí a ella- tal vez si no consigue perdonar al profesor Yamamoto es porque lo juzga usted según su propia medida. Usted es una persona inteligente y con un juicio muy claro, y las personas que somos así tenemos tendencia a suponer que todos las demás personas son igual de inteligentes y juiciosas que nosotras y, por ese motivo, nos exponemos a sufrir grandes desengaños y a cometer muy grandes injusticias. El profesor Yamamoto es un manazas pero que no hizo nada malo. Le ha faltado tiempo

para desdeñar el peligro y probar un nuevo método que sirva de testimonio; le faltó tiempo para lanzarse a la muerte en un avión contra aquella isla; le faltó tiempo para salvar a dos criaturitas. Un hombre valiente, de nobleza incomparable, capaz de exponer su vida a una muerte segura, que en un día arrecido en que el aire cortaba la carne y el frío aserraba los huesos, en la época del año en que el tiempo se muestra mas inclemente, sólo pensó en que dos pobres ángeles...

-Srta. Alvarado, en realidad era primave...

-No digas, Noburo, era invierno, sabes muy bien que era invierno - interrumpió Watanabe.

-Era primavera, estoy segura, lo recuerdo perfectamente -zanjó Yasue.

-¿A quién se le ocurre que pudiera ser invierno? ¡Qué desatino! - proseguí yo- ¿Quién no ha advertido que después de tres asoladores meses de gelidez invernal, en que la atmósfera, con sus aires helados, asedia sin piedad a nuestra madre tierra, forzándola a abrirle sus entrañas, el frío se enquistaba en el suelo que nos sustenta haciendo que al llegar la primavera, sin que pueda sobrellevarlo más, lo exhale en las mañanas convertido en escarcha y en rocío, con esa crudeza que todos conocemos y que no tiene igual en período otro alguno del año? En una mañana así, de primavera cruel y cortante, el buen Sadao, afligido el corazón por la suerte de dos seres vulnerables, solo pensó en darles cobijo sin demora, en conservar aquello que más fuerza tenía en ellas: su vida. Un gran corazón, en efecto, y un cerebro rudimentario, eso sí, que es cosa de familia y contra lo que no se puede luchar porque es genético, eso se lo puedo certificar. Él no era capaz, como nosotras, de pensar en dos cosas a la vez, de atender a dos predicamentos simultáneamente. El salvó vidas y eso le exigió todo lo que

podía dar de sí. ¿Existe acaso algo más digno de alabanza? No se lo tome usted a mal, señora Tatsuta. Piense en que, haya sido quien haya sido su hija, esa vida que disfrutó o que disfruta, se la debe a él. Si usted no pudo compartirla eso no destruye el hecho de que esa vida existiera ni debe usted odiar al profesor Yamamoto, que es limitado, pero valiente. Tal vez deba usted odiar a alguien pero entonces odie al destino u odie a aquel semental de dudas que fue Saburo.

-Soy un manazas. No doy para más. No sirvo para nada. No sé hacer una a derechas. Soy un negado, un fracasado. Eso sí, muy valiente, pero medio limitado. Yo debería haber investigado para inmunizar a las personas contra las radiaciones, pero no sé cómo hacerlo, no doy más de mí. ¿Cómo no pensé en las retropartículas de memoria adquirida regresiva? ¿Cómo no pensé en enterarme bien de qué era lo que contenía cada cesta? ¿Cómo se puede ser tan torpe? ¿Cómo cabe imaginar mayor inutilidad?

-Intentaré, intentaré odiar al destino, pero entonces ¿es que no me va a decir nunca nadie lo que había en cada cesta?!

Alrededor de ella se hizo nuevamente el silencio y, una vez convencida de que, en efecto, nunca nadie podría contestarle a esa pregunta, una vez más, dejó que a su garganta la sacudieran los sollozos y que de sus ojos surgieran cataratas. El profesor Yamamoto aportó por su parte alguna catarata más, y Kawasaki, sumamente afectado, seguía repartiendo cajas de pañuelos por todas partes para impedir que las cataratas se precipitasen sobre el Danubio y lo asustasen haciéndole salirse de su curso. Orestes, que hasta ahora había estado probándose calcetines, empezó a imitarnos y a sacar pañuelos de las cajas secándose un llanto que no tenía.

Finalmente tomó la palabra Watanabe.

-Esto nos demuestra la gravísima lacra que es el donjuanismo. La vida de varias jóvenes destrozadas, otras tantas criaturas privadas del conocimiento de sus padres... La decencia por los suelos... Y pensar que incluso hoy día hay hombres capaces seguir esa vida de vileza e irresponsabilidad destrozando la felicidad de pobres mujeres con su libertinaje... ¡Ah! A este tipo de hombres habría que castrarlos, habría que castrarlos. Son el azote de la sociedad.

Y cuando decía esto miraba con gran habilidad a Kawasaki pero Kawasaki pareció opinar más bien que el discurso se dirigía a Orestes y le dijo:

-Vamos Orestes, vamos a tomar un yogur.

Y en la cocina le puso al pobre Orestitos a salvo de sermones, de forma que fui yo quien acudió a abrir la puerta cuando esta vez sonó el timbre. Era Leiko, que venía a recoger el mono.

-¿Qué? ¿Os ha dado mucha guerra?

-¡Qué va! Es un verdadero amigo, está muy bien enseñado. Pero pasa, pasa, que ahora le están dando de comer.

La hice pasar y, como era obligado, se la fui presentando a todos. Pidió excusas por hablar japonés con mucha mezcla, a pesar de ser de aquel país, ya que la mayor parte de su vida la había pasado en Brasil. Al llegar ante la señora Tatsuta y el profesor Kamikaze, y una vez cruzadas las frases corteses de rigor, ella, que había visto encima de la mesa, sin darles importancia, el montón de calcetines que todavía seguían allí y que eran atrevidos al tiempo que discretos, se fijó, sin embargo, en el guante que había dejado El Kamikze. Se fijó, se quedó absorta y, finalmente, preguntó.

-¿Qué es esto?

-Pues es un guante desaparejado -dijeron Akiyama y Watanabe.

Y, entonces, Hijima Leiko, ante el asombro de todos, de un bolsillo interior de la chaqueta que vestía sacó un guante que llevaba y lo colocó junto al otro y todos observamos con estupor que allí ya no había ningún guante desaparejado.

El Universo se detuvo en aquella sala y parado permaneció varios instantes, empezando sólo a andar muy lentamente y sus moradores a respirar cuando la señora Tatsuta, tambaleante, dio un paso hacia Leiko diciendo "¡Hija!", y cayó desmayada. La destinataria de aquella exclamación dijo "¡Madre!", al principio por no desairar. Luego se quedó mirando asombro a quien la había llamado "¡Hija!" y a todos los demás esperando que alguien le diera alguna explicación. La señora Kamei, sus hijas y yo atendimos rápida y solícitamente a la señora Tatsuta, quien recuperó el sentido a tiempo de oír cómo el Kamikaze contaba toda la historia desde el mismísimo principio y cómo Leiko, después de escucharla, confirmaba que, en efecto, a los dieciséis años ella abandonó la inclusa de Sevilla, que el día en que lo hizo las monjitas le regalaron un vestido y zapatos, y que, en la precipitación por salir para irse con la familia que la había adoptado, olvidó un guante de la pareja que le habían traído los Reyes Magos la última vez que vinieron al hospicio y que era uno de los recuerdos más atesorados de su vida pero que siempre, siempre desde entonces, conservó el otro, llevándolo consigo como talismán y recuerdo de unos años felices, de tantas horas pasadas en aquel risueño patio de naranjos, del dormitorio de camitas blancas, del sosiego de aquellas aulas en las que las niñas oían piar a los pájaros mientras hacían labores, de aquella capilla y de aquellos días en los que se sentía protegida, querida y en paz con Dios, hasta el punto de que,

en invierno, casi ni lloraba por los sabañones. Cómo luego pasó unos años en Burgos con su familia adoptiva y cómo, al cabo de ellos, emigraron al Brasil, donde ella empezó a actuar en los circos y donde un buen año se casó con Aquiles Abrantes Araujo de Nascimento y Sousa de Carneiro Magalhaes e Silva Galvao, escapista, que también trabajaba en ese mundo del espectáculo y la fantasía. Y entonces, al finalizar su relato y, comprobado por todos los presentes el enorme parecido entre las dos mujeres, ya entre abundantes lágrimas de ellas dos y de todos los demás, se abrazó muy emocionada a la señora Tatsuta. Kawasaki era el único que, aunque se le notaba conmovido, no lloraba. En realidad se mostraba bastante enfadado con Orestes.

-Pero si ya lo sabía. Ya lo sabía yo, tal y como se anunciaba la noche, que no iba a haber bastantes. Mira todos los pañuelos que ha gastado y no ha derramado ni una sola lágrima. Pero ni una sola. Lo único que hace es imitar. Loti, tú consientes demasiado a los monos y se te suben a las barbas. No te tienen ningún respeto. Mira, mira lo que hace con las tacitas.

-Yo te enseñaré japonés hija mía, no sufras.

-Menos mal que se parecen, si no esas cestas habrían acabado conmigo, habrían acabado conmigo.

-Deberías ya darles hora para la sección consular, Watanabe, esta situación habrá que regularizarla. Yo tengo un testimonio escrito de mi tío Saburo que tal vez pueda ayudar.

-Kawasaki, si le hablas así se va a creer que no lo quieres y no es más que una criaturita.

-Pobre mujer. Y yo pensando que era una snob. Una mujer que ha sufrido de esa forma. Venid, venid hijitas mías, no os separéis de mí ni un solo instante que sólo de pensarlo me duelen las carnes. ¡¡Hijas!!

-Madre, ¿y no podría enseñarme también inglés?

-Pero hay que enseñarle, Loti. Una casa no puede convertirse en un desbarajuste nada más que porque haya un mono.

-¡Madres! Quiero decir ¡Madre!

-Tanto las cancillerías como las secciones consulares, con los líos que hemos tenido hoy, no van a dar abasto. La señora Tatsuta seguro que lo que querrá hacer ahora es ir al circo. Debe recuperar el tiempo perdido. ¡Ah, Marcel Proust...!

-Y ¿este muchacho? ¡Dios mío qué preocupación! ¿Y si después de casado también le pega con el violín?

En estas estábamos cuando llamaron a la puerta. Abrió Kawasaki y me llamó, porque era a mí a quien traían un telegrama. Lo abrí allí mismo. Era de Tokio y contestaba al que había enviado yo esa misma tarde. Se lo dejé al dueño de mis pensamientos para que lo leyera y él lo hizo en voz alta:

-"Comunicamos admisión Comité recepción profanar cadáveres Viena. Mantendremos informada. Stop. Firmado: Comité." ¿Es así como te pensabas vengar de Watanabe?

-Modestamente, sí.

-Supongo que habrás pedido ser socio familiar para que pueda entrar yo. Ya te dije que esto es parte del karma conjunto y hay que tomarlo muy en serio. Se me ocurre, por ejemplo, que yo podría guardar todos mis preservativos usados para restregárselos y tú, sin que eso suponga que yo

quiera gobernar tus intimidades, debieras tratar de poner muy cochinos los artículos que uses en la próxima ocasión para restregárselos también.

-Pero ¿y si no se muere?

-Hay que profanarlo, Loti. Vivo o muerto. Piensa, piensa que podría intentar apabullarte nuevamente y que ha intentado meter cizaña entre nosotros dos. Discurre algo.

-No, por eso no te preocupes. Ideas sería la primera vez que me faltasen.

Y mientras así hablábamos, la amenaza para la decencia nos miraba con una gran sonrisa de satisfacción por haber contribuido a formar una pareja tan bien avenida. Ese hombre no tenía ni idea de lo que era capaz de tramar un karma.

Volvió a sonar el timbre y esta vez eran Takeo y sus compañeros del grupo que habían querido tener la delicadeza, en vista de nuestro compromiso, de darnos una serenata. Pasaron y aquello parecía ya el Paseo del Espolón. De agradecer eran, desde luego, los deseos de los "Guapos Suicidas" pero yo he de decir que, si alguna música deseaba en aquel momento, no era la de un grupo, sino la de un solo samisen tocado por una sola gueisa en cualquier lugar del mundo en el que estuviéramos solas la gueisa y yo. Pues también sonó el teléfono. Y fue a contestarlo Kawasaki.

-Sí, soy yo. ¡Ah, menos mal! ¿Está todo? ¿Pero todo, todo? Bien gracias, ahora voy para allá. Adiós. Tío, ¿puedo coger el coche? Es de la comisaría, que ya tienen mis cosas, las que se quedaron cuando me metieron en el calabozo. Al dejarme en libertad no estaban con las de los demás y no las encontraban, pero acaban de aparecer. ¿Me acompañas, Loti?

-Sí, vamos.

-Un momento, que me cambio de ropa y salimos.

-¿Te vas a poner pantalones?

-Sí. Lo siento por ti. Es horrible ¿verdad? este tributo que hay que pagar a una sociedad convencional que nos impone sus tristezas y sus ropas desérticas pero para compensarlo, en tu honor, estrenaré calcetines. De todas formas, la noche es oscura y puedes imaginarme como prefieras. Yo haré que lo que tú imagines sea verdad.

Se vistió y salimos, pues, Kawasaki, la imaginación y yo, mientras, ya desde la puerta, oíamos a Takeo:

-¡Pero qué elegante es este mono! ¿Verdad, señora Tatsuta, que los calcetines son igualitos que...

Después de la algarabía en la que se había convertido la morada de mi futuro tío, fue grato y refrescante, a hora tan avanzada, conducir sin prisa por las calles solitarias de la ciudad en dirección a Döbling. Un rato de silencio y soledad en el que nos alejamos de tanto aturdimiento como había tenido la jornada. No era exactamente lo que anhelábamos, pero sí parecía como si ya estuviésemos en el camino de algún sueño, de algún otro desván imaginario en que perdernos...

Llegados a la comisaría, explicó Eiji a lo que iba y, en efecto, le entregaron sus pertenencias en una bolsa, que él abrió, pudiendo comprobar los dos que dentro estaba el vestido rosa. Lo miró, me miró y se sonrió. Cuán verdad es que el saberse respaldado por la legalidad le hace a uno sentirse feliz de ser depravadito! Los dos éramos felices.

Cerrando la bolsa estábamos cuando un alguacil se dirigió a él:

-¿Es usted Eiji Yamamoto, con domicilio en Singertrasse, 14?

-Sí, yo soy.

-¿Tiene la bondad de acompañarme, por favor? Se le ha intentado entregar una citación en su domicilio ayer y hoy por la mañana y no se le encontró ni a usted ni a ninguna persona que pudiera hacerse cargo de ella. Tome y firme aquí dándola por recibida.

-Bien. ¿Para qué es la citación? Lo de la moto ya está solucionado. La recuperé.

-Aquí no sabemos nada de ninguna moto. Esta citación es para que se persone usted a declarar en la demanda por paternidad interpuesta contra Vd. por la demandante Gerda Knüpel.

-¿Cómo?

-Que hay una demanda por la que se le imputa a usted la paternidad del hijo habido por la demandante Gerda Knüpel y que tiene usted que declarar.

-Pero eso no puede ser. ¡Desde luego que no puede ser! Es imposible. Pero si tomé precauciones. ¡Loti, no me mates ni te pongas enferma! De verdad que tomé precauciones ¡Hombre!

No es que yo quiera privar al lector de un interminable rosario de nopuedeseres y precauciones tan lleno de originalidad como el que queda apuntado ni tampoco de mi mesurada réplica a ese rosario, es más bien que, siendo la autora de esta novela una maníaca perfeccionista, si se entera de que quedó suelto el cabo de Gerda, no me va a dejar terminarla hasta que lo hayamos atado, y eso podría llevar más tiempo del que cabe en esta narración. Entonces, lo que se me ocurre es que olvidemos esta escena que acabo de anotar y terminemos nuestro relato con la que tuvo lugar en el ascensor cuando salimos para venir a la comisaría -y que yo había suprimido

por ser un poquito intimista y haber pecado ya el último capítulo de bastante sentimentalidad- porque, si bien se piensa, no deja de ser entrañable terminar allí donde empezó todo, en aquel ascensor, acogedor y estrechito, donde, por fin, en la noche oscura y desde un tercer piso, caímos en nuestro destino.

Fin

INDICE

El Kasikaze	2
El sobrino	2
En la Opera	3
La velada	5
Lo que siguió	6
Los calcetines	11
Se anuncia temporal	17
Los fondos del asunto	18
Las compras de la señora Tatsuta	18
En que Kawasaki averigua demasiado y yo demasiado poco	19
En que se aclara quiénes pueden y quiénes no pueden entrar en esta novela	22
En que no se anuncian calmantes pero sí dolor	24
Segundos fuera	28
En que llega el temporal y no nos coge con la ropa adecuada	30
Revelaciones, maquinaciones y visitas	39
En que en esta novela, además de tantas otras cosas, se revela la forma de conseguir riquezas	43
En que somos Kimiko y yo quienes hacemos visitas y en que Kawasaki escucha sermones	46
Una excursión al baldío	48
En que espero y no desespero porque estoy acompañada	49

De cómo un semáforo también puede ser útil en medio del campo	58
Más visitas	68
Ajos y manzanas	77
En que se habla de alianzas	95
Preparativos para la tentación	103
En que Dios no se muestra buen calígrafo, pero tiene sus motivos	114
Los bajos fondos revelan sus profundidades	128
En que llegamos al campo de la verdad	134
Takeo devuelve la visita	146
En que se demuestra cómo el género de la película depende del proyector con que se mira	153
Diplomacia vienesa	157
En que me reúno con aquellos con quienes conocí mejores días	167
En que el karma pasa su factura	176
En que volvemos a encontrarnos con unos viejos conocidos nuevos	185
En que el Dr. Kamikaze debe renunciar a uno de sus guantes	193

